Diego Bazán



Estás con Nosotras

(Tu Nobiscum Es)

Letrame
Grupo Editorial

© Derechos de edición reservados.
Letrame Editorial.
www.Letrame.com
info@Letrame.com
© Diego Bazán
Diseño de edición: Letrame Editorial.
Maquetación: Juan Muñoz
Diseño de cubierta: Rubén García
Supervisión de corrección: Celia Jiménez
ISBN: 978-84-1068-629-8
Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)».

.

«Ningún hombre o mujer nacido,

cobarde o valiente, puede eludir su destino».

Homero - La Ilíada

Prólogo: Ciudad Marinas

Ciudad Marinas es una urbe, que de ser un pequeño villorrio en la segunda mitad del siglo XVIII y parte de la gran Hacienda Marinas, pasó a convertirse en la principal población dela provincia del mismo nombre. Se ubica a medio camino entre la costa y la capital del país. Se encuentra flanqueada al este por los grandes cordones montañosos de nieves eternas.Tras ellos,la capital nacional de Chile, Santiago del Nuevo Extremo. Por el oeste, los valles que llegan directo al mar conectando con el principal puerto del país Valparaíso.

Ubicado en la bahía de «Alimapu»,tierra roja o tierra quemada en lengua originaria,en 1536 Juan de Saavedra, admirado por su belleza, denominó la bahía y puerto como Valparaíso en recuerdo de su natal «Valparaíso de Arriba», la hermosa localidad española en la provincia de Cuenca. Desde esa fecha y hasta elpresente se transportan de este puerto los productos provenientes del mundo a la capital y el resto del país, siendo paso obligado Ciudad Marinas y su hermoso valle.

Esta ubicación privilegiada para la distribución de productos y comerciodel país,convirtió a la ciudaden una próspera localidad, desde su fundación por el hacendado José Bugueño del Prado en la segunda mitad del siglo XVIII, hasta nuestros días.

La hermosa ciudad está cubierta por un manto de magia. Muchos de quienes la visitan por primera vez sienten cambios profundos en su ánimo, como si se liberaran del peso de las cargas de sus propias historias. En Marinas encuentran consuelo a sus penurias y la ciudad los devuelve a la vida con la fuerza para continuar. Nadie queda indiferente una vez que conoce Ciudad Marinas. La fama de ciudad sagrada la ha puesto en el mapa de los peregrinos que buscan en ella consuelo, reparo y perdón.

Cientos de caravanas, caballos, carretas y carruajes pasaron por Ciudad Marinas en estos siglos. Previo a la modernidad de los coches y autopistas, la ciudad era una parada obligada para los viajeros del puerto al interior y los viajeros del interior al puerto. Esto la convirtió

en un lugar estratégico y codiciadoy a sus hacendados,los Bugueño del Prado, en una familia poderosa yacaudalada.

Desde la administración central del país muchos potentados a través de los años pretendieron hacerse de parte o toda la ciudad y la hacienda, no escatimaron en estratagemas y esfuerzos para lograrlo, pero no lo consiguieron.

Su fundador entendió siempre que debía mantener al más fuerte de los aliados de su lado, la Iglesia Católica, por lo que parte significativa de sus ingresos fueron a parar a las santísimas arcas papales.Y fue mucho más allá.Don José Bugueño del Prado entregó los recursos necesarios para fundar un monasterio, el de Nuestra Señora de Salamanca.Donó las tierras, financió las primeras instalaciones y comprometió a sus herederos a continuarcon el soporte económico de la sagrada obra, quedando el clero completamente entregado a él. Con esta táctica aseguró la continuidad de su familia en el control de la hacienda y, más importante,su posesión.

Al correr los años, la familia Bugueño construyó el Colegio Santa Bernarda, la iglesia del monasterio y mantuvieron el financiamiento necesario, tanto de las hermanas como del colegio.A mediados del siglo XX la Iglesia designó diócesis a Ciudad Marinas nombrando a su primer obispo, don Martín García Bugueño, quien era descendiente y parte de la familia del fundador de la ciudad.

Así las cosas, no era de extrañar que el obispo de Ciudad Marinas fuera al menos nacido en la ciudad o la provincia, idealmente con algún grado de parentesco con la familia Bugueño. Para la Iglesia, esta ciudad se convirtió en un lugar muy importante, por la gran labor del monasterio y sus religiosas y la influencia cultural sobre todo en las mujeresde la región, el país y la América latina, influencia que continúa hasta nuestros días.

Los obispos han sido los principales referentes de la ciudad, han tenido poder sobre todas las cuestiones del lugar, no votan ni deciden políticamente, pero sí influyen sobre la totalidad delas cosas, las importantesytambién las cotidianas. Los últimos años eso sí, con

el auge de las comunicaciones, el desarrollo de la internet y el empoderamiento de la mujer, Ciudad Marinas se ha visto obligada a evolucionar y su obispo también.

Capítulo 1. El encargo

Un acontecimiento reciente y penoso requiere la presencia lo antes posible en la casa episcopal de Ciudad Marinas de la exitosa escritora y periodista Juana de los Ríos. Ha fallecido la mediática Youtuber hermana Paula, la religiosa creadora y anfitriona del canal de Youtube hermanapaula.tv.

Con una nota concisa pero clara, el actual obispo la invita a una reunión.La profesional vive en la capital. Fue alumna del colegio de Ciudad Marinas y emigró para continuar sus estudios universitarios.

Para Juana, recibir la invitación para reunirse con el obispo de Ciudad Marinas,es una sorpresa. Ella hacía años había dejado la ciudad y perdido el contacto con la gran mayoría de sus conocidos, por eso una nota escrita de puño y letra del jefe de la Iglesia de Marinas invitándola no está en sus planes. La nota no era oficial, tal vez por eso la envió a través de un mensajero que la esperó en la recepción del complejo de apartamentos donde vive.

La nota dice:

«Querida sobrina:

Sé que hace tiempo no tenemos contacto. He sabido que estás muy bien, lo que me alegra mucho.

Necesito que nos reunamos en el obispado, hay un tema urgente que te incumbe y que debo conversar contigo.

Te pido que dejes atrás nuestras diferencias en esta oportunidad y me confirmes a través del mensajero que lleva esta nota.

Este martes a las 11:00 de la mañana nos juntamos en el obispado.

Tu tío Cayetano».

Juana reconocía la letra y el tipo de escritura de la nota; tan breve, tan fría y tan distante. Pero así es su tío el obispo, no por ser una persona poco afectuosa, por el contrario, siempre ha sido tímido y nunca ha sabido expresar sus emociones que le brotan por todos los poros de la piel. Pero ella lo conoce mucho como para saber que lo que haya sucedido entre ellos en el pasado, con esa nota él quiere

decirle que necesita estar con ella, por ser su tío y ella su querida pequeña sobrina. Juana le dijo al mensajero que estará el día y la hora citada en el obispado. Confirmó su reunión.

Juana pensó que sería un buen momento para rehacer las enemistades que alguna vez se crearon en Ciudad Marinas, o más bien dicho con algunos de la ciudad. Además, se dijo «me vendría bien cambiar un poco de ambiente».

Ella había terminado recientemente una relación de forma inesperada, cuando descubrió que su novio por tres años le estaba siendo infiel. Juana nunca pierde el control, al contrario, su formación profesional, su intelecto, le impide caer en alguna salida de tono. Ella encuentra que no tenía sentido perder los estribos, para eso están por ejemplo,los argumentos de un sano debate. Pero en esta oportunidad decidió no contenerse.

Envió un chat a su novio Alejandro «Comprenderás que tus cosas están en una maleta y espero que las retires de MI apartamento antes de las 19:00 horas, que vuelvo del gimnasio… ah… y las llaves las dejas en MI cocina».

Nada de explicaciones ni por favor.Él conocía bien la razón de tan sorpresivo mensaje, tal vez por eso no respondió, por la vergüenza de enfrentar lo indesmentible, pensó Juana.

A las 19:00horas, como de costumbre, después del gimnasio, Juana entró al apartamento y allí seguía la maleta. En menos de diez minutos alguien trata de abrir la puerta, pero Juana puso el cerrojo de seguridad que solo se abre por dentro. Preguntó.

—¿Quién es? —Ella sabe quién es porque lo vio a través del ojo de buey de la puerta.

—Juanita, soy yo, Alejandro.—Con voz de ruego se presentó el ahora exnovio.

—Alejandro, te dije que tus cosas no las quería ver en mi apartamento —le respondió Juana desde el otro lado de la puerta.

—Pero Juanita, no te puedes enojar tanto, déjame pasar y arreglemos las cosas.

Esa sola frase hizo que Juana, ahora sí, perdiera el control, la educación, la cultura, todo.

—Alejandro, ahora mismo voy a tirar tus cosas por el balcón, ¡ahora mismo!

—Juanita,¡te volviste loca!Pero cómo se te ocurre semejante estupidez, te apuestoque estás con la regla, por eso estás como trastornada.

Ahora sí a Juana se le nubló la mente, ahora sí este «machista de jardín de infantes va a saber quién soy cuando me enojo», pensó. Tomó la maleta la abrió y desde el balcón lanzó todo el contenido. La ropa de Alejandro comenzó a planear por los aires, ya que el apartamento de Juana está en un piso ocho. Algunas prendas incluso cayeron en otros balcones, unos pan talones llegaron más allá de la esquina, hasta la vereda opuesta. Por los gritos de Alejandro cuando llegó a la calle comenzaron a asomarse en los distintos balcones del edificio muchas mujeres, que veían este espectáculo de telenovela.

—Juanita, estás loca, de verdad,¡estás loca! ¡Y además igual debo entrar para sacar la pantalla de TV! —gritó Alejandro desde la calle.

«Cierto», pensó Juana, la famosa pantalla de TV de setenta pulgadas que le costó «dos mil trescientos dólares» como siempre se pavoneaba.«Que tenía Wi Fi, que tenía esto, que tenía lo otro», eso también a ella la tiene hasta más arriba de la corona.

—¡Tienes razón, Alejandro! Lo bueno que es ultraliviana ¿Cierto? ¡Pues aquí va para que no te molestes en subir!

Juana, en ese instante, lanzó la pantalla de TV por el aire.Observó en cámara lenta cómo la «ultraliviana» era llevada por la brisa de la tarde varios metros más allá, justo en medio del cruce de las avenidas principales. Uno de sus bordes fue el primero en tocar el pavimento, se dobló y quebró y luego, en el mismo segundo, un tremendo autobús la pisoteó, una y otra vez, con todas sus ruedas. Juana sintió un placer inmenso, un desahogo que hace tiempo no tenía. Luego miró hacia la cocina y vio el mando de la pantalla de TV, esa herramienta tan propia de los hombres como que al tenerlo en sus manos sienten el poder que de verdad no tienen.

—¡Ah! Y Alejandro,¡que no se te quede el mando! —Juana estiró el brazo, hizo una pausa para que Alejandro observe bien y soltó el

mando.

Este cayó en picada porque no tenía nada de aerodinámico y se hizo millones de pedazos en la acera. Juana está feliz, pero más lo estuvo cuando sus vecinas de distintas edades la aplaudieron y vitorearon«¡así se hace!»,«¡íídola!»,«¡grande!»,«¡master!».

Un guardia de la policía se acercó a Alejandro.

—Ha visto usted lo que ha hecho esa loca.¡Lo ha visto!

—Yo no he visto nada —le dijo el policía mirando las decenas de mujeres asomadas en sus balcones. Entendió que no se enfrentaría a una jauría de hembras con ganas de atacar.

—Pero ¡cómo! —Reclamó Alejandro.

—Le insisto, yo no he visto nada, y ahora le ruego que recoja este desorden y se retire de aquí.

Las mujeres de esos apartamentos sintieron el placer de Juana, sintieron el orgullo de estar unidas y apoyarse. El or gullo de la mujer que todo lo puede, que en tiempos pasados en el más absoluto silencio y discreción eran las que sostenían la sociedad.Pero ya no más silencio ni discreción, ya no quieren escuchar esa frase,«detrás de todo gran hombre siempre hay una gran mujer», ellas son protagonistas de los cambios.Si apoyan a un hombre será porque ellas así lo han decidido, no porque la sociedad se los imponga.

.

El día martes, Juana, a primera hora salió en dirección a Ciudad Marinas. Siempre ella se imaginaba cómo debió haber sido el cruce de los cordones montañosos antes de las autopistas y carreteras. ¿Cuánto demoraba el trayecto entre Santiago del Nuevo Extremo y Ciudad Marinas? Tal vez un par de días; ahora, en cambio, si la ruta está despejada y conduciendo a una velocidad prudente, debiera llegar en una hora y media a lo sumo.

A medida que avanza por la autopista recordó el reciente episodio de su exnovio. ¿A lo mejor fue demasiado? se preguntaba, pero luego se respondía que no. La deslealtad en otras épocas se pagaba con la vida, ahora no, pero sigue siendo un valor importante. ¿Cómo se puede vivir o trabajar con alguien si no puedes confiar? La confianza es la base de todas las demás actitudes que uno puede

esperar de una persona. ¿Porqué hay gente que no lo logra entender? ¿Por qué el ser humano ha perdido la lealtad y la confianza? Estas dudas rondan por su cabeza.

El acceso a la ciudad es una rotonda florida, con cientos de miles de plantas de lavanda que inundan el ambiente con su aroma y penetra al interior de todos los coches que se acercan. Es el perfume inconfundible de esta región en la primavera y el verano. En la plaza de la rotonda existe un monolito construido con piedras extraídas de la famosa vertiente ubicada en las quebradas de los cerros de la ciudad. El monumento tiene una gran inscripción:

«Bienvenidos a Ciudad Marinas hogar del Monasterio de Nuestra Señora de Salamanca».

Sí, el monasterio pensó Juana. Podría haber tenido cualquier conflicto en el pasado con el obispo, incluso con toda la comunidad, pero nunca olvidaría el gran aprecio y cariño que tenía por el monasterio, las hermanas religiosas, el Colegio Santa Bernarda que es parte del complejo y de cómo le entregaron a ella y cientos de alumnos y alumnas la mejor educación y formación posible. Ella sabía que gran parte de su éxito profesional se debía a la labor de estas abnegadas y grandes mujeres que, vistiendo sus sencillos hábitos color café, con una cuerda a la cintura y una mantilla blanca cubriendo sus cabezas, les entregaron los conocimientos que ellas mismas habían adquirido en años de formación colegial y universitaria.

Estos últimos veinte años, Juana solo volvía a la ciudad para visitar a su familia directa; sus padres, hermanos y en algunas oportunidades a amigos o amigas. Procuraba pasar lejos del obispado, lejos de la Plaza Central de Ciudad Marinas. No deseaba estar cerca del lugar que tantos conflictos le provocó de niña.

Esa gran plaza, que en tiempos pasados fue el centro de la Hacienda Marinas, era además el punto de referencia para los viajeros. Contaba en cada una de las cuatro esquinas con unas palmas o palmeras centenarias altísimas, visibles desde kilómetros de distancia. Su perímetro estuvo rodeado por un largo y alto muro que la protegía de cualquier intento de saqueo, sea de los habitantes originarios del valle o de los forajidos tan comunes en el 1800. El

muro colapsó en el terremoto de 1822 y no volvió a ser reconstruido. Hasta el día de hoy existe en el lado sur la casona de don José Bugueño del Prado y su esposa, en plena restauración y próxima a ser convertida por los herederos en un elegante hotel boutique. Por el norte, las bodegas y estancias de trabajo de la hacienda, también restauradas y transformadas en la casa y oficina obispal de la provincia de Marinas. En el centro, tal vez el mayor símbolo de la estancia por entregar vida a todos sus habitantes, la gran fuente de agua de piedra que recibe continuamente el vital líquido de la famosa vertiente ubicada en los cerros, que se cuenta está allí desde tiempos remotos.

Juana se acerca a la plaza para aparcar su coche y sintió que mágicamente ese rencor y resentimiento desaparecían de su cabeza y alma. Sin entender lo que está sucediendo, percibe cómo esa carga se aleja de ella y lo acepta, como quien recibe un regalo de alguien que nunca se imaginó que le haría un presente. Cuidad Marinas le está entregando su amor, le está preparando para un recibimiento silencioso y con los brazos abiertos. Ciudad Marinas recibe a su hija pródiga diciéndole: «te estábamos esperando, Juanita».

Juana descendió de su vehículo con un ánimo distinto, con una energía que no sentía hace mucho tiempo y que solo se encuentra en la ciudad de sus antepasados. Se detuvo frente al obispado, la gran casona que de pequeña la intimidaba, pero que ahora sentía tener el control sobre ella. Hacía pocos momentos se le había entregado el poder de Ciudad Marinas, la urbe algo le quería decir, algo quería de ella y tenía que averiguarlo entrando a la reunión con su tío, el obispo.

Para Juana no era desconocido ese lugar. Cientos de oportunidades de pequeña corrió y jugó en estos salones. Sus relaciones familiares con muchos de los religiosos que vivieron allí le permitieron acceder sin mayor inconveniente pero, a pesar de conocerlo como la palma de su mano, le infundía respeto, incluso a veces algo de temor.

El salón principal de la casa del obispo de Ciudad Marinas se encuentra llena de antigüedades de los siglos en que ha estado esta gran casona de estilo colonial español en la plaza central de la ciudad.

El techo impacta por lo alto. Tal vez por haber sido en su origen las bodegas de la hacienda. Está revestido con maderas torneadas y finamente talladas: cedro, rosal, caoba, nogal, aun que no se logra distinguir muy bien qué maderas son porque la luz es tenue. A pesar de ser un día brillante, las altas ventanas con pequeños cristales de colores que las revisten no permiten atravesar los rayos de sol. Esos vitrales, que son un gran decorado, a la vez oscurecen la habitación.

Los muebles no dejan de impresionar. También en maderas nobles y finamente trabajadas se mezclan distintos siglos y épocas, pero cada uno se destaca en el lugar que le corresponde haciendo del conjunto una hermosa vista. Pinturas de las superioras del Monasterio de Nuestra Señora de Salamanca, comenzando por doña Catalina de Poblete, su fundadora, de los obispos anteriores y de los hombres santos que a fines del siglo XIX hicieron el peregrinaje a los lugares sagrados de esta región, descansan sobre las paredes como si fueran testigos inertes de lo que allí sucede y sucederá.

El escritorio del señor obispo es tal vez lo que más destaca, muy alto, largo, señorial, como marcando distancia entre la autoridad de la iglesia y quien lo visita. Tal vez lo único que llama la atención es la silla detrás de ese escritorio, de cuero, pero moderna, pareciera ser la silla de un alto ejecutivo de una corporación secular más que la de un obispo y cardenal de la iglesia.

Casi sin provocar sonido con sus pasos, se acerca la asistente del obispo, la señora Clarita, una mujer bella, bien vestida, más bien pequeña, pero muy hermosa. Tal vez de unos 65 años. Vestida de forma impecable, pero no formal, educada, atenta y distinguida, muy del tipo de las mujeres de esta ciudad que siempre se ha enorgullecido por la belleza, cultura y la gran capacidad de trabajo de sus mujeres.

—Pase por acá, señorita, el señor obispo regresa en unos 10 minutos… por favor, tome asiento. ¿Le puedo ofrecer algo para

beber? Tal vez una taza de té o un vaso de agua de nuestras vertientes, famosas en el mundo entero.

—¡Un vaso de agua me encantaría!

—Porqué me parece conocida su cara ¿Nos conocemos?

—Por supuesto, Clarita, soy hija de la señora Dorotea de los Ríos, soy la menor, Juana.

—Juanita, pero ¿eres tú?... cómo has crecido, eres toda una mujer… ¡por Dios! ¿Dónde has estado todos estos años?

—Sí, soy yo… ¿Qué sorpresa, verdad? —responde sonriente Juanita, como una pequeña niña descubierta en una travesura.

—¡Dame un abrazo, por Dios!

Hace 20 años Juanita habría rechazado ese abrazo, pero ya su resentimiento con Ciudad Marinas había terminado, tal vez el madurar en el conocimiento y la escritura le ha permitido darle sentido a todo lo que sufrió. Ahora ese abrazo tiene para ella un único gesto de afecto sincero por ella y por ese momento.

Sentir el perfume de Clarita mientras la abraza, el mismo de su madre y de muchas mujeres de la ciudad, la lavanda, que crece por todos los rincones de los valles y cerros de la provincia, y que inunda en verano con su fragancia toda la región, trae en ella los más hermosos recuerdos de su infancia y adolescencia pero, por sobre todo, el recuerdo de su querido colegio de las hermanas religiosas, las amigas y amigos y las miles de horas de conversación, las miles de horas de alegría.

—Válgame Dios que sí… cuéntame de ti mientras llega tu tío… ¿Cuántos años han pasado?… ¿20 tal vez?

—Sí, creo que 20.

—Vamos, Juanita, dime, ¿qué ha sido de tu vida?

—Bueno, después del colegio, me fui a estudiar Literatura y Letras en la Universidad Católica de la capital y una vez finalicé mis estudios comencé a dar cátedra en la misma universidad.

—Pero qué bien, Juanita, tu madre debe estar orgullosa de ti.

—Sí, la verdad que sí, aunque a veces demasiado orgullosa.— Juanita sonríe.

—¿Yo pensé, Juanita, que eras periodista?

—Aún no lo soy, estoy finalizando los estudios para obtener el grado de Periodista.

—¿No será mucho estudio, Juanita? ¡Literatura y Periodismo! —Y con una sonrisa de orgullo de madre, Clarita muy alegre volvió a abrazar a Juanita—. ¿Y te has casado? ¿Tienes novio?

—Noooo, ni lo uno ni lo otro.

—Cierto, hoy las mujeres esperan más tiempo… pero ya te casarás y a lo mejor vuelves a la ciudad con tu familia.

—Ya veremos, Clarita, lo veo difícil por el momento.

En Ciudad Marinas la historia de las mujeres es casi siempre la misma. Se educan en el Colegio Santa Bernarda, que es extrañamente mixto, siendo en siglos pasados el único de su tipo en el país y que además está a cargo de las religiosas del Monasterio de Nuestra Señora de Salamanca. La educación que esas abnegadas mujeres entregan se enorgullece de ser una de las mejores del continente. Esa excelencia permite a sus alumnos, mujeres y hombres, continuar sus estudios en las mejores universidades y formarse como profesionales prácticamente todos. Luego la historia es muy similar entre las generaciones, porque vuelven a la ciudad, unos se casan y forman familias numerosas, otros simplemente deciden permanecer solteros. Siempre ha sido un misterio el porqué emigran tan pocos, se dice que por la calidad de vida, otros afirman que es la magia de la ciudad.

Algunas mujeres retornan e ingresan al Monasterio de Nuestra Señora de Salamanca, que durante dos siglos ha sido el centro de la vida de esta provincia. Se le considera incluso un lugar sagrado, pues en las vertientes de los cerros sobre los cuales está emplazado tanto el monasterio como sus construcciones, su fundadora doña Catalina de Poblete habría sido salvada de una muerte segura por la Virgen María. Es así, que a modo de un eterno agradecimiento, doña Catalina decide fundar el monasterio, siendo la primera superiora. Conocida la existencia de este lugar santo y la historia de salvación de su fundadora, muchas jóvenes de alta alcurnia fueron ingresando y tomando los votos para consagrarse en una vida religiosa, pero activa, como doña Catalina deseaba que fueran sus «hijas en Cristo».

El monasterio se convirtió en una luz del conocimiento no solo para el estado, sino que también para toda la nación y el continente latinoamericano. De sus muros egresaron grandes religiosas, que continuaron expandiendo la cultura, en especial entre las mujeres de las distintas latitudes de la América hispana.

A mediados del siglo XIX se funda el Colegio Santa Bernarda en los terrenos del monasterio, llamado así en honor a doña Bernarda de Salvatierra, religiosa franciscana que llegó a estas latitudes poco tiempo después de doña Catalina y que falleció de una corta y dolorosa enfermedad.

El colegio era uno de los grandes sueños de doña Catalina, que solo deseaba expandir el conocimiento en la población. Se decide incorporar tanto mujeres como hombres en sus aulas, algo revolucionario para la época, pero práctico, puesto que las religiosas del monasterio serían sus docentes y así no habría necesidad de contratar más educadores para cubrir las plazas si el alumnado estaba en distintos salones según su género.

En esta misma época se nombra «de Nuestra Señora de Salamanca» al monasterio en honor a la ciudad española de origen de su fundadora; la santa y piadosa doña Catalina, conocida por sus increíbles habilidades curanderas, entrega al prójimo y de gran cultura. Se decía de ella incluso que habría estudiado en la mismísima Universidad de Salamanca y que durante muchos años recorrió la provincia de esa ciudad curando y sanando enfermos de todo origen social cumpliendo un rol de médico pero que, por el hecho de ser mujer, no tendría los certificados que lo demostraran en aquella época.

Por el trabajo de doña Catalina en la constitución del monasterio y su posterior legado en la fundación del colegio y formación de tantas mentes influyentes en los siglos XIX y XX, no solo en el país, sino que a nivel continental, es que se decide iniciar un proceso de beatificación como primer paso para la búsqueda de la santificación de doña Catalina. El propio papa Francisco ha solicitado celeridad en la causa, pues la Santa Sede celebraría contar lo antes posible con otra beata de origen latino y sumarla a la reciente beatificación de Mama Antula, la amada religiosa jesuita Argentina. Es actor de la

causa de Catalina y a la vez obispo competente don Cayetano Gómez, obispo de la provincia de Ciudad Marinas.

Antes de los diez minutos de espera, ingresa el señor obispo a la sala. Un hombre de 55 años, de muy buena presencia, de contextura atlética, vestido en traje negro con camisa negra y el tradicional alzacuello blanco de los sacerdotes. Sus zapatos, como siempre, muy bien lustrados y brillantes como que la vida se le fuera en eso. No trae la cruz ni el anillo de oro cardenalicio, se podría confundir con un simple sacerdote, pero eso a él no le preocupa, de hecho nunca le ha importado con quién lo confundan.

El obispo de Ciudad Marinas, don Cayetano Gómez, es oriundo de la ciudad y, formado en el colegio de las religiosas, continuó sus estudios en medicina en la capital; y una vez titulado decidió ingresar a la iglesia. Se ordenó sacerdote a los treinta años, apenas siete años después ya estaba siendo nombrado obispo. Un hombre reconocidamente brillante, intelectualmente completo, de una profunda cultura y además músico. Su prédica y escritos han sido destacados por ser más bien contemporáneos, siendo objeto de admiración de los jóvenes, pero rechazado en los círculos más tradicionales de la Iglesia. Hacía pocos meses, y para sorpresa de muchos en la curia y en el país, fue nombrado cardenal por el nuevo papa, reflejando de alguna manera en ese nombramiento el apoyo a las ideas innovadoras y de apertura de la Iglesia que el propio Francisco espera implementar.

—Querida sobrina, qué gusto verte… ¡qué bien te ves!—exclamó el obispo.

—Hola, tío,¿o debo decir señor cardenal?

—No quiero que tú me trates como señor cardenal nunca, aunque tu vida dependiera de ello… ¡ven para abrazarte!

Juana, en ese instante, se dejó querer por su tío, quien siempre la apoyó y acompañó en los momentos difíciles. Un fuerte abrazo entre ambos selló esa amistad que nunca se debió rom per.

—No, tío, te lo mereces.Sé que nunca buscaste ser obispo ni menos cardenal, por eso más respeto tu nombramiento. Tal vez cuando partí a la capital pensaba en ti y tu nombramiento como algo arreglado, no sé, lazos familiares con los cardenales, esas cosas,

pero luego de todos estos años y lo que has hecho por la ciudad y la provincia no me cabe la menor duda de que nunca ha sido tu intención ser protagonista de nada.

—¿Perdón? ¿Y dónde quedó la Juanita rebelde que dejó la iglesia el mismo día de mi nombramiento? Y lo peor, que apenas tomé el cargo me lo has dicho claramente… «ya no creo en Dios y menos en sus obispos»… y partiste.

—Sigo siendo la misma, tío, pero más calmada y mesurada— respondió Juana con una sonrisa tierna y una mirada de mucho afecto a don Cayetano, logrando en él esa expresión de tío orgulloso que hacía tiempo no mostraba.

Juanita observa la mano izquierda del sacerdote, divisa un anillo de plata en su dedo meñique, pero no lleva el de oro cardenalicio, sin embargo, ese mismo anillo de plata tallado con flores lo ha visto antes, pero no recuerda dónde.

—¿Y tu anillo de cardenal?

—No se lo digas a nadie Juanita, pero se me perdió.No sé dónde lo dejé, tal vez en un baño de algún aeropuerto u hotel, no tengo ni la menor idea. Tuve que pedir otro. Debiera llegar en los próximos días, pero este debo pagarlo yo.

—¿Qué? ¿Perdiste el anillo cardenalicio? ¿Por qué no me extraña? ¡Recuerdo que mi madre siempre me dijo que tú lo pierdes todo!

El obispo sonrió, pero de una manera que Juanita no pudo interpretar, la verdad es que el anillo de oro estaba guardado en el único lugar que debiera estar, allí donde parte del corazón del obispo siempre estuvo, entre los tesoros de la hermana Paula.

—Querida Juanita, muchas veces he pensado en llamarte para pedirte perdón, no quería que volvieras en los recuerdos que tanto daño te hicieron, y preferí que siguieras tu maravillosa y exitosa vida como catedrática y periodista, pero de verdad te pido perdón, por favor, perdóname.

Juanita había sido desilusionada por la iglesia y el obispo anterior. Ella lideró a un grupo de niñas y niños para que en el Colegio Santa Bernarda se dieran clases de orientación y apoyo a la sexualidad. Sentía que nada sabían sobre esos temas y que existía una especie

de nube que siempre les escondía el derecho a conocer su cuerpo y entender lo que les estaba sucediendo en la pubertad. El obispo anterior no solo lo prohibió, sino que logró aislar a Juanita de las otras familias, incluso de la propia, tomó una inquietud natural de una niña como un frente de batalla. Eso había generado en ella un profundo resentimiento contra todo lo relacionado con la Iglesia y sus religiosos; por eso, cuando su tío fue nombrado obispo pensó que las cosas no cambiarían, porque don Cayetano, su tío, si bien no había apoyado al obispo anterior, se mantuvo al mar gen. Sin embargo, esta vez don Cayetano, al asumir el cargo de obispo de la provincia de Ciudad Marinas no solo no mantuvo esa política, sino que hizo muchos cambios, entre ellos la clase de sexualidad fue encargada ya no a las religiosas, sino a mujeres docentes que se han especializado en educación sexual. Incluso solicitó expresamente que no se manifestaran juicios de valor en estas clases y se permita la discusión seria y transparente de cualquier tema relacionado.

—Tío, no hay nada que perdonar, todos fuimos víctimas de otros personajes en una historia muy mal narrada, pero tú has cambiado esa historia y su narrativa y eso es lo que a mí me importa.

—Juanita, sé que lo pasaste mal, y te pido disculpas por eso, pero debes creerme que todo ha cambiado mucho.

—Lo sé tío, he leído todo lo que has escrito,¡y por supuesto muchos episodios de hermanapaula.tv!

—No me digas nada, Juanita, no sabes cómo he llorado la partida de la hermana Paula, porfiada como era, ella nunca le hizo caso a las alzas de presión y el Señor no esperó más y se la llevó. La quería como si fuera mi hermana de sangre, nos educamos juntos en el colegio, luego compartimos en la misma universidad, ella en la escuela de leyes y yo en la de medicina, pero siempre estuvimos acompañándonos. Paula, la mejor alumna, con la mejor oratoria, no puedo decir que fuera una santa, pero sí una gran persona y con su programa en la televisión ayudó a muchas personas y a la Iglesia.

La hermana Paula, que su verdadero nombre era María Paula Bugueño, es descendiente de una familia de larga tradición de Ciudad Marinas. Varias generaciones habían dado forma, primero al

villorrio y luego a la gran provincia en que se había convertido el lugar. Sus antepasados, junto a doña Catalina de Poblete, construyeron el Monasterio de Nuestra Señora de Salamanca y posteriormente generaron los fondos para la construcción, equipamiento y manutención del Colegio Santa Bernarda; por lo tanto su historia está entrelazada a Ciudad Marinas.

Paula, de niña, fue siempre una pequeña destacada, inteligente, estudiosa, curiosa y muy buena amiga de toda la ciudad. No había iniciativa en la que no participara activamente; todas las ayudas, actividades solidarias o deportivas, fiestas de la comunidad… en todo estaba ella y siempre con una sonrisa en el rostro. Nunca se le conoció un novio, por eso no fue de extrañar que, una vez finalizados sus estudios de leyes, decidiera volver e ingresar al monasterio y como ella dijo al tomar sus votos:

«…hoy me entrego al señor y a mis hermanos y hermanas del mundo entero en cuerpo, alma e intelecto…».

Ese sería un sello de su vida, el intelecto, sobretodo de las mujeres, siempre estaban presentes en sus prédicas y comentarios.

—Tienes razón, tío, Paula le dio a la Iglesia un nuevo aire reformador y cercano a la gente. Entendió y supo utilizar la tecnología para llegar con su mensaje a millones de personas. No sé cuántos suscriptores tiene su canal de Youtube, pero deben ser miles de miles.

—Millones, Juanita, millones.

La hermana Paula había creado un canal en Youtube, en donde de forma coloquial comenzó a transmitir actividades diarias del monasterio. Aquellos momentos en donde las religiosas estaban en actividades cotidianas, como la cocina, el aseo, la jardinería, manualidades, pastelería, las clases en el colegio, en fin, momentos normales que mostraban la simpleza de la vida de estas mujeres. Los videos, que ella subía periódicamente a internet, cada vez tuvieron más y más visualizaciones hasta que el obispo anterior decidió terminar con este «desorden», como lo llamó. Así que la hermana debió dejar de hacer las grabaciones y resignarse a la autoridad de su obispo.

—Pero, tío, en parte gracias a ti se logró llegar a tanta gente, tú autorizaste que Paula pudiera desarrollarse en el canal y por eso no solo te respeto sino que te admiro.

Efectivamente, don Cayetano, al asumir el cargo de obispo, una de las primeras medidas que tomó fue reactivar el canal de Paula, le pidió eso sí que todo el material pudiera ser revisado previamente, porque «hasta el infierno tuve que ir para convencer la reapertura…», le dijo a la hermana.

Paula tenía mucha confianza en su amigo de la infancia, don Cayetano, a veces incluso pensó que esa confianza era algo más, pero siempre desechaba la idea. Ella tendía a confundir la admiración en una persona con los afectos hacia esa misma persona, eso ella lo sabía.

—Y no sabes, Juanita, todo lo que tuve que hacer y a quiénes tuve que convencer para que Paula pudiera comunicarse al mundo a través de su canal. La voy a echar mucho de menos. Le tenía mucho cariño.

—Lo sé, tío, mi madre siempre me dijo que ustedes de pequeños nunca se separaban, incluso una vez me confidenció que hasta pensaba que había algo más entre ustedes dos… de verdad no me importaría, tío, si así hubiera sido.

—Jajaja qué cosas, Juanita, no, nunca tuvimos algo, sí mucho aprecio y respeto. Siempre le decía a Paula… «tú eres mi mejor amigo…», así que nada menos romántico, ¿cierto?

—Estoy de acuerdo, tío, con eso, si Paula pretendía algo obviamente no tenía esperanza.

La cercanía entre Paula y Cayetano era bien comentada en toda la comunidad, no en pocas oportunidades gente mal intencionada trataron de descubrirlos en actitudes «sospechosas», pero al final nunca se demostró nada. Cayetano se iba con mucho cuidado de no dar lugar a dudas y no por él, sino por Paula. Dios sabía que en el fondo de su corazón siempre la amó. Nunca se lo dijo, nunca siquiera se lo insinuó, porque siempre vio en Paula aquella buena mujer que todos veneraban y no sería él quien destruyera su imagen.

—Tío, estás con mucha pena, puedo verlo en tus ojos.

—Así es, Juanita… echo mucho de menos a Paula. Fue muy sorpresiva su muerte.

—Yo creo, tío, que no eres el único que la extraña. ¡En su funeral había mucha gente! Recuerdo que la carretera desde la capital estaba con un enorme tráfico de coches que venían a Marinas.

—Sí, ¡lo recuerdo! Tuvimos que pedir el apoyo de la policía para ordenar a la gente que no dejaba de llegar a la iglesia a despedirla. ¡Fue muy impresionante, Juanita!

—Yo demoré mucho en llegar, tío, y si no es por mi madre que me reservó una posición dentro de la iglesia, nunca podría haberme despedido de ella ni estar cerca de ustedes. Habría tenido que ver el responso en la plaza, en las pantallas que instalaron.

—Era una gran mujer. Se entregó por su monasterio, el colegio, la ciudad con todo lo que tenía, hasta que su corazón no resistió más... Que descanse en paz, es lo único que le pido al Señor.

De allí en adelante comenzó una larga charla; recuerdos, risas, bromas, historias y anécdotas de ellos, las familias, la gente de la región. El obispo estaba realmente en un estado de gozo pleno con Juanita, que no dejaba de disparar palabras que se convertían rápidamente en verdaderas novelas. Le contó de su paso por la universidad, cómo se convirtió en docente y escritora investigadora, como ella se autotitula, del proceso para preparar una historia, cómo ha lidiado con la fama que ha logrado en tan corto tiempo y a tan temprana edad, cómo se enfrenta a los críticos y del placer que siente cuando hace clases y comparte sus conocimientos y experiencias con jóvenes estudiantes. Le contó acerca de las niñas que ha enseñado que provienen de Ciudad Marinas, que se ha preocupado de que se instalen en buenos lugares, decentes y que estudien mucho para que sean las mejores de la clase.

—Cómo pasan las horas, Juanita, no hemos dejado a nadie sin su historia… jajaja.

—Sí, tío, la verdad me lo he pasado muy bien y te doy gracias por invitarme…

—Las gracias te las debo yo, que has llenado mi día con alegría y me has hecho muy feliz.

—Bueno, tío… ¿Y a qué vine, qué necesitas de mí? —Decidió finalmente preguntar Juanita.

La cara de don Cayetano, obispo de la provincia de Ciudad Marinas, la con más feligreses que cualquier otra provincia del país y además cardenal de la Iglesia Católica, volvió su rostro melancólico y triste al percatarse de que la larga y divertida charla con Juanita hasta ese momento, no era más que una pausa de lo que es el tema central de esa reunión.

—Tío ¿he dicho algo malo, te he perturbado?... no ha sido mi intención.

—No, Juanita, jamás, eres una mujer maravillosa, y eres tal cual como siempre te he recordado, cariñosa, generosa, inteligente ¡y muy divertida!

Se produce un silencio penoso en la sala que es roto por el ingreso de la asistente del obispo a la oficina.

—Don Cayetano, está casi en la hora de la misa de las 12:30… ¿Confirmo su asistencia?

—No, Clarita, esta reunión se ha prolongado un poco más de lo planeado y aún no terminamos, favor dígale al padre Alberto que la oficie por mí.

—Por supuesto, don Cayetano, yo le digo… Luego me retiro.

—No hay problema, Clarita.

—Adiós, Juanita, y dale mis saludos a tu madre. —Con un fuerte y cariñoso abrazo las dos mujeres se despiden.

—Gracias, Clarita, en tu nombre la saludaré.

Clarita deja la oficina y se produce un nuevo silencio… Juanita no está segura de volver a preguntar el porqué don Cayetano la mandó llamar. La verdad está pasando de estar intrigada a preocupada… ¿Será la salud de mi madre, la hermana del obispo? o tal vez algo más trágico, pero ¿qué puede ser más trágico? ¡La muerte de mi madre! ¡Sí, eso debe ser, ella debe estar desahuciada! Y no me lo ha podido decir en persona. Todas estas ideas pasaban por la mente de Juanita. Hasta que fi nalmente el hombre de Dios rompe el silencio.

—Juanita, he leído tus estudios con mucha atención. Aunque en ciertos aspectos no comparto tus ideas, creo sinceramente que no

solo eres una gran escritora, sino que además te documentas bien y haces el mayor esfuerzo intelectual para ser veraz en lo que escribes.

Y así es. Juanita se destaca por sus investigaciones muy acuciosas sobre el tema que va a escribir o exponer. Su fama de investigadora y de estudiosa de los más variados textos, se ha extendido no solo en su universidad, sino que también en los círculos más exigentes del intelectualismo del país. La caracteriza una personalidad más bien jovial, siempre sorprende por su naturalidad y a la vez profundidad de sus conocimientos al escribir o, mejor aún, al exponer. Da la sensación de que toda esa información hubiera estado siempre con ella.

Por todas esas capacidades y habilidades conocidas ya por muchos de Juanita, fueron razón suficiente para que fuera seleccionada al más importante y apasionante trabajo que jamás ella habría pensado tener, al menos eso pensaba la hermana Paula, ya fallecida.

—Juanita, te he llamado para ofrecerte un trabajo, que la verdad no lo entiendo mucho, tal vez de investigación, de estu dio, en realidad la Iglesia es quien te ofrece este trabajo... en realidad ni uno ni otro. —Don Cayetano no lograba explicar nada, al contrario, mientras más hablaba más complicaba las cosas.

—Me intrigas, tío, de qué se trata.

Ya estaba entrandola tarde y la temperatura de la ciudad en el verano es bastante alta a esas horas, por lo que Juanita abrió los ventanales para que comience a circular la brisa por la sala. En realidad lo hizo para darle una pausa a su tío el obispo, no se notaba incómodo, pero sí inseguro. Tal vez por la respuesta que podría darle Juanita a su oferta. Por otro lado, Juanita también necesitaba un respiro para entender bien lo que se le ofrecería.

Las campanadas de la misa comenzaron a hacer vibrar toda la construcción, pareciera que fuera un pequeño temblor. El ruido era bastante fuerte, considerando que la iglesia mayor de Ciudad Marinas se encuentra en uno de los costados de la gran plaza central a cierta distancia, en el mismo lugar donde antiguamente existió una pequeña capilla que se desplomó en el terremoto de 1906.

Juanita observó que, sobre el escritorio de su tío, había una fotografía de la hermana Paula, tal vez de cuando ella había tomado los votos, porque vestía solo el velo en su cabeza. La hermana Paula, a decir verdad, era bastante hermosa, pensó Juanita, no la recordaba así, tan bella a pesar de haber sido su alumna durante años. Tal vez en aquella época, como la hermana estaba siempre vestida con su hábito y toca, no lograba destacar su rostro, ni menos sus profundos ojos color violeta, tan poco comunes. Con aquel velo o túnica de la foto y una luz tenue que cruza el rostro, se ve realmente bella.

—Tengo una copia de esa fotografía —dijo el Obispo al observar la atención que Juanita había puesto a la imagen.

—No, gracias, tío. No te molestes, solo estaba mirando lo bella y hermosa de Paula. No la recordaba así.

Esa sola frase de Juanita finalmente hizo sollozar a don Cayetano quien, con un esfuerzo sobrehumano, logró contener las lágrimas y controlar cada músculo de su cara y cuerpo para no desatar un llanto profundo del alma quebrada, dividida en ínfimos trozos de dolor y pena. Él sabía que la tarea que iba a encomendar a Juanita no podía ser arruinada por sus sentimientos, estaba no solo su nombre en juego, sino también el de toda la Iglesia y el de la hermana Paula, que para él es lo más importante en ese instante.

—Juanita, por favor, toma asiento para que hablemos de lo que te hizo venir para acá.

Juanita se sienta esta vez en un cómodo y fresco sofá de cuero a cierta distancia del escritorio del obispo, tal vez inconscientemente quería dar un mensaje de que no estaba del todo tranquila con la tarea, que aún no conocía, pero que ya le asustaba aceptarla.

Don Cayetano se puso de pie y caminó un par de pasos a un gran mueble. Con una llave antigua, de esas de bronce, abrió una de sus puertas. Adentro se observaban varios cajones, todos impecables, brillantes. Sobre los cajones muchos libros, también muy ordenados y muy pulcro. De sus ropas. el hombre de la iglesia sacó un pequeño llavero con muchas llaves, pequeñas, con una de ellas abrió el primer cajón. De este cajón sacó un pequeño cuaderno de cuentas,

como de contaduría, que estaba envuelto por una liga. Se sentó junto a Juanita en el sofá.

—Juanita, este cuaderno era de la hermana Paula. Mira lo que se lee en la tapa y en ese pequeño papel enrollado en la liga.

La tapa decía «Privado»… y ¿el papel?

Juanita toma el papel que ya se veía bastante ajetreado por otras manos, como si lo que allí estuviera escrito fuera una noticia única digna de leer por todos, pero que solo algunos pudieron hacerlo. Lo estira y en una hermosa caligrafía dice:

«Este cuaderno solo puede ser entregado a Juanita de los Ríos». Firma hermana Paula.

Un silencio sepulcral invadió el salón, la brisa suave de esa tarde recorría con más libertad que nunca las paredes y los muebles. Los rostros de las pinturas parecían de verdad ser testigos de algo que nadie sabía y que estaría por remecer los mismísimos pilares de la provincia, la ciudad, el monasterio, el colegio y la propia Iglesia.

—¿A mí? ¿Por qué a mí? —exclamó Juanita.

La sorpresa de Juanita fue instantánea, sí, ¿por qué a ella?

—Juanita, créeme que para nosotros también fue una sorpresa. Incluso la simple existencia de este cuaderno es todo un enigma para todas las hermanas, salvo una que fue la que nos lo entregó.

Don Cayetano se acercó un poco más a Juanita, como quien fuera a compartir un secreto.

—Este cuaderno, Juanita, no estaba en las pertenencias de la hermana Paula. Cuando alguien del monasterio fallece solo el obispo puede autorizar el ingreso a la habitación de la religiosa una vez que el médico ha constatado el fallecimiento natural de la hermana. Pues bien, yo autoricé el retiro del cuerpo de la hermana Paula para ser velado, pero no permití el acceso a sus pertenencias hasta no consultar con la Conferencia Episcopal, considerando la importancia de la hermana para los medios de comunicación y para la propia Iglesia.

—Entonces ¿cómo obtuviste este cuaderno y la nota?

—El cuaderno lo tenía una de las religiosas, la hermana Lucía, y la nota venía con él.

La religiosa a la que hace referencia don Cayetano, la hermana Lucía, es una joven con limitaciones intelectuales que la misma hermana Paula acogió en el monasterio cuando era solo una adolescente huérfana. Sus padres habían fallecido en un accidente automovilístico, cuando se trasladabana a su ciudad de origen para ejercer su derecho a voto en las elecciones presidenciales. Así, Paula la adoptó como si fuera su madre y le entregó todo el amor, cariño y aprecio que perdió de sus padres.

Poco tiempo antes de fallecer, la hermana Paula entregó este cuaderno a Lucía, con expresas instrucciones de darlo al obispo en caso de su muerte.

—No entiendo, tío… ¿Y qué te dijo la madre superiora?

—Estaba tan impresionada como todos. Nunca imaginó que la hermana Lucía tenía este encargo de Paula, incluso la pobre Lucía, a quien debes conocer, pues es un ángel viviente, con toda la pena se le había extraviado el papel y pasó varios días de angustia, cuando finalmente lo encontró entre unas rendijas de la pared de su habitación y me lo entregó.

—Pobre ella, me la puedo imaginar, pero ¿y qué debo hacer yo con esto?

—No lo sé, Juanita, debes creerme que nadie ha leído ese cuaderno. Hemos respetado los deseos de la hermana Paula y estamos tanto o más intrigados que tú de lo que la hermana te pedirá.

—¿Cómo sabes que me va a pedir algo aquí?

—Nuevamente, Juanita, no lo sé, pero sí tengo algo claro… dime… ¿Para qué dejas un cuaderno a alguien escrito de tu puño y letra si no es para pedirle algo?

Juanita está desconcertada. No logra procesar lo que está sucediendo ¿Por qué ella? ¿Qué pensaba la hermana Paula que ella podrá hacer?

Fue alumna de la hermana Paula en el colegio al igual que muchas otras estudiantes. Tuvieron un grado de cercanía cuando hubo el conflicto con el obispo anterior, que no les permitió tener unas simples clases de sexualidad en el colegio. Paula la acompañó

durante esa etapa de frustración, pero nada más, al menos eso pensaba Juanita. Muchas compañeras y compañeros de ella podrían ser tanto o mejores receptoresde ese cuaderno que, ahora, la hermana Paula le estaba enviando luego de su muerte. ¿Porqué yo? gritaba por dentro Juanita, sin entender la razón.

—¿Juanita?

—Dime, tío.

—¿Qué pasa?

—Estoy confundida, tío. Realmente no confundida, más bien intrigada, preocupada, no entiendo qué está sucediendo, no entiendo el porqué ¿En qué estaba pensando lahermana Paula? ¿En qué, tío? ¡Dime!

—Juanita, yo tampoco entiendo nada, pero creo, y no quiero presionarte, que no tienes más opción que tomar ese cuaderno, levantarte y ver qué es lo que ella quiere... Tú eres la única que puede hacerlo. Paula no dejó más alternativas que tú.

—Lo sé, tío —dijo Juanita ya un poco más entera, más como es ella de verdad, la Juanita de frente en alto, de mirada profunda e investigativa, la Juanita escritora de grandes publicaciones de las letras, de historia, de política, la Juanita reconocida como la revelación de ese año por los medios nacionales gracias a su investigación: «Aduanas ¿La cueva de Alí Babá?» en donde desenmascaró una red de corrupción nunca antes vista en el país. Estaban involucrados ministros de estado, oficiales de aduanas, funcionarios de la policía, hasta guardias de seguridad. Además de su trabajo investigativo y minucioso, se sumó su razonamiento y lógica propias de una mente brillante como la de ella. Llegó a una única conclusión: que gobierno tras gobierno, los últimos 30 años fueron cómplices del ingreso ilegal de grandes volúmenes de productos subvalorados en sus precios reales de importación, por lo que la recaudación de impuestos recibida era miles de millones de dólares menos. Una terrible noticia para el país. Pero lo más grave es que la falta de fiscalización permitió el desarrollo de mafias dedicadas al tráfico de drogas convirtiendo al estado en la mejor y mayor ruta de distribución para los cárteles latinoamericanos.

Juanita, por esta investigación, recibió grandes elogios, pero también muchas amenazas.

—Tomaré el cuaderno y me iré con él, pero debes cumplir ciertas condiciones. No quiero que nadie, tío, debes prometerlo, que nadie se comunique conmigo hasta que yo lo haga con ustedes—le dijo al obispo de Ciudad Marinas esta pequeña mujer llamada Juanita, pero grande en autoridad, en personalidad, en presencia.

—Está bien Juanita.—Y en un tono tierno pero solemne don Cayetano continuó—. Al verte creo que esa es una de las razones del porqué Paula te eligió a ti; porque pondrías tus condiciones y cómo se harían las cosas a partir de este momento. Al parecer Paula te conocía más de lo que pensabas.

—Eso espero, tío. Realmente deseo cumplir con la hermana. Sea cual fuere el deseo de ella al entregarme este cuaderno, no la defraudaré tío.

Y así Juanita siguió detallando sus condiciones, más bien exigencias.

—Lo otro, tío, debes jurar que nadie entrará en la habitación de la hermana hasta que yo lo autorice, debes jurarlo, tío, por su alma, por el alma de tu amiga, ¡júralo!

—Lo juro, Juanita, ante ella lo juro. Pero, Juanita, tú debes prometer que no tendrás contacto con nadie, ni comentarás a nadie en lo que estás ni lo que ese cuaderno contiene.—Hizo una pausa y continuó—. También debes saber, Juanita, que Paula me estaba ayudando en recopilar toda la información sobre doña Catalina de Poblete para el proceso de beatificación que estamos impulsando en la Santa Sede, mira que muchos están convencidos que es Santa. Por esta razón también te pido la mayor discreción con lo que encuentres.

—Y claro, al final si algo no es bueno, no se va a saber nunca. ¿Cierto, tío? —respondió Juana un poco molesta.

—¡No, Juanita! No, por favor, no creas eso. Tú serás la que emita el reporte final y será público, te doy mi palabra de honor, y para que me creas… Paula me dijo que tenía que ir a Salamanca en España, parece que algo encontraría allá. Por si te interesa verlo, puedes continuar tú ese trabajo y contarías con toda mi confianza.

—Te lo agradezco, tío, y creo en tu buena intención y también te prometo mi discreción, pero primero debemos saber qué sucedió con Paula.

Capítulo 2. Ciudad de Salamanca

Habían pasado tres años desde que don Juan Gregorio de Poblete y doña Josefa de Robledo contrajeron el sagrado vínculo del matrimonio, con toda la usanza y tradiciones del Madrid de 1773. Pleno siglo XVIII, el Siglo de las Luces.

En aquella época era habitual que los matrimonios fueran por conveniencia. Los novios rara vez daban su consentimiento a los acuerdos y compromisos escritos por sus padres en las capitulaciones, una especie de contrato nupcial en donde poco o nada importaba el amor. Este no era el caso de don Juan Gregorio y doña Josefa, ellos se amaban profundamente y el sí que dieron en el altar fue verdadero y sincero.

Los novios fueron criados en la misma casona familiar de Madrid. De hecho tenían un grado de parentesco, pues sus abuelos eran primos hermanos.

Debido a los distintos acuerdos familiares en matrimonios anteriores coincidían todos en la misma casa y existía el temor de los mayores que al casar a uno de los únicos herederos de ambas familias, esto es don Juan o doña Josefa con algún pretendiente o mujer que fuera externo al grupo familiar corrían el riesgo de quedar en la calle, sobre todo las mujeres aún no casadas o las viudas.

Como la Iglesia no se opone a uniones de primos de segundo grado es que los padres de ambos deciden, por conveniencia, que la unión de ellos es la mejor solución para los intereses de las familias o, mejor dicho, para las ramas de una misma familia.

La vida en la casona era tranquila y sin mayores sobresaltos. Los jóvenes Juan Gregorio y doña Josefa descienden de familias nobles con rentas suficientes como para subsistir y más. Los hombres tradicionalmente han pertenecido al ejército, siendo todos oficiales a las órdenes del rey de turno.

Las mujeres, por su parte, generalmente casadas, por tradición se ha tenido el cuidado de darles la mejor formación posible. Por lo general esta educación se entregaba en los colegios religiosos que

por aquella época de los siglos XVII y XVIII eran el lugar de enseñanza de las niñas de la alta esfera social de España.

No era de extrañar que las mujeres de esta familia, lo cual era poco común en esos años, fueran conocedoras de las distintas materias y disciplinas a la par con los hombres. Latín, Ciencias, Geografía, Literatura, incluso las artes de la guerra, esta última entregada por los más ancianos de la casona, todos oficiales retirados. En el hogar familiar se respiraba sabiduría y era un valor muy importante que todos, sin excepción, tuvieran las mismas oportunidades para aprender.

De muchas generaciones, la familia de Juan Gregorio y Josefa era liderada por las abuelas y madres, siendo un verdadero matriarcado. La razón era simple, los hombres debían alejarse largas temporadas, incluso años, a cumplir con sus deberes militares para con la corona y el rey; entonces o no estaban el tiempo suficiente como para cumplir su rol o simplemente estaban muertos o desaparecidos en batalla.

Esta falta de hombres hizo de sus mujeres personajes fuertes, decididas y con un gran sentido del deber y compromiso con su propia descendencia. Para ellas lo más importante era asegurar el bienestar de sus hijos, pero por sobre ellos, sus hijas. Venían de épocas duras para las mujeres y entendían que nadie, salvo ellas y su unión, las mantendría a flote. Los hombres, en cambio, estaban predestinados y con su futuro bastante asegurado por su condición de hombres en una sociedad diseñada para ellos. Se sumaba también su posición como oficiales del Ejército del Rey.

El amor entre los primos, don Juan Gregorio y doña Josefa, había nacido en su adolescencia cuando él dejó de verla a ella como una niña y comenzó a observar los pechos firmes y erectos de la mujer que comenzaba a florecer y que detrás de capas de telas de sus ropas igual lograban asomarse. Una cintura hermosa y cerrada que calculaba que solo con sus manos la podría rodear sin dificultad, soñando con asirla hacia su cuerpo con fuerza, pero con ternura a la vez para sentir su calor, su olor. Cada vez que doña Josefa se alejaba, observaba su caminar como si fuera una joven gacela de

caderas redondeadas y bien formadas montadas sobre sobre dos largas y firmes piernas. En esos instantes donde su imaginación le hacía pasar momentos bochornosos, entendía él por qué su madre y la de ella ya no les permitían jugar como lo hacían de niños.

Por su parte, doña Josefa comenzó a verlo como el joven hermoso y de facciones finas cual escultura griega. Torso contorneado por una buena cantidad de músculos y de actitud valiente y amable. Le gustaba observarlo en las distintas actividades del día a día en donde su cuerpo escultural explotaba con toda su fuerza como un dios romano; partiendo la leña, domando caballos, practicando las artes de la espada. Ella, antes que él, sabía que lo amaba.

Ambos, de pequeños siempre congeniaron, se acompañaron, conversaron e hicieron travesuras. Su amistad y compa ñía mutua era observada con mucha atención por sus familias, pues nadie quería una vez entrada la pubertad, que estos niños dieran alguna sorpresa de la cual todos se arrepentirían más tarde. Es así como por fin se acuerda el matrimonio de ambos por las familias. Por un lado, para asegurar la mantención del status; por el otro, la estabilidad económica de todos los parientes y, no menos importante, tentar a la suerte con un embarazo no deseado.

Se decidió que don Juan Gregorio, al finalizar su formación militar al igual que su padre y sus antepasados en el Regimiento de Infantería Inmemorial del Rey, volvería para contraer matrimonio con doña Josefa, siendo esta propuesta la mejor noticia para ambos. Aunque la espera de los tres años de formación, como suele suceder en los jóvenes, sería muy larga para ellos.

En ese tiempo de obligado alejamiento, él y ella mantuvieron contactos esporádicos, mientras cada uno por su lado se formaba en lo que la sociedad les imponía. Él en la carrera militar para convertirse en el oficial que por tradición le corresponde. Ella en los deberes de una mujer virtuosa futura madre y ama de casa. Y ambos en los modales, comportamientos y tradiciones de su nivel social.

En la España de mediados del siglo XVIII no existía una escuela militar como tal en donde se formaran los oficiales, esta enseñanza

se hacía en los regimientos. El más importante era el Regimiento de Infantería Inmemorial del Rey, a donde tradicionalmente los hombres de la familia de Juan Gregorio habían pertenecido, convirtiéndose en personajes de la mayor confianza de la corte y en especial del rey.

Su valentía demostrada en las distintas campañas y batallas a lo largo de los últimos siglos por parte de esta gran familia de soldados era reconocida, por lo que Juan Gregorio ingresaba representando un importante linaje de héroes.

Finalizada su formación militar, el joven oficial es autorizado a casarse, lo que sucedería una primaveral tarde del mes de mayo de 1773 en la tradicional Iglesia de San Nicolás de Madrid, donde los antepasados de ambos históricamente han recibido los distintos sacramentos que exige la fe católica y la Iglesia.

Josefa ha esperado con ansias esta fecha. No haber estado con Juan Gregorio tres años ha sido para ella un sufrimiento enorme, acostumbrada a estar siempre acompañada de su joven galán con quien compartía todos los momentos del día. Si él estaba haciendo algo de hombres, ella lo contemplaba, si ella estaba haciendo algo de mujeres, él disfrutaba viéndola, pero lo mejor era cuando hacían cosas en común, como leer, cantar, contar historias y esconderse de los demás para disfrutar de su amor en la clandestinidad de un pajar, en la oscuridad de un bodegón o en el calor de un ático. Todos sabían en lo que estaban, porque si no estaba ella con espigas de trigo del pajar enredadas en el pelo, él estaba cubierto de polvo de alguno de los áticos de la casona. Les llamaban la atención, pero no mayormente. Ambos eran queridos y mimados por esta gran familia.

El día del matrimonio por fin arribó. Como toda mujer, Josefa comenzó temprano a arreglarse. Su madre, hermanas y primas la ayudaron a peinar su cabello esculpiendo pequeños rizos que inundaron su melena. Pintaron su rostro con los polvos blancos de moda y, por supuesto, el coqueto e infaltable rubor rojo en las mejillas seguido de aquel lunar estratégicamente dibujado en una de ellas. Coordinadamente, como si fuera una sinfonía, la vistieron con los camisones y enaguas. Entre las capas de todas estas telas el armazón que sostendría y daría volumen al vestido, ampliando hacia

a los costados las ya hermosas caderas de Josefa. Nada estaría terminado sin el apretado corsé que utilizaban las damas de sociedad para reducir al mínimo posible la cintura y destacar al mismo tiempo el busto, que en el caso de la novia no tenía mucho sentido porque la cintura de ella era naturalmente pronunciada y sus pechos jóvenes se destacaban por sí solos; pero en las cosas de la moda, mejor no meterse.

Finalmente, y con la ayuda de todo este equipo de modistas emparentadas, introduciendo su cabeza primero, dejan caer el vestido de la novia desde arriba suavemente, acomodándolo mientras se va ciñendo a la figura construida por dios de la hermosa joven.

El vestido era color perla, lleno de encajes y bordado con hilos dorados. Pequeños lazos rosados tipo moño pajarita decoran los pliegues inferiores. Las mangas hasta el antebrazo dejando la perfecta piel blanca de sus manos y muñecas a la vista. Escote redondo por donde asoman los hermosos encantos de Josefa, de esos pechos joviales rodeados también de encajes. La novia más bella de Madrid se miraba al espejo como sin creerlo que por fin hoy sería la esposa del único niño, adolescente y hombre que ha amado en su vida, su mejor amigo, aliado y cómplice don Juan Gregorio de Poblete.

Se anuncia la llegada de un mensajero del rey con un presente para doña Josefa por su matrimonio. Las mujeres corren para entregárselo y descubrir qué habría enviado el monarca. Doña Josefa abre una caja y dentro hay un pequeño estuche aterciopelado azul que contiene dos pendientes compuestos de tres piedras hermosas de rubíes en forma de gota, varios brillantes engastados sobre plata y el gancho de oro. Luego otra caja, pero más grande. Contiene también un estuche aterciopelado azul pero de mayor tamaño. Al abrirlo se revela una gran gargantilla de piedras preciosas, especialmente se destacan rubíes sobre diamantes más pequeños y un gran broche de oro con un zafiro en el centro, todo en juego con los pendientes. Josefa, con una hermosa sonrisa y muy en paz, les dice a todas las mujeres presentes:

—Este es el día más feliz de mi vida.—Varias lágrimas corren por sus mejillas. Aunque arruinan un poco el maquillaje, nadie la critica porque saben que se puede reparar y ella se merece estar feliz.

Todas caen en la misma emoción. Brotan lágrimas de los ojos de estas maravillosas mujeres, madres, primas y hermanas de Josefa. Se acercan, la abrazan con ternura y su madre le dice:

—¿Nos preparamos, Josefa? Mira que ya estamos en la hora.

Cierto. Tantas emociones les habían hecho olvidar los minutos y las horas y era tiempo de tener lista a la novia y ellas también, para llevar a la iglesia a Josefa. Su padre, como buen soldado que fue, ya estaba dispuesto con su traje de comandante de los Ejércitos del Rey esperando a la joven y las acompañantes. Irían en el carruaje más elegante, casi por completo vidriado y con muchos adornos, al estilo rococó de la época. Tirada por dos caballos blancos y como cochero, el mejor amigo de don Juan Gregorio y camarada en armas, don Luis de Ramírez, y como pajes de escolta, de pie en la parte trasera, dos oficiales harían el honor, también vestidos con sus uniformes militares.

Todo estaba como correspondía a su alta alcurnia. Josefa y su padre recorrerían las calles de Madrid escoltados por doce jinetes de la guardia del rey vestidos con sus nuevos uniformes de color blanco; el tricornio en sus cabezas y todos los correajes ceremoniales. Carlos III facilitaba su guardia en estas ocasiones en reconocimiento a los jóvenes oficiales juramentados en protegerlo a él y a España, reafirmando además la importancia del sagrado matrimonio en sus ejércitos. El cortejo se detendría en la Iglesia de San Nicolás. Los oficiales y amigos de Juan Gregorio ayudarían a la novia a descender del carruaje y, junto a su padre, ingresaría a la nave central de la iglesia en donde el novio la esperaría frente al altar.

Todo se cumplió según lo planeado. Doña Josefa, del brazo de su padre, estaba preparada para ingresar a la iglesia. Una pequeña multitud de curiosos se acercaron a las inmediaciones del santo lugar, quienes al ver la guardia del rey haciendo los saludos con sus sables a la novia y su padre pensaron que el propio rey estaba allí.

En el altar se encontrabadon Juan Gregorio con su uniforme de gala de oficial del Regimiento de Infantería Inmemorial del Rey: chaqueta azul, casaca roja, botones dorados, las vueltas de faldones, puños y cuellos de color rojo y botoneras tanto en la chaqueta o chupa como la casaca. Allí estaba este hermoso soldado —¡su soldado!—esperándola en el altar. Para Josefa era mucho más que el sueño que había tenido una y otra vez de ese momento, era el momento más feliz de su vida.

Josefa y su padre caminan de forma pausada, sin mayor apuro. Ella deja atónitos a los hombres que la ven pasar e impresionadas a las mujeres. Una estela de aroma a lavanda va dejando a medida que pasa, ese perfume propio de la casona y en especial de las mujeres. En sus manos lleva un pequeño ramillete de flores de lavanda y entrelazado en sus dedos un rosario con la cruz y las cuentas en madera de encino.El mismo rosario que por muchas generaciones han utilizado las mujeres de su familia para casarse.

Don Juan Gregorio de Poblete, en el altar, no puede creer lo que ven sus ojos. La niña de sus juegos infantiles convertida no solo en una mujer, sino en la gran dama que entra a la iglesia caminando y remeciendo cada bloque de los macizos muros con sus pasos. Su figura provoca la admiración de todos los asistentes. Simplemente lo más bello y puro que han visto en su vida.

Al llegar al altar, don Juan Gregorio saluda a su suegro con el saludo militar, pues si bien está retirado, su calidad de comandante no la pierde. Muy erguido, el joven oficial estira su brazo para que la novia lo tome y suelte el de su padre, ocasionando la caída de más de una lágrima entre los invitados. Todo estaba revestido de un aire de alta emocionalidad, tal vez porque conocían la historia de amor de los novios.

El sacerdote da inicio a la ceremonia completamente en latín y de cara al altar. Todos sus invitados, la gran familia de ambos y algunos de los más cercanos amigos y amigas, serán los testigos de esta unión. Comienza con la primera frase invocando a la santísima trinidad.

—In nomine patris et filii et spiritus sancti, amen (en el nombre del padre del hijo y del espíritu santo, amén).

Cada episodio de la ceremonia transcurre en silencio y solemnidad. La audiencia solo habla cuando se requiere cumplir con las respuestas que impone el rito, siempre en latín, como era la eucaristía en aquellos años. El sacerdote entrega la comunión a los novios. Un trozo de pan y un sorbo de vino, el cuerpo y la sangre de Jesús, para terminar con la bendición de los anillos nupciales que usarán el resto de sus vidas.

Ha llegado el momento de la imposición de las manos del religioso, con lo que sellará esta unión ante el Señor y para siempre. El sacerdote levanta ambas manos al cielo, luego las posa sobre las cabezas gachas de los novios que están de rodillas. En ese instante proclama las sagradas últimas palabras:

—Quod ergo deus iunxit homo non separe (lo que Dios ha unido que no lo separe el hombre).

Se sintieron muchos suspiros de las mujeres presentes, dándose así término a la ceremonia. Don Juan Gregorio de Poble te y doña Josefa de Robledo eran en ese momento marido y mujer. El sueño de aquella joven hermosa y alegre se cumplió.

Marido y mujer salieron caminando tranquilamente por el pasillo central de la iglesia. Mientras saludaban a los invitados, don Juan Gregorio le pregunta a su flamante esposa:

—¡Qué hermosos pendientes y la gargantilla que lleva puesto hoy, mi señora!—En un tono jovial, sabiendo de quién provenía semejante regalo.

—Me lo ha regalado un amante secreto—respondió ella con ironía.

—¿Se podría saber quién es el amante tan secreto? ¿Tal vez lo conozco? —inquirió Juan Gregorio.

—Claro que lo conoce, mi señor, es el rey.—Sonrió Josefa.

—¡Ah! —exclamó don Juan Gregorio.

Y continuó.

—Siendo así, creo que podré lidiar con eso. —Y ambos rieron de muy buena manera luego de este juego de seducción tan propio de ellos.

Esa risa contagió a todos los invitados a esta maravillosa ceremonia en donde se podía sentir la felicidad de una pareja que ha

dado el sí sin estar obligados por las conveniencias de sus familias, aunque ha sido pactado en las capitulaciones; ellos no necesitaban más que su propia dicha para estar allí. En su ruta a la salida del templo un gran aplauso dio por finalizada la ceremonia de su juramento de amor.

Luego de la sagrada unión, una sencilla cena con la familia y algunos pocos invitados terminó por sellar el vínculo nupcial. Ya cansados de un largo día, la joven pareja decide retirarse, no sin antes recibir la última bendición de los religiosos que los acompañaron en todo momento.

Llegó por fin el momento de estar solos. La fiesta continuaría hasta despuntar el alba, pero ellos ya podían retirarse a descansar como esposo y esposa. Por fin podrían compartir más que la habitación. Podrían compartir sus cuerpos y unir sus almas en un solo espíritu; lo habían deseado ya por mucho tiempo y estaban ansiosos de consumar ese amor nacido en la niñez.

Él cerró la puerta. Lo hizo con suavidad, sin hacer ruido, como si todavía estuvieran bajo la tutela de sus padres y lo que vayan a hacer es aún prohibido. Juan Gregorio se acercó a Josefa. Con suavidad fue desamarrando cada nudo de sus ropas. Primero de las exteriores, las adornadas y finas telas matrimoniales, luego el corsé para finalmente liberar las ataduras que sujetan el camisón y las enaguas. Todas las telas cayeron con suavidad al suelo como plumas que descienden lentamente flotando en el aire hasta detenerse en el piso de la habitación. Josefa quedó completamente desnuda dejando ver su hermoso cuerpo de mujer recién creada por Dios y eso a Juan Gregorio le provocó una excitación que endureció todo su cuerpo.

Le tocó el turno a Josefa. Comenzó a desnudarlo pero con menos suavidad, sabía que él podía resistir sin problemas su fuerza de mujer y sabía que le gustaba que ella tuviera más iniciativa. Conocía el placer que le producía cuando ella daba los pasos sin consultar. Lo habían practicado muchas veces en esos juegos de niños en los establos o en una esquina de alguna de las bodegas de la casona. Primero jugaban a mirarse los cuerpos desnudos. Luego comenzaron a tocarse mutuamente y era ella la que siempre inventaba las reglas de esta erótica diversión. A veces él debía quedarse inmóvil mientras

ella observaba y tocaba, otras ella debía estar rígida para ser palpada por los dedos del niño hombre que en ese entonces, unos ocho años atrás, era Juan Gregorio.

Don Juan Gregorio de Poblete y doña Josefa de Robledo, esposo y esposa, se unieron en un fuerte abrazo de caricias y besos. Ella, que ya había observado lo que sucedía cuando él se excitaba en esos juegos de chiquillos, ahora deseaba con todo su ser que por fin estuviera adentro de su cuerpo y, sin esperar más, se tendió sobre la cama, que estaba cubierta por esa ridícula sábana nupcial con un agujero para hacer el amor y que algún religioso beato debió de dejar allí.

Juan Gregorio se puso encima de ella, separó sus piernas y suavemente comenzó a penetrarla. Josefa sintió como un pe queño desgarro, no muy doloroso o, si lo fue, no le importó porque con ambos brazos tomó de la cintura a su hombre y lo atrajo hacia ella con fuerza, necesitaba sentirlo suyo por completo. Comenzaron a mover sus cuerpos en una sola sintonía hasta que ambos, en un éxtasis sublime, explotaron en miles de luces y estrellas y quedaron completamente inmóviles sobre su humedad. Juan Gregorio cayó sobre ella con cuidado de no hacerle daño y ambos comenzaron a reír sin parar por la alegría del momento tan esperado y también por la droga que acababan de conocer de la que de inmediato se convirtieron en adictos.

El sueño de ambos era tener una familia numerosa. Habían sido criados en una casona llena de familiares y muchos niños, por lo que no escatimaron en intentos de procreación. Sin embargo, don Juan Gregorio tenía un permiso de unos pocos días debiendo retornar al Regimiento.

Los siguientes dos años el oficial recibía permisos esporádicos para visitar a su joven esposa. Mantenían el contacto mediante correspondencia, pues el Inmemorial del Rey para ese entonces se encuentra en Badajoz.

En 1775 el Regimiento debe acudir junto a 22 000 mil hombres a las costas de Argel, en el norte de África. El objetivo era poner término a las acciones de los piratas berberiscos que estaban

asolando los mares de esa región. Apenas arribaron, las fuerzas se organizaron y comenzó el asedio y posterior ataque.

Don Juan Gregorio recibió la orden de atacar por el flanco izquierdo con un batallón al fuerte que defiende la plaza de la ciudad, con el fin de tomarlo. La misma orden recibió uno de sus amigos, Luis de Ramírez, pero por el flanco derecho. Otros dos batallones se harían cargo del ataque por el centro. Don Juan pensaba que la estrategia diseñada por sus comandantes estaba equivocada, pues no conocían con certeza el armamento ni el poder de fuego con que contaba el enemigo en el fuerte, pero en el ejército se está para obedecer y así lo hizo.

Los batallones avanzaron alineados al son de los tambores. Cada soldado con su fusil y las bayonetas caladas. La primera línea apuntando al fuerte. De pronto, la artillería enemiga comenzó a disparar, los cañones sin cesar y de forma certera reventaban las tropas españolas. Juan Gregorio comenzó a temer lo peor. Divisó a su amigo Luis de Ramírez, pero en menos de un instante una carga de cañón lo destrozó en mil pedazos. Su cuerpo explotó desparramándose en decenas de metros junto a otros camaradas que fueron alcanzados por la onda expansiva. Don Juan Gregorio observó atónito cómo su amigo, el que había jineteado la carroza en la que se casaron él y doña Josefa, el amigo que le dijo que cuando sea padre él quería ser el padrino del bebé, su mejor amigo, simplemente desapareció en el aire con esa explosión.

El oficial volvió en sí. «Ya habrá tiempo para el luto de su amigo», pensó.Ahora debía cumplir sus órdenes y además cuidar de su batallón. Dispuso al tamborero acelerar el ritmo para apurar el ataque. Debían salir del alcance de la artillería, para eso lo mejor era estar debajo del ángulo en que los cañones ya no pueden acertar. Los que quedaban de su batallón se guarnecieron en la base de los muros del fuerte, en donde solo eran alcanzados por las municiones de los fusiles. Los hombres, valientes soldados al mando de don Juan Gregorio de Poblete, mantuvieron su posición a la espera de nuevas órdenes, porque franquear ese muro no sería fácil, más bien era imposible.

Los otros batallones no habían corrido mejor suerte. A decir verdad, estaban completamente destruidos. Decenas de cuerpos cubrían el campo de batalla. Miembros desperdigados por todos lados, gritos desesperados y agónicos quejidos se escuchaban en el ambiente. El horror de la guerra en su máxima expresión, frente a los ojos de los soldados y del oficial don Juan Gregorio.

Finalmente llega la orden de retirada. Cumplir con la misión terminaría de ser el suicidio que fue originalmente. Don Juan Gregorio se asegura que hasta el último hombre vivo de su batallón corra antes que él. Una vez se ha visto solo y sus camaradas en cubierto, deja el muro y retorna corriendo a su cuartel. El ataque al fuerte que defiende la plaza ha finalizado y, a pesar de la derrota que sufrieron los soldados, el regimiento, se distinguió por su valor, disciplina y honor.

Es así que en reconocimiento a su valentía y capacidad de mando en la campaña le fue concedida a don Juan Gregorio la Real Orden Carlos III, una distinción, o más bien una Orden de Caballería, que solo se entrega aquellos que han hecho grandes aportes a España. Luego, y casi en el mismo momento en que recibe este título, el héroe se entera que será padre. La dicha y alegría llenaron su corazón, todo por lo que había luchado y sacrificado se estaba confabulando a su favor y el de su amada esposa. Se dispuso partir raudamente para estar presente en el parto, quería y necesitaba estar con ella y acompañarla en el momento más feliz de su vida en común.

Durante el viaje, don Juan Gregorio comenzó a sentir los estragos sicológicos del soldado que ha vivido la batalla, del que ha visto el espanto de la guerra, la muerte de los jóvenes soldados y la de su amigo Luis de Ramírez. Intentaba llorar, pero no podía, acumulando una pena y dolor en su alma que esperaba liberar solo al estar con Josefa, su amor, su amiga eterna y pronto la madre de su primer hijo o hija, Dios lo dirá. Su espíritu se apaciguaba con solo recordar todos los momentos que desde niño compartieron, las travesuras, las correrías por la gran casona familiar, los momentos íntimos de jóvenes adolescentes y los momentos de plenitud ya siendo esposos.

A pocos días del gran acontecimiento, don Juan Gregorio arribó a la casona familiar. Lo recibieron sus padres, suegros, hermanos, cuñados, primos, en fin, toda la familia. Le dijeron que doña Josefa hace un tiempo sentía fuertes dolores de cabe za en la frente, dolor de espalda y del cuello. También malestar abdominal, en el costado derecho. El soldado corrió para estar con su amada y no la encontró bien.

Al ingresar a su habitación, doña Josefa se emocionó de verlo. Él se acercó y la abrazó tiernamente procurando usar muy poca fuerza para no hacerle daño. Le mostró unos dátiles que le había traído de regalo de Argel. Le dijo que le iban a encantar con miel. Doña Josefa rió y se emocionó, como sabiendo que nada bueno vendría en los próximos días. Su intuición de mujer estaba adelantando la tragedia, para la que don Juan Gregorio no estaba preparado. Él era un soldadoy podía lidiar con la muerte en la batalla, pero no con la de su esposa o su bebé o ambos.

La partera repetía hasta el cansancio que todo era normal, ella lo había visto una y otra vez. Ese malestar de doña Josefa era solo porque es primeriza y, como toda mujer que pare por primera vez, está nerviosa y preocupada pero que, después, casi por arte de magia, todo fluye naturalmente y luego lo único que queda es la alegría por la nueva vida que nos regala el Señor.

Esa noche don Juan Gregorio y doña Josefa durmieron juntos. Él la abrazaba y acariciaba su panza enorme con ternura mientras la alimentaba con sorbos de sopa tibia. Cada cierto rato le pasaba un paño húmedo frío por la frente para aliviar su dolor de cabeza. A veces ella se despertaba y le pedía a su esposo que le contara historias del combate. Él la hacía feliz, porque lo que contaba era muy divertido, pero mentía dejando de lado los terribles recuerdos del campo de batalla. Inventaba crónicas absolutamente ridículas, pero muy graciosas. Ella no le creía, pero se reía de buena manera, como cuando le dijo que dio una orden al revés y todo el regimiento marchó para el otro lado de la contienda y su comandante pensó que estaban desertando. En esos momentos el soldado la contemplaba reír y pensaba cuánto la amaba.

Doña Josefa lo miraba con cara tierna, pero preocupada; no por ella, sino por él. A través de sus ojos podía ver la amargura que estaba cargando, los recuerdos terribles de la guerra que en el fondo de su corazón estaban estancados, pero también veía al hombre bueno y comprometido.

A primera hora de la mañana comenzó el trabajo de parto. La partera pidió a don Juan Gregorio que saliera de la habitación. Él se negó, no dejaría sola en este momento al ser que más amaba en su vida. Colocaron en posición a doña Josefa. Semi sentada con las piernas muy abiertas, flectadas y tomadas por ella misma de las canillas. Don Juan Gregorio ya lo había visto todo en el campo de batalla, pero ver a su esposa gritando, sudando de dolor lo tenía impactado y asustado, pero mantuvo la entereza del soldado, sabía que ese era el momento de ayudar y no de entorpecer.

Se produjo una fila de mujeres que entraban y salían de la habitación con más y más paños, mientras la cabeza del bebé se asomó por fin luego de interminables contracciones. La partera tomó la cabeza y los pequeños hombros de la criatura y la giró suavemente. Así, con esta maniobra, salió expulsado del débil cuerpo de doña Josefa.

—¡Una niña! —gritó la partera

—¡Una niña! —No paraba de gritar.

Todos en la casona aplaudieron de felicidad. Don Juan Gregorio estaba feliz, pero no dejaba de mirar a su esposa. Algo no andaba bien, la sangre no se detenía. Seguía saliendo y escurriendo como si fuera una vertiente de agua imparable. La partera corrió por más paños limpios y trató de contenerla, pero nada daba resultado.

Doña Josefa hizo un ademán para que su marido se acercara. Él puso su oído a poca distancia de los labios de la mujer y escuchó, muy despacio, pero con decisión estas, sus últimas palabras:

«… mi amado Juan, prométeme que esta niña que de mi seno ha visto la luz de la vida, tú procurarás que además vea la luz del conocimiento… prométemelo, Juan, prométemelo».

Luego de decir estas pocas, pero vitales palabras que definirían el futuro de la pequeña niña recién nacida, doña Josefa, besando la

mano de don Juan Gregorio y un anillo de plata que siempre lleva en su dedo meñique,le dijo:

—Hoc est missio (esta es tu misión) —Y apuntó a la niña en su cuna.

Luego, con la mirada perdida en el infinito como si estuviera viendo algo más mientras dejaba este mundo, falleció. Su mirada era de paz, ella sabía mucho antes cuál era su destino esa mañana. Don Juan Gregorio cayó en un profundo pozo de tristeza y con un grito desgarrador dijo el nombre de su esposa una y otra vez, mientras abrazaba el cuerpo pálido, inerte y con los ojos entreabiertos de su amor eterno contra su pecho de soldado arruinado por el dolor.

La familia en la casona no podía creer lo que acababa de suceder. Aunque en aquellos tiempos la muerte de una mujer en pleno parto era bastante común, siempre la partida de alguien tan joven, bella y buena como doña Josefa era un drama. Inevitablemente, al igual que don Juan Gregorio la pregunta que se hacían era:«¿Por qué? ¿Por qué Dios se la llevaba en ese momento? ¿Por qué dejaba en la tierra a este hombre bueno solo? ¿Por qué entregaba a este mundo a una niña y la dejaba sin su madre?». Como siempre, los designios de Dios y la providencia son un misterio para el hombre común.

Pero don Juan Gregorio se negaba a aceptarlo, se negaba aceptar que su mujer, su hermosa Josefa, lo había dejado, se negaba a aceptar el destino que Dios lo obligó a enfrentar, hasta que de la nada, en este momento de total amargura colectiva, se escuchó el llanto de la bebé, la niña recién nacida que hasta ese instante todos habían olvidado y que se encontraba en la pequeña cuna preparada para ella por el tierno amor de su madre muerta.

Juan Gregorio se acercó, la tomó en brazos, la miró detenidamente y en sus ojos pequeños vio la luz de doña Josefa. Algo mágico sucedió en ese instante, algo pasó que lo calmó y alivió por un momento del dolor que le estaba partiendo el alma en mil pedazos. La pequeña bebé, con su diminuta mano, tocóla nariz de don Juan Gregorio, provocando una ternura en él que le arrugó el corazón.

—Te llamarás Catalina, como Catalina de Siena —le dijo Don Juan Gregorio a la niña—. Sí, se llamará Catalina como la Santa italiana—

gritó a toda su familia—. Y serás culta como lo fue ella, serás buena como lo fue ella, serás santa como ella.—La levantó en sus brazos en dirección al cielo ofreciéndola a Dios.

En ese momento don Juan Gregorio juró ante Dios y a sí mismo cumplir el deseo de su esposa y él, como hombre de fe y de palabra, se aseguraría de convertir a la niña en una grande de España y no escatimaría esfuerzos para que la pequeña Catalina crezca en el conocimiento y la fe.

Luego de jurarlo, don Juan no tuvo más que cumplir ese deseo, a pesar de que en aquella época era impensado o simplemente imposible que una mujer pudiera estudiar y desarrollar su intelecto.

La habitación con el cuerpo de doña Josefa comenzó a llenarse con las mujeres de la casona, todas las mujeres, no solo las de la familia, las mujeres de la cocina, de los aseos, las que trabajan en los jardines. Como en otras muertes, y desde años inmemoriales, ordenaron a los hombres que dejen libre el lugar, ellos sabían que comenzaría un momento solemne en que solo las mujeres deben participar, desde sus ancestros, desde la primera mujer de ese largo linaje, este momento se repite una y otra vez en cada muerte.

Tomaron todas las sábanas y gasas ensangrentadas y una de ellas les prendió fuego en el patio central de la casa. Desnudaron el cuerpo y lo limpiaron por completo con cremas y aceites. Lo rociaron con perfume de lavanda y envolvieron a doña Josefa en una tela de lino blanca, dejando solo el rostro a la vista. Entre cada capa del lienzo dejaron flores frescas de lavanda y entre sus manos una pequeña cruz de madera de encino.

Como un ritual escrito en alguna parte, cada una sabía lo que debía hacer y nunca se entorpecieron ni equivocaron. Las mujeres estaban en completo silencio y su expresión era de paz y tranquilidad. Colocaron el juvenil cuerpo sobre una larga mesa. El rostro de doña Josefa se veía hermoso, como si nada hubiera pasado, como si aún estuviera con ellas. Las mujeres rodearon la mesa con la bella esposa y ahora madre sobre ella. Con una de sus manos, cada una tocó adoña Josefa y con la otra se tocaron entre sí conformando una sola unidad compacta. Con las cabezas gachas, los

ojos cerrados y abstraídas del lugar, al unísono como si fueran una sola voz comenzaron a repetir una y otra vez, una y otra vez:

«Tu nobiscum es, tu nobiscum es …» (estás con nosotras)

Una gran energía invadió la habitación. Una fuerza que removió cada madera de los muebles, tablas, adobes y piedras del recinto. Don Juan Gregorio se asomó por una rendija de la puerta, él sabía que eso estaba prohibido a los hombres. Este ritual ancestral en el que solo participaban las mujeres, estaba vetado para cualquiera que no fuera una de ellas, pero don Juan Gregorio estaba desesperado, no aceptaba la muerte de su amada Josefa y menos que la enterraran sin él poder mirarla por última vez.

Deslizó unos milímetros la puerta y la pudo ver, a ella, su esposa, envuelta en ese lino blanco inmaculado con su rostro en paz y hermoso como nunca lo había visto y todas las mujeres en torno a ella repitiendo la misma frase:«Tu nobiscum es, tu nobiscum es…». Se sintió traspasar por una fuerza invisible que su ser de soldado no entendía, pero que le dio paz y tranquilidad y supo en ese instante que debía dejarla ir, partir al mas allá donde se encontrarían cuando a él también lo llame el Señor.

.

La niña Catalina fue bautizada solo un par de semanas después de su nacimiento en la Iglesia de San Nicolás. Don Juan Gregorio debía retornar a sus obligaciones en el Regimiento de Infantería Inmemorial del Rey que se estaba trasladando a Alicante a establecer su cuartel general. La pequeña quedaría al cuidado de su tía doña Isabel de Poblete, aunque en la casona contaba con muchas manos femeninas para ayudar.

Don Juan Gregorio debía partir, sentía que estaba dejando su corazón en la casona, que ya no volvería a ser el mismo de antes. Todos los afectos que tenía se habían ido con su esposa doña Josefa y, ahora, si algo había de ese amor, se quedaba con Catalina. Nunca más volvería a amar. Cumpliría su rol con la frialdad y fidelidad que se le exige al soldado, con lealtad al rey y a sus camaradas de armas, pero ya no volvería a caer en las redes del amor.¡Jamás, jamás! Repitió una y mil veces.

En la guerra, pensó, las reglas son claras: o matas o te matan; pero en la vida, en el amor no hay regla conocida, solo la muerte del alma y para eso prefiero morir junto con mi cuerpo.

Antes de partir a cumplir con sus obligaciones militares se acercó a Catalina para despedirse, ella muy pequeña lo miró y le tocó la nariz. Don Juan la abrazó con fuerza como queriendo meterla dentro de él, la niña rio y se mantuvo abrazada un largo rato hasta que él se fue. Catalina no lloró, a pesar de su corta edad entendía que las aves deben volar para ser grandes y su padre estaba en eso, comenzando un nuevo y solitario destino y ella no debía poner obstáculos.

En los años venideros don Juan Gregorio estuvo ausente por largos períodos debido a los distintos cambios de ciudad del cuartel general: Andalucía y luego Extremadura y a las exitosas campañas que el Regimiento tuvo que apoyar; la guerra con Inglaterra librada en Norteamérica y el Caribe con base en la ciudad de La Habana en Cuba, la persecución y captura de los corsarios ingleses y la recuperación de parte de La Florida. Finalmente, en1786, el ahora llamado Regimiento del Rey se establece de guarnición en Nueva España, México.

Durante estos años, la pequeña Catalina, por instrucciones de su padre, ingresa al Colegio de Nuestra Señora de Loreto en Madrid. Fundado en el siglo XVI por Felipe II, era el lugar donde se educaban preferentemente las señoritas hijas de militares beneméritos, de magistrados del reino y de empleados de la Casa Real. En aquellos años y luego de dos siglos de existencia, las materias impartidas por la institución abarcaban todas las ciencias e incluso idiomas y por supuesto una sólida formación y disciplina religiosa pareciendo casi un convento más que un colegio, satisfaciendo así todos los requisitos que su padre buscaba para la formación integral de la niña.

Catalina, a temprana edad, entendió lo que había sucedido con su madre. Sabía bien que ella había muerto en su naci miento por un parto difícil, y es que en aquellos tiempos con los conocimientos rudimentarios de la medicina no sabían, primero cómo diagnosticar ni menos tratar.

Comenzaba a darse cuenta de que el cuerpo humano estaba lleno de señales antes de manifestar enfermedades. Observó que la alimentación era un factor que incidía en la salud de las personas. Por ejemplo, hombres de campo que tenían una alimentación en base a vegetales rara vez tenían gota; en cambio los nobles, que se alimentaban de mucha carne y además de caza, padecían con frecuencia gota, un mal inmovilizador en esos años, por lo que se esmeró en contar con un huerto con vegetales para toda la familia en la casona. En su hogar al menos la gota no existía.

Catalina se acercaba a los doce años y comenzó a observar los cambios en su cuerpo que la estaban llevando al umbral del paso de niña a mujer. Se dio cuenta de que el cuerpo incluso da señales para esta etapa; al sentir los primeros dolores premenstruales supo de inmediato que le estaba entregando esta vez a ella una señal. Su tía Isabel, que hasta la fecha cumple el rol de madre y tutora, ya le había hablado de lo que le sucedería. Le había descrito la menstruación con la mayor naturalidad, a diferencia de algunas religiosas del colegio que, o no hablaban sobre el tema o lo tildaban de pecaminoso.

El día en que Catalina amanece con sangre en sus sábanas, abundante sangre, no se asusta, porque ya sabía que eso sucedería. Su cuerpo le advirtió con los dolores previos y su tía Isabel también. Cuando avisó esta gran noticia, todas las mujeres de la casona entraron en su habitación, la desnudaron, la limpiaron, la lavaron y la vistieron con una túnica de lino blanca. Cepillaron su hermoso cabello rojizo, la mimaron con cremas y la perfumaron con lavanda. Le entregaron una pequeña cajita de madera de encino con una cantidad de gasas muy limpias y ordenadas, con flores de lavanda en su interior, para absorber el flujo menstrual.

La sentaron en una silla en medio de la habitación, todas muy sonrientes y contentas la rodearon y de un momento a otro callaron. Su tía Isabel se acerca, le toma las manos, la mira a los ojos y le dice en un latín perfecto.

—Tu nobiscum es ad aeternam, nolens volens (estás con nosotras para la eternidad, lo quieras o no).

Catalina ya hablaba la antigua lengua de los eruditos, la había estudiado prácticamente sola. Se puso de pie, miró con ternura a Isabel y a cada una de las mujeres en la habitación y respondió sin pensarlo dos veces:

—Et accipiam eas in aeternum (yo las llevaré a la eternidad).

Todas entendían el latín y no hubo lugar a dudas. Catalina se alzaba como la primera de esta sociedad ancestral de mujeres, creada por quién sabe quién y quién sabe cuándo, que generación tras generación se habían apoyado unas a otras frente a la soledad, el martirio, el abuso de una sociedad dirigida por y para los hombres. Todas vieron en esta adolescente la continuación de su cofradía y la seguridad de las muchas mujeres que ella, Catalina, tocará en el futuro.

Al escucharla decir esas palabras todas se acercaron, la abrazaron, le besaron la frente y le dieron la bienvenida a esta su nueva etapa de mujer y de ser parte de este grupo maravilloso de mujeres con el que siempre podrá contar. Pero Catalina sabía bien qué es lo que ella quería, qué es lo que a ella la motiva para seguir estudiando y aprendiendo, entender la muerte de su madre Josefa, entender qué ocurre en el cuerpode la mujer cuando se enfrenta al parto; por último, porqué Dios les entregó tan sublime don, el de ser madres y las castigó con tanta furia a la vez.

Las religiosas, que eran las docentes del establecimiento para niñas, descubrieron en Catalina una inteligencia fuera de lo común. A su velocidad de aprendizaje, nunca antes vista por ellas, se sumaba una capacidad ilimitada de estudio y lectura. Contaba con una disciplina rigurosa haciendo innecesario inculcarla en ella, pues pareciera que hubiera nacido así. Estos dones permitieron que la jovencita de cabellos rojizos y ojos azules cursara dos, incluso tres años en uno solo, terminando el plan completo de estudios con distinción máxima con apenas doce años de edad.

La superiora del colegio escribió una carta a don Juan Gre gorio, alertándole de que la niña debía continuar sus estudios universitarios a la brevedad, pues consideraba ella que sería un gran error para Catalina detener allí su formación.

«Estamos frente a un ser excepcional que, bien guiada por las personas correctas, podrá cambiar el mundo, y no exagero, mi señor, cuando le digo que Catalina cuenta con todos los dones que Dios puede entregar».

Don Juan Gregorio de Poblete, Capitán de Infantería, hijo segundo de una larga familia de militares cercanos a la casa real, veía en su hija Catalina a su esposa; hermosa, sencilla, inteligente de sobremanera. Aunque su memoria lo conmocionaba permanentemente recordando el momento trágico en que partió, no lograba resistirse al encanto de la niña.

El profundo amor que sentía por su amada fallecida y la pequeña Catalina solo era igualable a su fe en Dios. Fue esta misma pasión y compromiso con su esposa el que llevó a don Juan a la mayor de las promesas que jamás haría en su vida cuando ella le dijo «… procurarás que además vea la luz del conocimiento…», haciéndole jurar en su lecho de muerte que cumpliría la misión de educar a su hija «Hoc est missio (esta es tu misión)».

Y ahora, con la advertencia de la superiora del Colegio de Nuestra Señora de Loreto, había llegado el momento de llevar a Catalina a donde obtendría la mejor educación universitaria de España, y tal vez del mundo, la ciudad de Salamanca y su reconocida universidad, la de Fray Luis de León, el gran teólogo, poeta, astrónomo, humanista y religioso agustino del siglo XVI y, por supuesto, catedrático de la universidad.

Es así como aprovechando su cercanía a la corte imperial y su calidad de Caballero de la Real Orden de Carlos III, solicitó el traslado a la ciudad de Salamanca, en donde él sabía que podría de alguna forma facilitar la educación de la pequeña Catalina, siendo esta universidad en el reinado de dicho rey la única que impuso su propio plan de estudios, a pesar de las reformas que el rey estaba impulsando sobre las demás instituciones. Por esta razón, don Juan Gregorio, quien además era cercano a Diego Muñoz Torrero, importante intelectual, académico y nuevo rector, creyó que en esa ciudad y universidad podría cumplir la promesa hecha a su amada esposa fallecida.

Don Juan Gregorio y Catalina llegan a la ciudad de Salamanca una calurosa tarde de agosto de 1789. Inmediatamente se reúne con su amigo Diego Muñoz Torrero, a quien ya había escrito su intención de presentarle a su hija para postularla a la Universidad de Salamanca. La niña había tenido una sólida formación en Madrid en el Colegio de Nuestra Señora de Loreto. Catalina venía acompañada de cartas credenciales que describían su inteligencia excepcional, inigualable velocidad de aprendizaje, razonamiento lógico propio de los hombres (era lo que decía la carta), se destacaban todas sus virtudes cristianas: piadosa, generosa, humilde, sencilla, temerosa de Dios y la Iglesia. Para terminar con un párrafo firmado por las religiosas y educadoras del colegio.

«La niña Catalina de Poblete tiene dones que solo el Señor pudo haber entregado en tanta demasía en una sola persona. Está claro que Dios busca en este siervo completar su obra en la humanidad».

Toda la carta dejaba entrever que, de alguna manera, Catalina podría ser futura santa de la iglesia, tal vez como Santa Teresa de Ávila, que el siglo anterior fuera canonizada, reconociendo no solo sus virtudes excepcionales religiosas, sino que su intelectualidad produjo cambios profundos en la Iglesia.

Muñoz Torreros, al leer esta recomendación, casi cayó al suelo.Nunca había recibido algo tan directo y claro respecto de un postulante a la universidad. En su fuero interno pensó que él no podría poner obstáculos a la obra de Dios… ¡quién era para hacerlo! Un simple rector de una de las universidades más importantes del mundo. Esta visión de los demás respecto de Catalina la acompañaría el resto de su vida. De esta manera, Catalina de Poblete, la ya jovencita de trece años, ingresa a la Universidad de Salamanca a completar su formación en Medicina.

Don Juan Gregorio debía seguir cumpliendo sus obligaciones, ahora como Capitán del Regimiento Inmemorial del Rey, por lo que decidió dejar a Catalina en el Monasterio de la Anunciación, conocido como el Convento de las Úrsulas, a cargo de las religiosas, entendiendo que entre mujeres ella estaría mejor

A sus estudios universitarios se le sumaría una profunda formación teológica a cargo de las monjas profundizando en el amor

a Cristo, la pobreza, la vida sencilla de un claustro, el rigor, la contemplación, la disciplina y la obediencia. Se convirtió en novicia franciscana.

La Universidad de Salamanca en el siglo XVIII era solo dominada por hombres. Las mujeres se podían formar exclusivamente en los conventos o colegios religiosos para señoritas, aunque unos siglos antes la casa de estudios había recibido en sus aulas al menos a dos mujeres. Una fue Beatriz Galindo, que se convirtió en maestra de la reina Isabel la Católica y de sus hijos; sin embargo no sería hasta fines del siglo XIX que se incorporaran mujeres a sus cátedras.

Para doña Catalina no fue fácil ser parte del alumnado de la universidad. El mundo de hombres hecho para hombres, pese a que no le intimidaba, sí había hechos objetivos; ella era mujer, más bien pequeña y de un hermoso rostro, lo que a los hombres provoca «distracción», como si fuera responsabilidad de las mujeres ser bellas. Por otro lado, era brillante, todaslas materias las absorbía como si fuera una esponja y eso no gustaba a los hombres.Ser superados por una mujer que es casi una niña se consideraba un insulto.

Para resolver el problema, un catedrático muy ingenioso, de acuerdo con doña Catalina, dijo que la novicia había hecho un voto de silencio, es decir, no puede conversar con nadie y que aquellos exámenes que fueran orales, los daría frente a una comisión en privado, justamente para respetar la promesa de completo mutismo. Lo malo de esta solución es que en el convento debían hacer turnos para recibir a Catalina luego de su horario de universidad porque no dejaba de hablar. «Imagínense», les decía la superiora a las religiosas«¡todo el día sin poder hablar! Pobre niña, así que ¿a quién le toca hoy conversar con ella?».

La biblioteca de la universidad había recibido a fines de 1787 los libros malamente heredados de la orden de los jesuitas, expulsados de las monarquías católicas de Europa y España en particular, llenándose de nuevos volúmenes repletos de cultura e información para el beneplácito de la casa de estudios.

De alguna manera, la pequeña Catalina de Poblete lograba escabullirse por los pasillos de la universidad para conocer esos

libros, leerlos y devorarlos como quien, muerto de hambre, encuentra un banquete en la soledad del desierto. Tal vez incluso el propio espíritu de Fray Luis de León la guiaba en sus excursiones intelectuales.

Hubo siempre para ella un espacio especial. Un lugar donde entendió que si aprendía sus secretos, podría lograr la sanación universal y tal vez descubrir un remedio para que las mujeres no vuelvan a morir en el parto, como le sucedió a su madre.

El herbario, el incipiente herbario de la Universidad de Salamanca, atrajo parte importante de su tiempo. Allí se hizo las preguntas más trascendentales y comenzó a descubrir que la naturaleza provee lo necesario para sanar las enfermedades o incluso matar. Descubrió dónde está el verdadero poder de su futuro oficio,«en la naturaleza,en las plantas y las hierbas que crecen en la tierra», se dijo.

La pequeña Catalina, hija de hidalgos y nobleza de segunda línea, se destacaba por su personalidad inquieta y un intelecto especialmente abrumador heredado de su madre. Sin saberlo, era una privilegiada damita entre sus pares, ya que se le permitía recorrer a sus anchas los pasillos y biblioteca de la universidad.

Todos conocían su triste historia, pero también la visión de las religiosas de Madrid. Como además para la época el intelecto de una mujer no era más que un pasatiempo, tampoco percibíanen ella alguna amenaza. Catalina, en miles de horas de lectura, adquirió conocimientos en diversas áreas. El nuevo plan de estudios implementado por la universidad en 1766 en la facultad de medicina incluyó materias como biología, anatomía, química y matemáticas. Estos conocimientos fueron reforzados por tutores e intelectuales de la propia institución que descubrieron en ella, al igual que las monjas de Madrid, una inteligencia única.

Catalina, con apenas 19 años, en el año del señor de 1795, es certificada con el grado académico de médico. Un logro excepcional a su corta edad incluso si fuera hombre. Lamentablemente nunca recibirá las acreditaciones necesarias para ejercer, por su condición de mujer.

Salvo unos pocos en la universidad que se opusieron, hubo muchos ilustrados que estuvieron dispuestos a respaldar sus resultados académicos y otorgarle la certificación. Aunque pensaron que no será más que un juego, porque una mujer nunca podrá ejercer considerando las obligaciones como esposa y madre que, prontamente, Catalina debiera asumir. Aun así, algunos tuvieron la idea que la Universidad de Salamanca se podría destacar como la primera en otorgar un título de Medicina a una mujer en Europa, incluso la cercanía del nuevo siglo podría ser una buena razón para anunciarlo. Pero el mundo de los hombres pudo más y se decidió que, mientras tanto, se mantendría en la informalidad.

Catalina sabe que cumplió con todo lo exigido para ser médico y eso a ella le bastaba. En una sencilla y solitaria ceremonia, la hermosa joven vestida con el hábito de novicia del Convento de las Úrsulas es reconocida, mas no formalizada, como Doctora en Ciencias Médicas.

Mientras Doña Catalina iba creciendo y estudiando, los conocimientos de la universidad se iban entrelazando con las tareas del convento. En el trabajo de la tierra, que es parte importante de las labores diarias de las religiosas, Catalina aprendió y mejoró las técnicas necesarias para cultivar y secar las hierbas medicinales que conoció en los libros en el herbario de la universidad, perfeccionó las infusiones de las mismas hierbas en las labores de cocina del convento, aprendió lo importante de la limpieza, que hoy conocemos como higiene, en las habitaciones y espacios de uso diario. Entendió con claridad los ciclos femeninos y terminó convenciendo a las religiosas de que la menstruación es propia del ser mujer, o hembra en el caso del reino animal, y que Dios la puso allí por alguna razón. Con la ayuda y la forja de Rugerio, el mozo de las caballerizas del convento, inventaron nuevo instrumental médico para distintos procedimientos y casos con los que se comenzó a encontrar en su experiencia médica. Así mismo Catalina elaboró un recetario de infusiones de hierbas para las hermanas, de modo que si ella no estaba, sabrían cómo prepararlas y su uso sobre todo aquellas infusiones para aliviar el dolor.

Catalina se formó como médico, pero más importante fue su curiosidad que la llevó a convertirse además en científica, experimentando con los conocimientos formales para mejorar o inventar nuevos medicamentos, técnicas o instrumentos; eso sí, que la madre superiora le prohibió compartir estos descubrimientos con los hombres y por su propia seguridad le dijo:

«Los hombres no entenderán que una mujer los supere y, frente a la ignorancia, el poder y la fuerza bruta, mi niña Catalina, las mujeres no valemos más que un grano de trigo para ellos».

Fueron las hierbas su mayor pasión. Descubrir que la naturaleza entrega remedios únicos para cada dolencia, aliviando las enfermedades y el mal, no solo físico, sino que también del alma y el espíritu, era para ella el mayor regalo que Dios podía haber puesto sobre la tierra.

Los aventureros de ultramar, que por esos años eran muchos, trajeron miles y miles de plantas, semillas, hojas y todo tipo de especies vegetales para comerciar y llenar los herbarios de toda Europa. Catalina no quería quedar fuera y permanecer solo como un testigo de estos tesoros naturales y de sus usos. Los contactos de su padre don Juan Gregorio con la Real Armada, le permitieron llenar su propio herbario de las más exóticas y únicas muestras de la flora mundial. Hubo una en especial que siempre la cautivó por el gran poder tranquilizante que tenía sobre las personas.

Un día recibió de un marino proveniente de las costas del este del Mediterráneo unas semillas de una planta llamada la «adormidera», de la que escurre una pasta blanca gomosa al hacer cortes superficiales en su fruto. Esta pasta provoca un efecto de adormecimiento de todo el cuerpo, una sensación placentera y de mucho relajo a quien la consume. Catalina vio en esta planta la gran solución para aliviar los dolores provo cados por las enfermedades incurables, que en esos tiempos eran la mayoría.

Cuando ella observaba que la muerte era inevitable o cercana en un paciente, una pequeña dosis de esa pasta mágica lograba sumir en un profundo y tranquilizador sueño al afectado, de manera que su paso al más allá era en un completo estado de sopor e inconsciencia. Observó también que, dependiendo de la dosis, esta

misma pasta se convertía en un veneno poderoso, pues el relajo que provocaba era de tal magnitud que el corazón dejaba de funcionar. Para Catalina, facilitar así la muerte era un acto piadoso de parte de ella y del propio Jesús y se juró que jamás compartiría el secreto del cultivo de esta planta ni con sus hermanas religiosas ni con los hombres,«¡jamás!».

Catalina comenzó a entender su rol en este mundo. Un rol que pensó se lo había asignado el propio Jesús, ocuparse de la salud de los más necesitados, de aquellos abandonados por la estricta sociedad de su época. No podía ser otro su destino, de lo contrario ¿porqué Dios le habría dotado de tal intelecto e inteligencia? y tal vez incluso más importante, ¿porqué Dios le habría de mostrar el camino del conocimiento y de la fe sino fuera para hacer obras en su nombre? Y ¿por qué le entregó el poder sobre la vida y la muerte?

Cada día se convencía más de su mandato esculpido en piedra no solo por su propio esfuerzo y dedicación, sino que además y por sobretodo preparado por Dios. Esta idea la abrumaba por que sabía que tendría que renunciar a todo para cumplir con su fin y que su vida no sería suficiente para lograrlo. Se aseguraría que nadie, simplemente nadie «se interpondrá en mi destino», doña Catalina lo repetía a sí misma como si fuera un mantra.

En el convento las religiosas fueron su consuelo y apoyo. Ellas sabían que Catalina era una niña especial y que Dios se las había entregado a su cuidado, no para dejarla detrás del claustro, no, Dios la entregó para que ellas la entreguen a la humanidad.

La fama de Catalina como sanadora y curadora crecía día a día. Los habitantes de Salamanca no dejaban de hablar de esta mujer mágica, pequeña y hermosa que, con una gran caja de madera colgada a su espalda con hierbas, ungüentos, polvos, gasas e instrumentos, meticulosamente ordenados y etiquetados en pequeños cajones con todo lo necesario para llevar adelante su trabajo, recorría caminos, villas y caseríos. Ella, vestida con su hábito de novicia de las monjas Úrsulas, acudía donde fuera necesario para cumplir con su mandato divino: sanar a quien lo solicite sin importar que tan rico o pobre fuera.

Catalina era feliz con lo que hacía; salvar vidas, aliviar al enfermo, reconfortar en el dolor, pese a que la muerte de su madre en el parto era una carga permanente. Se había jurado descubrir las técnicas para salvar a las mujeres en la tarea más riesgosa que Dios impuso solo en ellas: el parto. Ese instante en que debiera ser de máxima felicidad, en cambio, era de mucho dolor y pánico. A su corta edad había tenido que ver partir muchas mujeres y sus bebés a pesar de no escatimar en esfuerzos cuando las asistía. Detener las inesperadas hemorragias que en solo segundos roban el alma de la mujer parturienta ha sido su mayor reto y a la vez la complicación que más ha estudiado, sin lograr resolverla aún.

Catalina recorría todo Salamanca sanando, salvando y consolando sin entender mucho el porqué tenía todos estos dones, ¿porqué ella? se preguntaba. ¿Qué había hecho para merecerlo? y al mismo tiempo, ¿porqué no podía compartir esto con su madre?, ¿por qué Dios le dio tanto y le quitó tanto a la vez? Estas dudas aparecían en su cabeza cada vez con mayor frecuencia haciendo que a veces dudara incluso de su destino.

En ciertos momentos, Catalina entraba en una profunda reflexión de ella misma, su vida, su fin, para luego volver a retomar lo que más llenaba su corazón, sanar, curar, salvar vidas en toda España y también enseñar a las mujeres todos sus conocimientos. Tal vez por eso siempre disfrutaba tanto la compañía de su amiga, la novicia doña Bernarda de Salvatierra.

Doña Bernarda era una joven noble de una de las casas más antiguas de la región, el condado de Salvatierra. Sus antepasados fueron miembros de la milicia cercanos a reyes, conociéndose su historial al menos desde el siglo XII. Una familia piadosa, con una fuerte fe en Dios y la Iglesia, amante de su hija Bernarda quien, siguiendo su vocación, decidió ingresar al Convento de las Úrsulas en Salamanca.

Catalina y Bernarda tenían la misma edad y fueron consagradas juntas como novicias. Entre ellas se creó un fuerte vínculo, porque compartían una misma dolorosa historia: sus madres habían fallecido en el momento del parto. Esta trágica coincidencia las unió de inmediato y por fin Catalina pudo compartir muchos sentimientos

acumulados por años en su corazón, con alguien que la entendía tanto como ella misma. A partir de ese instante se propuso enseñarle todo sobre medicina, todo lo que ella había aprendido en años de estudio y práctica; a partir de ese instante la hizo su alumna y aun cuando eran de la misma edad, se convirtió en su protectora.

Para el convento era una preocupación las salidas de Catalina, primero a la universidad en su tiempo de formación y estudios y luego a las calles, caminos y visitas a los hogares de los parroquianos a cumplir con su deber sanador. Entendían y estaban convencidas que algo en ella debía provenir de Dios… y ¡quiénes eran ellas!, las monjas, como para intervenir en los planes del Señor. Es así como decidieron que Catalina estuviera siempre acompañada de dos personas en sus salidas: Bernarda, su amiga y discípula y el mozo de los establos, Rugerio.

En un primer momento la familia de Bernarda se opuso, pero los ojos de su padre el señor conde, solo eran para Bernarda y nunca la contradecía y no sería este el momento de ha cerlo, aunque secretamente y cumpliendo con sus obligaciones en especial con el difunto rey Felipe V quien le había otorgado el título, solicitó a la superiora que en caso de ser descubiertas sería una vergüenza para la noble familia que su hija estuviera relacionada con esas tareas; por lo tanto jamás ella debía revelar el nombre y menos el origen de su hija Bernarda. Esto implicaba que Bernarda podría simplemente desaparecer del libro de familia de la iglesia del condado, como si nunca hubiera existido su nacimiento ni su historia.

Catalina regaló a Bernarda un cuaderno para que registrara las visitas a los pacientes: el nombre, la afección, el diagnóstico, fecha de la visita y tratamiento. Si bien la idea era que la aprendiz adquiera con esos registros los conocimientos necesarios para su propia práctica médica, ese cuaderno y los muchos que siguieron, se convirtieron en verdaderas fichas de los pacientes.

Bernarda, siendo muy meticulosa, ordenada y observadora, registraba cada detalle de las salidas: los pacientes, conversaciones de Catalina con ellos, las conversaciones entre ellas, tanto en el terreno como en el convento. Describía las expresiones de alivio de

los sanados y de sus familias. La inmensa felicidad de su mentora al ver todo el bien producido como instrumento de Dios.

Los cuadernos de Bernarda se convirtieron en una completa bitácora de la vida de Catalina, como si la autora supiera que estos mismos documentos, en un futuro lejano, serían determinantes para con la misma Catalina de Poblete y la Iglesia.

Don Juan Gregorio sentía que su promesa no estaba del todo cumplida. Si bien Catalina, su hija, se había formado y ostentaba los conocimientos suficientes como para ejercer la medicina, lo que de hecho hacía, pero de una forma casi clandestina, veía que el futuro de ella era más bien incierto en la España de fines del siglo XVIII, por lo que decide como buen hidalgo de la época aceptar el encargo de incorporarse a las huestes reales en un lejano territorio de las Américas, muy lejano, el reino de Chile. En aquella época un viaje tan largo no solo no era recomendable, sino altamente probable de que nunca llegaran a destino.

La noticia para Catalina fue un duro golpe, no lograba aceptar que en España no pudiera ayudar a los demás con todos los conocimientos que ella había adquirido, aunque le quedaba el consuelo de todo lo que enseñó a Bernarda y Rugerio y se aseguraría de que ambos siguieran con sus salidas médicas. Bernarda y su posición noble podrían influir en las cortes para que la acepten como sanadora y así extender también el conocimiento recibido de ella. «Eso haré» se dijo a sí misma. Tal vez Dios le estaba entregando una oportunidad. Podría expandir sus servicios al confín del mundo, pero a la vez dejar una siembra fuerte a través de sus amigos. Catalina entendió entonces que ella es solo un instrumento, un apóstol de los designios de Jesús su señor y que todo lo demás se acomodaría según avance en su cometido. La Providencia será su aliada en esta nueva etapa.

A medida que avanzaban las semanas y se acercaba la fecha de la partida, Catalina soñaba con el nuevo mundo y la infinidad de hierbas que podría agregar a su colección y tal vez incluso crear un dispensario en donde las personas podrán acceder a todas las infusiones. Ya la noticia inicial de su partida al lejano reino de Chile dejó de ser un motivo de preocupación para ella; por el contrario,

comenzaba a soñar con estas nuevas tierras y todas las cosas que iba a hacer en beneficio de las comunidades que allí se encuentran. Entendía que Dios la estaba lanzando al otro lado del mundo porque allí es donde más se le necesitaba.

El tiempo de espera le permitió a Catalina profundizar su amistad con Bernarda y consolarla una y otra vez, pues la joven, a diferencia de Catalina, era muy sensible a todo lo que sucedía a su alrededor. La partida de su mentora y protectora se estaba convirtiendo para ella en un drama mayor, pero Catalina sabía contenerla y entregarle el afecto que era necesario darle para alentarla también a su nuevo futuro, estar a cargo de las visitas médicas.

—Bernarda, te he preparado lo suficiente como para que tomes mi lugar y hagas lo que Dios nos pide… ayudar a los enfermos en su sufrimiento y aliviarlos…¿No es acaso eso lo importante, Bernarda? ¿No es acaso tu vocación y felicidad cumplir con ese mandato que Dios nos invitó a hacer y convertirlo en nuestro propio mandato? — le decía una y otra vez Catalina.

Bernarda no opinaba igual No lograba entender esta necesidad de partir al nuevo continente con todos los peligros que ello implicaba y que obsesionaba a Catalina. No se imaginaba separada por medio mundo de su amiga, maestra, confidente y amante. Sí, amante, porque entre ambas se había creado un vínculo único que inició en la misma historia de sus nacimientos, en la misma historia de mujer, en la misma historia de consagradas a Dios. Ellas descubrieron el amor prohibido en todas las lenguas y naciones del mundo conocido, compartieron los momentos íntimos, se descubrieron en las frías noches de invierno de Salamanca y se amaron incontables veces. Se arrepentían y volvían a caer, una y otra vez. Se preguntaban si se irían al infierno por este amor de naturaleza demoníaca, pero tampoco les asustaba, lo que ellas tenían era por mucho más fuerte que el mismo fuego eterno.

¿Cambiará alguna vez la historia para ellas? ¿Será posible que la rígida sociedad de siglo XVIII en un futuro las acepte?

Capítulo 3. Monasterio de Nuestra Señora de Salamanca

Larry Mejías, el afamado periodista de guerra de la United Press International (UPI) fue destinado a cubrir el conflicto en los Balcanes, específicamente Bosnia y Herzegovina. Las noticias que estaban llegando daban cuenta de una campaña sistemática de terror, asesinatos y violaciones por parte de las fuerzas serbias en contra de la población civil.

Como siempre, lo acompañaría su gran amigo y camarógrafo, Luis Fernández o Luchín, como todo el mundo lo llamaba.

Larry y Luchín se conocieron en Nueva York, cuando el camarógrafo logró ser becario en la UPI luego de sus estudios en Chile.

—¡Bienvenido, por fin un chileno más en estas oficinas! —le gritó Larry a Luchín cuando lo vio por primera vez en las oficinas de UPI.

—Hola, soy Larry Mejías, pero tú me puedes decir… Larry.—Y le extendió la mano para saludarlo.

—Hola, Larry. ¡Claro que sé quién eres tú! —le respondió Luchín apretándole la mano con un efusivo saludo—. Te he visto en muchos reportajes de guerra, soy tu admirador número uno, me llamo Luis Fernández.

—Y cómo te dicen… ¿Luchín? —Se rió Larry.

—Sí. Me dicen Luchín —lo dijo con un poco de vergüenza.

—Jajaja, bueno de ahora en adelante, eres… ¡Luchín! —Y dirigiéndose a todo el piso lleno de periodistas redactores, editores, jefes, fotógrafos, es decir, repleto, Larry grita—:¡Ya no soy el único chileno aquí, les presento al reportero gráfico número uno de mi país, Luchín!

Hubo una risa generalizada, pero al mismo tiempo todos, uno por uno, fueron a dar la bienvenida a Luchín con mucho cariño y respeto, por lo que a partir de ese instante se sintió como en casa.

—Espero, mi amigo Luchín, que estés listo —le dijo Larry.

—¿Listo para qué? —consultó Luchín.

—¡Nos vamos de viaje!

—¿A dónde?

—Panamá, a entrevistar a Manuel Noriega, mira que tiene que dar hartas explicaciones por todo lo que hemos sabido de las drogas que pasan por sus aeropuertos.

—¿En serio?... ¡Vamos!

Desde ese primer trabajo en 1989 los periodistas nunca más se separaron. Ambos adoraban su profesión de alto riesgo como corresponsales de guerra. Reportearon juntos desde distintas zonas de conflicto; en Centro América, África y Medio Oriente. Tentaron la suerte muchas veces, ellos lo sabían y tal vez por eso evitaron casarse ni menos tener hijos.

Antes de partir a cualquier trabajo en el exterior, se reunían si

empre en Miami con otros chilenos amigos y el hermano de Larry, el afamado conductor de la televisión latina Marc Mejías, más conocido por su nombre artístico Marc Star. Esta vez se encontraron en un conocido bar de la ciudad. Mientras compartían algunas copas, Larry le comentó a su hermano que partirían a Bosnia y Herzegovina al día siguiente en la noche. Marc se preocupó, tenía contactos internacionales que ya le habían dicho lo grave de la situación allá.

—Muchachos —les dijo Marc Mejías.

—Por favor, tengan cuidado. La cosa por esa zona está muy mal. Nadie entiende mucho de qué lado están unos y otros. Los acuerdos de paz no se cumplen.¡Me han dicho que hay oficiales que matan por placer! Por favor, no hagan ninguna estupidez.

—Tranquilo, Marc—le dijo Larry a su hermano.

—Sabes que somos muy cuidadosos—continuó Larry.

—Lo sé, hermano, y Luchín, por favor, cuida a este demente.

—Claro que sí, Marc, tranquilo, que no vamos a hacer ninguna locura —respondió Luchín.

Y se despidieron.

A la tarde siguiente, de vuelta en Nueva York, prepararon sus equipajes. La ropa militar color caqui, muchos calcetines, las botas de guerra y, por supuesto, lo más importante, el casco y chaleco

antibalas de color azul con la etiqueta «PRESS» muy grande con letras rojas sobre fondo blanco y, aunque les daría calor utilizar las pesadas prendas protectoras, es fundamental llevarlas consigo.

Había llegado el mes dejulio de ese año de 1995 y la ciudad estaba empezando a tener altas temperaturas. Se preguntaron si en los Balcanes sería igual, por eso mejor previnieron, llevando también una muda de ropa de invierno.

Luchín, por su parte, estaba emocionado, porque llevaría su primera cámara digital lanzada justo un par de meses antes. Permite grabar todo en un pequeño casete logrando una grabación de mayor calidad y haciendo más eficiente el trabajo de edición y envío del material.

Esta vez los amigos volarían en un avión militar de los Cascos Azules de las Naciones Unidas junto a otros corresponsales. La intención era llegar a la zona segura de Srebrenica en el territorio Bosnio casi en la frontera con Serbia. Reportearían las condiciones de vida de una población de unos 50.000 civiles: mujeres, niños y ancianos refugiados en muy malas condiciones, todo de bido al bloqueo al que estaban sometidos los convoyes de ayuda humanitaria que transportan medicinas, alimentos y vestuario.

Existía un acuerdo de desarme o desmilitarización que, sumado a los 600 Cascos Azules permanentes, daba tranquilidad a los refugiados y al mundo de que nada sucedería en esa zona, pero Larry y Luchín sabían que ninguna zona en conflicto es segura.

El viaje estuvo mejor que muchos otros que habían hecho en distintos escenarios de guerra, a pesar de ser un avión de transporte militar. Apenas arribaron, todos fueron conducidos al cuartel general de los Cascos Azules en las fábricas de Potoari en las afueras de Srebrenica. Los guiaron hasta un gran salón donde había una mesa larga con café y alimentos. Se observaban sillas ordenadas como formando un auditorio.Al frente, un micrófono instalado sobre un podio de madera y un proyector iluminando la pared con el logo celeste y blanco de las Naciones Unidades. Al centro, en el muro, colgada la bandera de Países Bajos, cuyo batallón el Dutchbat estaba a cargo desde 1992 en Srebrenica.

Ingresó al salón el comandante teniente coronel Thom Karremans de las Fuerzas Armadas de Países Bajos junto a su estado mayor: dos oficiales hombres y una oficial mujer. Se dirigió al podio y en un inglés perfecto solicitó tomar asiento a todos los reporteros para dirigirles algunas palabras.

—Estimados amigos de la prensa internacional, mi nombre es Thom Karremans y soy el comandante de esta unidad, a mi lado los oficiales de mi estado mayor. —En ese momento los tres oficiales hacen el saludo militar. Luchín, instintivamente, comienza a grabar con su nueva cámara digital—. Quisiera darles la bienvenida como se merecen, pero estamos en una situación crítica.—Miraba atentamente a cada uno de los reporteros—. Les voy a pedir que no graben ahora. Al finalizar podrán hacerlo y además responderé todas las preguntas.—Miró a Luchín, que dejó de grabar y continuó con su presentación—. Las fuerzas del General Ratko Mladić tienen virtualmente sitiada la zona por lo que, como ustedes saben, no hay abastecimiento de los más mínimos enseres para la población ni menos para los refugiados.—Hizo una pausa, como no queriendo dar malas noticias, pero que debía hacerlo—. Temo que estemos en un riesgo inminente de que las fuerzas enemigas penetren la frontera y no tengamos la capacidad para hacerles frente. La información de inteligencia con que contamos hoy nos dice que nos superan en número y armamento.

De inmediato comenzaron a hacer preguntas los distintos reporteros incluido Larry.

—Por favor, mantengan la calma —dijo el comandante levantando las manos con las palmas abiertas en señal de ruego—. En esta ubicación estamos seguros y es por eso que les solicitamos no salir ni alejarse más allá de las zonas que están protegidas por los Cascos Azules, de lo contario no podremos garantizar su seguridad.

Larry no pudo contenerse e interpeló rápidamente al oficial.

—Coronel ¿qué quiere decir con inminente, que va a suceder sí o sí?

—Así es, si es que ya no está sucediendo—afirmó el comandante.

Un aire frío circuló por toda la sala, no era lo que los reporteros esperaban. «¡Era un viaje para entrevistar refugiados, por dios! Pero estamos en una zona que será invadida por fuerzas superiores en número y capacidad bélica», este pensamiento cruzaba por las cabezas de estos profesionales.

—Pero, comandante, aquí los Cascos Azules cuentan con 600 efectivos ¿O no? —preguntó otro reportero.

—No, contamos con 400 y créame que no es suficiente como para proteger a la población ni a los refugiados, por esto mismo he solicitado refuerzos a las Naciones Unidas.

—Y ¿qué ha dicho Naciones Unidas?—inquirió otro corresponsal.

—Aún no tenemos la respuesta—respondió el oficial.

Todos los presentes comenzaron a hablar entre ellos, tratando de entender en lo que se habían metido y preguntándose cómo no les habían dicho antes de subirse al transporte militar la situación real del puesto de los Cascos Azules en esa ciudad. Larry y Luchín se preocuparon, pero más por sus familias en Estados Unidos y Chile, porque sabían que esta vez la situación era de las más peligrosas.

—Comandante —insistió Larry—. ¿Qué nos quiere decir con que no nos alejemos de la protección de ustedes? ¿Significa que no puede garantizar nuestra seguridad?

—El desabastecimiento ha afectado incluso a nuestras fuerzas de paz. Estamos escasos de municiones y combustible, lo que nos impide utilizar nuestros elementos motorizados obligándonos a efectuar nuestras rondas a pie —detalló el comandante.

—Lo que me está diciendo es que ¿estamos literalmente inmovilizados? —insistió Larry.

—No. Lo que quiero decir es que en la medida que se encuentren en la zona protegida por Naciones Unidas, su integridad no correrá peligro.

—Ok. Comandante creo que nos ha quedado claro a todos.—Los demás reporteros y civiles presentes asintieron con la cabeza.

Larry tenía muchos años de experiencia y había creado redes de contacto en el mundo entero. Uno de ellos contrató un guía/traductor desde Nueva York para que los acompañara a él y a

Luchín en su recorrido por la ciudad y, en lo posible, por los suburbios.

Habían acordado de juntarse en la mañana del 10 de julio para ir directo a la zona de los refugiados y captar allí la situación. A las ocho en punto Larry y Luchín fueron a reunirse con su guía en el lugar acordado, la sorpresa fue grande cuando se encuentran con una mujer. Se presentó como Jelena. Les dijo que las fuerzas enemigas ya habían penetrado la ciudad y que los Cascos Azules lo sabían, pero no estaban dispuestos a entrar en batalla.

Jelena los llevó a un lugar alto desde donde pudieron ver el VRS (Ejército de los Serbios de Bosnia) tomando la ciudad. Luchín no dejaba de grabar. Se movieron rápidamente a otro sector, allí Larry pudo tomar el micrófono y describir la situación. Miles de refugiados se lanzaban en dirección de las fábricas de Potocari al cuartel general de los Cascos Azules en busca de protección, pero estos no podían hacer nada. Estaban con las manos atadas.

El teniente coronel Thom Karremans había solicitado apoyo aéreo de los F-16, pero no llegaban. La situación se había convertido en un caos. Los VRS estaban separando a los hombres de las mujeres, comenzaron a reportarse violaciones y asesinatos en masa, todo esto lo estaba registrando Luchín en su cámara y grabando los relatos de Larry. Las muertes comenzaron a alcanzar también a los niños. La excusa de esta masacre y cacería era la venganza. Ambos reporteros trataron de mantener la calma, pero la crudeza de las escenas de las que estaban siendo testigos, a pesar todo lo visto anteriormente, les estaba haciendo flaquear. Jelena les guiaba a los peores lugares «ustedes deben informar al mundo lo que está sucediendo con mi gente», les gritaba. Larry y Luchín lo entendían y así le aseguraron que lo harían.

Decidieron descansar en un callejón. Llevaban muchas horas corriendo, grabando y reporteando la barbarie humana. Luchín seguía registrando todo. Había perdido la cuenta del número de casete usados. Estaba preocupado, pues recién había puesto la última batería recargable y le quedarían no más de una hora de grabación. Un fuerte grito se escuchó del final del callejón, Jelena les advirtió que era un oficial de las VRS. Luchín, instintivamente, tiró

los casetes ya usados detrás de un muro sin que lo vieran. Al callejón llegaron doce soldados más.

Jelena se acercó al oficial para explicarle que eran de la prensa. El oficial, en un inglés mediocre, preguntó directo a Larry y Luchín a qué medio pertenecían. Respondieron al unísono «United Press International». Les pidió a ambos que lo entrevisten porque quería decir unas palabras a los norteamericanos. Luchín tomó la cámara. Larry se dispuso a entrevistarlo con el micrófono. Le preguntó su nombre.

—Me llamo Darko y soy teniente del Ejército de Serbia— respondió el oficial.

—Dígame, teniente, ¿qué rol cumple usted en esta invasión?— preguntó Larry.

—Yo encuentro a quienes nos han traicionado y los sentencio.

En ese instante el oficial saca de su funda una pistola. Con un rápido movimiento pasa la bala a la recámara y dispara en la cabeza a Jelena quien cae de costado con la mitad del cráneo abierto. Luchín grabó todo. Larry miraba sin poder creer lo que había visto, las piernas se le pusieron de lana y apenas podía sostenerse.

Luego, el oficial tomó del cuello a Larry y puso su pistola en la cabeza del periodista.

—¿Usted cómo se llama? —le preguntó a Luchín que seguía grabando como sintiendo que la cámara los protegería a ambos de ese animal.

—Me llamo Luis.

—Ok. Lois.—Al soldado le costaba pronunciar la letra U—. Quiero que me entregue todo el material que grabó, si no lo hace, su amigo morirá aquí.

—Luchín,¡no lo hagas! —le gritó Larry—.¡Estas bestias no pueden salirse con la suya!—Continuó gritando.

Luchín agachó la cabeza. Sacó la cinta de la cámara y se la entregó al oficial. Este la miró, se la mostró a Luchín y le dijo.

—Lois, no me ha entendido. Entrégueme todo lo que ha grabado este día.

—¡No hay más! —le dijo Luchín.

—Ok, Lois.

Sin pestañear, el soldado alejó unos centímetros a Larry y le disparó en la sien. Luchín vio caer a su amigo como en cámara lenta, con su cabeza completamente destrozada. Volando trozos de cerebro y salpicando sangre a varios metros. Estaba cayendo Larry, su amigo, su maestro, ¡por no entregar unas malditas cintas de grabación!

El oficial hizo retener a Luchín, quien llorando estaba hincado en el suelo, completamente desconsolado. Le puso la pistola en la cabeza y le volvió a preguntar.

—Lois, no estamos jugando, ¿dónde está el resto del material?

A Luchín ya nada le importaba, prefería que en ese momento la bestia humana terminara con su vida también, ya nada tenía sentido, ya nada valía la pena. Él había sido cómplice de la muerte de Larry y eso nadie se lo podría quitar de la cabeza, solo un disparo certero en la suya podría terminar con su amargura. Luchín miró al soldado y le dijo.

—¡Vamos, maldito! ¡Dispara! ¡Nos encontraremos en el infierno y allí vamos a arreglar! ¡Mátame ya!

Luchín se recostó en el suelo dejando su nuca hacia arriba para recibir la condena. Escuchó de inmediato un disparo, dos disparos seguido de otro y otro. Pensó que el soldado no podía darle. Los tiros se detuvieron, pasó un momento, abrió los ojos, levantó su cabeza y todo el pelotón estaba en el suelo salvo un par que se veían correr a lo lejos. Los cuerpos completamente destrozados. El oficial asesino partido en dos al lado de Larry y Jelena. Dio media vuelta y vio atrás de él un blindado de los Cascos Azules que había descargado una gran metralleta calibre 50 dando muerte a todos los criminales.

Esa mañana del lunes 10 de julio de 1995 dejará una marca imborrable en Luchín y una amargura de la que no podrá desprenderse. Nunca más volvería a ser corresponsal de guerra.

.

El programa hermanapaula.tv, que transmite por Youtube la religiosa Paula desde el Monasterio de Nuestra Señora de Salamanca, ha logrado una cantidad importante de seguidores y

visualizaciones en la red social. De ser en su inicio unos videos caseros exponiendo la vida diaria del monasterio y sus religiosas, narrado por la misma monja, se ha transformado en un espacio de conversación de todos los temas con los más variados personajes del acontecer latino americano.

Esta apertura a todas las ideas es quizás la clave del éxito de hermanpaula.tv, pues ella, que actúa de anfitriona y comentarista, permite que sus invitados se explayen en sus visiones aunque estén en líneas muy opuestas a las de la Iglesia. La transparencia y sinceridad que proyecta la religiosa ha producido un acercamiento del público juvenil a su programa que valora la actitud de la hermana Paula. Y, como consecuencia, un aumento de las visitas a los lugares y espacios del monasterio y Ciudad Marinas de esta misma juventud, convirtiéndose en destino obligado para los turistas.

Marc Star, que es el nombre artístico del conocido conductor internacional de la cadena de Televisión Latina más importante de los Estados Unidos con sede en Miami, conduce y produce el programa con mayor audiencia del mundo latino Marc Star Contigo.

El afamado conductor de TV de nacionalidad chilena, al igual que la hermana Paula, siempre se ha preocupado de sus compatriotas, y apenas aparece un tema, una persona o un proyecto de su lejano y pequeño país Chile que se vislumbre universal, él personalmente le da el impulso necesario para que ese creador o creadora pueda expandirse al mundo.

Así ha sido con la hermana Paula y su canal de Youtube hermanapaula.tv. Los productores de Miami han visto en ese programa, y en Paula especialmente, el mensaje oportuno que requieren muchas generaciones de jóvenes, pero que al mismo tiempo no cae en el religiosismo, sino muy por el contario, en el pragmatismo de los tiempos actuales. Suma a eso que hermanapaula.tv se presenta en un formato ameno, divertido y coloquial y, tal vez lo más importante, no evade ningún tema, incluso los que incomodan a la Iglesia y a las cúpulas del poder.

El programa de la religiosa se transmite desde el monasterio en donde han levantado un estudio de televisión de primer nivel con los

recursos obtenidos de su éxito. Una de las características que más likes concentra es que el público presente en el set son las hermanas religiosas que participan activamente aplaudiendo, haciendo preguntas, riendo, emocionándose.

El propio Marc Star, cuando los productores le sugirieron entrevistar a la hermana Paula, decidió visitarla en el Monaste rio de Nuestra Señora de Salamanca en Ciudad Marinas en su próximo viaje a Chile. Por supuesto, él como todos los habitantes de ese país conoce la historia del monasterio, del Colegio Santa Bernarda y de todo el bien que ha hecho al país y al continente latino este grupo de religiosas. Sabe muy bien de la importancia de doña Catalina de Poblete, su historia de entrega y el milagro que habría acontecido en las vertientes, cuando la Virgen María le dio una segunda oportunidad.

Sabe también de la adoración del pueblo por Catalina, que incluso desde hace muchos años la llaman «Santa Catita», haciendo referencia al ave dócil, sociable, alegre y muy colorida que abunda en Ciudad Marinas, la Caturra.

Marc tenía la idea de hacer una pre entrevista, más bien una conversación con Paula en su ambiente. Iría con su camarógrafo de confianza Luchín, quien es muy discreto; para que haga tomas del lugar, de Paula, en fin, de todo lo que se pudiera convertir en material para el programa. Marc rara vez hacía entrevistas en la locación del invitado, pero esta vez algo le decía en su mente y corazón del hombre experto en comunicaciones, con más de 40 años de oficio, que lo que allí se registre por Luchín no será un simple testimonio o paisaje.

Paula, al saber que sería visitada por el mismísimo Marc, preparó un completo tour. Partirían del colegio, sus aulas, bi blioteca, teatro, zonas deportivas. Luego el monasterio iniciando por la iglesia central, construida en honor a la Virgen de las vertientes. Continuarían por las distintas salas del monasterio, comedores, zonas de oración, los talleres, las huertas y, por supuesto, el famoso y mundialmente conocido herbario del Monasterio de Nuestra Señora de Salamanca. Visitarían los dos lugares más importantes y sagrados

del santo complejo; la cabaña original donde vivió doña Catalina y las vertientes.

Finalizaría el tour visitando el lugar «sagrado» de Paula, el estudio de TV que con tanto esfuerzo han ido construyendo y equipando ella y sus «chicas de producción», como les dice cariñosamente a las hermanas religiosas que la acompañan en ese proyecto y desde donde se transmite su éxito de Youtube hermanapaula.tv.

El monasterio, en su historia, había tenido invitados muy importantes, tal vez el más destacado de todos para las religiosas fue Juan Pablo II, el papa viajero, que en su recorrido desde la costa a la capital desvió la caravana para bendecir a las hermanas en su visita del año 1987. No estuvo mucho tiempo con los fieles, que sorpresivamente lo vieron pasar, pues su arribo no estaba en el programa oficial. Fue conducido directo a la cabaña de doña Catalina, en donde ella habría vivido toda su vida. Pidió estar solo en su interior unos minutos para orar, pero esos minutos se convirtieron en 1 hora. Sin más, repartió algunas bendiciones, dejó el monasterio y su ruta continuó a la capital.

Por fin llegó el esperado día de la ilustre visita de la televisión y las comunicaciones. Paula y todas las hermanas estaban muy nerviosas pues querían llevar el programa a lo más alto, todas habían trabajo mucho en ponerlo al aire. Sabían que estaban haciendo un bien para la comunidad.

Los invitados arribaron a las 10:00 de la mañana. Descendieron de un minivan Marc y Luchín, su camarógrafo de confianza, compañero y amigo de toda una vida. Muy amables los dos, saludaron a la hermana Paula y al obispo don Cayetano, que también los recibió. Luchín de inmediato comenzó a filmar, otro asistente instaló pequeños micrófonos a Marc y la hermana Paula en sus ropas, don Cayetano lo rechazó amablemente porque solo les daría la bienvenida y se retiraría. No pretendía participar en esa conversación. Paula era el centro del interés de los medios, no él. Antes de despedirse del obispo, Marc le preguntó:

—Don Cayetano, y su anillo cardenalicio, ¿no lo usa?

—Normalmente sí, pero en esta oportunidad lo dejé en mi oficina. —Luchín el camarógrafo vio de inmediato un aspecto distinto en el rostro de Paula que, para el ojo experto, o la cámara experta, que en realidad era él no quedó sin ser registrado.

Marc quedó impresionado por la belleza de Paula. Ojos color violeta intensos, un rostro en tonos mate, tal vez por el trabajo en las huertas del monasterio, pensó. ¡Cómo habría prosperado en una carrera televisiva esta mujer tan hermosa! Fue lo que se le vino inmediatamente a su cabeza.

—El hábito de monja franciscana, con esos colores, blanco y café le sienta bien —le dijo Marc a Paula.

—¡Muchas gracias! —exclamó ella.

—Espero no haber sido mal educado —sentenció Marc pensando que se había equivocado.

—¡No! Para nada, por el contrario, siempre se agradece un buen cumplido.—Dirigiendo hacia ambos hombres su mirada penetrante directa al corazónen el rostro perfecto de una mujer de 50 y tantos años.

Allí, en ese instante, en ese segundo, Marc y Luchín, ambos conocedores de la industria del negocio del entretenimiento televisivo, se miraron y sin decirlo pensaron lo mismo: el ángel interior de esta mujer volverá loca a la gran audiencia latina del mundo.

—¿Marc? ¿No le importa hacer el recorrido caminando? ¡Tenemos una carreta! —consultó Paula.

—Para nada, hermana—interrumpió Marc.

—Por el contrario, me gusta mucho caminar y el día está perfecto para disfrutar de este aire tan limpio. Sí le aceptaría una botella con agua de las vertientes que me han dicho que un sorbo basta para sentirse mejor.

—Encantada. Usted, Luchín,¿también? —Luchín asintió con la cabeza, no podía dejar de grabar, para eso estaba y de eso se trataba esta visita, registrar lo más posible a esta futura estrella en su ambiente natural. Paula pidió a la hermana Lucía, que se mantenía a cierta distancia por su timidez, las botellas de agua.

Luchín fue registrando y grabando todo el tour preparado por Paula. Ella y Marc congeniaron rápidamente, se podía ver en la cámara.

Ambos percibieron el uno en el otro sus inteligencias, habilidades para conversar, negociar, decir lo justo, pero lo necesario. Esa forma tan natural de plantarse de Paula, pero que a todas luces ha sido estudiada y preparada hasta el más mínimo detalle con algún objetivo que ya se podrá descifrar, fue lo que hizo caer rendido a Marc frente a esta mujer profesional, religiosa y muy hábil. Marc, con todo su desplante, personalidad y poder del hombre famoso, ícono de las comunicaciones de América sintió lo que pocas veces sentía, admiración y debilidad frente a esta religiosa de hábitos café y blanco. Pensó que ella iba a lograr todo lo que quería. «No me podré escabullir…», se dijo a sí mismo, «comienzo derrotado»,se autosentenció.

La primera parada fue el Colegio Santa Bernarda Un magnífico establecimiento de instalaciones modernas que debe su nombre a la hermana franciscana que tomó sus votos de novicia junto a doña Catalina en Salamanca. Una buena mujer. Lamentablemente falleció un par de años luego de su arribo al monasterio. Los escritos dicen que doña Catalina la habría mandado a llamar para que la ayudara en la gran obra que le encomendó la Virgen.

El diseño del Colegio Santa Bernarda podría interpretarse como cualquier cosa menos un colegio. Es de espacios muy abiertos. Las aulas en el invierno son de cuatro paredes con grandes ventanales para aprovechar la luz natural, pero en los meses de más calor las paredes desaparecen y quedan salas abiertas separadas unas de otras con muros imaginarios, lo que obliga al respeto en el silencio entre toda la comunidad para no interrumpirse unos a otros.

Todas las materias importan. El deporte es tan significativo como el teatro, la escritura o la cocina. Contar con una mente de cálculo matemático rápido es tan valorado como una mente poeta, pintora o científica. No existen las notas, existen los logros. Los estudiantes son evaluados según sus conquistas de acuerdo a las habilidades e inquietudes. Por este y muchos otros motivos el colegio tiene grandes defensores, pero también grandes detractores. Pero lo que

nadie discute es que mentes brillantes han pasado por sus aulas entregando al país y al continente hombres y mujeres líderes de los grandes cambios en la segunda mitad de siglo XX.

La matrícula del colegio está compuesta por 50% hombres y 50% mujeres.Siempre fue así, salvo que no se pueda por fuerza mayor. Es un colegio privado, pero parte importante de sus alumnos o alumnas son becarios. No puede dar alojamiento, por lo que la mayoría son de Ciudad Marinas o sus alrededores.

Paula invitó a sus visitas a conocer la biblioteca, el gran orgullo del establecimiento por la enorme cantidad de volúmenes acumulados en 150 años de historia. Dentro de esta un sector muy especial, protegido por gruesos vidrios para que su contenido sea visible pero no accesible. Es la zona de los cuadernos de doña Catalina, que los habría escrito durante su vida. Se dice que muchos de estos cuadernos existen en algún lugar de Salamanca ya que no los habría traído con ella cuando viajó, así que estos volúmenes cuentan su historia, pero solo de estas tierras.

—Paula —preguntó Marc—¿Qué dicen esos cuadernos o qué relata doña Catalina?

—Bueno, ella describe su vida aquí. Es como un diario de vida. Las actividades cotidianas, las visitas médicas que hacían ella y Bernarda, los pacientes, su diagnóstico, tratamiento, en fin.

—Parece una ficha médica.

—Cierto, Marc, pero con más descripciones. Lamentable mente no podemos ordenarlas cronológicamente porque por alguna razón doña Catalina les borró las fechas.

—¿Porqué piensa usted que lo habría hecho?

—Mi opinión muy personal, es que ella vivió momentos duros en esa época, momentos que describió en algún cuaderno pero que, luego, decidió eliminar. Al borrar las fechas de alguna manera ella se olvidaba de esos momentos.

—¿Qué tan duros pudieron ser esos momentos? —inquirió Marc.

—Se piensa que ella fue brutalmente violada en su arribo al puerto a su llegada de España, pero no hemos encontrado nada escrito. Son historias que se han mantenido en el tiempo.

—Qué fuerte lo que ha dicho, Paula.

—Recuerde, Marc, ella vivió en tiempos en que las mujeres no valíamos más que un grano de trigo.

La segunda parada de este tour es la visita al templo del monasterio construido en una explanada por sobre el nivel de todas las demás edificaciones, que lo hace visible desde distintos puntos de Ciudad Marinas.

La iglesia es muy posterior a las primeras construcciones del convento, pues fue edificada bien entrado el siglo XX en un estilo neo renacentista muy decorada y de tres naves formando una cruz. En el techo y en la parte superior de las columnas laterales de la nave central, se observan sobre relieves en yeso con representaciones de instrumentos médicos. Frascos medi cinales, bisturí, tijeras, jeringas, cuadernos de apuntes y otros utensilios propios de la actividad médica llenan los distintos rincones.

El frente del altar mayor construido en piedra de las vertientes tiene tallado el símbolo de la medicina mundial; la serpiente enroscada en un bastón cuyo origen es el báculo de Asclepio, dios griego de la Medicina. El templo fue creativamente pensado para resaltar el oficio sanador de la fundadora.

Detrás del altar mayor se encuentran reliquias de doña Catalina; un mechón de sus cabellos, la cruz de madera de encino de su amada Salamanca, un pequeño herbario con el que enseñó a las primeras religiosas del monasterio la forma correcta de hacer las infusiones y, por supuesto, un rudimentario bisturí, el primero forjado por Rugerio a quien doña Catalina nunca olvidó.

Al fondo de una de las naves laterales rodeada de cientos de velas encendidas, se ubica el sepulcro de la religiosa salamantina en una especie de altar elevado. Cientos de pequeñas baldosas con la frase,«Gracias Santa Catita por Favor Concedido», cubren con el fervor del pueblo los muros adyacentes. Frente y bajo la sepultura, una gran lápida de mármol con el nombre de doña Catalina de Poblete y sus fechas de nacimiento y muerte 1776-1844, pareciera sostener la estructura. Bajo el nombre en la misma loza tallada, se puede leer el pasaje de la biblia:

Non sani, qui medico egent, sed aeger. Mateo 9:12

(No son los sanos los que necesitan médico, sino los enfermos)

Este texto del Evangelio de Mateo es el reconocimiento del propio Jesús a la labor médica, y fue seleccionado para la sepultura de doña Catalina para reflejar su labor desinteresada en la salud de los enfermos como primer apostolado, porque ella sabía y afirmaba:

«Que todo es posible si el alma se encuentra en un cuerpo saludable».

En la nave opuesta se ubica la zona con las bancas donde se sientan las religiosas para las misas y ritos. Al fondo, la pileta bautismal, construida también con la piedra de las vertientes. Por ella escurre permanentemente agua de las quebradas, lo mismo que en los muchos bebederos dispersos en las paredes externas del templo para los peregrinos, donde llenan botellas de este líquido sagrado para llevar a sus hogares. En la pila bautismal rieron a carcajadas, porque Marc le preguntó a Paula:

—Dígame, hermana Paula, si el agua escurre permanentemente entonces cuando bautizan a algún bebé el agua nunca le llega bendita, porque escurrió y fue reemplazada por agua nueva.¿O no?

Esta pregunta hizo que Paula explotara de la risa haciendo que Marc y Luchín la siguieran también en las risas. Ambos hombres quedaron atrapados en las alas de esta maravillosa, inteligente y bella mujer. Sabían que lo que habían descubierto daría vuelta a las grandes cadenas americanas de televisión religiosa. Habían encontrado a su estrella.

El tour, luego de una corta caminata, continuó por las distintas dependencias del monasterio moderno, que reemplazó la tradicional casona estilo español demolida luego del gran terremoto del año 1985.

La impresión de los visitantes fue que no era más que una gran casa de ladrillos pintados de color blanco, muy sencillo pero ordenado y limpio. En el exterior hay corredores techados con sillas tejidas de mimbre, donde se puede capear el calor del verano y caminar protegido del sol o la lluvia.

Hay tres alas de habitaciones que convergen a un gran salón comunitario y multiuso: comedor, capilla y sala de televisión. Cada ala tiene muchos cuartos. Un camastro, una mesa velador, un

pequeño escritorio, una silla y un diminuto baño son parte del sencillo alojamiento. 5 o 6 habitacionesmás una sala de estar o living constituyen un sector, pensado para que unas pocas hermanas puedan compartir o rezar en grupo.

Llamó la atención que circulaban jóvenes vestidas de civil, sin el hábito franciscano de religiosa o novicia. Paula les comentó que son muchachas de fuera que pasan un tiempo en el monasterio, sea porque encuentran un espacio más tranquilo para sus estudios o sea para rezar o meditar. Ellas alojan en el mismo sector de las religiosas y comparten el día a día con ellas. «¡Por suerte!»,exclamó Paula «… ¡porque nos mataríamos todas de tanto darnos la lata!¡Nos vemos todos los días del año!».

Mientras estaban en el recorrido por el monasterio se corrió la voz entre las religiosas y las jóvenes de la presencia de Marc Star, el famoso conductor de TV en el lugar, así que no tardaron en llegar todas para conocerlo, saludarlo, pedir un autógrafo y tomarse una selfie.

Luchín encontró que eso era un espectáculo aparte y apuntó su cámara a esas mujeres rodeando a Marc hablando todas juntas. Algunas parecían sordas porque hablaban muy fuerte, cada una preguntando lo suyo y todas al mismo tiempo, pidiendo un recuerdo, tomando de la mano al famoso comunicador. Todo, pensó Luchín, tan sencillo, tan simple, tan ingenuo que le die ron ganas de llorar de la emoción de estar allí.

Nosotros, pensó por él y Marc, que estamos en la cresta de la ola del espectáculo, nosotros que somos el top of the mind (los más conocidos) de los medios mundiales y aquí estamos rodeados de mujeres buenas, bienintencionadas en un lugar santo, lleno de esa energía que no necesita ningún dinero para existir, de ese ánimo que proviene del creer profundamente en algo. Luchín pensó «Dios, de qué soy testigo ahora, qué me está sucediendo». Paula lo observó, ella sabía muy bien lo que estaba viviendo Luchín, no era el primero ni sería el último en experimentar esa radiación directa al alma que produce este lugar. Ella sabía muy bien que en ese momento las cientos de almas buenas que habían vivido en el monasterio estaban consolando a Luchín, porque esas almas conocían lo que los ojos de

él habían visto cuando fue corresponsal de guerra.Su alma nunca se reparó y tal vez en ese momento era la oportunidad de hacerlo.

Paula se acercó a él y lo tomó del brazo para alejarlo a un espacio más íntimo.Marc no lo notó porque estaba rodeado de todas las religiosas y las chicas. En ese espacio íntimo bajo la sombra de un gran sauce, detrás de los pabellones del convento, Luchín por fin pudo llorar, un llanto desgarrador desde lo más profundo de su ser. Cayó de rodillas al suelo, Paula lo siguió y lo abrazó con fuerza. Ambos en el suelo, él llorando a raudales, ella entregándole el cariño y el afecto que solo ella sabía cómo entregar.

Se asomó la hermana Lucía. Paula le pidió una botella de agua para Luchín, quien ya un poco más calmado pudo balbucear algunas palabras.

—Hermana, lo he visto todo. He visto el sufrimiento, lo he tocado, lo he palpado y nunca se ha ido de mi cabeza. A veces quiero morir porque me siento culpable de no haber hecho más por los niños, la gente que a nuestro alrededor moría uno tras otro, mutilados. Los llantos de las madres viendo sus hijos muertos o sus maridos partidos por la mitad, que Dios me perdone, hermana, no podía hacer más… ¡maté a mi amigo!—Y volvió ese llanto de un alma destrozada, ese llanto que grita y sufre en silencio, porque no puede salir y así aliviar.

Paula lo miró fijamente a los ojos y le dijo:

—Luchín, este lugar tiene una energía muy especial. Siempre he creído que el alma de alguien muy bueno ronda por estas tierras y nos da la oportunidad de liberarnos, eso es lo que te ha sucedido hoy, te has liberado, Luchín. Dios y esa alma vinieron a ayudarte para que te saques ese tremendo peso de encima y lo dejes acá, con nosotras, conmigo. Ahora esa carga nos pertenece a nosotras, Luchín.

Luchín allí entendió que esta visita no era casualidad. Esto él lo había soñado antes. Había vivido esta experiencia celestial de limpieza y sanación en su imaginación, pero no sabía el dónde ni el cuándo, pero ahora sí, ahora se había librado de esa pesada carga,

ahora la dejaba donde estas piadosas mujeres quienes se la reciben con amor y entereza.

Luchín se limpió la nariz, abrazó a la hermana Paula y desde lo más profundo le dijo:

—Gracias.

Paula lo miró con sus ojos color violeta, mágicos, transparentes y, besándolo en la frente, respondió:

—Luchín, siempre serás bienvenido aquí. Este desde ahora y para siempre será tu lugar secreto.

La hermana Lucía apareció con el agua. Ella, a pesar de sus limitaciones, observó cómo Luchín en esos minutos se había convertido en un hombre nuevo como tantas veces lo había visto con otras almas, en ese mismo lugar y siempre con la hermana Paula.

Paula y Luchín volvieron al patio central del monasterio, ambos se incorporaron al tour nuevamente. Marc terminaba de firmar los últimos autógrafos. Luego, sin pausa, continuaron su recorrido.

Marc observó que algo le había sucedido a su gran amigo Luchín, en todo caso para bien. Sintió alegría.

Paula los llevó luego a una construcción muy importante del monasterio. Aquí la obra no solo es más moderna que todo lo visitado anteriormente, sino que pareciera que cumple ciertos estándares de seguridad y aislamiento. Y claro que sí, porque es el famoso Herbario del Monasterio de Nuestra Señora de Salamanca. Una impresionante edificación en forma de cubo gigante con muros de concreto reforzados, como para resistir un ataque militar. Luchín, que tiene la experiencia obtenida en sus años de reportero de guerra, notó rápidamente que ese edificio tenía todas las características de un bunker, no era, sin lugar a dudas, un edifico cualquiera.

Mientras acceden por una pequeña puerta que los conduce a un corredor rodeado de vidrios que permiten mirar al interior, no terminan de sorprenderse; hay salas de trabajo tipo laboratorios con tubos de ensayo, microscopios, utensilios de los más diversos tipos. Estantes llenos de cajas de todos los tamaños, con autoadhesivos con códigos de barra impresos, identificando el contenido y su

ubicación en el inmenso depósito. Todo impecable, blanco y ordenado. En esta zona Luchín debe dejar de filmar, como medida de seguridad.

Paula les comenta que el herbario es parte de una red mundial de herbarios, allí tienen miles de plantas, semillas y hojas deshidratadas; algunas incluso llegaron con la propia doña Catalina y da como ejemplo las semillas de la hierba «adormidera», que no es otra cosa que la planta de amapolas, de donde se obtiene la heroína. Esto provocó risas en los invitados y una que otra broma que tanto Paula como la hermana Sofía, botánica de profesión encargada del herbario, lo tomaron de muy buen humor y también rieron. El herbario recibe decenas de estudiantes al año, desde alumnos de colegios hasta profesionales que preparan sus tesis doctorales.

—¿Qué es este laboratorio? ¿Qué perfumado está?

—Les voy a responder, pero antes, Marc y Luchín, deben prometer no comentarlo con nadie, porque es nuestro supersecreto. Levanten la mano y prometan —les indicó Sofía mientras Paula observaba con expresión risueña.

—¡Prometemos no divulgar este secreto!

Ambos hombres levantaron la mano solemnemente y prometieron nunca divulgar el secreto.

—Aquí se elabora nuestro perfume de lavanda que usamos solo las religiosas, nadie más! —dijo la botánica.

—¿De verdad? ¿Sólo para ustedes? —preguntó Luchín.

—Sí, así somos las mujeres, guardamos algunos secretos— confirmó Paula.

La lavanda está en toda Ciudad Marinas y la región, es la flor que representa a las religiosas y ellas han desarrollado un perfume único que en no pocas oportunidades han intentado igualar compañías de belleza femenina, pero el secreto de su fórmula está muy bien protegido en el herbario.

El herbario terminó por maravillar a Marc que, siendo un referente mundial de las comunicaciones, es también un importante

inversionista.Se preguntó de dónde obtienen los fon dos para el financiamiento de un centro de tal envergadura y calidad.

Paula le explicó que la gran mayoría de los fondos provienen de organismos internacionalescomo universidades, centros de investigación, de la Organización Mundial de la Salud y muchas otras que ven en el herbario del monasterio un depósito estratégico de semillas. Les señaló que hay varios en el mundo con esa denominación y que son parte de una red de protección genética, siendo el respaldo de variedades de la flora mundial en peligro de desaparecer o que simplemente ya no se encuentran en su medio natural.

—Por ejemplo —les dijo Paula—:si hay un grupo de semillas denominadas estratégicas, al menos dos herbarios en distintas partes del mundo deben almacenarlas, en general son tres para mayor seguridad.

Marc y Luchín jamás imaginaron la obra que significaba este monasterio. Este grupo de religiosas, estas increíbles mujeres cayeron en cuenta que son las garantes y protectoras de la alimentación mundial en caso de una catástrofe en el planeta.

Paula les pidió que, si bien ella ni el monasterio tienen inconveniente que se divulgue la existencia del herbario, porque es parte de la razón de ser de su fundadora doña Catalina de Poblete el destacar esta obra y compartirla con los estudiosos que requieran trabajar allí, les solicitó no dar detalles de las instalaciones como medida de precaución, incluso les dijo que hay herbarios en el mundo cuyo emplazamiento es secreto.

—La ubicación de este herbario es pública, pero no damos detalles del edificio ni sus capacidades para no tentar a nadie—dijo la hermana Sofía, encargada del recinto.

Dejaron el herbario con la sensación de haber sido testigos del futuro, tal vez uno no tan promisorio para la humanidad.

Una parte muy esperada en la ruta preparada por la hermana Paula son las vertientes, donde la misma Virgen María habría salvado a Catalina de la muerte y le encomendaría construir aquí, en estas tierras, un monasterio en su honor.

De camino al estanque milagroso, los visitantes preguntan por una construcción que se observa a lo lejos, pareciera muy antigua y tiene forma redondeada. Paula les explica que es un bodegón circular construido hace unos 150 años y que no se utiliza mucho, salvo para alguna actividad de esparcimiento.En el centro tiene un gran fogón ideal para reuniones nocturnas de la juventud.

El grupo siguió su camino a unos cien metros a través de un bosque fuera de la zona de seguridad del herbario.Se detuvieron en una pequeña quebrada desde donde nadie sabe cómo, en la base de ese corte en la roca brota una abundante vertiente de agua cristalina y fría formando en la parte plana del lugar un pequeño estanque de unos veinte o treinta metros cuadrados.

Paula les comentó:

—Nunca ha dejado de brotar agua. Los estudios que han hecho señalan que el agua proviene no de la parte alta de los cerros, sino del fondo de la tierra y que al encaminarse a la superficie un extraño fenómeno al contacto con la roca provoca que se enfríe al brotar. Por lo tanto, tiene todos los minerales de una terma, pero es curiosamente fría—continuó Paula—. A este lugar, Marc y Luchín—les dijo—, el año 1800 llegó nuestra fundadora Catalina de Poblete luego de una larga travesía y muy dura desde España. Llegó a este estanque gravemente herida producto de un ataque que sufrió su caravana por bandoleros, lo que era bastante común en esos años por esta región.

—Cayó al estanque —continuó la madre superiora del monasterio que se sumó a esta parte de la visita—.Trató de limpiar sus heridas, pero no había caso, la muerte era segura. Catalina se encomendó a la Virgen y, nuestra Señora, en forma de luz apareció, atravesó su cuerpo y la salvó. Las heridas milagrosamente desaparecieron.

Marc, que no se guardaba nada y como periodista que era, de inmediato les preguntó, a ambas.

—¿De verdad ustedes creen esa historia? Se lo pregunto con el mayor de los respetos.

—El punto, Marc, no es si creemos o no —respondió Paula—. El punto es si no es una forma maravillosa de comenzar esta gran obra que ustedes han visto.

—Tiene razón, hermana—sentenció Marc

—Lo importante no es si la historia es creíble o no, lo importante es que lo hemos visto en esta visita. ¡Eso sí es increíble! Y al final es lo que importa.

Paula había demostrado todo su pragmatismo, conocimiento y había dejado claro el porqué de su fama televisiva. La audiencia de todas las edades, miraban y escuchaban credibilidad.

La superiora ahora los invitó a caminar unos pasos más, a un pequeño claro en el interior del bosque en donde se encuentra la reliquia de mayor importancia de todo el monasterio, la casa donde vivió hasta sus últimos días doña Catalina de Poblete y el lugar de entierro de doña Bernarda, la novicia franciscana que la acompañó unos pocos años.

La pequeña y humilde cabaña estaba construida con ladrillos de barro y, si hay un milagro era este, había resistido al menos cinco terremotos.

—Hay distintas versiones de este lugar —continuaba la su periora.

—Algunos arqueólogos han analizado la tierra tanto de los adobes como la del claro y están seguros que tiene restos de carbón.—Siguió Paula.

—¿Dataron el carbón? —consultó Marc.

—Sí, y eso es lo especial. Según los entendidos este lugar fue un centro de ceremonias de los pueblos originarios de esta zona, uno de culto, ¡un lugar sagrado! —exclamó Paula.

—Y de mucho antes de la llegada de doña Catalina ¿Será casualidad que construyó justo aquí? ¿Porqué no lo hizo diez metros más allá o más acá? ¿Por qué tenía que ser justo aquí? —sentenció la superiora.

—Es muy interesante todo y debo decir intrigante —dijo Marc—. Y el lugar de entierro de la otra religiosa… ¿Bernarda? —preguntó Marc

—Aquí detrás de la cabaña hay una pequeña lápida que pasa casi desapercibida. De hecho, mucho tiempo estuvo oculta hasta que los arqueólogos la descubrieron.—Señaló Paula con la mano indicando a

una losa de piedra blanca inscrita y con un signo que parece ser una cruz, la calatrava, propia de la orden dominica.

«Ipsa est amicus meus» (ella es mi amiga).

—Significa «Ella es mi amiga»—continuó la superiora.

—¿Excavaron? ¿Desenterraron los restos de ella? —consultaba Marc.

—No. El nicho al parecer se extiende por debajo de la casa y existía el riesgo de derrumbar todo si exhumaban el cuerpo, por lo que el señor obispo prefirió no autorizar el trabajo —respondió Paula.

—Es decir, no saben quién está allí, ni siquiera si hay alguien —sentenció Marc.

—Así es, por eso,Marc, elegimos creer que es Bernarda ¿Quién más puede ser?

—Tiene razón, Paula ¿Quién más?

Luchín solicitó permiso para grabaral interior de la casita porque necesitaba encender su foco para iluminar el lugar y obtener una correcta filmación. Hasta esa fecha, aunque parezca extraño, solo se habían tomado fotografías, nadie nunca había filmado el interior de esa sagrada habitación. La superiora consintió.

Luchín ingresó solo al lugar, encendió la luz de la cámara, puso el ojo en el lente y pudo leer en la pared la frase «Liber es (estás libre)» a través de la cámara.Trató de verla sin tener la cámara de por medio, pero a ojo directo lo que observaba era una pared lisa, miraba a través de la cámara y la frase estaba allí donde mismo… «Liber es (estás libre)». ¿Sería tal vez la tonalidad de la luz combinado con los focos de la cámara lo que reveló esa escritura?

Se le puso la piel de gallina y pensó en correr, pero no era una alternativa; su trabajo es justamente captar hechos, aunque su vida peligre. Recorrió todos los muros de la habitación y una pequeña sala y se podía observar a través de la cámara con la iluminación activada más textos, rayas y letras sueltas, algunos sin sentido ni orden, pero en otros se leía claramente «Liber es» y «Tu nobiscum es». Luchín decidió grabarlo pero no le contó a nadie. Él era un buen hombre y no quería importunar ese maravilloso momento de Paula a quien le tomó cariño apenas la conoció. Decidió guardar el secreto.

Cerca estaba la hermana Lucía, quien observó todo y con un ademán de alivio saludó desde cierta distancia a Luchín y le hizo un gesto con las manos, ese que al juntarlas se forma un corazón y que expresa cariño por alguien. Luchín conocía muy bien al ser humano, sus años de camarógrafo le habían dado esa habilidad de interpretar rostros, caras, expresiones y de inmediato supo que él era el segundo en ver esas letras en la cabaña y que antes la inocente Lucía también las había visto. Ella fue la primera.

Faltaba el último rincón del monasterio, ese lugar sagrado, ese lugar que solo pertenecía a la hermana Paula y sus «chicas de producción», el estudio de televisión de hermanapaula.tv.

En una antigua bodega se emplazaban los estudios de TV. La construcción de a poco fue siendo habilitada por la hermana Paula y sus hermanas religiosas. Todas fueron ayudando y aportando. Sea en dinero de donaciones, manos para reparar el techo, pintar, martillar, cortar madera, decorar, colgar la iluminación, nadie en el monasterio quedó ajena a este proyecto. Incluso construyeron unas graderías para poder estar todas en cada transmisión.

A medida que el canal fue más y más famoso, primero 100.000 luego 500.000 y hasta 1 millón de suscriptores, comenzó a llegar dinero. Con esos ingresos invirtieron en equipos técnicos de primer nivel, cámaras, trípodes, mesa de sonido, micrófonos, software de transmisión. Pasaron a ser un verdadero canal de televisión.

Luchín, especialista en televisión, cuando entró al estudio quedó mudo de la impresión. No lo podía creer, tenían un estudio de nivel más que profesional, hasta con una sala de dirección. Al ingresar, además, fueron recibidos por todas las hermanas del monasterio que llenaban la gradería construida por ellas mismas con los aplausos más fuertes que jamás habían escuchado, en agradecimiento a su visita.

Marc pidió un poco de silencio para dirigirles unas palabras. Todas se callaron y atentas escucharon lo que Marc tenía para decirles.

—Hoy tengo nuevas amigas. Hoy estas amigas han hecho cuestionarme hasta mi propia existencia. Hoy he sentido que no soy más que un pequeño insecto en un jardín lleno de las flores más

hermosas y grandes que jamás podría imaginar, hoy ustedes nos han abierto las puertas de su hogar y nos han entregado su corazón a cambio de nada, hoy ustedes me han recordado lo que había perdido hace muchos años, el valor de la humildad, el valor de la sencillez, el valor de la sana alegría y el valor de la amistad. Gracias, mis queridas religiosas, gracias por ser como son, gracias por devolverme la vida.

Entre el público, que eran todas las hermanas, se produjo un silencio, no sabían si aplaudir o gritar. De pronto la hermana Lucía se pone de pie y con su inocencia plena grita:

¡¡¡VOTACION!!!

Luchín, que está con la hermana Paula, le pregunta:

—¿Qué es eso, Paula?

Paula sonriente le explica:

—Una vez al año votamos por la hermana que más vivió nuestros valores, la idea es distinguir y que la hermana se sienta reconocida por las demás. Es una votación que viene de la misma doña Catalina y la implementó para destacar los logros de alguna hermana y, para hacerlo más divertido, como era ella, decidió que se contaría hasta tres y en ese instante todas apuntarían a la hermana de su elección y si la cantidad de dedos que apunta a una religiosa es la mayoría, entonces es la elegida.

—¡Paula, no me dejan de sorprender! —exclamó Luchín— .¡Dios santo, cómo el mundo no las conoce más!

La hermanasuperiora se puso de pie y dijo:

—No sé si aplica la votación en este momento, no creo que corresponda.

No había terminado de decir aquello y Lucía, ese ángel viviente, como dijo don Cayetano, comenzó a gritar:«¡¡¡uno… dos… y… tres!!!».

Y automáticamente todas las manos y dedos apuntaron a Luchín. Incluso Marc, sin saber el significado de este acto, también lo hizo.

Luchín no pudo contener la emoción y allí en el estudio de tv de hermanapaula.tv se sumió en un llanto desgarrador, desesperado, todavía quedaba mucha carga que dejar allí con las religiosas, él lo sabía, ellas también.

Paula lo abrazó y todas las hermanas se acercaron a él, lo rodearon y todas sin excepción pusieron una mano en la cabeza de Luchín; las que no podían hacerlo, tocaban sus hombros, espalda, pero ninguna dejó de tener contacto físico con él. Con la otra mano se tocaban unas a otras, convirtiéndose en una sola masa humana compuesta por ellas y Luchín.

Las hermanas agacharon sus propias cabezas, cerraron los ojos y rezaron por él, en un estado de catarsis que creó una energía que se podía palpar y sentir, una energía que iluminaba las almas presentes, ellas hicieron una especie de dínamo eléctrico, pero que en vez de generar electricidad, generaba paz, sosiego, tranquilidad, y en el centro de este generador humano estaba Luchín, que sintió que otra parte más de su carga se desprendía y pasaba a estas milagrosas mujeres.

Luchín sintió más cerca que nunca la libertad de su alma atrapada tantos años por esos demonios de la guerra.

Luchín levantó su cabeza, las miró a todas una por una. No hubo palabras, pero él las escuchó hablar, aunque los labios de ninguna de ellas se movía y le decían claramente una y otra vez:«Liber es tu nobiscum es, Liber es tu nobiscum es, Liber es tu nobiscum es…» (Eres libre estás con nosotras). Sintió su cuerpo liviano, sintió que se separaba del suelo mientras seguía escuchando a todas y cada una de las hermanas repetir: «Liber es tu nobiscum es, Liber es tu nobiscum es, Liber es tu nobiscum es…».

Suavemente, ese momento de éxtasis pasó y Luchín comenzó a reír. Su alegría era infinita. Todas las hermanas se rieron con él y tiernamente, una por una, le besaron la frente. La hermana Lucía, además, le volvió a hacer ese gesto con las manos, el corazón que ofrece cariño.

Marc, sin entender mucho lo que había sucedido, se acercó a la hermana Paula un tanto nervioso, pero más que nada intrigado le preguntó.

—Hermana, disculpe, pero… ¿qué ha sucedido aquí?

—El verdadero milagro de nuestro monasterio, Marc, el verdadero milagro —le respondió Paula con el rostro iluminado por la inmensa

alegría de lo que todas, incluida ella, acababan de hacer.

—Bueno, la verdad le doy las gracias, han hecho por Luchín lo que ningún psiquiatra había podido hacer. Él es como un verdadero hermano para mí—le dijo Marc con lágrimas en los ojos.

—Lo sé, Marc, lo sé.

El tour había terminado y los invitados estaban por dejar el monasterio, llegaría el momento de despedirse.

—Hermana Paula —dijo Marc—, quiero darle las gracias por esta visita, y créame lo que le voy a decir. Por favor, no se sienta obligada a participar en mi programa, si usted lo desea, llegamos hasta aquí, para mí es más que suficiente, no quiero importunarlas ni a usted, ni a Lucía, ni a todas estas bellas personas que son sus hermanas religiosas.

—Marc—le respondió Paula

—Nosotras tenemos una obligación que abrazamos volun tariamente y es compartir la alegría que significa creer en el ser humano, creer en usted, en Luchín, en sus productores. Sé que me van a cuidar, porque creo en ustedes.

Marc y Luchín no tenían más que decir ni hacer. Solo escuchaban, como hipnotizados por esta mujer y sus hermanas religiosas, pero en el sentido positivo, no de control sobre ellos, sino un hipnotismo bueno.

—Usted dígame cuándo debo estar en Miami y allí estaremos.—Y girándose hacia las demás hermanas Paula les preguntó—:¿Qué dicen ustedes, mis chicas?

Se escuchó un «sí» rotundo, un gran aplauso y muchos gritos.

Corriendo llegó la hermana Sofía, la botánica, y le entregó a cada invitado un ramo de flores de lavanda, un sobre con semillas de la misma flor y un diminuto frasco del perfume de lavanda y Paula les dijo:

—Vieron que la flor de lavanda está por doquier. Como les dijimos en el herbario, es nuestra flor, es parte de nuestra espiritualidad. Sofía les trajo estos regalos; llévense algunas de ellas con ustedes, siembren sus semillas y perfumen sus hogares. Marc, Luchín, sus almas se lo agradecerán.

Luchín se acercó la flor a la nariz y disfrutando su aroma dijo:

—Así lo vamos a hacer, Paula, no sabe cuánto vale esta flor para mí de ahora en adelante.

Los visitantes luego dejaron a la hermana Paula y el monasterio, no sin antes tomarse una fotografía con todas las hermanas que, por el desorden que hicieron ellas, fue lo más divertido de todo el tour.

Luchín le pidió a Lucía que les tome una fotografía con Paula. Le entregó para ello su teléfono móvil. Lucía tomó varias imágenes en vertical y horizontal. Cuando le entrega el móvil a Luchín este le da las gracias y Lucía le responde:

—Las gracias se las debe dar a ella, no a mí—le dijo indicando el teléfono móvil.

Luchín entendió que se refería a la hermana Paula, pero descubrirá pronto que no es así.

Antes de despedirse Marc y Luchín aprovecharon de entregar algunos «tips» a las «chicas de la producción», las hermanas encargadas de la producción del programa de hermanapaula.tv. Algunas técnicas de televisión que serían de gran ayuda de allí en adelante.

Ya en la minivan de regreso de un día emocionante, los dos profesionales de las comunicaciones piensan en todo lo que vivieron este día y de cómo las religiosas los han cambiado para siempre.

—Marc, nunca te di las gracias por acogerme —le dice Luchín con la cabeza gacha a Marc.

—Luchín, nunca fue necesario, como te dije apenas volviste de Serbia, a partir de ese momento te convertiste en mi hermano.

—Marc, ¿me perdonas?

—Luchín, mi hermano, yo siempre te he perdonado, pero lo más importante es si tú te has perdonado. ¿Te has perdonado, Luchín?

—Sí, Marc, ahora sí.

Los dos amigos, hermanos de vida, se abrazan con fuerza como queriendo dejar claro que una nueva etapa comienza, que los recuerdos de la muerte de Larry si bien no se irán nunca, ahora recordarlo será distinto. Luchín, por fin después de tantos años, podrá continuar.

Ambos miraban por la ventana de la minivan cómo se iba alejando Ciudad Marinas. Las únicas dos edificaciones que di visan a

lo lejos son las torres de la Iglesia Mayor de la Plaza Central de la ciudad y de la Iglesia del Monasterio, se percibe el aroma a lavanda y se dan cuenta que toda la provincia está cubierta por esta flor. Retornan pudiendo ver lo que antes no, o tal vez no querían ver.

Luchín comenzó a revisar las fotografías que había tomado con su móvil: el colegio, la iglesia, el herbario, las hermanas en el monasterio, las vertientes, la mágica cabaña de barro y, por supuesto, los estudios de televisión de la hermana Paula; qué mujer más bella pensó, qué mujer más buena.

Se rio al ver en unas fotografías a la hermana Lucía haciendo gestos con la boca y deformando la nariz con sus manos, haciendo reír a todos. También se emocionó con la gran imagen con todas las hermanas y, por supuesto, el bello retrato que tomó Lucía de él con Paula, pero «momento», se dijo Luchín: «¿Pero quién es ella junto a mí?». Se preguntó.

Efectivamente, la hermana Lucía había tomado una fotografía solo a él con la hermana Paula, pero junto a ellos había otra religiosa. Se observaba claramente una mujer muy sonriente, pero su hábito con los mismos colores café y blanco de las demás hermanas, incluía una toca en la cabeza, como de otra época, de otros tiempos.

Luchín se preguntó si a esa mujer se refería Lucía cuando le dijo:

«Las gracias se las debe dar a ella, no a mí».

Capítulo 4. Lucía y el cuaderno de Paula

Qué alegría fue para Lucía Berguecio cuando su esposo, Julio González, le contó que sería destinado al hospital rural Número 2 de Ciudad Marinas. Ambos soñaban hace mucho tiempo con emigrar de la capital para radicarse en el campo, lejos del ruido y la contaminación. Él había finalizado su especialización como médico familiar y nunca pensó lo expedita que sería su nueva asignación.

Lucía, con tres meses de embarazo, además quería que su bebé naciera en el nuevo hogar; junto a los campos, las flores, los ríos y un cielo limpio y puro. Quiere que su vida transcurra en la sencillez de la naturaleza, la tranquilidad de las brisas sin obstáculos, el sonido de las aves y sin la premura de la gran ciudad.

Comenzaron rápidamente los preparativos. No había mucho que trasladar, la joven pareja había acumulado muy pocas cosas. Todos los ahorros y recursos iban a financiar los estudios de Julio.

Cuando se presentó la alternativa de continuar en esta nueva especialidad, médico de familia, algo así como un médico de cabecera, esa forma antigua de hacer salud, Julio no lo dudó. Lo suyo por mucho era vocacional. La asignación consideraba un salario relativamente bajo comparado con sus colegas, pero su sentido es la satisfacción de poder ayudar y ser uno más de la comunidad. Su sueño era ser el médico de todas las familias, conocerlas y ser parte de sus vidas.

El legado que Julio deseaba dejar en este mundo, era el recuerdo de él y de su familia. Él esperaba que las otras familias, las de sus pacientes, generación tras generación, recordaran con cariño al doctor Julio. Ese era el sueño de este buen hombre y también de su joven e igualmente amable esposa.

Debían estar instalados el primero de febrero, uno de los meses más calurosos en el valle. Llegaron con su coche y un pequeño carro de arrastre con sus pocas pertenencias. Se les había invitado

anteriormente a conocer su nuevo hogar, pero a ambos les gustaban las sorpresas y prefirieron esperar hasta su traslado. Pasaron por la ciudad a recoger las llaves de su casa en el ayuntamiento; luego de un afectuoso saludo de las asistentes y la bienvenida del alcalde, continuaron a su casa, distante unos 15 kilómetros del centro de la ciudad.

Muy emocionados, llegaron a una pequeña construcción de dos habitaciones, un baño, cocina y una sala. Todo rodeado de un hermoso jardín donde predominaban las flores de lavanda. Les llamó la atención porque el perfume de lavanda les estaba acompañando desde que entraron a la ciudad. Para ingresar a la casa debían primero caminar por un sendero de piedrecillas blancas, pero que al tocarlas se percataron que eran conchas marinas trituradas.

Se notaba que la casa había sido sometida a una profunda restauración o mantención. Completamente pintados los muros exteriores e interiores. El único baño modernizado con hermosas cerámicas y grifería nueva. Se mantuvo una enorme tina enlozada blanca muy antigua lo que encantó a Lucía, pues se imaginó los largos y relajantes baños que se daría en ella. Sobre la tina, una regadera amplia, muy amplia, que entregaría un chorro suave de agua caliente.

La habitación de ellos estaba completa con una cama matrimonial nueva, pero con un respaldo antiguo de bronce recién restaurado. Dos mesas velador de caoba, con flores finamente talladas en sus cajones. No había closet, pero sí un mueble ropero grande también de madera de caoba en juego con los veladores. No así la segunda habitación, que estaba vacía y las paredes tenían un feo color blanco sin terminar. Incluso había una pequeña banqueta de pintor, toda manchada y chorreada de miles de gotas de pintura y de miles de colores, no lo entendieron luego de haber visto toda la casa tan finamente terminada.

—¡Buenas tardes! —Se escuchó de afuera una voz masculina. Julio salió a ver quién era.

—Buenas tardes, dígame en qué lo puedo ayudar.—Julio observó por sus ropas que era el pintor, estiró la mano y se saludaron amablemente.

—Mi nombre es Rubén Jofré, pero todos me dicen Jofré y soy el pintor de su casa.—Un hombre realmente sencillo y muy educado. Jofré continuó con lo que tenía que decir—. Yo sé que usted es el Doctor y ella su esposa, ¿cómo está, señora? Bienvenida.—Aprovechó de saludarla también Jofré, haciendo una pequeña reverencia a lo que Lucía respondió dándole un beso en la mejilla a modo de saludo. Lo que Jofré agradeció mucho—. La habitación del bebé no la pinté ni arreglé porque no sabía el color que a ustedes le gustaría. No sé, ¿el bebé es macho o hembra?

Julio y Lucía se dieron cuenta que estaban cumpliendo su sueño. Ese hombre, Jofré, se preocupó de todos los detalles, no de forma matemática, sino empática con ellos y su futura familia, que sería consagrada por la llegada del bebé. Jofré fue más allá de su trabajo, los consideró a él y a ella como personas.

—Señor Jofré, no lo sabemos —respondió Lucía con cierta vergüenza.

—Yo le dije a mi esposa que ustedes serían como nosotros, ¡que nos gusta la sorpresa hasta el final! —Jofré no dejaba de sorprenderlos, no dejaba de hacerlos sentir bien y mal a la vez, ante tanta sinceridad y humildad.

—¿Para cuándo esperan al bebé?

—Los primeros días de agosto.

—Entonces ahí lo vemos. ¿Les parece?

—Por supuesto que sí, Jofré, espero eso sí que nos veamos antes. ¿Hace cuánto tiempo que no se revisa? —Julio de inmediato comenzó a trabajar.

—Huuuuu… ¡mucho tiempo!

—Entonces lo espero en el consultorio y también invite a su señora.

—¿La va a revisar también?

—Sí, pero cuando ella vaya sola, cuando vaya con usted es para que ella se lleve la receta y las instrucciones y sea mi espía en su casa.

—Eso está maaaaal, ¡ya pensaba que íbamos a ser buenos amigos! —Se rió Jofré y se fue muy contento.

Ya instalados, Julio y Lucía descansaron al final de la tarde en una pequeña terraza adosada a la casa y orientada al poniente. Prepararon unas limonadas y se sentaron a disfrutar del aire puro, el aroma de las flores y una hermosa puesta de sol en el horizonte de los campos.Se abrazaron y besaron tiernamente.

Unos meses después, para mediados de ese año de 1995, el doctor Julio se había hecho conocer y querer por todos los habitantes rurales de ese sector de Ciudad Marinas. Le había tocado atender todo tipo de males y accidentes de trabajo, por que en el campo se producen muchos «traspiés», le habían dicho los ancianos. Los casos más complejos, en que se requiere algún grado de cirugía mayor los derivaba a la ciudad y su gran hospital, pero en general casi todos los pacientes eran atendidos en el Consultorio Rural Número 2.

El doctor Julio tenía claro que lo central de su trabajo era educar a la población, por eso implementó un buen sistema de revisiones y controles periódicos: niños, niñas, hombres y mujeres, todos estaban debidamente fichados y con un seguimiento permanente. En el caso de los menores desde sus dentaduras, alimentación, altura, desarrollo físico. Los mayores, evaluaciones y exámenes preventivos en los hombres y las mujeres. Y por supuesto los embarazos, que desde que ellos llegaron se hizo una moda la preñez.

Había contratado dos asistentes enfermeras, una de ellas con bastante experiencia en partos, por lo que se convirtió en un gran apoyo. Ambas mujeres mantenían un orden meticuloso de las fichas y los pacientes, organizaban perfectamente las horas y tenían un muy buen trato con toda la comunidad.

Julio instaló una central de radioaficionado para mantener comunicadas las villas, los ranchos y los vehículos, por lo que en caso de emergencia en la zona, estarían todos informados y coordinados. El consultorio fue como nunca un lugar donde la gente sí podía resolver y prevenir su salud y otras necesidades, este era el sueño de la joven pareja.

Lucía esperaba su bebé para la primera semana de agosto, pero por alguna razón rompió bolsa en la mañana del diez de julio, es

decir, un mes antes de lo planificado. Se encontraba en su hogar con Jofré, quien se había convertido en un gran apoyo en las tareas de mantención del consultorio, la casa y del jardín y además su amigo.

Como Jofré ya tenía experiencia con sus hijos no se alarmó, al contrario, le dijo a Lucía que en la pickup podrían llegar rápidamente al hospital, pero ella prefirió el consultorio para estar con Julio y allí ver si era necesario ir al hospital de inmediato o esperar. Habló con Julio a través del radioaficionado, pero este le dijo que mejor que no, que siguieran rumbo al hospital y que él los alcanzaría. No quería correr ningún riesgo.

En pocos minutos, unos quince o veinte tal vez, Lucía y Jofré llegaron a la zona de urgencias del Hospital de Marinas. Los reconocieron rápidamente. Lucía se retorcía de dolor por las contracciones en el lado del copiloto. Un enfermero corrió a buscar una silla de ruedas mientras una de las enfermeras avisó al ginecólogo de turno, quien bajó a los box de la urgencia. Julio venía en camino, siempre conversando con Jofré a través de sus radios.

El enfermero se acercó a Lucía y la miró, le extrañó tanto líquido en el piso, levantó el vestido y miró entre las piernas y vio asomarse la cabeza del bebé. De inmediato gritó: «¡no llega, no llega! ¡Llamen al doctor que aquí mismo nace!». Lucía parecía no darse cuenta, tal vez por el dolor. El doctor y una enfermera corrieron a la pickup, mientras lo hacían se iban colocando los guantes quirúrgicos y mascarillas. El enfermero recostó a Lucía a lo largo del asiento del vehículo, fue por el otro lado, por atrás de la mujer y el doctor y la enfermera se ubicaron al frente. El enfermero ayudó a Lucía para sostener ambas piernas flectadas, pegadas a su pecho, pero todo fue muy rápido y en un pestañeo el bebé salió casi eyectado directo a las manos del doctor, quien hábilmente lo sostuvo. La enfermera ató y cortó el cordón umbilical y corrió con el bebé envuelto suavemente en paños color verde al interior del hospital. Lucía preguntaba desesperada qué había sucedido, el enfermero le decía que todo estaba bien. La tomó con mucho cuidado y la subió a una camilla llevándola directo a uno de los pabellones quirúrgicos para finalizar el parto en las condiciones sanitarias adecuadas.

Lucía, un poco atontada por lo que acaba de vivir, estando en el quirófano no se dio cuenta de que Julio le puso sobre su pecho desnudo a la bebé. Sí, una hermosa niña había sido el milagro de ese día y la dicha de ambos. Miró la bebé, lo miró a él, su hombre, y ambos lloraron emocionados y de felicidad. Su sueño se completaba.

Al día siguiente ya más tranquilos y riéndose de todo lo que habían pasado y de cómo todos aportaron: Jofré que ni siquiera se complicó y cumplió un rol clave, el enfermero y su grito que alertó a todo el hospital, el doctor que atrapó a la bebé hábilmente como si fuera un balón de futbol y por supuesto la enfermera que la envolvió como una hogaza de pan caliente y la raptó al interior del hospital. Todo había funcionado mejor que si hubiera sido planificado, estaban agradecidos.

—¿Cómo la vamos a llamar?—dijo Jofré completamente incorporado en esta nueva familia.

—Ni Rubén ni Jofré —dijo Julio y todos rieron.

—Pero hay que ponerle el nombre de alguno de aquí del hospital, ¿no es una tradición cuando nace en la calle? —Volvió a insistir Jofré.

—Quédate callado, Rubén Jofré, y déjate de hablar tonteras —le dijo secamente su mujer a Jofré, que luego agregó—: Tiene que llamarse como su madre, como usted, Lucía

—Tienes razón —afirmó Julio.

Lucía asintió con la cabeza y así ese diez de julio de 1995, un mes antes de lo esperado y en el asiento de una pickup rural, nació Lucía González Berguecio. Por fin Jofré podría pintar de color rosa y blanco la segunda habitación de la casa.

Lamentablemente, del otro lado del mundo llegaba una terrible noticia que se está dando a conocer por los distintos medios internacionales. La gente se agolpa para ver las pantallas de TV dispuestas en las distintas salas de espera del Hospital. Algo grave sucedió el día anterior, a la misma hora que nacía Lucía.

En Srebrenica, un poblado fronterizo entre Bosnia-Herzegovina y Serbia, ha sido asesinado Larry Mejías, el famoso corresponsal de guerra y hermano de Marc Star, el gran conductor de televisión latina.

En CNN Breaking News se desplegaba la noticia con mucha urgencia, el medio decía:

«Estamos comunicando esta noticia de última hora…

Aún la información está incompleta, pero se ha confirmado la muerte del corresponsal de guerra Larry Mejías y de su intérprete, una mujer llamada Jelena, en un confuso incidente entre los Cascos Azules de Naciones Unidas y el VRS (Ejército de los Serbios de Bosnia) el día de ayer lunes diez de este mes de julio en la mañana. Tanto el hombre como la mujer presentan perforaciones de bala provenientes de disparos a muy corta distancia, por lo que se presume han sido ajusticiados; insistimos, se presume que han sido fríamente asesinados de un disparo en la cabeza. Un horrible crimen contra la libertad de expresión y la libertad de informar. La prensa mundial en este momento está de luto y exige una investigación y castigo a los culpables.

Se nos ha confirmado también y gracias a Dios, que el reportero gráfico Luis Fernández, compañero de labores de Larry Mejías ha resultado ileso… Repetimos, Luis Fernández ha resultado ileso.

Los hechos habrían sucedido en una de las calles del poblado Srebrenica en donde están estacionadas las fuerzas de paz de Naciones Unidades.

Seguiremos informando apenas recibamos más comunicados de nuestros corresponsales y las fuerzas de paz».

Julio se aseguró de que Lucía no escuchara la noticia, no era este el momento de traer recuerdos tristes y penosos de su suegro reportero muerto también, pero en otra cruenta guerra.

Ya entrada la primavera en noviembre, la joven familia acude a la Iglesia del Monasterio de Nuestra Señora de Salamanca a bautizar a la niña Lucía. En estos cuatro meses, la pequeña había sido una bebé muy tranquila, rara vez lloraba o rechazaba la alimentación. Julio se extrañaba a veces porque no veía reacciones comunes de los bebés en ella a ciertos estímulos externos, pero prefirió no preocupar a su esposa y esperar más tiempo a ver cómo se desarrollan las cosas. Mientras, el tema de ese momento era bautizarla y también celebrar.

En la iglesia espera el sacerdote ayudante del obispo, el joven Cayetano Gómez para presidir la ceremonia, en la misma nave del lado izquierdo del templo lo acompañan las hermanas del Monasterio de Nuestra Señora de Salamanca sentadas en las banquetas destinadas para ellas. Tradicionalmente, cuando se bautiza una niña, ellas se unen a sus familias en la celebración.

Se encuentran parados en torno a la pila bautismal además del sacerdote, los padres de la bebé, el doctor Julio y Lucía y, por supuesto, los padrinos don Jofré y su esposa. Los acompañan los abuelos que han viajado desde la capital a Ciudad Marinas.

—¿Quién ha traído a esta niña para ser bautizada en la religión y la fe?—pregunta el sacerdote.

—¡Nosotros, sus padrinos!—responden al unísono don Jofré y su esposa.

—Acercadla y decidnos ¿cuál es el nombre de esta niña?—repite el ministro de la iglesia con mucha solemnidad.

—¡Lucía González Berguecio!—responden los padrinos acercando la bebé a la pila bautismal.

Cayetano la recibe, la eleva y la presenta al cielo. La aproxima a la pila en la que escurre el agua de las vertientes permanentemente, produciendo un suave y relajante sonido. La devuelve a sus padrinos descubriendo su pequeña cabeza, recoge en un recipiente de plata una cantidad de agua, la bendice y deja caer un chorro por la frente de la niña tres veces, repitiendo en cada oportunidad.

—Yo te bautizo a ti, Lucía González Berguecio, en el nom bre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo amén.—Y todos los asistentes repiten amén—. Desde ahora en adelante eres parte de nuestra iglesia —dice el sacerdote mostrando a la bebé a toda la audiencia, los que aplauden muy felices.

En ese momento las hermanas se retiran sin hacer ruido, saliendo por una pequeña puerta al costado de la nave que las dirige a un gran salón al que pueden acceder solo ellas. La superiora del monasterio se queda atrás y el sacerdote le entrega la bebé.

Los padres, Julio y Lucía están extrañados, pues esta parte del rito no lo conocen y la verdad es que muy pocos lo conocen, salvo

ellas las religiosas. Cayetano, el sacerdote, los calma tomándolos de las manos y diciéndoles:

—Ahora las hermanas le darán la bienvenida, es una costumbre solo con las niñas. Estén tranquilos.

La superiora se lleva la bebé y desparece detrás de la puerta que se cierra.

En el salón, las religiosas depositan a la bebé Lucía sobre una pequeña mesa. La desvisten para envolverla con tiras de lino blanco.Entre las capas introducen flores de lavanda y en su frente, cuello y manos frotan una loción suave con aroma a lavanda. Luego colocan a la niña sobre otra mesa, una redonda en el centro del salón. La rodean y cada una la toca con una mano y con la otra se tocan entre ellas y al unísono repiten una y otra vez:

«Tu nobiscum es, tu nobiscum es, tu nobiscum es…» (Estás con nosotras).

Luego, en orden, todas hacen la señal de la cruz con sus pulgares cruzados sobre sus dedos índices en la frente de la niña. Ahora sí, el rito bautismal ha terminado.

A la hermana Paula, que ya había cumplido diez años en el monasterio, le corresponde devolver a la niña a sus padres. La toma en sus brazos y la mira a los ojos. Un reflejo extraño le llamó la atención, era una luz, pero que no provenía del salón, sino de las ropas de ella. Se acercó más para poder ver bien y sorprendida observó que Lucía llevaba colgada a su cuello una medalla con el rostro de un santo con una inscripción; «Saint Francois de Salles». El santo patrono de los reporteros y periodistas, pensó.

Paula salió del salón a la iglesia, allí la esperaban todos, en especial la madre de Lucía, quien se acercó a tomar la bebé. Sintió el suave aroma a lavanda en su pequeño cuerpo, y entendió que algo espiritual había sucedido allí.

—Lucía, qué hermosa bebé tienen ustedes —les dijo la religiosa entregando la pequeña a sus padres. Luego continuó—. Tengo una duda, solo por curiosidad ¿A qué se debe la medalla de San Francisco de Sales? Tengo entendido que es el patrono de los reporteros.

—¡Así es! —responde Lucía muy interesada en la pregunta y continúa con una triste historia de su padre—. Mi papá fue reportero y cubría los conflictos armados. ¡Un trabajo muy arriesgado! Lamentablemente cuando yo era muy pequeña, casi recién nacida, él falleció en Centro América, en El Salvador, en el 72 y lo único que logró recuperar mi mamá fue esa medalla, su medalla de San Francisco de Sales—lo dijo con una expresión melancólica.

—Cuánto lo siento, Lucía, discúlpeme, no mi fue mi intención traer recuerdos tristes a este momento tan alegre de usted, su esposo y toda su linda familia, le pido me perdone por favor —dijo Paula un tanto avergonzada.

—No se sienta mal, hermana, al contrario, yo debo agradecerle a usted y las religiosas. Nos acaban de entregar a nuestra hija envuelta en este paño de lino blanco y puro, perfumada con lavanda, que está en todo este valle. ¿Me imagino que usted conoce el significado de esa flor?

—Claro que sí, Lucía y significa muchas cosas maravillosas; entre ellas el despertar espiritual, el equilibrio entre el cuerpo, la mente y el alma, que es la razón de ser de esta ciudad y de nosotras y es la razón de porqué ustedes han decidido vivir aquí.

—Cierto, hermana Paula, está en lo correcto y con esa me dalla quisimos con mi esposo juntar el significado de la lavanda y de este increíble lugar con el compromiso de mi papá con su profesión, para que mi pequeña Lucía nunca dude en hacer el bien.

—Tenga la certeza, Lucía, que las mujeres de esta región nos aseguraremos de que así sea.

El destino de la hermana Paula y la pequeña Lucía, a partir de la primavera del año 1995, quedó unido para siempre.

.

Juana se despidió de su tío el obispo Don Cayetano con un gran y tierno abrazo. Ella nunca se habría imaginado para qué era la cita, tener ese mensaje de Paula en sus manos en que le pide que solo ella lea el cuaderno que dejó a Lucía, jamás se habría esperado algo así. Tampoco, aunque lo intenta, puede predecir hacia dónde la llevará todo esto ¿Porqué Paula se ha molestado en crear esta especie de comunicación propia de espías? Su mente activa se

comenzaba a llenar de preguntas. Paula no es cualquier persona, se decía. No solo es muy inteligente y preparada, siendo religiosa tiene además una gran experiencia en el mundo común y redes de contacto en los más altos niveles. En los últimos años se movió en los círculos del poder, políticos, presidentes, ministros de las cortes de justicia, es decir, ¿quién no pasó por su programa? Tal vez el papa, sería el único.

—¿Tío, que problema me has puesto enfrente,ah? —le reprochó con alegría Juana a Cayetano.

—Tú sabes, Juanita… cómo me gusta molestar a mis sobrinas.

—¿Te acuerdas de las rabias que nos hacías pasar de pequeñas? ¿De verdad te acuerdas?

—¡De cada una, Juanita! De cada una, pero este cuaderno de Paula, entre nosotros —Se acercó al oído de Juana y le dijo—¡Es la mejor de todas! Jajajaja —Se rio don Cayetano, a lo que se sumó Juanita y volvió a abrazar a su tío.

—Tío, estaremos comunicados por Whatsapp ¿te parece?

—¡Excelente! Intercambiemos los números de los móviles. —Cada uno lo dejó registrado.

Juana le comunicó a su tío que mientras dure esta investigación se instalará en la casa de sus padres, pero tendrá su «cuartel general» junto a Clarita en la oficina del obispado. Don Cayetano accedió y le hizo preparar lo necesario para que pueda hacer su trabajo. Decidió comenzar su encargo de inmediato, pero no abriría el cuaderno hasta conversar primero con Lucía y entender el rol de ella en todo esto, así que se dirigió al Monasterio de Nuestra Señora de Salamanca, no sin antes informarle a su tío y avisarle a su madre, doña Dorotea, que estaba en Marinas y que iría a dormir a su casa..

—«Tío, voy al monasterio… quiero conocer a Lucía. Besos». —Don Cayetano respondió con un ícono pulgar arriba.

—«Hola, mamá, estoy por acá en Marinas. Hoy te paso a ver, me quedo en casa a dormir. Un beso». —Escribió Juana a su madre, quien de inmediato la llamó.

—¡Hola, mamá! Cómo estás.

—¡Hola, Juanita! ¡Qué alegría que estás en la ciudad! ¿Vienes hoy?

—Sí, mamá, en la tarde pero cerca de la noche… no hay problema. ¿Cierto?

—Pero cómo va a ver algún problema, ¡encantada! Te espero. Un beso, mi amor.

De camino al monasterio pensaba lo frágil de la vida. Paula, una mujer hiperactiva y llena de energía, así de la nada, fallece por un accidente vascular. A veces hasta las personas más inteligentes no caen en cuenta de la importancia de las revisiones médicas periódicas y pensó: ¿Hace cuánto tiempo no voy al doctor? ¿Parece que Paula no es la única? Se dijo a sí misma.

El monasterio nunca ha tenido rejas o muros en su perímetro. Es un lugar abierto donde cualquiera puede ingresar. Los coches eso sí, deben quedar en un aparcadero al margen del recinto. Las personas solo deben trasladarse caminando o en bicicleta. Parece una universidad europea pensó, pero la verdad es que siempre ha sido así.

Para el que nunca ha estado aquí llama la atención la cantidad de chicas y chicos jóvenes estudiando o leyendo en sus jardines. Juanita, en sus tiempos de colegio, muchas veces memorizó las materias en este lugar y lo echó de menos en la universidad porque, según muchos, en ese lugar hay un aura especial que te ayuda a aprender y meditar.

La zona donde habitan las religiosas sí se encuentra cercada por una reja alta. Para acceder hay que anunciarse tocando una campana con una cuerda atada a la puerta de la reja. Así lo hizo Juanita y una hermana religiosa salió de la casa.

—Buenas tardes, ¿en qué puedo ayudarla?—preguntó en un tono suave.

—Hola, buenas tardes. Mi nombre es Juana de los Ríos y vengo por un encargo del señor obispo, necesito hablar con la hermana Lucía.

—¡Ah,usted es Juanita! la estábamos esperando, por favor pase por acá.

«¡Por suerte íbamos a ser discretos!», pensó Juanita, «qué típico de mi tío, no puede quedarse callado, ¡hombres!», se decía Juanita,

entre enojada y riéndose.

La tarde estaba cada vez más calurosa y Juanita lo estaba sintiendo, necesitaba con urgencia ir al baño, se le olvidó en la casa del obispado y además tomar algún líquido, se estaba deshidratando.

—Debo llamar a Lucía para que venga, mientras si quiere, Juanita, pase al baño y allí en esa mesita le dejé una limonada fría para que se refresque —le dijo la hermana indicándole la ubicación del baño.

—¡Muchas gracias! —Pero cómo supo que quería ir al baño, tanto se me nota, pensó ella y que estoy muerta de sed. Debo ser un poco menos expresiva.

Iba en dirección al baño y escucha un grito que casi la mató del susto.

—¡Juanita! ¡Juanita! ¿Eres tú? —gritaba otra religiosa corriendo por los pasillos.

Juana se da vuelta y reconoce a su mejor amiga del colegio, Fernanda Fisher, la gran Fernanda, porque su origen alemán la había convertido en una gran mujer… literal.

—¡Fernanda Fisher! ¡Holaaaaa amigaaaa!

La alegría de ambas llenó el ambiente. Se abrazaron en el aire como dos niñas pequeñas que se juntaron para jugar. Fernanda la apretó un poco más fuerte y Juana le dijo:

—Fernanda, tengo que ir al baño, sino me hago aquí mismo.—Las dos rieron a carcajadas, Juana ya no podía aguantar más y menos con las risas. Las amigas, como si nunca se hubieran dejado de ver, fueron al baño juntas y hablaron y hablaron y hablaron.

Salieron al pasillo y seguían riendo. Pasó la superiora que las miró, hizo un gesto de silencio con su dedo, pero les sonrió al mismo tiempo. Juana observó la mesita de las limonadas y había una novicia sentada con su hábito café y un pañuelo blanco en su cabeza, de unos 20 años, con un rostro maravilloso, no hermoso, pero sí con paz, alegría, tranquilo, no sabía cómo describirlo, pero la cautivó. De su cuello le colgaba una medalla de plata muy brillante y entre sus manos un cuaderno muy parecido al de Paula, es Lucía.

Fernanda le advirtió a Juana que al hablar con Lucía lo haga lento y haciendo pausas, que mantenga un solo tono de voz y evite gritar, porque se asusta.

—Lucía, le dijo, a veces se pone de pie cuando le están hablando y se marcha, no te preocupes.—Le advirtió su amiga—.Ve tras ella y sigue hablándole. También la puedes dejar ir y continuar la conversación en otro momento. Nunca discutas con ella porque su memoria es increíble, todo lo que ha visto, leído o conversado está en su cabeza y lo recupera más rápido que un computador. —Juanita, y muy importante, no le preguntes de sus padres…Eso lo sabes,¿cierto?

—No, la verdad que no.

—Sus padres fallecieron hace unos años en un accidente, entonces si le hablas de ellos Lucía recupera en su memoria cada detalle y sufre mucho.

—¡Gracias, Fernanda! por suerte nos encontramos y me has puesto de sobre aviso.

—No, Juanita, yo sabía que venías y me ofrecí para explicarte cómo tratar con Lucía y también saludarte—le dijo su amiga con una expresión de ternura, que Juana ya casi había olvidado de los años de colegio.

Juana se acercó a Lucía despacio, ambas se miraban a los ojos, como queriendo hacer una conexión y poder comunicarse sin hablar. Se sentó a su lado, no muy cerca para no importunarla. Lucía abre su cuaderno, saca una fotografía del interior y mostrándosela a Juana le dice:

—Eres tú—afirmó sin dudarlo la joven.

—Perdón, Lucía, no entiendo —le dice Juana.

—Paula me dejó esta fotografía tuya y me dijo que solo hable contigo… Eres tú, ¿cierto?—Y le volvió a mostrar la fotografía. Juana la miró y era un recorte de periódico pegado sobre un papel cartulina con su imagen, de una entrevista de hace un par de años.

—Sí, soy yo… esa fotografía no me gusta mucho pero sí, soy yo, Lucía.

—Entonces este cuaderno es para ti.—Y le entrega el cuaderno que tiene entre sus manos.

Juana no lograba entender mucho lo que estaba sucediendo. Abrió su cuaderno, el que le dejó la hermana Paula, y decía en letras como escritas por un niño «LUCÍA» en una sola de las páginas del cuaderno. Comprendió entonces que Lucía había entregado una especie de señuelo a Cayetano para asegurase que viniera a ella, así podría comparar la fotografía que le dejó Paula y estar segura de que cumpliría con los deseos de la religiosa.

—Lucía, ¿tú escribiste aquí tu nombre?

—Sí—le respondió ella, con una cara de alegría y orgullo de niña que a Juana enterneció.

—Y este cuaderno es para mí. ¿Eso te pidió Paula? —preguntaba Juana con la mayor de las calmas posible, siguiendo los consejos de su amiga Fernanda.

—Sí.

—Lucía, ¿qué más te pidió Paula? —Y Lucía no respondió, solo miraba el cuaderno que recién le entregó, como si allí estuviera la respuesta—. Lucía ¿quieres que lea el cuaderno?

—Sí, Juanita.—El que haya dicho su nombre le llegó directo al corazón. Juana no era mucho de sentimentalismos, pero con Lucía todos esos instintos maternales comenzaron a surgir y tal vez comenzó a entender a Paula y el porqué acogió a Lucía.

Juana, por fin, abre el cuaderno en la primera página y comienza a leer. Inmediatamente la expresión de Lucía cambió a felicidad, sirvió dos vasos con limonada y comenzó a observar a Juana.

«Querida Juanita, discúlpame por haberte hecho venir a Ciudad Marinas. Sé que hace mucho no estabas por estos lados y lo entiendo, pero no supe en quién más confiar para que continúe con una tarea que inicié y que ha tomado un rumbo que no me esperaba.

Discúlpame también por no haberte advertido de la existencia de este cuaderno y su contenido, pero tú y yo nos parecemos en algo, nos gusta hacer las cosas solas sin que nadie nos moleste».

Ahora Juana comenzaba a comprender a Paula, ciertamente ellas son muy parecidas, salvo por los hábitos religiosos, son el reflejo una de la otra.

«Me sigo disculpando porque debes ir donde la hermana Lucía, que se asegurará de que eres tú. Es fundamental que te reúnas con ella, pues sino eres tú no podrás acceder a más información de la que tienes en este cuaderno, que no es mucha».

Por suerte, pensó Juana, se le ocurrió antes a ella visitar a Lucía, así que un problema menos.

A medida que Juana iba leyendo, el rostro de Paula comenzaba a dibujarse en su memoria, y sentía que de alguna manera ella le estaba hablando. Eso le agradó. Observó a Lucía, que no daba más de felicidad mirando a Juana y le ofrecía más y más limonada. Dio vuelta la primera hoja y continuó.

«Juanita, el obispo, tu tío Cayetano me pidió hace un tiempo estudiar la vida de doña Catalina y buscar donde fuera necesario los argumentos, hechos históricos, pruebas para presentar en la Santa Sede en su proceso de beatificación… ¿Sabías que estamos en eso, en beatificarla? Si no lo sabes, ahora sí».

Juana no lo sabía, recién se enteró por su tío.

«Como todo el mundo sabe, ella llegó de Salamanca en donde estuvo en un convento y estudió en la universidad. Hasta ahí todo bien. El problema es que no hay pruebas de nada, ni aquí ni en España. Los cuadernos que escribió ella, y que están en la biblioteca del colegio, tampoco dejan clara esa parte de su historia, entonces es muy difícil de reconstruirla, pero y aquí te pido que solo creas y no razones, pero»…

Pero qué, se preguntó Juana… «no comencemos con cosas celestiales en las que no creo», pensó.

«… Juanita, no sé cómo, ¡pero Lucía tiene todas las respuestas! Debes ganártela para que puedas avanzar».

Juana levantó la cabeza, miró a Lucía que seguía con esa sonrisa maravillosa, sirviendo limonada, «¡se volvió loca Paula!», y continuó leyendo.

«… te puedo contar que Lucía no es tonta, ni subnormal, por favor, sácate eso de la cabeza, todas piensan que es retrasada, pero

no lo es. Lucía tiene una variedad de Asperger, un grado de autismo, pero su inteligencia es absolutamente normal y tiene un grado de inmadurez emocional, es como si fuera una niña pero su razonamiento es el de un adulto y lo descubrirás a medida que la conozcas mejor».

En eso Juana ya está de acuerdo, porque solo un adulto bien perspicaz se le habría ocurrido ocupar un cuaderno a modo de señuelo.

«Juanita, yo no soy de creer en espíritus, magias… milagros a veces, pero en Lucía se juntan muchas coincidencias que dan para pensar. Por ejemplo, solo un ejemplo, nació el mismo día y la misma hora en que fue asesinado Larry Mejías, el diez de julio de 1995 a las diez treinta de la mañana y su nacimiento estaba presupuestado para un mes después…».

Juana lo recuerda bien, porque ese año estaba ingresando a la universidad y la noticia fue muy difundida.

«… cuando estés con Lucía observa una medalla que tiene colgada en el cuello. Esa medalla pertenecía a su abuelo que fue reportero de guerra en el Salvador y murió reporteando en 1972. El santo en la medalla es San Francisco de Salles, ¡el santo patrono del periodismo!».

Juana miró la medalla y efectivamente está escrito el nombre del santo en francés. «Paula, no me empieces a meter cosas en la cabeza», pensaba ella.

«Yo pensaba que me estaba justificando por no avanzar en armar la vida de doña Catalina, una especie de frustración, tonteras de mujer mañosa, pero un día Lucía me invita a la cabaña de adobe donde vivió Catalinay, Juanita, te juro por lo que más creas: tomó la medalla, la puso al sol y con el reflejo en la pared, adentro de la cabaña pude leer claramente "Tu Nobiscum Es"…».

Lo habrá escrito Lucía con tinta mágica… no es tan complicado, Juana no lo creería tan fácilmente.

«…pero eso no fue lo más increíble en este proceso. Tomé contacto con Luis Fernández, Luchín le dicen, el reportero gráfico que acompañaba a Larry Mejías el día de su asesinato. Pues bien,

Luchín nos visitó con Marc Star para conocernos y preparar esa entrevista en Miami en el programa Marc Star Contigo, ¿la viste? El punto es que Luchín le dio por grabar todo y grabó adentro de la cabaña y por un efecto que no me supo explicar, solo la cámara, no el ojo humano, solo a través de la cámara podías leer Liber es tu nobiscum es… eso significa, eres libre, estás con nosotras.

Juanita, yo hablé con él porque Lucía me lo pidió. Ella me dijo que él, Luchín, había visto algo en la cabaña el día de la visita, pero ahí no terminó. Durante la conversación Luchín me envió una fotografía que nos había tomado con su móvil Lucía.Se supone que solo debíamos estar Luchín y yo, pero aparece otra religiosa que no conozco ¡y está vestida con hábitos de otra época!»

Ahora sí a Juana se le empezó a complicar todo lo que ella creía, una cosa es la tinta mágica en un muro, y la otra es una fotografía, una prueba gráfica es casi irrefutable «debo suponer que el señor Luchín no nos está engañando». Pensó, «en cualquier caso lo voy a averiguar».

«Creo que Lucía, o a través de ella, doña Catalina nos está guiando. Sé que parezco loca, pero hay muchos más ejemplos que te podría dar de estas manifestaciones a través de ella».

Juana pensaba en lo que se estaba metiendo, o mejor dicho en lo que la estaban metiendo Paula y Cayetano. ¿Sabrá él todo esto? Siguió leyendo en la siguiente página.

«Me puse como meta lograr la beatificación de doña Catalina. Creo que tiene méritos suficientes, pero si estás con este cuaderno es porque no pude o no alcancé. Juanita, te ruego que tú sigas con este trabajo increíble de investigación histórica, todo lo que tu mente intelectual pueda imaginar lo encontrará en este desafío, sé que solo tú puedes seguir por tus méritos, pero por sobre todo, porque entenderás a Lucía como yo te entendí cuando eras una adolescente».

Paula tenía razón en todo, Juana no solo era una gran investigadora, sino que además su formación entregada en gran parte por la religiosa, le permitía ser cercana las personas y, de hecho, en pocos minutos ya le había tomado cariño Lucía.

«Todo lo que necesites para hacer tu trabajo lo tendrás. Hay dinero suficiente en una cuenta que proviene del canal de Youtube del programa que con tanto amor hicimos con mis chicas de la producción, aprovecha de decirles que las amo con todo mi corazón.

Para acceder a ese dinero necesitarás las claves del banco, las tiene Cayetano, pero no lo sabe. Detrás de la pintura de doña Catalina en el obispado hay adherido un sobre que dejé hace un tiempo allí, encontrarás un poder legal que firmé a tu nombre hace mucho, con el que puedes acceder a dos cuentas, una es la que utiliza el monasterio y obtiene fondos del programa, la otra es la que utilizarás para tu trabajo; cuando termines, transfiere lo que no hayas utilizado a la otra cuenta y entrega todo a la superiora».

¿Cómo todo tan ordenado? ¿Cómo pudo prevenir tanto Paula? Es lo que se preguntaba una y otra vez Juana.

—Lucía, ¿tú sabes todo lo que dice aquí en este cuaderno de Paula?

—Sí.

—¿Me puedes decir cómo pudo ella prepararlo con tanto detalle y anticipación?—lo preguntó con la mayor delicadeza posible.

—Yo te vi en mis sueños y le dije a Paula.—Lucía se puso de pie y se fue.

No debo seguirla, pensó Juana, no debo, pero igual la siguió. La acompañó hasta a un sauce con una buena y fresca sombra. Lucía pasó por un par de botellas de agua, hacía calor, mucho calor. Ambas mujeres se sentaron a mirar las montañas en dirección a la vertiente, una hermosa vista, pensó Juana. Se refrescaron en silencio con unos sorbos de agua, se miraron y sonrieron y Lucía de la nada le dice:

—¿Quieres conocer su habitación?

—¿De Paula? —respondió Juana.

—Sí.

—Pero no tenemos permiso —afirmó Juana.

—Pero yo tengo la llave —respondió Lucía.

Sin pensarlo más, Lucía tomó de la mano a Juana y partieron.

La habitación de la hermana Paula no se encuentra en ningún lugar especial de la casa. Se ubica en la mitad de un largo pasillo con habitaciones en ambos lados, ni siquiera están numeradas, son solo puertas que están todas cerradas. La única diferencia con el resto es que tiene adherida un par de flores de lavanda, tal vez por el respeto de su partida.

Lucía se advertía realmente contenta, lo que a Juana llamó la atención, porque estaban por ingresar al cuarto de una persona fallecida. Tal vez pensó que, en su particular mentalidad, la relación con la muerte se diferencia con respecto a nosotros, a lo mejor para ella es alegría cuando para el común de las personas es temor, pena o nostalgia.

Ambas mujeres se acercaron a la puerta, Lucía hizo una pequeña pausa, miró a Juana como para ver si se sorprendería o no, pero en ese momento comenzó a surgir la investigadora que tiene en su interior dejando ya de lado las expresiones naturales. De ahora en adelante su rostro reflejaría lo que su mente le ordenara manifestar, de manera de no interferir con la investigación que inevitablemente acaba de comenzar.

Al parecer alguien las vio, porque la superiora se presentó acercándose con un paso muy veloz, casi corriendo por el pasillo antes de que abrieran la puerta.

—¿Qué están haciendo en la habitación de la hermana Paula? Hola, Lucía, hola Juanita.—Consultó la hermana superiora.

—Hola, hermana—respondió Juana y continuó—. Solo vamos ingresar a la habitación para que yo pueda conocerla.

—¿Y cómo harán eso? Si las únicas llaves las tenemos yo y el obispo.

—Bueno, el obispo me entregó la copia de él y yo le pedí a Lucía que haga el honor de abrir la puerta.—Mientras respondía le hizo un guiño a Lucía, quién sonrió.

—Esa parte no me la había dicho don Cayetano.

—Hermana, muy obispo será mi tío, pero sigue siendo hombre —le dijo Juana con una hermosa sonrisa.

—Que me perdone el señor obispo, pero tienes razón,Juanita. ¡Hombres! —exclamó la hermana superiora.

—Juanita, ¿sabes que a esa habitación no ha entrado nadie desde la partida de Paula? ¿Lo sabes, cierto? —La monja se lo pregunta en un tono de mayor seriedad.

—Lo sé, hermana y una vez que salgamos, se mantendrá esa orden, nadie puede ingresar salvo que el obispo de Ciudad Marinas lo ordene.

La madre superiora se retiró a unos metros para poder ob servar, estaba más tranquila, pero como también ella es humana y su curiosidad la supera quiso permanecer allí… Lucía no abría la puerta, estaba parada como petrificada. Juana le preguntó:

—¿Qué sucede, Lucía? ¿Pasa algo?

Lucía hizo un gesto, como señalando que le incomodaba la cercanía de la superiora allí. Juana se acercó a la religiosa y le solicitó.

—Hermana, ¿es posible que nos deje a solas con Lucía? —Juana le hizo un ademán para darle entender que Lucía no era fácil y que mejor no importunarla ahora, no era necesario una escena de la joven en ese momento.

—¡Por supuesto! Si necesitan algo me avisan. —Se retiró la superiora entendiendo el mensaje de Juana. La mujer tampoco quería ser una barrera en ese momento.

Lucía introdujo la llave en el cerrojo y suavemente abrió la puerta de la habitación de la hermana Paula. Juana sintió en ese momento que cada vez dudaba más del sentido real del encargo de Paula. ¿Realmente ella esperaba que yo continúe con la beatificación de doña Catalina? ¿Es ese el encargo? Pensaba una y otra vez en su cabeza de investigadora, pues su premisa es «Juana, debes dudar de todo hasta tener las pruebas», y ese credo es el que la motiva a adentrarse en las historias, en los enigmas y las mentiras del ser humano.

Lucía abrió la puerta y ambas se quedaron paradas bajo el dintel, inmóviles y observando. La pequeña habitación estaba poco iluminada, pero se podía ver claramente al lado izquierdo una cama, unido a su derecha con un velador y sobre este una lámpara de lectura. Al lado opuesto de la cama, un diminuto escritorio con una silla precedido por otra silla apoyada en la pared en donde habían

dejado descansar el hábito de Paula en el respaldo y sobre el asiento. Debajo de esa silla, un par de zapatos negros muy limpios y lustrados. En el muro sobre la cama, un crucifijo de madera y a la misma altura, pero en el costado una repisa larga, tal vez del largo de la cama con unos veinte libros. Al fondo, una ventana en el centro del muro, cubierta por una gruesa cortina que deja entrar muy poca luz.

Juana había entendido que era mejor preguntar antes a Lucía cualquier nuevo movimiento, para no generar una reacción imprevista en ella y también para hacerla sentir parte de lo que está haciendo y por lo tanto útil.

—Lucía, ¿te importa si corro la cortina para que entre más luz? De verdad veo muy poco y no quisiera romper algo.

—No, no importa.

Juana abrió la cortina y al fin pudo ver en más detalle el dormitorio. En el velador había un rosario de madera y un libro, que como buena mujer de las leyes estaría estudiando, pues era la nueva ley de Violencia de Género.

Sobre el escritorio, dos cuadernos similares al que le entregó Lucía. Los zapatos negros estaban realmente gastados en sus tacones y bastante gastado el cuero, se observaban raspaduras cubiertas por la crema negra de lustrar. El hábito, que en una primera oportunidad estaba tan pulcro, ahora resaltaban algunos remendones hechos con muy poca prolijidad; Juana recordó que Paula nunca fue muy hábil con la aguja, siempre lo decía. Los libros en la repisa eran en su mayoría novelas, lo que no le llamó la atención, porque Paula si no estaba trabajando, dando clases, dedicada a sus labores, estaba compartiendo las intrigas de alguna novela, adoraba adivinar el final. Esa característica de Paula tan femenina y natural, siempre le gustó, qué lejos era esa afición de la religiosa tradicional. La cruz en la pared tenía una inscripción «Tu Nobiscum Es» que en latín significa «Estás con Nosotras» tradujo Juana. Que linda frase, pensó. Recordó que está esculpida en alguna parte de la iglesia del monasterio.

Encima de la cama hay un ramillete de flores de lavanda muy frescas y aromáticas… eso llamó la atención de Juana. La hermana Paula había fallecido hace ya un mes, es decir, si alguien puso un ramo de flores allí el día que retiraron el cuer po, debiera estar seco y marchito, incluso la habitación estaba demasiado aseada para haber estado ese tiempo cerrada «¡aquí falta polvo en las cosas!», se dijo.

—Lucía, ¿te puedo hacer una pregunta? ¿Tú ya habías ingresado antes al dormitorio? ¿Tú lo has mantenido aseado y con esas flores en la cama?—preguntó Juana mirando a Lucía con la mejor expresión para no incomodarla ni hacerla sentir mal.

—Sí. A veces vengo y me siento para estar con ella —respondió Lucía con algo de vergüenza.

En ese instante Juana decidió no insistir en la pregunta ni en el motivo, ya habrá tiempo para aquello, ahora había llegado el momento de acercarse a Lucía y de convertirse en su confidente, para lograr entender porqué para Paula ella es la clave. Alguna razón poderosa debe haber.

—Lucía, no había visto lavandas tan hermosas. ¿Tú las cultivas? —Desvió el tema Juana.

—Sí, en mi jardín—respondió con notoria alegría.

—¡Y me lo puedes mostrar!

Lucía salió corriendo de la habitación sin decir nada. Juana iba a seguirla, pero prefirió antes tomar una serie de fotografías con su móvil. Necesitaba guardar un registro de lo que había visto. Luego cerró la puerta, sacó la llave y corrió detrás de la joven religiosa. No alcanzó a ver qué dirección tomó, una hermana que iba caminando por el pasillo le indicó el camino. Entró un mensaje a su móvil, trató de verlo, pero entre perseguir a Lucía, sostener el móvil y el cuaderno, además de las llaves que habían quedado puestas en la cerradura, sería demasiada coordinación y algo se le caería sin duda alguna, decidió seguir corriendo tras los pasos de Lucía. ¡La ventana! pensó, se ha quedado abierta.

Juana salió al patio, otra religiosa le indicó el camino al jardín de Lucía. Quedaba muy cerca, supuso que ella habría ido para allá. Al acercarse el sol de la tarde, ya en el horizonte iluminaba una

pequeña verja llena de flores de lavanda. Juana la traspasó por una puerta que estaba abierta y se detuvo.No había más que correr y, sin creer lo que estaba viendo, bajó los brazos, dejó caer todo lo que traía consigo y contempló un jardín hermoso, planificado en cada centímetro, cada planta, hierba, flor, estaban en su lugar, alineadas y separados unas de otras por la distancia justa y perfecta. Los aromas de las distintas especies se entremezclaban en miles de olores, siendo un festival para los sentidos. Juana cerró los ojos y solo disfrutó el momento, pero un nuevo chat ingresó a su móvil interrumpiendo tan maravilloso trance.

Don Cayetano le escribió el primer chat.

—¿Qué hacen en el dormitorio de Paula?—escribió don Cayetano.

Minutos después al no tener respuesta, vuelve a escribir.

—¿Juanita?

Juana le responde.

—Tío, tranquilo, luego conversamos.—Y agregó un emoticón con un corazón.

Lucía estaba feliz de mostrar su jardín a Juana, se le notaba en la expresión de su rostro y Juana a su vez sentía que había acertado, descubrió la zona de confort de la joven religiosa.

—Lucía, ¿este jardín lo has hecho tu sola? —preguntó Juana impresionada por lo que estaba viendo.

—Sí. Aquí veníamos con Paula muchas veces a descansar, ella descansaba.

—¿Tú no? ¿Tú no descansas aquí?—Quiso consultar con extrañeza Juana.

—No, a decir verdad a veces me asusto aquí.—Y bajando la cabeza Lucía señala un sector del jardín, más pequeño.

—¿Qué hay allí, Lucía, que te asusta?

—Están las hierbas de doña Catalina.—Lucía se dio media vuelta y se fue del jardín.

Juana no entendía nada ¿Qué es eso de las hierbas de doña Catalina? y ¿por qué podrían unas simples plantas, atemorizar a Lucía? Decidió no seguirla y nuevamente tomó fotografías con su móvil, muchas fotografías, en especial al jardín de las

hierbas.Tendría que averiguar de alguna manera qué son para entender a Lucía y su temor.

Antes de retirarse del monasterio, Juana pasó a despedirse de la superiora a quien agradeció su buena disposición y también de su amiga Francisca, esta última le contó varias cosas más de Lucía, pero la que más le llamó la atención es que en su jardín tiene un sector de hierbas medicinales y también allí otras hierbas para infusiones, «siempre nos prepara alguna, para el ánimo, para la pena, para el amor, sí, para el amor», se reía Francisca. Ella le dijo que Lucía gozaba haciendo esas infusiones «y la verdad es que a todas nos encantan», insistió. No quiso pasar donde Lucía, comenzaba a entenderla y querría estar sola, para ella esta jornada ha sido muy intensa, pensó.

Juana quedó con la sensación de que algo de interés para su investigación podría haber en el jardín de Lucía, pero ella no entiende de plantas ni menos de hierbas. Su exnovio Alejandro es agrónomo y él podría ayudar. Decide escribirle un chat: «Alejandro, necesito que me ayudes en algo, llámame apenas puedas, gracias». La espera no fue mucha, la llamó apenas terminó de escribir el mensaje.

—Aló, Alejandro.

—Hola, Juanita ¿Cómo estás?

—Bien, gracias por preguntar. Que quede claro que te llamo solo por una razón profesional.

—No hay problema, Juanita, pero ¿estás bien?

—Sí, ya te he dicho que estoy bien.

—Cuánto me alegro ¿No me vas a preguntar cómo estoy yo?

—No, Alejandro, no te llamo para saber de ti. ¿Podemos continuar?

—Está bien, Juanita ¿Qué necesitas?

—Mira tu móvil, te envié unas imágenes, dime ¿qué hierbas o plantas son?

—Qué hermoso jardín, Juanita, pero no sé si puedes poner algo así en tu balcón.

—Alejandro, por favor, dime sólo lo que ves en la imagen.

—Ya, Juanita, entendí. Dame unos minutos te llamo de vuelta.

—Ok, Alejandro.

Luego de una hora, Alejandro se comunica con Juana.

—¡Alejandro! ¡Pero ha pasado más de una hora!

—Juanita, disculpa, pero preferí enviar las imágenes a un amigo de la universidad que se ha especializado en hierbas. ¡Las fotografías son de hierbas! No de plantas. Te reenvié un email con lo que mi amigo me escribió, revisa tus correos. Así lo hizo Juana.

«Alejandro, amigo mío… ¿De dónde salieron estas fotografías? ¡Son increíbles! Ese es un herbario muy completo, no sé si hay muchos así en cualquier hogar, allí tienes de todo: hierbas europeas, africanas, del mundo entero y además las tradicionales hierbas medicinales mapuche.¡Qué ganas de conocer dónde se tomaron estas imágenes! Pero hay una en particular que me llamó mucho la atención, te la dejé marcada en una de las fotografías, esa es una amapola. ¿Sabes para qué se utiliza? Pues si no lo sabes, averígualo. Suerte, amigo».

Juana conocía muy bien el uso de la amapola. Quedó pensativa e intrigada. Por suerte el amigo de Alejandro puso una marca en la imagen, porque ella jamás habría distinguido de todas las hierbas una tan particular. Ahora su cabeza se llenó de dudas: ¿Lucía utiliza la sabia de la planta? ¿La procesa? ¿Cuál sería el fin? ¿Sus infusiones u otro uso? o simplemente la cultiva como planta ornamental de su huerto, ¿por qué pensar mal de ella?

Ya el día estaba por terminar. Un día lleno de sorpresas, pero también con lo que más apasiona a Juana; su intelecto necesita algo que la intrigue, algo que la motive a descubrir la verdad, de lo que sea, pero la verdad. Hasta este punto ella piensa y se convence cada vez más de que Paula le encargó otra tarea, no solo continuar con el estudio de la historia de doña Catalina, no, eso no es complicado para cualquier profesional de las letras. Hay algo que Paula aún no le ha dicho y, conociéndola, debe de haber dejado las pistas en algún lugar.

A las nueve de la mañana en punto Juanita llegó la casa del obispado. Clarita ya le había preparado el lugar para trabajar y además la esperaba una rica taza de té, lo que Juana agradeció con un gran abrazo. Preguntó si podía ingresar a ver a don Cayetano,

Clarita le dijo que sí, que pasara que él la espera. Juana tomó su taza de té, el móvil, el cuaderno de Paula e ingresó al salón del obispo.

—¡Juanita! Me has tenido con el alma en un hilo.Tengo mu chas preguntas que hacer —inquirió Cayetano apenas Juana ingresó.

—Hola, tío, yo también estoy bien. ¡Gracias! —respondió Juana con una sonrisa.

—Disculpa.—Se puso de pie y abrazó a Juana seguido de un beso en la mejilla.

—Tío ¿cuál de estas es la pintura de doña Catalina? —Juana lo sabía, pero quería impresionar a su tío y también reírse un poco de él.

—La primera de las religiosas, la del fondo. ¿Por qué?

Juana se dio cuenta de que estaba muy alta y si trataba de descolgarla podría hacerle daño. Debió pedir la asistencia de Cayetano.

—Tío, necesito que bajes la pintura y me la entregues.

—¿Por qué? —respondió el obispo ahora sí muy intrigado, lo que le causó más placer a Juana.

—Tío, solo hazlo, por favor.

Cayetano tomó la pintura y la puso sobre su escritorio, Juana le pidió que la diera vuelta y, tal como lo decía el cuaderno de Paula, detrás había un sobre.

—¿Qué es esto? —exclamó Cayetano.

—Es una larga historia, tío —respondió Juana.

Juana entregó el cuaderno de Paula a su tío, este lo leyó. En momentos quedaba pensativo y luego continuaba. Le contó todos los detalles de la visita que hizo al monasterio; la extraña forma en que conoció a Lucía, el ardid que ella había preparado cambiando los cuadernos. Cómo entró a la habitación de Paula y las cosas que había dentro, las conversaciones con Lucía, el huerto y la parcela de hierbas.

—¿Ves, tío?, hay algo que no cierra aquí.

—¿Y no encontraste nada especial en la habitación? —Cayetano estaba preocupado de su anillo, no quería que alguien más lo encuentre allí.

—¿Como qué, tío? ¿Qué me estás ocultando?

—Juanita, debo decirte, pero por favor no lo mal entiendas. Paula tiene mi anillo cardenalicio.

—Haaaa. ¡Yo lo sabía! Algo pasó entre ustedes —sentenció Juana con picardía.

—¡No, Juanita! ¡No pasó nada! Se lo entregué como muestra de mi cariño y amistad y le pedí que lo guardara. Le dije que si yo me muero antes, entrégalo a alguno de mis sobrinos para que quede en la familia.

—Entonces si lo encuentro en la habitación, ¿me lo puedo dejar? —consultó Juana con mucha risa.

—Sabes qué, no hablemos más del tema, tú te lo tomas como algo divertido y no lo es.

—Tío, lo tomo con ternura y amor, de esa manera. Me habría encantado verlos a ustedes juntos, eran una pareja perfecta. Si encuentro ese anillo, te lo entregaré para que hagas lo que tú estimes con él.

—Gracias, Juanita

Juana había pasado toda la noche pensado en cada detalle de su día. Lo primero que concluyó es que el encargo de Paula no solo se refiere al estudio de la vida de doña Catalina para completar la carpeta de su beatificación, hay algo más, sin duda, pero que descubrirá a medida que siga la pauta que la propia hermana le está dejando. Eso la tranquilizó. Confiar en la inteligencia de ella es lo mejor que puede hacer en este momento.

—Tío ¿Paula te alcanzó a entregar algo de su trabajo, algún adelanto o borrador?

—No, pero sí me habló de los cuadernos que están en la biblioteca del colegio, los que escribió doña Catalina. Paula pensaba que faltaban muchos cuadernos y que si no están aquí, debían de estar en Salamanca o en algún lugar de España.

—¿Hizo alguna gestión con España? ¿Fue para allá?

—A España no fue porque yo lo habría sabido y si ha hecho contacto con alguien de allá, eso no lo sé.

—Es lo que imaginé, tío.

—¿Y qué piensas hacer? ¿Cuál es tu siguiente paso?

—Lo primero que haré será ir al banco para dejar los poderes y despreocuparme de esa parte, luego visitaré la biblioteca del colegio para conocer los cuadernos de doña Catalina… y lo último antes de irme: si das la orden de no entrar a una habi tación, debes cambiar la cerradura. Recuerda, las monjas son mujeres, y las mujeres compartimos todo, incluso las llaves de nuestras habitaciones.

—Jajajaja. Fui muy ingenuo,¿cierto?

—Solo un poco tío… jajaja.

—No te vayas sin probar el té de Lucía —le dijo el obispo indicando la taza que aún estaba llena.

—¿El té de Lucía? ¿Quieres decir que ella lo cultiva?

—Así es, son sus hierbas mágicas y la verdad a todo el mundo le gustan.

—No dejo de impresionarme por Lucía, es una caja de sorpresas. —Juana saboreó la infusión preparada por Clarita con las hierbas de Lucía y quedó maravillada.

—Tío, ¡es realmente bueno!

Juana salió de la casa del obispado y fue caminando al banco, pues queda a un par de cuadras. La mañana estaba extrañamente fría, tal vez ingresó por los valles viento fresco de la costa que hizo bajar la temperatura durante la noche, así que con mayor razón es un buen momento para caminar.

—Hola, buenos días, bienvenida, ¿en qué podemos servirla?—le dijo un funcionario del banco al verla ingresar a la sucursal.

—Vengo a dejar unos poderes para un par de cuentas.

—¿Y quién es el titular de esas cuentas?

—Paula Bugueño.

—Por supuesto, la hermana Paula. La Señorita Gabriela es la ejecutiva de ella, al final de ese pasillo está su privado. Pase y yo le aviso mientras usted va.

Juana caminó por un pasillo rodeado por oficinas vidriadas, salvo la de Gabriela, la ejecutiva de Paula. Tocó la puerta e ingresó.

—Disculpe —dijo la ejecutiva—.¡Pero no lo puedo creer! —continuó la ejecutiva bancaria.

—¿Porqué? —respondió Juana

—Porque la hermana Paula, hace dos años, dejó estas instrucciones que usted vendría con los poderes legalizados para representarla a ella en las cuentas de su canal de Youtube.

Juana por un instante no le creyó, pero luego razonó que debía ser cierto. ¿Cómo es que Paula hizo esto hace más dos años? ¿Es qué Paula sabía que su muerte sería pronto? ¿Paula estaba desahuciada? Miles de preguntas comenzaron a correr por su cerebro, algo aquí no está bien, algo está sucediendo o ya sucedió.

La ejecutiva sacó una carpeta de un mueble, la abrió y le dijo a la asombrada nueva clienta.

—Usted debe ser Juana de los Ríos o ¿me equivoco?

—Sí, lo soy y traigo en este sobre los poderes que ella dejó a mi nombre, pero son copias.

—Aquí en esta carpeta están los originales y, a decir verdad, no son simples poderes, usted es la heredera de los derechos de hermanapaula.tv.

—¿Cómo?¿Me está diciendo que Paula me dejó hermanapaula.tv?

—Así es y yo, como amiga de Paula y también como ejecutiva del banco, guardé los documentos en nuestra custodia hasta que usted apareciera. Esas fueron las instrucciones de Paula…¡disculpe! no la he invitado a sentarse.

—Creo que lo necesito —dijo Juana.

—Mientras, voy a pedirle al abogado de Paula que nos venga a ver, él debe informarle más antecedentes que son de su interés y parte de las instrucciones de la hermana.

—¿Qué más debo saber? ¿Es qué Paula no tiene piedad de mí?

—Jajaja, no lo tome así, ya verá que algo bueno hay detrás de todo esto. Por alguna razón Paula está confiando en usted. En este momento debe estar viéndola.

En poco rato llegó el abogado de Paula al banco y estaba muy intrigado también por lo que estaba sucediendo, al parecer Paula pudo predecir los acontecimientos a partir de su muerte. El abogado le señaló a Juana que si bien es la heredera de hermanapaula.tv debe firmar un documento en donde al finalizar el «encargo» todas

las utilidades del canal serán entregadas al monasterio, pero ella además debe velar por el buen uso de esos recursos y asegurar la continuidad del programa hermanapaula.tv.

Juana no sabía bien lo que Paula quería en su encargo y ahora, después de su muerte, espera que asuma un compromiso tan importante con su creación. Tiene razón, pensó Juana, la obra de Paula no puede perderse. Todo lo que logró en términos comunicacionales, el cambio de actitud de toda una generación de religiosos y religiosas, la cercanía con la gente y su realidad no puede quedar ahí sin seguir evolucionando, sin consolidarse. Juana decidió firmar y aceptar la responsabilidad, no tenía problema con hacerlo, pues para eso fue formada y para eso ella se ha preparado por muchos años. Cayetano estaba en lo correcto «al parecer Paula te conocía más de lo que tú piensas».

Al salir del banco, Juana sintió la cercanía de Paula. No entendía mucho porqué la eligió a ella, pero ahora sí sabe que no fue una decisión apresurada, la hermana lo había preparado hace años consciente de que no tenía herederos y, más importante aún,que estuvieran calificados para continuar su legado.

Camino a la biblioteca del Colegio Santa Bernarda decidió solicitar una entrevista para el día siguiente con el doctor que vio en su lecho de muerte a Paula, más que nada para entender la muerte de ella. ¿Qué tan previsible era para ella u otras personas?

Mientras tanto, don Cayetano, el obispo de Ciudad Marinas pidió a Clarita que comunique al monasterio, el colegio y a los distintos involucrados en la beatificación de doña Catalina que den acceso a todo lo que solicite la señorita Juana de los Ríos nombrándola auxiliar del proceso. La consecuencia de eso es que comenzó a llamar la atención de los medios, algo que no agradó a Juana, pero que entendía.

Juana no conoce mucho de la vida de doña Catalina, salvo lo que se enseñaba en el colegio, pero no lo suficiente como para elaborar un perfil de ella, un perfil histórico con datos concluyentes de quién era, qué hizo y por qué debiera ser declarada beata de la iglesia. Sabe la historia que todos conocían en Ciudad Marinas y que el país ha escuchado; de su llegada en un cierto año de 1800, de su de

sanidad en las vertientes, su calidad de médico, pero de allí a poder decir que es candidata a beata, es otra cosa. Su expectativa ahora estaba en esos cuadernos que ella escribió y, como buena estudiosa que es, Juana podrá descifrar más allá de lo que simplemente se ve.

La recepción en la biblioteca del colegio fue muy afectuosa. Como de costumbre en las religiosas del monasterio, una profesional, esta vez una bibliotecaria es quien está a cargo.

—Bienvenida, señorita Juana, a nuestra biblioteca, la preparé una salita privada para su estudio en donde podrá trabajar tranquila —le dijo la hermana Claudia, a cargo del lugar.

—¡Gracias,hermana! Y, por favor, dígame Juana con toda confianza.

—Excelente, si te parece, Juana, te puedo guiar a los documentos que se relacionan con doña Catalina.

—¡Me encantaría!

Por fin Juana está en su ambiente, los libros, los escritos, el lugar para investigar. De pronto se sintió agradecida con Paula por esta oportunidad de estudiar la vida de doña Catalina.

Las dos mujeres se dirigieron a la vitrina de vidrio donde se guardan los cuadernos que, si bien están visibles, no se puede acceder a ellos salvo con una llave.

—Tenemos treinta y seis cuadernos escritos por ella. Ensu gran mayoría tratan sobre las visitas a enfermos, pero también describe experiencias personales, incluso algunos sueños, por ejemplo, en el cuaderno treinta y dos escribió sobre la idea de fundar el colegio.

—La hermana Paula le pidió a usted algún informe del contenido.

—Por supuesto, y aquí lo tengo para ti. Es un índice de los contenidos de cada cuaderno y algunas observaciones.

—Qué interesante.Y me será de mucha utilidad.

La hermana Claudia abrió la vitrina y dejó a solas a Juana, entendiendo que primero ella debía inundarse de los cuadernos en soledad, en meditación, ya habrá tiempo de comentar, pero siempre un investigador literario necesita antes que nada palpar, tocar, sentir las hojas, mirar el estilo de la escritura, el material, tipo de tinta, miles de datos que no son evidentes pero si muy sensoriales.

Lo primero que observó Juana, y que era bastante sabido, es que los cuadernos no estaban fechados en sus hojas, al parecer alguien las tarjó con mucha tinta, por lo que quedaron ilegibles. También pudo apreciar una hermosa caligrafía, que denotaba a una escritora pausada, muy distinto de lo que sería un médico, pensó. Había mucho detalle de los pacientes que se atendieron, algunos sin sus nombres, pero como un anticipo a los emoticones, tenían estrellas y otros símbolos para identificarlos. Tal vez con una revisión más en profundidad con la ayuda de Claudia podrán responder quiénes son esos pacientes. En general los cuadernos están en muy buenas condiciones, salvo un par de excepciones, están firmes y bien empastados.

Ese primer acercamiento con la obra de doña Catalina a Juana le provoca una gran emoción, no por la religiosa, sino por ella, el estar frente a escritos de doscientos años la llena de satisfacción. Tocarlos y sentirlos, comenzar a estudiarlos y verlos directamente, un verdadero placer.

La hermana Claudia se acercó, en silencio y con una voz muy baja le dijo:

—Parece que tiene una amiga por este sector. Lucía le ha dejado una taza con una infusión de sus hierbas.

—No le puedo creer, qué amable Lucía, me hace falta por que he corrido mucho estos días.

—Créeme que te va aliviar.

—Una pregunta, Claudia, aparte de Paula, bueno y ahora yo… ¿Hay alguien más que haya mostrado interés en los cuadernos de doña Catalina?

—Lucía venía hasta que la hermana Paula nos dejó. Leía algunos, ninguno en específico, era muy cuidadosa y los trataba muy bien.

—¿Hay alguien más que haya mostrado interés en los cuadernos?

—La otra persona que ha venido es la madre de Paula.

—¿La señora Florencia? Pero ella debe ser bastante mayor, anciana.

—Para nada, ella está bien, claro es anciana pero muy independiente. La he atendido varias veces aquí en la biblioteca, me ha pedido ver los cuadernos, dice que le recuerdan a Paula.

—¿Y cuándo fue la última vez que estuvo aquí?

—Recién, la semana pasada.

—¿Y ha venido muchas veces? ¿Qué cuadernos revisa?

—No ha venido mucho, pero sí ha estado viendo cuadernos específicos, toma uno o dos y los lee y observa durante horas y horas.

Juana nuevamente se encuentra con la intriga y vuelven a surgir las preguntas, entiende que la madre de Paula revise los cuadernos en memoria de su hija pero, ¿Lucía? ¿Qué necesitaba conocer en los cuadernos? ¿Por qué no volvió a venir después de la muerte de Paula?

Iría al monasterio para entrevistarse con Lucía. Necesitaba saber más del día en que Paula falleció y ella podría tener las respuestas siendo la persona más cercana a ella.

Llegó al monasterio y encontró a Lucía en su huerto. La duda ahora que tiene es cómo plantearse con la religiosa sin perder la frágil confianza ganada en la primera conversación. Optó por ser directa y hacer las preguntas sin mostrar dudas. Paula le había escrito en el cuaderno que le dejó que la joven no tenía dificultades para comunicarse, pero nada más. Le hablaría con calma y pausadamente, pero de forma clara y didáctica para que no se sienta agredida.

—Hola, Lucía.

—¡Juanita! —Lucía se alegró de ver a Juana.

—Podemos conversar un rato, Lucía— Sabes, estuve en la Biblioteca.

—Sí sé, te dejé una infusión… ¿La probaste?

—Sí, la probé estaba deliciosa—respondió Juana sintiéndose un poco tonta por haber olvidado la infusión.

—Lucía, te quería contar que conocí los cuadernos de doña Catalina. ¡Son muchos! ¿Tú los conoces?

—Sí, todos. Me los aprendí de memoria.

—¿Todos?

—Sí, ¡todos!

—¿Has ido últimamente?

—No, desde que Paula me dejó.

—Lucía, recuerda que no solo te dejó a ti, nos dejó a todos —le dijo Juana tomándole la mano.

Juana dudaba de continuar, no quería que Lucía corriera y se alejara de ella y perdiera la calma, pero debía sondear cuál fue la conexión entre la muerte de Paula y el que ella haya dejado de visitar la biblioteca. Alguien con la personalidad tan estructurada de Lucía, no hace eso sin una razón poderosa.

—Lo sé—respondió Lucía dejando su mano en la de Juana, lo que le dio más confianza a ambas para continuar la conversación.

—Lucía, en la biblioteca me han dicho que tú cuidas mucho los cuadernos cuando los estás leyendo, pero te extrañan, hace tiempo que no has vuelto a ir. ¿Por qué, Lucía? ¿Estás enferma?

—¡No! Estoy sana. Es que ya no necesito ir. Pero si quieren me quedo cuando les deje infusiones, yo no tengo problema. Me gusta ir.

—¿Y por qué ya no necesitas ir?

—Porque nunca encontré la fórmula de la «adormidera».

—¿La fórmula de qué?

—¡La adormidera! —dijo riéndose Lucía pensando que Juana estaba entrando en un juego de no entender.

—¿Qué es eso? ¿Un postre?

—¡No! Es una hierba jajaja. —Lucía ahora sí estaba segura de que Juana quería jugar.

—¡Es una hierba! No lo sabía, Lucía ¿Me la podrías mostrar?

—Sí, esa de allá.—Lucía apunta a la flor de amapola, la que temía que fuera Juana por el nombre de «adormidera».

—Lucía, ¿cura alguna enfermedad esa hierba?

—No, Juanita, solo ayuda a descansar, pero como no sé la cantidad para la infusión, no la utilizo. Doña Catalina no dejó la fórmula. No está en los cuadernos ni tampoco en el herbario del monasterio.

—¿La has utilizado alguna vez, Lucía?

—No, nunca —respondió Lucía, pero claramente no estaba diciendo la verdad. Su inocencia la delataba con cada gesto y expresión de su rostro.

—Lucía, ¿estás segura? Yo no le voy a contar a nadie si me lo dices.

—¿De verdad?

—Por supuesto, Lucía, somos amigas. ¿O no?

—La utilicé sólo una vez.

—¿Cuándo, Lucía?

—Cuando ella me lo pidió.

—¿Fue el día en que Paula nos dejó?

—Sí—respondió la joven e inocente Lucía con su rostro desfigurado de pena, dolor y arrepentimiento. Ella sabía los efectos de la «adormidera» si la dosis no era la adecuada.

—Lucía, no tengas pena, tú hiciste lo que ella te pidió, debes estar tranquila, ahora yo estoy contigo y te cuidaré.

—Paula me dijo lo mismo, que no me preocupara porque ella me lo había pedido, que yo solo le estaba haciendo más fácil las cosas pero, Juanita, yo no conocía la cantidad. Paula me dijo que quería dormir mucho y muy profundo y yo la ayudé. —Lucía fijó los ojos lagrimosos en Juana, sin saber si lo que hizo fue correcto o no, necesitaba escuchar eso de alguien, su conciencia no estaba tranquila.

—Lucía, hiciste lo correcto, debes estar tranquila.—Juana abrazó a Lucía por mucho rato, como una madre que abraza a su hija que se ha equivocado rotundamente, pero que necesita el perdón y el apoyo incondicional de quienes la aman.

Juana no lograba procesar lo acababa de confirmar. Su intuición ya le había dicho que algo extraño había sucedido en la muerte de Paula y ahora lo confirma. ¿Es posible que ella haya planificado su propia muerte? ¿Es posible pensar que Paula cometió suicidio? ¿Lucía estaba consciente de lo que ella le pidió? Y finalmente se pregunta: ¿Debe denunciarlo?

Capítulo 5. Catalina y el nuevo reino

Lo único que rompía el silencio del Convento de las Úrsulas de Salamanca aquella noche del verano de 1799 eran las correrías de los roedores por las vigas de los áticos. A pesar del esfuerzo hecho por las religiosas siguiendo los consejos de Catalina en orden y limpieza, parecía imposible erradicarlas del todo, pero sin duda ya no eran la molesta e insalubre plaga de años anteriores.

El día siguiente Catalina, junto a su padre, partirían al nuevo mundo. En un largo viaje transatlántico que rodearía por el sur el continente americano siguiendo la traicionera ruta del Cabo de Hornos, que por más de dos siglos es utilizada por parte importante del comercio mundial. Recalaría en los puertos del Río de la Plata, La Concepción y finalmente Valparaíso. El destino de la joven sería la naciente Hacienda de Marinas, perteneciente a un importante comerciante del reino de Chile y que ha ofrecido contratar un médico para atender la creciente población de sus villas dependientes. Su padre, en cambio, desembarcará en el puerto de La Concepción para comandar los ejércitos de su majestad, el ahora rey Carlos IV en el sur del reino.

Catalina y Bernarda pasaron juntas la última noche en completo sigilo, como había su costumbre desde que se declararon su amor. Compartieron el lecho y se amaron una y otra vez, como queriendo dejar en sus memorias un recuerdo imposible de borrar. En momentos Bernarda lloraba desconsoladamente por la inminente partida de Catalina, pero luego de un rato volvía a sonreír porque sabía que ese largo viaje al confín del mundo para Catalina se había convertido en algo muy importante y ella solo quería la felicidad de su amada maestra, confidente y amiga.

Por su parte, Catalina no dejaba de estar preocupada por Bernarda. Sabía lo sensible que era ella y le inquietaba que al dejarla hiciera alguna locura de la que después se pudiera arrepentir.

—Bernarda, debes prometerme algo.

—Sí, ¡por supuesto!

—No debes comentar nunca con nadie lo que hemos hecho.

—Pero Catalina, sabemos que no está mal, ¡nos amamos!

—Es cierto, pero el mundo no lo aceptará nunca y si lo cuentas te harán daño, Bernarda, y eso no lo podría soportar.

—Está bien, Catalina, te lo prometo.

Catalina era una mujer muy pragmática y sabía que Ber narda tarde o temprano contaría esta verdad, el problema es a quién. Cuando eso suceda, pensó, ella deberá contar con un apoyo para salir adelante o incluso para refugiarse. Conocía el lugar donde no sería juzgada y además se le protegería.

—Bernarda, si en algún momento necesitas un lugar para poder ocultarte.

—Pero ¿qué dices, Catalina?

—Bernarda,¡escúchame, por favor! Si necesitas ayuda o apoyo debes ir a la casa de mi familia en Madrid.

—¡Y qué les voy a decir! No me conocen.

—Tocarás la puerta y si abre algún hombre, le dices que me conoces y que necesitas hablar con una mujer de la casa, él entenderá. Cuando salga la mujer, cualquiera que sea, deberás decirle, escucha bien Bernarda y no lo olvides:

«Ego vobiscum sum» (Estoy con ustedes)

—¿Solo eso? ¿Tú crees que con eso bastará? Por favor, Catalina, una desconocida que les dice en latín estoy con ustedes.

—Así es, Bernarda, tú sabes que con eso bastará.

—Lo sé y está bien, Catalina, lo tendré presente y quiero que sepas que te amo y estoy feliz de que puedas cumplir con tus sueños.

—Yo también te amo, Bernarda, no sé qué habría hecho sin ti estos años.

Esa mañana corría el fresco viento del alba agitando las co pas de los árboles llenas de hojas. Todas las religiosas dejaron sus quehaceres y juntas salieron a despedir a Catalina. Estaban muy contentas por ella, pero también más tranquilas, porque al dejarle tantas libertades como estudiar en la universidad, hacer infusiones medicinales, mantener un herbario con plantas de quién sabe dónde, recorrer los caminos y villas sanando enfermos, se habían

saltado todas las reglas de un convento, esas reglas no escritas, pero que incluso por eso son más duras, las tenía nerviosas, en especial a la madre superiora.

Catalina abrazó una a una y se despidió. A cada religiosa le dejó un consejo de salud. «Jacinta, recuerda tomar tu infusión para los cólicos; Rosario, debes salir al sol y respirar aire puro para el ánimo; Isabel, no te asustes con tu menstruación, a cierta edad se desordena, hasta que luego de un tiempo se termina; Ana, no hagas fuerza con esa mano, aún le falta a tus huesitos para quedar completamente sanos». Las conocía a todas, años de sanarlas, cuidarlas y escuchar sus secretos. Las dejaba en buenas manos, con Bernarda, pero las echaría de menos, fueron sus madres por más de diez años y también la cuidaron, la escucharon y le entregaron todo el afecto que no tuvo de su propia madre.

Un momento especial tuvo para Rugerio, su amigo, artesano del instrumental médico, su guardián en las salidas. A él entregó una flor de lavanda, disecada por años, que trajo de su hogar en Madrid.

—Rugerio, esta flor me ha acompañado durante más de 10 años, cuídala para que te acompañe a ti y cada vez que la veas me recuerdes.

—Nunca la olvidaré, doña Catalina, y cuidaré esta flor como mi vida misma.

—Entonces, Rugerio, piensa que esa flor es Bernarda ¿La cuidarías por mí?

Rugerio miró a Bernarda, vio la tristeza en su rostro y corazón destrozado y entendió lo que había sido tan evidente en sus salidas, pero que recién ahora en la despedida logra observar. Se alegró, las miró a ambas y luego a Catalina.

—La cuidaré, la cuidaré.

Catalina deja el convento agradecida y con sentimientos encontrados. Por un lado, la pena y dolor de dejar a Bernarda, Rugerio y las religiosas con quienes compartió la mitad de su vida; y por otro lado, alegría y felicidad porque va en búsqueda de su sueño en un mundo nuevo que le permitirá cumplirlo. Y en un último acto de esta triste despedida Catalina les dice a sus amigas:

—Nunca las olvidaré.

Y partió.

.

El paso por el Cabo de Hornos, provocó unos mareos infernales a Catalina. Su padre, acostumbrado a los largos viajes en barco, no sufrió mucho, pero tampoco se esperaba que el mar en estas latitudes fuera tan movido y también se vio afectado. No hubo infusión que los ayudara a enfrentar el terrible efecto del movimiento constante del barco y Catalina, completamente derrotada, se entregó a que su cabeza diera vueltas y vueltas y su estómago liberara cada cierto rato el poco contenido que tenía. Maldijo y maldijo una y otra vez contra el Señor, la creación, los santos, todo. La tripulación la observaba y no podían más que reírse de ella, pero con cariño.

Durante el viaje, Catalina ayudó a varios miembros de la dotación en distintas dolencias: dolores de cabeza, luxaciones de hombro y tobillo, quemaduras por el sol del trópico, malestares estomacales por alimentos que no estaban en buenas condiciones.

En aquellos años de 1800 la muerte de los tripulantes en la navegación era un tema de preocupación para los países. Todas las patologías están presentes a bordo de una nave. Las más comunes, las referidas a la alimentación, escorbuto, daños gastrointestinales provocados por el alimento salado podrido, la mala dentición, al agua que se convertía en caldo de cultivo del tifus y la falta de higiene que favorece la proliferación de enfermedades contagiosas: cólera, sarampión, viruela y enfermedades transmitidas por parásitos y finalmente enfermedades de la piel.

Con sus conocimientos y experiencia, Catalina les enseñó cómo manejar de mejor manera los alimentos y el agua, el almacenaje, como reconocer si está en buenas o malas condiciones. La importancia del aseo personal y limpiarse muy bien las manos, porque ella había observado que en las zonas de Salamanca con las manos más sucias era mayor la cantidad de enfermedades y recomendó beber el agua en infusiones.

Hubo un accidente que la obligó a utilizar la hierba «adormidera». Incluso el pobre hombre falleció, pero Catalina se

aseguró que sus últimos momentos fueran en completo sopor y tranquilidad, lo que el capitán agradeció, no le gustaba ver el sufrimiento de un hombre, «no es digno», decía.

Ella era la única mujer a bordo y le asustaba. A veces sentía que las miradas de todos los hombres se centraban en su persona, por lo que en esos momentos se cubría de pies a cabeza con su hábito de novicia y colgaba la cruz más grande de su cuello.

Compartió alguno de sus conocimientos con un médico que subió en La Plata y desembarcaría con su padre en La Concepción. Él había tenido experiencia en el campo de batalla lidiando con todo tipo traumas, laceraciones, amputaciones, casos muy comunes en las guerras de esos años. Le dijo a Catalina que las infecciones mataban más que las balas de los cañones, las espadas y los fusiles, que el enemigo real del soldado son las infecciones.

Catalina descubrió en la universidad un texto muy antiguo que hablaba de las propiedades curativas de la miel de abeja y de cómo se reparaban las heridas, quemaduras y evitaba las infecciones. Ella la había utilizado muchas veces en su práctica clínica y era muy efectiva. El médico no lo podía creer, incluso pensó que estaba un poco loca, pero lo decía con tal convencimiento y describía tan bien el proceso y los resultados que era difícil que fuera un invento. Años después, este médico comprobaría la teoría aprendida en las guerras de independencia de los distintos países de América.

La nave haría su penúltima detención en el puerto de La Concepción, al sur del reino de Chile. Allí descendería don Juan Gregorio de Poblete, el capitán debía tomar sus funciones a cargo del ejército guarnecido en esa región.

Durante la travesía, Catalina y su padre tuvieron la oportunidad de conocerse y encontrase. Durante toda su vida él estuvo ausente, aunque cumplió con su promesa y sus obligaciones para con ella, fue un padre distante física y emocionalmente. Catalina pudo ver en ese hombre el dolor de haber perdido a su esposa en el parto, el profundo amor que sentía por doña Josefa y cómo en muchas ocasiones la culpó, injustamente, a ella de esa tragedia.

—Hubo momentos que no podía dormir pensando en Jose fa. No sabes, Catalina, cuánto nos amamos, nos amamos toda la vida,

éramos uno.

—Gracias, padre, por contarme todo esto.

—Sé que a lo mejor es tarde, sé que debí hacerlo hace mucho, pero no podía. Busqué en la guerra, en las campañas del ejército el consuelo de Dios y el olvido de mi Josefa, pero nunca la pude olvidar, nunca.

—No, no te martirices, claro que a veces me sentí dejada y olvidada por ti, pero algo en mi interior me decía que tú estabas cerca para ayudarme y apoyarme siempre, como ahora en este viaje en que tú y yo continuamos construyendo nuestro destino.

—Te veo ahora y sé que eres el sueño de Josefa, ella me hizo jurar en su muerte que te educarías para ser una mujer sobresaliente y lo has logrado, pequeña Catalina, lo has logrado.

Catalina había vivido con la duda de cómo fue la muerte de su madre. En sus visitas como médico en Salamanca desarrolló muchas técnicas para resolver una cantidad importante de situaciones de los nacimientos: mala posición del bebé, estrechez del canal de parto, el cordón umbilical enrollado en el cuello del feto, lo había visto casi todo, pero necesitaba especificar qué sucedió en el caso de doña Josefa, su mente científica no se quedaría tranquila hasta saber porqué ella murió.

—Padre, necesito saber cómo encontraste a mi madre los momentos previos a mi nacimiento. Sé que es doloroso recordar, pero es muy importante para mí.

—Yo volvía de una campaña en el mediterráneo. Cuando llegué ella estaba ya muy mal. Sufría fuertes dolores de cabeza y un dolor inaguantable en el costado.

—¿Qué más observaste? Sus manos, ¿estaban hinchadas?

—¡Sí! Catalina, eso me llamó mucho la atención porque tu madre tenía unas manos hermosas y sí, estaban muy hinchadas.

Ahora la hija comenzaba a actuar como médico, haciendo las preguntas precisas para poder contar con un diagnóstico.

—Padre,tú me has dicho que la abrazaste esa noche,que estuviste muy cerca de ella. ¿Escuchabas su corazón?

—Latía muy rápido, como si hubiera estado arrancando de las balas en una batalla. Así lo sentí en ese momento.

—Gracias, padre, no sabes lo tranquila que me dejas. Quiero que sepas que mi madre sufrió una condición que muchas mujeres padecen y que es muy difícil de resolver. En la mayoría de los casos fallecen y también el bebé, incluso antes de parir, pero aquí me ves. ¡Tu bebé vivió!—le dijo Catalina a su padre con una expresión de niña que lo enterneció y alegró al mismo tiempo.

Catalina había vivido con esta duda. Alguna vez se juró encontrar la forma de que las mujeres no mueran en sus partos. Se pregunta ¿por qué Dios les ha cargado con tanta responsabilidad? Las puso en un mundo de hombres para hombres y además deben arriesgar sus vidas para continuarlo. No le parecía justo.

Miró a su padre e imaginó el sufrimiento que ha de haber vivido luego de la muerte de doña Josefa. El dolor de perder el amor idílico que alimentaba su juventud, sus sueños, sus esperanzas. Pensaba que algo tan fuerte hace que cualquiera olvide amar y sentir amor, por eso quiso decirle.

—Padre, yo siempre te he amado y siempre he estado agradecida de ti.

—Yo también, pequeña Catalina, desde la primera vez que te vi en esa cuna que te hizo tu madre con tanto amor —dijo con alegría don Juan Gregorio—Sabes, Catalina,que en ese momento te tomé en mis brazos y tú, con tu manita diminuta, tocaste mi nariz. ¡Oh!, mi amor, no te imaginas la sensación mágica que llenó mi corazón en ese momento en que estaba sumido en una completa amargura. —Catalina se acercó a su padre y este la abrazó con ternura—. Ojalá en tu destino encuentres el amor, ojalá sea como el que yo tengo con tu madre y si lo encuentras, síguelo y disfrútalo cada segundo y no lo desperdicies.

En esos momentos Catalina pensaba en Bernarda, en qué estará. Seguirá sanando en las villas de Salamanca, «solo Dios sabe cuánto la extraño», pensaba.

En el puerto de La Concepción un pequeño destacamento espera a don Juan Gregorio, le rinde honores y desciende de la nave, no sin antes abrazar y dar un beso a su niña Catalina que debe seguir rumbo al puerto de Valparaíso en donde se encontrará con don José Bugueño del Prado, hacendado propietario de Marinas.

Las próximas noches en la nave son muy solitarias. El cielo del Océano Pacífico está estrellado e iluminado, se puede ver al mar tranquilo, calmo y espejado juntándose con los astros en el horizonte. Pero de día una neblina densa y gris lo cubre todo, dicen que es común en estas latitudes tener noches hermosas y días cubiertos en esta época del año. Esos días y noches Catalina, melancólica, piensa en su pasado, lo difícil que ha sido llegar hasta aquí, lo difícil que es ser mujer en este mundo y lo duro que es para ellas seguir sus sueños. Lo afortunada de haber tenido a su madre, heredera de un linaje de cultura y conocimiento y a su padre que cree en las mujeres como iguales, jamás como inferiores. Mira al cielo, cierra los ojos, respira profundo el aire fresco de este océano inmenso y da gracias, porque de verdad ella es una afortunada entre las mujeres del 1800.

El arribo al puerto es con un mar tranquilo. En este momento Catalina descubre que nunca había salido de Salamanca ni del convento. Durante estos meses de travesía el barco se había convertido en su hogar, pero ahora a punto desembarcar se asustó porque no sabía qué hacer. Todo en este mundo será nuevo para ella y eso le produjo un pánico inexplicable que la inmovilizó.

El capitán se acercó porque la vio complicada demás.

—¿Qué sucede, doña Catalina?

Y Catalina rompe en llantodesconsoladamente en el pecho del capitán. Este la abraza con ternura y le vuelve a preguntar, hablándole con una voz suave en el oído.

—¿Qué sucede?

—Tengo miedo, mucho miedo —respondió Catalina con su cuerpo tembloroso como si hubiera visto un demonio.

—¿Miedo a qué? —preguntó el Capitán.

—A estar aquí en un mundo nuevo donde no sé nada de nada, no conozco a nadie, no sé cómo me recibirán, no sé qué me va a suceder.

—Catalina, mire atrás suyo… vamos, mire para atrás. —El hombre de mar tomándola de los hombros la giró para que pudiera ver a sus espaldas.

Catalina se da vuelta, sube la mirada, despeja sus ojos de las lágrimas que recién cayeron por su rostro y ve que está toda la tripulación mirándola con ternura. Se acerca uno de los marineros y le dice:

—No se preocupe, doña Catalina, si usted pudo con nosotros y este barco, podrá con todo en cualquier tierra nueva o vieja.—Otro marinero continúa—. Haga lo que vino a hacer y cure a los enfermos ¡y mande a la mierda a los hombres! —gritó otro alzando su puño con vigor.

Catalina se puso a reír cada vez más fuerte y toda la tripulación la acompañó.

—Ve, doña Catalina, no tenga miedo, nuestros espíritus están con usted —le dijo el capitán.

—¡Tienen razón, tienen razón!—gritó con fuerza la menuda novicia.

Catalina desembarcó a bordo de una balsa hecha de cueros de foca que la dejó en la orilla. Bajó al improvisado embarcadero siendo la misma pequeña mujer de siempre con sus ojos azules, pelo rojo y hábito de novicia franciscana. Preguntó con una voz potente:

—¿Cómo llego a la iglesia?

Al instante muchas manos le indicaron la ruta a la iglesia. Comenzó a caminar con su mejor paso, miró un segundo para atrás y en la bahía, desde el barco, el capitán con orgullo le hizo un saludo. Doña Catalina de Poblete, la médico, había llegado al puerto de este lejano reino y lo haría notar.

Un par de muchachos se acercaron para llevarle las cosas, pero otro señor, bien vestido y de modales finos, se acercó y los alejó.

—Tenga cuidado, doña Catalina, a veces estos muchachos son ladronzuelos—dijo el caballero de vestimenta inglesa, pero sin la rigidez de uno de ellos.

—Disculpe, señor ¿cómo sabe mi nombre? —respondió Catalina fijando sus profundos ojos azules directo al rostro del hombre, sin bajar la mirada ni por un segundo, siendo incluso intimidante.

—Está escrito en esta carta que recibimos ayer. Me pre sento, soy José Bugueño del Prado—sentenció el ahora muy amable señor.

—Cómo está, don José, es un placer conocerlo por fin.

—¿Y el médico? Porque usted acompaña a un médico ¿cierto? —preguntó con extrañeza don José, incluso con un grado de ironía.

—La médico, querrá decir. La médico soy yo—afirmó Catalina con un tono de total seguridad.

—No entiendo. Me va a disculpar, pero el capitán don José Gregorio de Poblete nos describió a un hombre, no una mujer, ni menos una religiosa. En esta carta dice que usted lo acompaña.

—¿Me deja ver la carta?

—Por supuesto, aquí está.

—¿No le parece, don José, que aquí dice médico y solo eso…? no leo que diga algo de algún hombre.

—¡Pero es que un médico es hombre, jamás mujer!

—Bueno, una pena por usted, pero ya estamos aquí y lo que corresponde ahora es ponernos manos a la obra. ¿No le parece?

Don José no podía creer tal desfachatez, pero le encantó, «ojalá todas las mujeres fueran así». Aunque conocía algunas revolucionarias con la misma personalidad, ¡pero nunca religiosas ni menos franciscana!

—Doña Catalina, usted está consciente que yo solicité un médico. —Insistió don José.

—¿Se encuentra enfermo,don José? —respondió Catalina, ahora sí con una ironía infinita.

—Jajajaja… mejor me callo y, como decía mi abuelo, vamos andando que los melones se acomodan solos en la carreta.

—Así es, don José, no todo es lo que parece ni todo parece lo que es.

A Catalina le agradó este hombre, un buen hombre, se dijo. Como le advirtió el capitán, no se asustó, por el contrario, tomó el control de la situación y de su vida apenas puso un pie en tierra, como siempre lo había hecho.

—Don José, necesito ir a la iglesia, quiero orar y dar gracias al señor por haber llegado sanos y a salvo tanto mi padre y yo.

—Por supuesto. Estamos muy cerca de la iglesia de La Matriz, allí podrá estar tranquila. ¿Su padre se ha quedado en el barco?

—No, mi padre ha desembarcado en La Concepción, él es capitán de los ejércitos del rey, el que firma su carta.

—¡Ahora entiendo! ¡Entonces es su padre el culpable!

—Culpable ¿de qué? ¿De enviarle a la mejor médico de Salamanca?

—Es usted de verdad médico.

—Lo soy, lo soy… Y ahora, a dar gracias.

Don José dio una orden y dos peones tomaron los enseres de doña Catalina para llevarlas a la bodega que la hacienda tiene en el puerto.

—Esta caja déjenla conmigo —solicitó Catalina. Era su caja médica de la que nunca se separaba. Más de una vida había salvado gracias a tenerla cerca.

Catalina se puso a observar a don José; debe de tener unos 35 años, pelo entrecano negro, muy negro, con algunas ondulaciones que se mueven a la menor brisa con toda libertad, dejando ver una frente amplia e imponente. La nariz pronunciada y delgada como los españoles del norte de la península, tal vez vasco, pensó. Ojos pardos, dentadura blanca y una barba incipiente, de unos pocos días. Alto y delgado. La piel quemada por el sol, posiblemente de su hacienda por el trabajo del campo, bellas manos con dedos largos y fuertes, pero a la vez suaves. Su vestimenta es la de un caballero; chaqué gris oscuro con cola ceñido a la cintura destacando unos hombros muy anchos y un abdomen absolutamente plano, pantalones color crema y botas de montar estilo inglés en dos colores, negro y café en la parte superior. Lleva en su mano una fusta de cuero y cada vez que daba una orden hacía un gesto con esta como para reafirmar su autoridad, tan propio de los hombres, se dijo Catalina.

Por su parte, don José quedó maravillado de esta mujer joven con tanta personalidad e ímpetu. Más bien pequeña y de piel muy blanca. Con ojos color azul profundo y de cabello rojizo muy fino. Delgada, tal vez demasiado pensó, pero también muy inquieta. Puede ser por eso. Sus manos son realmente hermosas. Se ven cuidadas. Con la piel suave, dedos largos terminados en uñas muy

bien cortadas y mantenidas. ¡Dios!, se dijo, esta pequeña religiosa habría cautivado al hombre que hubiera querido para ella.

Durante la segunda mitad del siglo XVIII América había vivido los estragos como consecuencia de la guerra entre España e Inglaterra. El reino de Chile no estaba ajeno a esa crisis. El naciente puerto de Valparaíso había dejado de ser la pujante bahía exportadora de trigo de años anteriores, que había permitido el desarrollo del poblado y la construcción de bodegas y oficinas a los hacendados. Eran construcciones sencillas de adobe, de un piso para enfrentar de mejor manera los terremotos.

Don José nació en esos tiempos de crisis. La fortuna familiar había menguado de manera importantedebido a la liberación del comercio entre puertos españoles impulsada por el rey Carlos III en el siglo XVIII, como una forma de desarrollar la industria española y enfrentar el continuo contrabando de productos entre las colonias e Inglaterra. Estas medidas debilitaron la economía local, llevando a la quiebra a muchos comerciantes, fabricantes y hacendados del reino de Chile por la sobre oferta de productos y su consecuente baja de precios.

El joven Bugueño, a diferencia de su padre fallecido tempranamente, vio una oportunidad centrando el negocio familiar en la producción de trigo que exportaba a Lima, copando los espacios cedidos por los demás hacendados que cayeron en la bancarrota. Sumó la importaciónde productos industriales desde Europa, que luego reexportaba a otros puertos de América y de ellos volvía con las naves cargadas de materias primas para las haciendas y luego de vuelta a España. Sus bodegas estaban siempre atestadas de mercaderías de paso, de todo tipo, que era trasladada a cada rincón del reino de Chile. A pesar de su juventud, se había ganado el respeto de la comunidad, desde el puerto hasta las montañas, todos conocían o sabían del gran hacendado y comerciante don José Bugueño del Prado.

A medida que caminaban juntos a la iglesia de La Matriz, don José se convencía más y más de que el engaño de don Juan Gregorio había sido correcto, cierto que ningún engaño es correcto, pero este sí. Sumaba el hecho de lo contenta que se pondría su

esposa al saber que no solo lleva un médico a la hacienda para atenderlos a ellos y los aldeanos, sino que además una religiosa para curar el alma y si su esposa está contenta, él también.

—Doña Catalina, no quiero asustarla.

—No, por favor don José, háble me con total libertad.

—Verá, doña Catalina, desde que llegaron los barcos balleneros para el puerto ha sido muy bueno porque entra dinero, pero algunos marineros no han estado del todo a la altura de la gente decente que deben ser y me temo que sea peligroso para una mujer caminar sola por las calles del plano.

—Le agradezco que me informe esto, pero habrá visto que yo estoy sola.

—Por eso mismo, si a usted no le incomoda, la puedo esperar y acompañar a su alojamiento mientras avanzamos en los preparativos de la caravana a la hacienda.

—Se lo agradezco, don José, no me incomoda, pero quiero ver si me puedo alojar en la misma iglesia.

—Si no le importa, eso lo puedo arreglar con los monjes dominicos que viven detrás.

—Muy bien, usted me avisa, estaré al interior de la iglesia.

Doña Catalina sintió que Dios nuevamente estaba siendo generoso con ella, por esto iba a la iglesia de La Matriz, no a dar gracias por haber llegado bien, eso ya lo había hecho cientos de veces durante el viaje, iba a dar gracias porque Dios puso en su camino a don José, un hombre bueno y bien intencionado. Todo lo que ella deseaba estaba en él; sabía que juntos lograrían grandes cosas para toda la población y así cumplir con su misión. Por eso dio gracias al Señor.

Al salir de la iglesia la esperaba don José con buenas noticias, los padres dominicos tenían un lugar donde ella podría pernoctar las noches necesarias antes de partir a Marinas. Incluso lo agradecieron, no todos los días es posible tener una religiosa franciscana compartiendo su techo.

Al entrar a la humilde construcción adosada en la parte posterior de La Matriz, inmediatamente Doña Catalina sintió un fuerte olor, típico de la falta de aseo de los espacios, pero no quiso comentarlo,

pues sabía bien que los hombres frente a una mujer que hace preguntas se asustan y estos monjes además la echarían en el acto de su residencia. Prefirió en cambio mantenerse en silencio con la cabeza gacha, hasta que ellos decidieran hablarle.

—Hermana Catalina ¿usted es novicia? —preguntó uno de los monjes.

—Sí, hermano, soy novicia —respondió ella siempre mirando al suelo.

—¿Cómo una novicia puede recorrer medio mundo y terminar aquí?

—Por eso mismo, mi superiora me ordenó extender nuestra congregación a este reino, considerando que mi padre es Capitán de los Ejércitos del Rey y se encuentra aquí. Siendo yo novicia aún, se facilita mi traslado en naves con militares.

—¿Su padre es hidalgo?

—Sí, hermano, es hidalgo.

—Eso cambia mucho las cosas, sea bienvenida en nuestra humilde morada, que es la morada del Señor.—Ambos, Catalina y el monje, se persignaron.

Catalina hizo un gesto a don José para que se retire, este lo hizo, pero muy desconfiado como era, decidió pasar la noche afuera a la intemperie, por si era requerido su auxilio.

Cerrada la puerta de acceso, otro monje le señaló el lugar donde dormiría, un pequeño cuartucho con paja en el suelo, donde ella podrá extender sus pertenencias y descansar. Los monjes la invitaron luego a las lecturas de la noche. En una pequeña sala que utilizan también como comedor, uno de los religiosos comenzó a leer la biblia en latín. Acompañaron con cánticos gregorianos, muy afinados y realmente hermosos. Se siente la presencia de Dios en el ambiente, pensó Catalina al escuchar tan bella música. En las pausas para la lectura, todos mantenían completo silencio y sus cabezas gachas, cubiertas por sus capuchas blancas y negras tan propias del hábito dominico.

Al finalizar las oraciones y lecturas, Catalina pudo retirarse a dormir, lo que pudo hacer a medias. Durante la noche escuchó unos

constantes quejidos de dolor y mucha tos, además de angustia, tal vez por no poder respirar. «Alguien no está bien, alguien está muy enfermo y debo curarlo, pero cómo llegar al enfermo, estas órdenes religiosas son muy estrictas con las mujeres y salvo que ellos lo soliciten, yo no podré ver al paciente», pensaba con preocupación Catalina.

Antes del amanecer comenzaron los rezos y plegarias matutinas de los monjes, los pocos que habitaban en ese lugar, que no eran no más de ocho. Iniciaron la jornada alabando a Dios. Catalina los acompañó, siempre mirando el suelo y sin hablar; para estos hombres, ella era la última en la jerarquía, incluso después de los animales. Ella sabía que debía ver la forma de llegar al enfermo y tratar de aliviarlo.

Pasaron todos en silencio a tomar el desayuno, un trozo de pan y queso y un vaso de leche tibia, mientras uno de los monjes leía los textos sagrados en latín. Al finalizar la merienda, uno de los hermanos se dirigió a Catalina.

—¿Es cierto que usted es la sanadora de Salamanca? —Todos los monjes se quedaron mirándola.

—Sí, lo soy, hermano ¿Cómo lo supo?

—Por su caja de madera. Habíamos escuchado su historia de otros hermanos que provienen de allá, de Salamanca, ellos nos han hablado de usted, de su caja y de lo menuda.Y debo decir que la caja y usted son como la describieron —explicó el monje con una sonrisa.

—Hermano, me halaga y agradezco a nuestro señor que me haya puesto aquí como primera parada de mi cometido en este reino, porque en este lugar hay un enfermo.

—Así es, el hermano Pedro, no ha estado bien.

—Lléveme donde él.—Catalina recogió su caja de madera y siguió al monje.

El hermano Pedro estaba en una habitación oscura, sin ventanas, ya que es difícil incorporarlas en las construcciones de barro o adobe porque, al hacerlo, se afecta la estructura haciéndolas aún más frágiles frente los continuos temblores y terremotos del reino de Chile. A la falta de aire fresco, se suma el mal aseo y limpieza de

todo el lugar, insectos, roedores recorren los espacios con total libertad. La eliminación de los desechos humanos, que los monjes dejan en vasijas, no es inmediata, a veces pueden pasar días en una habitación, produciendo olores nauseabundos y focos de infecciones.

Catalina ya había conocido esta realidad en el monasterio de Salamanca, donde vivió por más de diez años, pero con paciencia y dedicación logró cambiar por completo los hábitos de las religiosas, dejando cuando partió un lugar limpio e higiénico.

—Aquí está el hermano Pedro, adelante, doña Catalina —le indicó el monje que la guio a la habitación.

El religioso estaba en un camastro en el que apenas cabía. Era un hombre enorme, gordo de unos 130 kilos. Por la oscuridad de la habitación Catalina no lograba distinguir el color de su piel, ni menos pensó, «podré examinarlo». Lo primero que debía hacer era eliminar las flemas de sus pulmones que estaban provocando la tos y la dificultad para respirar del ahora, su paciente.

—Voy a necesitar desnudarlo y darlo vuelta y no podré hacerlo sola, es un hombre muy grande, necesitaré ayuda. Por favor, avise a don José Bugueño que venga.

—Pero no sabemos dónde está don José.

—Está afuera. —Para Catalina, bastaron cruzar unas pocas palabras con don José, para conocerlo lo suficiente y saber que él no sería capaz de dejarla sola durante la noche en ese lugar y que con toda certeza habría pasado la noche afuera haciendo guardia.

—¿Cómo lo sabe?—preguntó intrigado el religioso.

—Por favor, salga y dígale que necesito su ayuda.

—Está bien, hermana.

El dominico salió a la calle y, efectivamente,don José estaba sentado en frente.

—¡Don José! ¡Doña Catalina necesita su ayuda!

El hacendado ingresó muy rápido a la habitación y automáticamente se tapó la nariz por el olor. Catalina le entregó un pañuelo de lino aromatizado con lavanda para que cubriera su boca y nariz, haciéndole además un gesto de que este no era el momento de enrostrar los olores a esta gente.

Ambos sentaron al monje y lo desvistieron por completo. Algunos hermanos se preguntaban si eso era correcto, una mujer viendo las partes íntimas del religioso no parecía adecuado, pero querían mucho a su compañero y, frente a la muerte de su amigo, obviaron cualquier aprehensión. Una vez sentado y desnudo lo giraron y recostaron sobre su abdomen con la cabeza casi colgando del camastro. El monje comenzó a toser muy fuerte y repetidamente. Se ahogaba ahora con mayor frecuencia. Catalina pidió a don José, su ayudante en este momento, que apretara en la zona de la cintura con sus dos poderosa manos. Luego hundiendo los dedos, que suba las manos hasta bajo las axilas, pero siempre presionando. «Hágalo una y otra vez, don José», le dijo la médico «como si estuviera sobando el cuello de su caballo».

Catalina estaba sosteniendo la cabeza de Pedro afirmándola en su frente con la boca hacia abajo, de pronto vino una gran tos y el religioso expulsó una cantidad importante de flemas al suelo, así varias veces tosió y expulsó. La religiosa tomó una muestra en una vasija de plata y la llevó afuera para poder verla a la luz del día. «Color amarillo suave, no está tan mal», se dijo. Volvió a la habitación.

El hermano Pedro respiraba mucho mejor y más tranquilo, pero doña Catalina sabía que ahora tocaba a los monjes continuar sus cuidados para lograr que se mejore.

—Hermanos —les dijo—, por favor, saquen al hermano Pedro al exterior, así desnudo para que pueda respirar el aire puro de la mañana. Luego vístanlo con ropa limpia y se la cambian dos veces al día.

—No tenemos tanta ropa—respondió uno.

—No se preocupen, hermanos, yo les enviaré durante el día telas con la que podrán fabricar camisones —les dijo don José

—¿Ven? Dios está ayudando, así que ayudémoslo nosotros a él—prosiguió Catalina—limpien toda su casa, barran los pisos, guarden los alimentos en cajas donde no puedan entrar las ratas, abran las ventanas para que circule el aire, laven sus cuerpos con agua limpia al menos tres veces por semana y laven sus ropas. Al hermano

Pedro le van a dar unas infusiones todos los días con esta hierba por una semana. Es orégano. —Les mostró e hizo que la olieran.

Los monjes estaban agradecidos de esta pequeña joven. Había salvado al hermano Pedro ¡por Dios! Y entendieron del porqué su fama atravesó el mundo antes que ella.

Uno de los hermanos dominicos se acercó a Catalina y le entregó una pequeña cruz de madera, la Cruz de Calatrava, con los cuatro brazos iguales terminados en la flor de lis abierta, símbolo de la orden dominica por cientos de años. En ese momento, los ocho monjes se formaron en una sola línea hombro con hombro, cubrieron sus cabezas con la capucha e inclinaron sus cabezas dirigiendo sus miradas al suelo en un signo de humildad y agradecimiento a Catalina.

La sanadora de Salamanca tomó la cruz entre sus manos, la besó y la dispuso junto a las cuentas de su rosario de madera de encino que recibió en Madrid, en el seno de su familia cuando partió siendo una niña. Aquel rosario que perteneció a su madre y que lo usó en el día de su boda.

—No, mis hermanos, no. No miren al suelo, mírenme a los ojos, como debe ser entre hombre y mujer, pues somos iguales ante Dios y el hombre—les solicitó Catalina.

—Hermana Catalina, tiene razón y en este nuevo siglo y reino, nos preocuparemos que así sea, iguales.

Catalina se acercó a cada uno y tomándoles ambas manos se despidió.

Don José observó todo con mucha atención. Quedó gratamente impresionado de las habilidades de Catalina, la seguridad en cada movimiento que hizo para salvar al pobre religioso. Comprobó que la pequeña médico se había hecho su fama por algo, por estas acciones que solo alguien con muchos conocimientos y práctica puede hacer.¿Cuántas veces personas en situaciones parecidas habían fallecido en alguna de las villas de la hacienda? ¿Cuántas otras enfermedades podría curar Catalina?

El hacendado pudo ver el afecto y cercanía que creó entre los monjes y ella, constató su inteligencia al darles el tiempo para que ellos la reconocieran y le entregaran en sus manos al hermano Pedro

para sanarlo y pudo apreciar el milagro que significó el reordenamiento de las ideas en sus mentes dominicas que por siglos ha sido solo una: las mujeres son inferiores y no iguales, como acababan de aceptar.

Esa misma tarde doña Catalina y don José partieron a la Hacienda Marinas. La caravana estaba compuesta por ellos dos en la cabeza, luego capataces y peones armados con rifles, pistolas y espadas. Don José mismo llevaba dos pistolas al cinto.Decía que en el camino no es raro encontrarse con bandoleros, así que mejor estar preparados.

Muchas mulas de carga llevaban los productos e insumos importados y que son necesarios para la producción y el diario vivir de las villas en la hacienda. Se suman algunos regalos para las mujeres y los niños, pero sin duda el mayor de todos que se trasladaba en el convoy, es la religiosa que, montada sobre una mula, sencilla, simple, siempre con su caja de madera, infundía el mayor respeto a quien la viera pasar. Ese respeto que solo ella, esta pequeña gran mujer, podía estampar.

Para dejar la bahía de Valparaíso, es necesario subir por los cerros que la rodean. Lugares que, de acuerdo a los relatos de los habitantes originarios, han sufrido grandes incendios de sus bosques y pastizales en los distintos siglos, por eso lo llaman Alimapu, que significa tierra roja o tierra quemada.

A medida que se acercan a la parte más alta, Catalina puede observar la vista hermosa de todo el gran océano de un color azul profundo con oleaje lento y grande, pero siempre en movimiento. Puede sentir la brisa fría y salobre del mar, que libera los pulmones en cada aspiración. El calor del sol de la tarde sobre su cara y pecho, sintiendo un agradable ardor en la piel.

Don José detiene la caravana para hablar con Catalina.

—Vamos a detenernos unos momentos, porque quiero que vea de los instantes más hermosos de esta tierra bendecida por Dios. Observe, Catalina, cómo el sol entra en el mar y observe, casi al final, un destello verde, un destello verde que dicen es de buena suerte para quien lo ve.

Doña Catalina miró asombrada su primera puesta de sol. Nada parecido había visto antes en su España natal. El sol enorme entrando al mar en el horizonte, como hundiéndose, pero sin apagarse. Las aves de mar volando al ras del agua en contra de todas las leyes de la física. Las olas encaramándose en la playa de la bahía y reventando en las rocas negras de la orilla, arrojando un rocío espumoso que con la luz del sol se convierte en arcoíris.

—¡Es demasiado bello! —dijo Catalina

—¡Cierto! por eso siempre que el cielo está claro y no hay nubes partimos en la tarde para ver la puesta de sol, no canso de disfrutarla cada vez que puedo. ¡Mire, Catalina! El destello verde… ¡pida un deseo!

Catalina miró el destello verde y sonrió. Cerró los ojos y pidió el único deseo posible, poder volver a estar con Bernarda, conversar con ella, reírse, hablar de las demás, contarse historias, simplemente volver a estar juntas, volver a sentirse mujer deseada y amada en el mundo que ambas crearon solo para ellas y nadie más.

Don José se acercó porque adivinaba que algo en el corazón de Catalina estaba sucediendo. Tomó su mano y le dijo.

—Doña Catalina, esté tranquila, sé que no es suficiente, pero con mi esposa, con nosotros, usted ya tiene una familia en estas tierras.

Doña Catalina agradeció el hermoso gesto de este buen hombre. De entre su hábito sacó un par de flores secas de lavanda y se las entregó. Estaban en perfectas condiciones, como congeladas en el tiempo.

—Para nosotras la lavanda es espíritu. Por favor,don José, cuide ese espíritu y que nunca muera —le dijo entregando las flores.

—Doña Catalina, convertiré para usted los valles de mi hacienda en campos de lavanda y nos aseguraremos que el espíritu suyo y el de sus hermanas nunca muera, le doy mi palabra.

La caravana inició su recorrido por los valles en dirección a la hacienda. Don José decidió no detenerse en la noche para aprovechar la frescura nocturna y no afectarlos a ellos ni los animales con el calor sofocante del día. Y así fue. Una marcha agradable y calmada bajo un cielo estrellado que iluminaba como de

día el camino. Luego salió la luna a saludar, casi llena, entregó más vistas surrealistas de los valles y los cordones montañoso, al fondo, a kilómetros de distancia.

El firmamento completo fue testigo y escuchó las horas de conversaciones de Catalina con don José, como sabiendo que si ella comienza a hablar, nadie la detiene. Eso le agradó aún más a su anfitrión. Adoraba en las mujeres su capacidad de hacer amistades, de conocerse, de hablar, de relacionarse con otros. ¿Porqué esa habilidad de sana comunicación no la tenemos los hombres? Siempre se preguntaba y adoraba eso de su esposa también.

Las horas transcurrieron en esta travesía tranquila. Ambos se contaron sus historias y secretos y se conocieron lo suficiente como para saber que el estar juntos no era una casualidad del destino, alguna razón habría para que doña Catalina llegara allí y don José la conociera. Alguna razón que desconocen por el momento, pero a medida que sus vidas se sigan uniendo, descubrirán que sí, hay un sentido para todos estos momentos.

Don José le contó que su esposa era mestiza, hija de madre Mapuche, un pueblo originario de esta zona al sur de América. Su padre era inglés, de los barcos balleneros y fue criada de forma mixta, porque su padre y su madre querían asegurar que nunca perdiera sus raíces. De hecho, se llama Mailen, que significa princesa.

Le habló del gran dolor que lleva en su corazón que ha sig nificado el no ser padres aún. El y Mailen lo desean con todo su ser, pero no han podido tener familia, no han podido tener hijos, un sueño que ambos anhelan, pero que Dios no ha cumplido. Mailen ha perdido sus embarazos ya en tres oportunidades, sin explicación aparente y en cada oportunidad sufre mucho.

—¿Tal vez usted, Catalina, nos pueda ayudar?

—Dios quisiera que mis conocimientos fueran tan completos, pero no, aún no sabemos tanto.

—¡Entonces empecemos a aprender más! Para que las mujeres en el futuro no sufran—le dijo don José con esa cara de niño lleno de sueños que cada cierto rato aparecía en su rostro.

Catalina le contó también su historia y sueños a don José. Le habló de lo duro que es haber crecido en un mundo de hombres y sus expectativas de encontrar aquí otra realidad, para ella y sus hermanas. Lo difícil de haber estudiado casi escondiendo su inteligencia como si fuera un pecado el ser como es, para no afectar a los hombres.

Don José quedó muy impresionado cuando supo que el padre había jurado en el lecho de muerte de su esposa y madre de Catalina que la niña sería educada en los mejores lugares de España y que lo cumplió. Se admiró del rol y poder de las mujeres en esa familia y de cómo son iguales con los hombres. Se emocionó con la historia de amor de don Juan Gregorio y doña Josefa, vio en esa historia su propia historia de amor con Mailen.

Con lágrimas le habló de su amiga Bernarda y de lo mucho que la echaba de menos. Los momentos en que junto a Rugerio recorrían todo Salamanca sanando a los enfermos, inventando nuevas medicinas con sus hierbas, nuevos instrumentos. Las largas conversaciones en las frías noches de invierno. Los chismes del convento, porque «sí, hay chismes en un convento», le decía a don José.

Catalina se detuvo para llorar, la emoción de estar ahí y no poder compartirlo con quienes más amaba en este mundo: Bernarda, Rugerio, su padre y su madre Josefa, aquella mujer que la esperó nueve meses, para entregarla a este planeta y partir de inmediato.

—Llore, doña Catalina, es bueno, aquí la esperaremos lo que sea necesario, pero créame somos todos sus amigos ahora y la vamos a cuidar para siempre.—La consolaba don José sintiendo el deseo de mostrarle todo los sueños que él tenía, para que ella pueda hacer de Marinas el mejor lugar del mundo.

—Gracias, don José, usted sabe… cosas de mujeres, a veces estamos más sensibles y necesitamos el afecto de nuestros amigos.

Al despuntar al alba, comienza a aparecer ante la vista de la caravana la gran Hacienda de Marinas. Los hermosos campos amarillos con los restos de la paja del trigo segado hace algunas semanas y los cientos de plantas de maíz secas sin sus mazorcas porque fueron recolectadas. Más al fondo, los campos verdes de las

vides de Marinas que están próximas a ser cosechadas. Vides reconocidas por las nobles cepas importadas desde Francia por su abuelo. Al norte se ven los cerros donde, según don José, al traspasar un tupido bosque hay una vertiente única de agua pura y cristalina, que con solo beber un sorbo, todos se mejoran. Al sur, campos con animales de crianza, ganado y hermosos caballos de raza, corren todos en una armonía natural, como queriendo gritar lo felices que son. Y al fondo, en el oriente de la hacienda, los grandes cordones montañosos que separan Marinas de la capital del reino, la ciudad de Santiago del Nuevo Extremo.

La religiosa está maravillada con lo que ve. Es todo lo que ha soñado, la vastedad del lugar, los colores y olores de un campo hermoso lleno de vida y oportunidades para ella y sus conocimientos, nuevamente toma su cruz de encino, la besa y da gracias a Dios por darle tanto en la vida y ponerla en este momento en el fin del mundo, donde podrá crecer y entregarse por entero a los demás.

A lo lejos, Catalina puede ver dos jinetes a toda velocidad en dirección hacia ellos, uno es un hombre y el otro es una mujer que cabalga igual que los hombres, una pierna en cada lado del caballo, lo que sería inaceptable en España, pero que ya demuestra la libertad de estas tierras. Galopa con sus negros cabellos al viento, sin duda es Mailen, que viene a recibir a su hombre, a darle la bienvenida y a decirle lo mucho que lo extrañó y lo mucho que lo ama.

Don José apretó las piernas y con los talones comandó a su caballo para partir al encuentro de su amada eterna, aquella mujer de raza mixta, en parte de lejanas tierras y en parte de estas tierras. A todo galope saltó del animal y ambos en medio del campo se abrazaron y besaron hasta quedarse sin oxígeno, pero no les importó, estaban dispuestos a morir si era necesario, pero jamás dejarían de lado su afecto.

Ella, Mailen, es una mujer alta, de piel color mate, cabellos negros y largos y ojos verdes como esmeraldas. Un rostro redondo con facciones autóctonas, pero con nariz recta y terminada en punta, labios delgados y hermosos dientes blancos que brillan al

sonreír. Esbelta y con cintura pronunciada, viste un camisón de algodón sencillo de cuello abierto, mangas anchas cerradas en los puños con un delgado lazo. Al bajar, la prenda se adentra a sus pantalones de montar color crema que delinean unas suaves y curvas caderas. Los rayos del sol de la mañana atraviesan el camisón dejando traslucir dos firmes y puntiagudos pechos jóvenes y sanos de una mujer que no descansa, pues su cuerpo de musculatura definida delata el trabajo diario en el campo. Al igual que su esposo, utiliza botas de montar largas de color negro y café, estilizando aún más su fina figura.

—Mailen, te presento a doña Catalina, ella es nuestro médico—le dijo don José a su esposa indicando a la joven novicia.

Mailen se acerca, Catalina desciende de la mula y camina hacia ella también y, faltando un metro apenas, ambas se detienen y se miran a los ojos. Fue solo un segundo para el mundo y los testigos allí presentes, pero para ellas fue una eternidad, pudieron ver a través de sus ojos sus historias, todas sus historias, su origen, su ser mujer, su magia. «¡Sí!», exclamó Catalina en su interior «este es el lugar para el que mi madre y mi padre me prepararon y me destinaron, ¡este es el lugar!».

Ambas mujeres sin cruzar palabras aún se abrazaron, se miraban y se volvían a abrazar, se reían, se miraban y se volvían a abrazar, hasta que Catalina por fin habló.

—Hola, Mailen, soy Catalina.

—Hola, Catalina, soy Mailen.

Marinas había hecho su magia. Dos mujeres que nunca se habían visto, de orígenes completamente distintos, con historias y momentos que nunca se habían cruzado, en esta hacienda unen sus espíritus en un encuentro de almas puro y limpio; ante la naturaleza, el sol, la luna, el viento, que son los testigos de esta energía única. Catalina y Mailen han sellado su destino que definirá la historia de estos valles.

Don José fue un observador de todo este proceso, su característica de hombre no le permitió ver la profundidad de lo acontecido en ese saludo, pero sí su bondad le dejó sentir que algo

bueno había sucedido allí, en sus tierras, las tierras de ellas también. Ahora era el protector no solo de su esposa, las villas y sus gentes en su vasta propiedad, sino que además de esta joven novicia franciscana llamada Catalina de Poblete.

Mailen caminó unos pasos hacia su esposo, lo miró con una expresión de ternura e infinita felicidad, lo abrazó y se acurrucó en su pecho con un fuerte abrazo, como queriendo compartir con él todas las sensaciones que acababan de suceder en su cuerpo y alma.

—No te imaginas el bien que acabas de hacer, José, te amo por eso. Abrázame y vamos a casa para que Catalina pueda descansar.

La caravana volvió a moverse ya por fin en su último tramo para descargar, encontrarse con las familias y reponer las energías para los días laboriosos de la vendimia que se aproxima. A medida que se acercan a la gran casona y los bodegones, muchas mujeres, niños y niñas salen a la vía a recibir a sus hombres, padres y hermanos que vienen en la columna con las mulas, víveres, productos y los regalos para sus familias que don José se encarga de importar para todos.

Catalina comienza a ver el poder de don José y lo que significa Hacienda Marinas. En la medida que se acercan, surge el complejo en una gran explanadadonde está el corazón de la hacienda y el hogar de su anfitrión y su hermosa esposa. La gran villa está compuesta de un conjunto de construcciones en donde se destaca sobre las demás la casona del hacendado y cuatro enormes palmeras (conocidas como palma en este reino) largas, espigadas y coronadas por un penacho de hojas. Su altura es de unos 25 metros y están dispuestas una en cada esquina. Son un punto de referencia para los viajeros, quienes las pueden ver a kilómetros de distancia.

La gran casa y las palmas están al interior de un alto y grueso muro de adobe de color rojo ocre que recorre todo el perímetro de la villa y que en tiempos pasados protegía de los continuos ataques de los indígenas que habitan estos valles y ahora, en estos tiempos, de los asaltos de bandidos.

El muro tiene cuatro accesos con el alto suficiente para un caballo y su jinete, al oriente, al poniente, y dos por el lado norte, cada uno con dos portones de madera maciza muy gruesos,

compuesto por tablones unidos con láminas de fierro forjado y remaches en punta de pirámide que cruzan de lado a lado la madera y el fierro haciendo de ellos una sola pieza fuerte robusta e impenetrable. Cada puerta es soportada por una columna de piedra blanca, que a su vez sostienen un dintel triangular de piedra decorada con un escudo de armas tallado sobre relieve. El emblema está dividido en cuatro, tres cuartos con motivos del campo; espigas de trigo, racimos de uvas, mazorca de maíz o choclo y el último con una cruz de cuatro brazos iguales manifestando la calidad religiosa de los hacendados. El muro perimetral tiene ventanas cada cierta distancia con barrotes de fierro forjado y postigos de madera que se abren hacia el interior, diseñadas para proteger desde allí las instalaciones de cualquier intento de incursión.

Al ingresar impresiona la casona familiar situada en el sector sur del complejo; de color azul pastel terroso, con todos los marcos y postigos de las puertas en tono marfil y vidriadas. Se encuentran abiertas de par en par, haciendo circular una agradable brisa que refresca el interior del agobiante calor estacional. El techo está cubierto por la tradicional teja española de arcilla curva. La casa es de dos plantas, de forma rectangular con un patio interior. En la planta superior las puertas de las habitaciones conducen en ambos lados a un balcón tipo corredor que rodea toda la casona y que entrega sombra en las épocas de calor y protege de la lluvia en los meses de invierno. En la planta baja se repite el patrón del piso superior, pero las puertas de este nivel conducen a los salones, espacios familiares y de cocina. En cada una de las cuatro esquinas de la construcción un pilar de piedra soporta la estructura tanto del corredor como de todo el segundo nivel. Muchos finos pilares en ambos balcones de madera tallada color marfil, semejando columnas romanas, terminan por dar un aspecto elegante a la casona.

Al centro del complejo, frente a la casa y al acceso oriente, una pequeña plaza con una fuente de piedra por la que escurre agua proveniente de la vertiente, que se encuentra a cierta distancia en los cerros y que entrega frescura para la vida diaria del lugar. Todos los habitantes que lo deseen pueden acudir a esta pileta para obtener el líquido y vital elemento. La plazuela tiene muchos

arbustos en flor dispuestos estratégicamente, que entremezclando sus vívidos colores configuran una verdadera pintura del soñado edén.

Detrás de la fuente se observa una pequeña capilla u oratorio para unas veinte personas, casi como un salón de clases y en los mismos colores y tono de la casona, azul y marfil. Por el lado norte, las bodegas de vinos y sus fudres de gran tamaño, las de cereales repletas de sacos de trigo y montículos de maíz para la venta y autoconsumo. Caballerizas con al menos 20 equinos, sala de monturas y arneses. La maestranza donde se encuentra la fragua, herrería y talleres, oficinas y una panadería que al igual que el agua de la fuente, todo el que lo desee de la hacienda puede solicitar su hogaza diaria de pan.

La caravana accedió por la puerta oriente al ingresar, salvo doña Catalina y Mailen, que se dirigieron a la casona familiar, el resto se desvió al sector norte, a los bodegones y zonas de trabajo para descargar y entregar los muchos paquetes que vienen sobre las mulas. Varios peones tomaban las mulas a medida que eran descargadas y se las llevaban afuera de los muros por una de las puertas de esa zona, y otros tantos ubicaban las cargas en los lugares que el capataz general indicaba. Don José observaba y daba indicaciones durante toda la faena, sin dejar de lado ningún detalle. No se iría a casa hasta que todos sus hombres también pudieran hacerlo. Así era él.

Las mujeres fueron recibidas por dos sirvientas, las nanas de Mailen y don José. Catalina descendió por fin de la mula, había cabalgado por más de veinte y cuatro horas a lomo cubierto por pieles de cordero y cada músculo de su cuerpo estaba adolorido y necesitaba con urgencia relajarlos. Soñaba con asearse. Ya había perdido la cuenta de la cantidad de semanas sin lavar su cuerpo como a ella le gustaba hacerlo.

Mailen indicó a las muchachas que ayuden a doña Catalina a desempolvarse y la lleven directo a su habitación en donde podrá disfrutar de un baño caliente y relajante. Ella, siendo en parte producto de la Ilustración europea, de los primeros hábitos que

adquirió de ese movimiento fue el baño diario, no solo por la simple limpieza del cuerpo, sino más bien por la higiene que ello implica.

Las sirvientas guiaron a Catalina hasta su habitación en la planta alta. Un cuarto más bien suntuoso de acuerdo a lo que ella, como novicia franciscana, estaba acostumbrada. Había una gran cama con catre de bronce en un costado, muebles finos de calidad muy superior a los del monasterio de las Úrsulas y una gran bañera de madera. Al parecer es un fudre o barrica de vino cortada por la mitad. «Es demasiado placer para una religiosa», pensó, pero en esta oportunidad necesitaba algo así para volver a ser ella, volver a ser la niña de Madrid y la gran médico de Salamanca, necesitaba darse este placer, merecido por lo demás.

Doña Catalina ordenó a las criadas que la dejaran sola para desvestirse y bañarse por sí misma y que vuelvan cuando las requiera. Fue el momento con el que había soñado hace muchos días, estar sola, libre de los demás. Dejó sus hábitos en el piso, se miró en un espejo que había en el fondo del cuarto y vio con estupor lo delgada que estaba, las manchas de suciedad en sus tobillos, muñecas, cuello, el cabello sucio y desordenado. Se paró al costado de la bañera, introdujo un pie luego el otro. Sintió el calor en sus muslos y no lo pensó más, se zambulló lentamente muy despacio para disfrutar cada centímetro que se iba cubriendo de su cuerpo hasta tapar su cabeza en un baño de agua tibia purificador y relajador. Se sentó, inclinó su cabeza hacia atrás apoyándola en un borde y cerró los ojos con la mente en blanco. Catalina por fin descansó y concluyó que había llegado a su destino.

Mailen tocó la puerta de la habitación para ver si Catalina se encontraba bien y si faltaba algo. Catalina la dejó entrar y con asombro observó que traía una bandeja con jabones fran ceses que dispuso en una pequeña mesita a un costado de la tinaja junto a unas toallas. La dejó sola y la novicia comenzó a lavarse, «un placer para pocos», se dijo y que recordaba de su niñez en Madrid. Mailen le dijo que cuando estuviera lista podría ayudarla a peinar el cabello y que le traería una muda de ropa para que pudieran lavar su hábito.

Catalina llamó a Mailen ya sentada con el camisón de algodón que le dejó y habiéndose secado el cuerpo. Un pudor propio de sus más de diez años de vida de convento no le permitía mostrarse tal cual es a nadie más que a ella misma y, por supuesto,a Bernarda. Mailen se acercó y comenzó a cepillarle el cabello, siendo esta la oportunidad para conversar.

—Cómo se siente ahora, doña Catalina, ¿Más descansada?

—Sí, realmente extrañaba poder darme un baño así. Creo que desde mi infancia en Madrid en la casa de mi familia, fue la última vez—respondió Catalina.

—Qué bueno, doña Catalina. Esta habitación es para usted, aquí podrá instalarse. Pídame todo lo que necesite para hacer su trabajo, pero tómese su tiempo y descanse primero y creo que también sería bueno que se alimente.

—Ha observado bien, doña Mailen, estoy en los huesos y siento la falta de alimentos.

Mailen terminó de cepillar y ordenar el cabello de Catalina, lo dejó como el de ella, libre, al viento, porque era más cómodo que los peinados tan complicados de esa época, también ofreció ropa más cómoda; pantalones de montar y blusa de algodón, pero Catalina prefirió un doble camisón blanco y un velo para su cabeza, del mismo material y a la cintura utilizaría el lazo de cuerda que siempre lleva con ella. En los pies, sus adoradas sandalias franciscanas de cuero, pero esta vez con los pies descubiertos gracias al calor. De pequeña nunca soportó el usar de zapatos.

—Doña Mailen.

—Dígame, doña Catalina.

—Necesito pedirle que mientras me instalo me permita moverme con toda libertad por la hacienda, quiero conocer el lugar, su gente y entender cómo podré ayudarlos.

—¡Por supuesto,doña Catalina! Yo misma la acompañaré.

—No, doña Mailen, ya llegará ese momento, yo se lo pediré, descuide. Por ahora necesito estar sola, necesito ser nuevamente yo misma, reencontrarme con el Señor, entender su misión y comenzar desde allí. Espero que me entienda y no se ofenda.

—Claro que la entiendo, doña Catalina, ¡claro que sí! Yo haría lo mismo.

Mailen no solo compartía esa decisión de Catalina, ella misma necesitaba muchas veces el mismo proceso de reconocimiento de sí misma. Reorganizar sus pensamientos y entender quién es en el mundo. Volver a sus orígenes de sanadora y curandera, la Machi de su pueblo, que en otras latitudes se conocen como Chamanes. Ella y Catalina tenían mucho más en común de lo que la gente ve por el simple hecho de ser mujeres. Ellas vieron en sus ojos el destino común de hacer el bien y sanar a los demás, pero en el caso de Mailen, su amor por don José, su profundo amor, la obligaba a compartir su realidad dual, lo que hacía de forma voluntaria y apasionada.

Esa libertad de elegir es lo que a Catalina provocó la mayor admiración de esta hacienda y de don José. Él, siendo hombre con todos los privilegios que eso significa en el 1800, se sometió a la igualdad hombre mujer ¿Cuán distinto sería el mundo? Se decía siempre, si la realidad en España, su tierra, fuera como en estas nuevas y jóvenes tierras.

Catalina, luego de unos días de descanso, alimentarse y recuperar sus fuerzas, volvió a vestir sus hábitos franciscanos y comenzó su recorrido por la hacienda y más allá. Lo hizo caminando como un peregrino detrás de la salvación. Don José ordenó preparar una mula para cargar su caja de madera y la acompañaron dos peones para su seguridad. Mailen le entregó el cinto tradicional de su pueblo, un trariwe, para ajustar en su cintura en reemplazo del lazo, lo que la religiosa agradeció emocionada recibiéndolo con mucho respeto.

—Visitará muchas villas en donde encontrará gente de mi pueblo. Ellos reconocerán este trariwe y eso le facilitará las cosas. Sea humilde y respete sus costumbres. Aprenda de sus conocimientos ancestrales porque son uno con esta tierra—le dijo Mailen.

—Gracias, doña Mailen. Yo quiero ser parte también de esta tierra si ustedes, su pueblo, me lo permiten.

—Lo será, doña Catalina, lo será.

Catalina inició su peregrinación apenas finalizada la vendimia, esa gran fiesta de cosecha de la vid, que el propio Jesús convirtió en su sangre. Era la fecha ideal de inicio y a la vez de transformación, como la uva cuando se convierte en vino. Ella, tan menuda como antes, pero con la fuerza y determinación de un gigante, más su caja de madera, partió a solicitar el permiso de esta tierra para ser parte de ella, un terrón más, una piedra más, una flor más, ella aceptaría ser lo que fuera ordenado por la naturaleza.

Las semanas dentro de los muros no fueron en vano ni menos de descanso. Catalina sanó y curó todo tipo de dolencias y heridas a los peones y servidumbre. Sin desearlo, comenzó a ser popular fuera del complejo, por lo que comenzó a llegar gente de las villas a solicitar su cura. Esta fama fue de gran ayuda, porque al igual que con los monjes dominicos en Valparaíso, la precedió facilitando su acercamiento a las comunidades, de hecho, algunas la estaban esperando y la recibieron con el cariño que se ofrece a una santa.

La religiosa pudo ver las enormes necesidades de todas estas villas, no muy distintas a las de Salamanca, motivándola aún más a entregarse a su labor sanadora y también educadora. Las enfermedades no abundan como en España, tal vez por la unión de estos pueblos con la tierra y el uso milenario de un amplio catálogo de hierbas.

Al igual que en toda Europa, las nuevas ideas ilustradas relacionadas con la limpieza e higiene, se hicieron más necesarias que nunca. Catalina se esforzó en educar y enseñar sobre todo a las mujeres, porque observó que ellas son el soporte de esta antigua sociedad originaria. Tal como lo era su hogar en Madrid. Aquí las mujeres transmiten el conocimiento a sus hijas y estas a sus nietas.

Recorrió cientos de kilómetros en distintos valles y haciendas. La mayoría de las veces la gente pensaba que venía a predicar el evangelio, pero al poco conversar se daban cuenta lo lejos que esta novicia estaba de los cánones habituales de los misioneros. Ella les hablaba a las mujeres de sus cuerpos, cómo asearlos, del parto y sus complicaciones. La importancia de escuchar y sentir las señales que entrega el organismo. Cómo tratar las heridas de sus hombres producto del duro trabajo del labriego, desde las magulladuras hasta

las fracturas. La miel de abeja como desinfectante y cicatrizante. Muchas conversaciones con información de utilidad y, claro, también un poco del Señor, sino sería muy extraño vestir de religiosa y no predicar su palabra.

En muchas villas se hacían ceremonias tradicionales del pueblo Mapuche cuando la recibían. Agradeciendo a los dioses o a los antepasados en una zona especial, por lo general una explanada, en donde giraban caminando y tocando sus instrumentos en torno al Rehue, un tronco tallado que se convierte en el altar de la ceremonia a la que llaman Guillatun. Ella participaba con el mayor entusiasmo y aprendía a través de sus costumbres lo que podía de este pueblo, absorbiendo como una esponja como cuando era niña todo sobre esta fascinante y compleja cultura.

Al final de su místico recorrido, retornando a las casas de la hacienda, recibió un mensaje que le envió Mailen.

«Doña Catalina, ordene a los hombres que la dirijan a la vertiente, allí la espero. Quiero que conozca a alguien previo a su retorno».

—¿Dónde queda la vertiente? ¿Cuánto demoraremos en llegar? —preguntó Catalina a uno de los jóvenes.

—En esos cerros, debemos atravesar un bosque primero. Será media jornada—respondió indicando al horizonte.

Ya estaba entrado el mes de mayo y el otoño se hacía pre sente con más fuerza. Las hojas de los árboles del bosque estaban con su característico color de esta temporada del año; amarillos y rojos mezclados en distintos tonos estampando una vista intensa, aunque extrañamente una vista de vida. El grupo comenzó a cruzar el bosque, una vez adentrados en lo profundo, comenzaron a escuchar el ruido del agua. El sonido de la vertiente. La música de la vida.

Los peones se detuvieron e indicaron a Catalina que ahora ella debe continuar sola. Deseó seguir con la mula, pero ellos le dijeron que no, debe seguir ella y nadie más. Catalina avanzó hasta cruzar el bosque y dar con la vertiente que, cristalina, brota de la piedra y cae en un estanque. Los rayos del sol poniente en ese momento dan directo al agua, haciendo más intenso aún su brillo.

Catalina sintió la necesidad de girar la vista a su derecha hacia un pequeño llano cubierto por un techo improvisado de ramas del bosque. Bajo la ramada, diez mujeres vestidas con sus atuendos ceremoniales de Machi estaban sentadas en la tierra formando un semicírculo en torno a una hoguera. En la parte central se encontraba Mailen, que la invitó a sentarse frente a ellas y a la hoguera.

Mailen comenzó a arrojar en el fuego hojas de canelo, un árbol sagrado Mapuche, mientras las demás Machi al unísono tocaban cada una su cultrún. Un tambor ceremonial construido en madera ahuecada en forma de círculo como caja de resonancia, cubierto con un cuero de cordero estirado y pintado con simbología que representa los cuatro puntos cardinales.

Mailen comienza a caer en un estado de trance. Está viajando y comunicándose con los espíritus para presentarles a Catalina y le permitan ser una de ellas. Les dice que es también una Machi, pero de otro mundo y que ha llegado a este valle para ser parte de la tierra y entregar sus conocimientos al mundo.

Los kultrunes suenan cada vez con más fuerza y a mayor velocidad. Mailen no deja de moverse sentada de un lado al otro, como un péndulo, con los ojos cerrados pero con su cabeza mirando al cielo. Catalina cierra sus ojos. Ahora lo ve y escucha todo, los tambores, la respiración de Mailen, el agua de la vertiente, las aves, el ruido del bosque otoñal, el olor de las hojas quemadas de canelo. Entra también en un trance en donde se encuentra en espíritu con Mailen en otra dimensión. Toman sus manos, se miran y en ese instante los tambores dejan de sonar y de forma automática Catalina y Mailen abren sus ojos y sonríen.

Una Machi, la anciana, se acerca a Catalina. Le entrega un plato de madera de lenga con hierbas medicinales Mapuche: maitén, boldo, quillay, bailahuén y arrayán. La mujer le dice a Catalina:

—Küme kimelu ñiñ (Eres una de nosotras).

—La Machi dice que ya eres una de nosotras, Catalina —anunció Mailen.

Tu nobiscum es, pensó Catalina. ¡Tu nobiscum es! Pensó una y otra vez. En estas lejanas tierras existen mujeres que, al igual que

en Madrid, en su hogar, son una sola, no hay diferencia más que la distancia, pero son una sola y están para apoyarse unas a otras.

Catalina recordó la ceremonia del umbral, cuando ella, con apenas doce o trece años, fue incorporada en esa antigua sociedad de mujeres de su familia y ahora nuevamente, en otro mundo, pero las mismas mujeres, como las de Madrid, como ella, Bernarda y Mailen la invitan y aceptan para ser una sanadora. No contuvo la emoción y comenzó a llorar, mirando el largo camino recorrido para llegar allí y encontrarse con su destino, dibujado por su madre doña Josefa y ejecutado por su padre don Juan Gregorio.

Las Machis se acercaron una a una, con amor y ternura la abrazaron, la besaron en la frente y la dejaron en la soledad del bosque y la vertiente, como diciéndole «la naturaleza te acoge ahora». Mailen fue la última en dejarla y le dio un fuerte abrazo.

—Por fin has llegado, Catalina, a tu verdadero hogar.

—Ahora lo sé, Tu nobiscum es—le dijo Catalina.

—Así es, ahora estás con nosotras. Por alguna razón que no entiendo has llegado aquí y las Machis lo sabíamos antes de que desembarcaras, incluso antes de dejar tu tierra, lo sabíamos y también nuestra misión de unirnos contigo para darte un hogar y que cumplas con tu destino.

—Y ya sé cuál será mi hogar, Mailen. Este será el lugar. Sobre las cenizas de las hojas del canelo, entre el bosque y la vertiente construiré mi casa. Será una casa humilde, como mi orden franciscana, pero fuerte y poderosa como somos las mujeres.

Capítulo 6. El destino de Bernarda

Luego de la partida de Catalina en el convento debían retornar a su vida diaria y, para ello, la madre superiora cambiará algunas cosas. Ella conoce de pequeñas a Catalina y Bernarda y hace tiempo observó lo que estaba sucediendo entre ambas. No era nuevo, no eran las primeras ni serán las últimas, ella lo sabía. «A veces la extrema soledad del convento las incita a eso», pensaba. Nunca lo comentó con nadie ni nunca lo haría respecto de esa cercanía entre ambas amigas, pero ya había sido demasiado flexible como para correr el riesgo que suceda de nuevo con otras mujeres bajo su mando.

El padre de Bernarda, el conde, estaba facilitando la solución de esta situación a la superiora. Dejó instrucciones claras apenas se informó de la partida de Catalina: «no podrá continuar la labor sanadora de su amiga y tiene dos opciones: o toma los votos de religiosa dejando el noviciado o abandona definitivamente el convento y retorna al condado para contraer matrimonio». Habría ordenado el noble señor. Para las religiosas era un duro encargo, pero el conde entregó una ju gosa colaboración monetaria al convento que era imposible de rechazar, considerando las penurias del día a día que ellas vivían.

Cuando la superiora habló con Bernarda para exigirle que escoja una de las opciones no le dijo que la segunda además implicaba casarse, entendió que solo era abandonar el convento. La joven no rogó ni suplicó, fue a buscar sus pocas cosas y partió a los dominios de su padre a donde la acompañaría Rugerio. Su promesa a Catalina de no hacer nada estúpido que pudiera ponerla en peligro la cumpliría, no sabía por cuánto tiempo, pero haría su mayor esfuerzo.

El conde de Salvatierra había convenido en matrimonio a Bernarda firmando unas capitulaciones muy convenientes para él, su familia y la propia Bernarda. Estaba seguro que ella honraría su palabra y se casaría. La joven aprendiz de Catalina, al enterarse de ese compromiso, esperaba poder deshacerlo. Confiaba en el amor

de su padre para retractarse y continuar sanando a las personas en el condado por el resto de su vida, siempre con la ayuda de Rugerio.

El conde hizo preparar una gran cena para recibirla y presentarla a la familia del novio, también nobles de la región, cristianos devotos y muy ricos. Bernarda no estaba preparada para esa acogida, por el contrario, esperaba contar con algu nos días para conversar y convencer a su padre de que ella no quería el matrimonio, ni lo necesitaba. Lamentablemente para ella su padre dio por sentado que si había optado por el matrimonio, no habría más que conversar.

Bernarda, con Catalina, había aprendido mucho sobre la naturaleza humana en sus visitas médicas. Habían aprendido cómo los hombres frente a los secretos de las mujeres no corrían el riesgo de entenderlas, eso era bueno y malo. Algunos hombres simplemente las golpeaban y obligaban a cumplir sus deseos, otros en cambio dejaban para otra ocasión la conversación o la solución del problema, no necesitaban saber cosas íntimas de sus mujeres. Siendo así, Bernarda decidió no participar en la cena y se excusó aludiendo problemas femeninos que «no quiero exponer ante los hombres». Resultó, su padre luego de tartamudear un rato le besó la frente y le dio las buenas noches «ya conocerás a tu novio», le dijo.

Los días pasaban y Bernarda seguía indispuesta. Para su padre eran demasiados días incluso para una mujer.

—Bernarda déjame entrar a tu habitación —exigió el conde—. Ya todo el mundo se ha ido. Volverán cuando les avise, pero ten claro que el matrimonio es dentro de dos semanas. —Seguía el noble insistiendo.

Bernarda abrió la puerta, entre sollozos invitó a su padre pasar a la habitación.

—Padre, yo no me quiero casar, te pido que me perdones, pero no me quiero casar.

El conde se enterneció con la sinceridad de su hija, no podía ser distinto, él siempre ha cultivado esa virtud y esperaba lo mismo de sus hijos.

—Hija mía, eso no lo decides tú —le dijo su padre abrazándola tiernamente.

—Pero, padre, yo no quiero, puedes decirles que estoy loca, cualquier cosa, a mí no me importa, pero no me quiero casar.

—¡Bernarda! Esto lo he pactado y está firmado. Le dije a la madre superiora que te diera dos opciones y tú has tomado el matrimonio y punto. Te vas a casar porque así lo he decidido.

En ese momento Bernarda se entera que había sido engañada por la superiora. Ella nunca le dijo que la opción incluía el casarse, de haberlo sabido se habría quedado como monja y luego de un tiempo habría visto cómo resolverlo, pero ahora era muy distinto. Su padre es un hombre de armas y, como tal, espera que su autoridad y sus órdenes se cumplan. De pequeña había sido testigo de la violencia que él aplicaba a quien fuera a enfrentarlo; en más de un oportunidad golpeó a su hermano hasta casi matarlo por desavenencias inventadas por el conde. Decía que la única manera de formarlo para su destino era con el «yugo de la fuerza y el dolor». El condado era manejado con mano de hierro, siempre con Dios como testigo, como si el Señor fuera un criminal desalmado.

—Padre, yo no me casaré. Nunca acepté esa condición, por lo tanto no estoy obligada a hacerlo ahora.

—¡Lo que opines da lo mismo, Bernarda! —El Conde comenzaba a cambiar el tono y la joven sabía hasta dónde era capaz de llegar, aunque a ella nunca la golpeó.

—¡Padre, no lo has entendido!

Bernarda termina de decir esa frase y su padre le da una bofetada en su mejilla izquierda, haciéndola rodar por la cama.

—A mí no me dirás cómo se hacen las cosas, eres tan solo una mujer y vas a obedecer.

Bernarda, que no gritó ni lloró, se puso de pie e insistió.

—Padre, no me voy a casar. Yo no amo a ese hombre, de hecho, amo a otra persona. Alguien que me comprende y me ha hecho feliz, que me ha acompañada en la soledad de la noche, ha escuchado y compartido mi dolor por la carencia de mi madre. ¡Me ha enseñado y me ha mostrado que las mujeres no tenemos límites

y valemos más que hombres como tú! —le gritó desde lo más profundo de su ser.

El conde, ya completamente fuera de sus cabales, volvió a golpear a Bernarda con mucha más fuerza, lanzándola al piso de la habitación para continuar pateándola en el piso y gritándole.

—¡Crees que no me he enterado que hiciste de puta con la otra puta Catalina! Acaso pensaste que tu padre no estaba todo el tiempo observándote. ¡Te vas a ir al infierno con tu madre!

Bernarda, retorciéndose de dolor en el suelo, sacó fuerzas se afirmó a una silla y se puso de pie.

—¡Qué has dicho de mi madre, qué has dicho!

—¡Sí, tu madre que se encamó con el primero que apareció en nuestra villa y de allí naciste tú, traté de ser un buen padre, un amoroso padre porque se lo debía a Dios, pero tú no eres mía!

—Qué le hiciste a mi madre, ¡qué le hiciste! ¡Habla, maldito!

—La maté, ¡la maté!

Bernarda miró al cielo y un grito ensordecedor salió de su boca. Desde el fondo de su estómago vomitó toda la amargura acumulada por años de sentirse culpable de la muerte de ella, pero no, su madre también fue víctima de este chacal.

Tomándose el estómago para aliviar el intenso dolor de los golpes, Bernarda caminó a un velador, tomó un candil de bronce e intentó golpear al conde, quien con facilidad se lo quitó de las manos golpeándola a ella repetidas veces en la cabeza hasta que un golpe seco lo detuvo, un golpe que partió el cráneo, pero de él. Rugerio, con un gran palo, salvó de una muerte segura a Bernarda, que yacía inmóvil en el suelo al lado del noble señor muerto.

—Tranquila, Bernarda aquí estoy, la voy a cuidar, quédese tranquila.

Rugerio tomó a Bernarda casi agónica, necesitaba alejarla de ese lugar y llevarla donde pudiera atender sus heridas más urgentes. De pronto, de la nada aparece una mujer.

—Sígame —le dice a Rugerio.

Rugerio la siguió, salieron a la parte posterior del caserón donde los esperaba una carreta.

—Señora, debo traer nuestras cosas, ahí tengo lo que necesito para curar a Bernarda.

—Todas sus cosas están en la carreta, no se preocupe. Pero vamos rápido antes que el señorito despierte.

Suben a Bernarda a la carreta y la cubren con unas cobijas. Comienzan un viaje a un destino desconocido. Rugerio, mientras, abre la caja de medicinas y comienza hacer curaciones a la joven.

—¡Tienes una cabeza dura! —le dijo a Bernarda y ella mostró una débil pero clara sonrisa, tranquilizando a Rugerio.

Estaba por amanecer y llegaron a una choza perdida en el campo. La mujer le dijo que allí estarían seguros por un tiempo hasta que Bernarda se recupere, luego podrán huir. Les advirtió que el señorito era peor incluso que su padre y que no descansaría hasta encontrarlos y posiblemente matarlos a ambos.

—Y usted quién es, señora —preguntó Rugerio.

—La pregunta, Rugerio, es ¿cuántas somos? Y créame que somos muchas.

La mujer descendió de la carreta. Otras mujeres salieron de la choza, cinco o seis. Todavía no aclaraba y Rugerio, cansado, no veía bien. Una de ellas llevaba una tela de lino blanca con la que con mucho cuidado envolvieron la cabeza de Bernarda. Rugerio las ayudó, entendiendo que ellas sabían lo que hacían porque ya él y Bernarda lo habían visto con Catalina, cuando una religiosa fallecía o se bautizaba una niña. Las mujeres pusieron flores de lavanda en los pliegues de la tela de lino y untaron sus mejillas, cabeza y abdomen con gotas de perfume de lavanda. Luego con una mano cada una tocó a Bernarda y con la otra formaron un círculo cerrado como una sola línea sin fin y repitieron muchas veces:

«Tu nobiscum es, tu nobiscum es, tu nobiscum es» (Estás con nosotras)

Rugerio, como con Catalina, sintió esa energía dulce que experimentaba cada vez que ella hacía este rito, una energía de paz, de sosiego.

Luego tomó a Bernarda y con delicadeza la llevó al interior de la choza. Había una hoguera encendida y frente a ella un camastro en donde recostó a su amiga. Observó en ella una expresión de mucha

paz. La cubrió del frío con unos suaves cueros de oveja del monte y acomodó su cabeza sobre unas suaves almohadas rellenas de plumas.Salió al exterior para agradecer a las mujeres, pero ya no estaban, solo estaba la carreta y la mula. Ellas habían desaparecido. Miró hasta el horizonte, pero no se veían siquiera sus siluetas.

La superiora del Convento de las Úrsulas en Salamanca se acababa de enterar de la gran tragedia que ha sucedido en el condado de Salvatierra. El acompañante de doña Bernarda, Rugerio, había sido sorprendido por el conde intentando violar a la joven luego de la cena de presentación de las familias, previo al casamiento. El padre salió en defensa de su hija, pero Rugerio le propinó un golpe mortal asesinándolo y, para colmo, raptó a Bernarda y han desaparecido.

—¿Esto te ha dicho el mensajero? —consultó la superiora a la religiosa que trajo la noticia.

—Sí, madre. Me ha dicho que el propio señorito ha enviado este mensaje a toda España, para a atrapar a Rugerio y recuperar a Bernarda y protegerla en el condado.

—¡Válgame Dios!—De pronto, corriendo, otra religiosa, la hermana Jacinta, se acerca a la superiora y le dice al oído.

—Están aquí.

—¿Quiénes están aquí?

—Bernarda y Rugerio.

—Haz que los lleven al bodegón de atrás, rápido, que no quiero que algún espía del señorito los descubra.Ya los veo allá en un momento.

La madre superiora se junta con Bernarda y Rugerio. Ella todavía está recuperándose de las heridas propinadas por su padre. Le cuentan todo lo sucedido y que necesitan refugio, porque saben lo que les sucederá si el señorito los atrapa. Para el joven noble no hay ley que valga.

Y es cierto. El plan del señorito de Salvatierra es atrapar los; matar a Rugerio de alguna forma ingeniosa, pero dolorosa, luego quedarse con Bernarda y abusar de ella «hasta que sirva de comida para los perros», advirtió a sus mensajeros.

La superiora estaba profundamente arrepentida de no haber dicho toda la verdad a Bernarda, que su segunda opción incluía casarse, le pidió perdón y lloró con ella por lo sucedido. En parte era responsable.

—Madre, no llore, mi padre siempre fue así, esto habría sucedido tarde o temprano y, gracias a Dios, Rugerio intervino.

—Bernarda, yo no te puedo proteger aquí, lo sabes, el señorito haría lo imposible para cerrarnos si se entera que te he ayudado.

—Lo sé madre, solo necesitamos un par de días, dos caballos y provisiones para partir. ¡Ah! ytambién vine para pedirle otro servicio.

—¿Qué necesitas?

—Mis cuadernos, necesito que los oculte.

—No te preocupes, sé dónde quedarán a muy buen resguardo.

Bernarda y Rugerio no dijeron hacia dónde se dirigirían, pero dos días después montaron los caballos y, sin detenerse, partieron a Madrid. Ella dejó su hábito en el convento y junto a Rugerio fingieron ser marido y mujer. En menos de cuatro días, este matrimonio por seguridad, llegó a las puertas de la casona de la familia de doña Catalina de Poblete.

—Rugerio, espero que ayuden. ¿Qué haremos si no lo hacen?—Angustiada preguntaba Bernarda.

—Doña Catalina le dijo que no se preocupara ¿Cierto?—La tranquilizaba Rugerio.

—Sí, eso me dijo.

—Entonces no se preocupe y toquemos la puerta.

Rugerio tocó la puerta mientras Bernarda sostenía los caballos. Pasaron algunos minutos, y Rugerio volvió a tocar. En ese momento una mujer, de unos 45 años, vestida de forma sencilla con ropa de trabajo abrió la puerta. No se podría distinguir si era parte de los señores de la casa o de la servidumbre.

—Buenas tardes, ¿en qué los puedo ayudar?

Bernarda se acercó a la dama. Entregó las correas de los caballos a Rugerio. Con un gesto le pidió permiso para hablarle al oído, la señora aceptó y acomodó su cabeza para escuchar el mensaje.

—Ego vobiscum sum (Estoy con ustedes)—susurró Bernarda.

—Tu nobiscum, cara Bernarda (Estás con nosotras querida Bernarda) —le respondió la señora. Luego los invitó a pasar.

Bernarda no entendió cómo supieron su nombre, cómo sa bían que vendría, a lo mejor pensó «Catalina las debe haber alertado por si yo necesitaba ayuda, eso debe ser».

Accedieron a un patio central rodeado por una construcción circular de dos niveles y un largo corredor cubierto en cada nivel, sostenido por arcos de medio punto soportados por columnas de piedra. Al corredor confluyen muchas habitaciones. La casa es coronada por una techumbre de tejas de arcilla curva tradicionales. En el centro un fogón, que se encontraba apagado pero humeante. El lugar debe de haber sido construido hace varios siglos, porque se mezclan distintos estilos y materiales; desde materiales de adobe, ladrillo y piedray estilo desde un renacentista clásico hasta el barroco recargado de esos años. El piso del patio es completamente de piedra. Todo está muy limpio y pulcro.

Mientras camina al centro cerca del fogón, su anfitriona se presenta.

—Mi nombre es Isabel de Poblete, y sí, soy tía de Catalina, por si piensas preguntar.

—Estoy sorprendida. Catalina me habló mucho de usted, me imagino que fue ella quien les dijo que podríamos venir en caso de… —Bernarda se quedó callada, no quiso mencionar la razón de su visita.

—Tranquila, Bernarda, sabemos por qué estás aquí, y no, no fue Catalina quien nos avisó.

En ese momento comienzan a llegar muchas mujeres, deben de haber sido unas treinta, de distintas edades, se acercaron y una a una la abrazaron y saludaron. Un hombre tomó del brazo a Rugerio y lo alejó del patio, quedando solo mujeres allí.

La última en saludar, una joven de no más de catorce años, se dirigió al fogón, lo avivó para que salieran flamas y roció un polvo violeta que al tocar las llamas chisporroteó y liberó un maravilloso aroma a lavanda que penetró las fosas nasales de Bernarda hasta el fondo de cada alveolo de sus pulmones, dándole una sensación de paz inmensa.

Cuatro mujeres procedieron a desnudar a Bernarda, tomaron sus ropas y se las llevaron. Lavaron todo su cuerpo tiernamente con telas húmedas y suaves, luego hidrataron cada centímetro de su piel con una crema aromatizada con lavanda. Dos mujeres levantaron un camisón blanco de lino y se lo pusieron desde la cabeza hasta los pies y otra mujer, tal vez la de mayor edad, puso en su cabeza una corona trenzada con espigas de lavanda y flores y en sus manos un cuaderno, al que no se le ha escrito nada aún.

—Oportet permanere in fabula (Tú debes continuar la historia)— le dijo la mujer señalando el cuaderno.

Bernarda comenzó a llorar. Sintió una gran emoción que no sentía hace mucho. Ella entendió el mensaje que estas bellas mujeres le estaban entregando, entendió que su amor, prohibido por el mundo de los hombres y por el cual su padre casi la mata, en este lugar, en este patio, en este fogón era recibido sin prejuicios, sin rencor y sin temor. Le estaban diciendo claramente:

«Te aceptamos como eres porque eres reina como nosotras, sea como seas, eres reina».

Todas se acercaron nuevamente y la abrazaron.

Un hombre ingresó al patio y acercó a Rugerio al fogón y tras ellos iban todos los demás. La misma dama que entregó el cuaderno a Bernarda se acercó a él.

—Rugerio, entrégame las flores de lavanda que Catalina te confió —le ordenó la señora.

Rugerio no pidió explicaciones de cómo ella sabía que doña Catalina había confiado ese tesoro a él, ni por qué debía entregárselas a ella, pero lo hizo.

La dama de cabellos blancos, ojos oscuros, piel morena, vestida de forma sencilla como todas las mujeres de la casa, pero digna y noble, arrojó las flores a la hoguera que hicieron un leve sonido de chamuscado al contacto con el fuego. Luego otra mujer trajo hacia ella una pequeña caja de madera de encino. La señora la abrió y dentro de ella había una sortija de plata tallada con flores de lavanda en todo su contorno, tomó la mano izquierda de Rugerio y puso el anillo en el dedo meñique.

—Levanta tu mano al cielo, Rugerio —le dijo la señora.

Rugerio le obedeció y todos los hombres de la casa hicieron lo mismo, también mostrando sus sortijas. En ese momento, apuntando a Bernarda, la mujer declara en voz alta:

—Hoc est missio (esta es tu misión)

Y todos los hombres repitieron.

—Hoc est missio! Hoc est missio!

Un silencio invadió el patio central de la casona. Solo se escuchaban las flamas de la hoguera y las aves dispersas en los tejados. Habían hecho tal vez uno de los ritos más importantes de esta sociedad, la iniciación de dos adultos, mujer y hombre, y les habían confiado el uno al otro.

Bernarda miró tiernamente a Rugerio, le tomó la mano y se la besó, lo mismo hizo Rugerio con ella con la otra mano. Bernarda, moviendo sus labios, pronunció «muchas gracias» y Rugerio hizo una suave reverencia con su cabeza y emocio nado dijo:

—Accipio missionem meam (Acepto mi misión)

Luego besó su anillo y lo mostró a toda la comunidad, quienes aplaudieron y saludaron a Rugerio como uno de ellos.

Esa noche celebraron las mujeres, los hombres, los niños y niñas la llegada de estos visitantes con una gran cena y el renacimiento de Bernarda y Rugerio en esta antigua sociedad. Ellos ya son parte de este círculo centenario en donde miles de mujeres de España se apoyan y ayudan y que con Catalina esperan proyectarse a las colonias y ser protagonistas allí de los movimientos libertarios que se están originando.

Bernarda comienza a ver el porqué Catalina debía partir al nuevo mundo, no solo su afán de curación y sanación del prójimo era su horizonte, sino que también el sentar las bases en los nuevos reinos de esta organización.

De ahí en adelante Isabel asumirá el rol de formadora de Bernarda. Le hablará de los secretos, explicará los ritos y las obligaciones que significa pertenecer a este grupo a las que llaman «Las Mujeres de Madrid», extendido por gran parte de España y que se inició en esa misma casona.

Le explicará el sentido de los distintos elementos; el lino, cuyo origen data del antiguo Egipto como tela de los faraones; la lavanda,

flor espiritual que significa frescura, pureza, silencio y calma; el anillo de plata hecho con el metal de la perfección; el uso del latín, la lengua de la cultura y la ciencia y, finalmente,la importancia del estudio y la formación de todas ellas para cumplir su objetivo: «cambiar el mundo para que hombres y mujeres vivan en igualdad de condiciones».

Comenzó por explicar uno de los ritos más hermosos, el del umbral de las niñas. El valorde la fertilidad y el de ser mujer que implica el paso de niña a mujer. También el rito de la muerte y la cadena de energía Tu nobiscum es, que entrega la fuerza al espíritu para partir y ser uno con la creación.

—Con el rito del umbral nuestras niñas aprenden a valorar lo que la naturaleza les entregó, aunque escuchen por todas partes que es un castigo, les decimos que no, que menstruar es una bendición. La sola posibilidad de dar vida es un milagro en sí mismo, y nuestras hijas así lo entienden. Es un rito de alegría y a la vez de bienvenida al ser mujer. Por eso las agasajamos con cremas, peinamos sus cabellos, les decimos que están más hermosas que nunca y participamos todas las mujeres de ese momento único para nosotras.

Bernarda escuchaba con mucha atención, maravillada porque comenzaba a tener sentido muchas cosas que vivió con Catalina.

—Catalina hizo algo similar en el convento, logró luego de mucho conversar con las hermanas religiosas que no sintieran vergüenza en su período, sino que lo vieran como el recordatorio de la vida por darnos el poder de darla.

—¡Es nuestra obligación pregonar eso al mundo! Debemos decirlo y ayudar a las mujeres a liberarse de esa culpa que nunca debió existir.

Doña Bernarda recordó la extraña ceremonia que hacía frente a la muerte.

—Catalina hacía un rito frente a la muerte, me tocó verlo muchas veces en nuestros recorridos médicos cuando un paciente fallecía, Tu nobiscum es, repetía muchas veces.

—Sí, Tu nobiscum es, estás con nosotras.

—Explícame cuál es el sentido, que significa…

—No solo manifestamos Tu nobiscum es en la muerte, sino en muchos momentos de la vida, en especial los más difíciles, pero también en momentos de alegría; cuando se bautiza a las niñas, a las novias que se van a casar, cuando una mujer se embaraza. Se debe sumar la lavanda, que es nuestra planta, nuestra hierba espiritual, el lino blanco, nuestra tela que refleja la pureza de lo que está sucediendo y la cadena de energía.

—¿Cadena de energía?

—Con todo lo que hemos aprendido, llegamos a la conclusión de que nuestros cuerpos se activan con algún tipo de energía, sino ¿cómo nos movemos? o ¿cómo pensamos? Creemos que los alimentos que ingresan a nuestro cuerpo nos entregan esa energía, como el aire y el sol que también llegan al cuerpo, aportan parte de esa energía.

—Comienzo a entender muchas cosas que hacía Catalina.— Reflexionó Bernarda.

—Ahora imagina una carreta con caballos, si solo la tira un caballo, la fuerza será solo de él, pero si le sumas muchos caballos la carreta perecerá un puñado de plumas, muy liviana. Lo que en realidad sucedió es que se sumó la fuerza de los caballos, su energía, pero la carreta no cambió, es la misma y pesa lo mismo.

—¡Entonces una cadena de energía serían muchos cuerpos juntos sumando su energía!—exclamó Bernarda.

— Así es, Bernarda, por eso juntamos nuestras manos y todas nos unimos en un mismo pensamiento.

Bernarda comenzaba a experimentar un gran alivio, muchas veces no entendía lo que hacía Catalina, lo mismo le sucedía a Rugerio, pero él es hombre y un buen hombre, y a veces no cuestionan tanto como las mujeres.

—Isabel ¿Y qué pasa con los hombres? ¿Los hombres de ustedes, los hombres de esta casa, por ejemplo?

—Son parte de nuestra vida y comparten lo que somos y hacemos. Cada uno tiene una misión en relación con una mujer, como Rugerio protegerte en el camino que vas a seguir.

—¿Qué camino, Isabel?—preguntó extrañada Bernarda.

—El que ya está escrito y que podrás ver sólo cuando estés preparada.

Catalina muchas veces conversaba a solas con Rugerio. Además de enseñarle latín, es posible que lo estuviera preparando para su misión sin que él se diera cuenta, pero que llegado el momento lo hiciera por su propia voluntad.

—¿Y Rugerio me acompañará?

—Y te protegerá hasta que estés a salvo. Esa es su misión. Él la aceptó libremente al presentar el anillo.

—Tu hermano, el padre de Catalina ¿Su misión ha sido ella? ¿Su hija?

—Mi hermano Juan Gregorio se unió en cuerpo y alma a Josefa, la madre de Catalina. Ella, siendo parte de nuestra hermandad, sabía que con él tendría todo el apoyo para las mujeres, vinieran de donde vinieran y actuaría a favor nuestro siempre. Su madre lo educó así, la madre de su padre también lo hizo con él, son los hombres que han nacido en nuestras creencias, son los que creen que hombre y mujer somos iguales.

—Por eso se esforzó tanto para que Catalina tuviera la mejor formación posible ¿Era su misión? ¿Como Rugerio conmigo?

—Es muy posible, es posible que Josefa se lo haya pedido con su anillo como testigo y por eso él cumplió ese juramento sin dudarlo. Su madre, su abuela y todas las mujeres que lo anteceden en su familia se lo han grabado con fuego a los hombres; somos iguales y ellos, que son privilegiados solo por ser hombres, nos deben apoyar en esta cruzada.

—Perdóname, Isabel, pero no somos iguales. Para los hom bres no existimos.

—Tienes razón, Bernarda, pero nuestros hombres no son así. Podrán pasar muchos siglos más, pero ellos y nosotras cambiaremos lo que nos ha tocado vivir. Ahora, mientras no suceda, en nuestra sociedad de mujeres debemos ser fuertes para apoyarnos, y con Catalina en las colonias podremos crear un nuevo espacio para que nuestras mujeres puedan desarrollarse y crecer libres.

Bernarda cada vez se interiorizaba más de esta sociedad «Las Mujeres de Madrid». Estaba aprendiendo a ser parte de ella día tras

día con la formación de Isabel. Daba gracias por haber conocido a Catalina y tener la oportunidad de estar en su hogar. Vivir en los mismos espacios donde ella de niña jugó y creció. Conocer la habitación de su madre donde trágicamente murió y entregó esa niña tan hermosa para que su padre la educara.

A medida que pasaban las semanas y meses Bernarda comenzaba a sentir que su destino estaba con Catalina. Ahora que se había convertido en parte de este selecto grupo de mujeres la entendía mucho mejor y el porqué de su partida. Ella estaba destinada para algo mucho más grande y, con su apoyo, las dos juntas lo lograrían.

Imaginaba compartir con ella sus sueños, amarse y ser por fin libres en un mundo nuevo alejada del temor permanente de ser encontrada, ella y Rugerio, por el señorito de Salvatierra, que no descansará hasta destruirlos a ambos. Tomaron la decisión; ella,su protector y amigo, debían partir por su propia seguridad.

Isabel reunió a las mujeres y hombres de la casona, no a todos, a los mayores.

—¡Bernarda y Rugerio partirán el encuentro de Catalina en el nuevo mundo! —sentenció Isabel a todos los presentes. Y continuando se dirigió a Bernarda—. ¿Has descubierto tu camino?

—Sí, Isabel.

—Entonces estás preparada.

Uno de los hombres se puso de pie y habló.

—Debemos enseñarles la mejor ruta a Cádiz donde pueden pernoctar, con quiénes pueden contar para su seguridad y les entregaremos el dinero necesario para llegar.

—Sí y viajarán como esposos. No se rebelará a nadie su destino final —dijo la mujer mayor.

—Rugerio, deberás acompañarnos para que aprendas algunas técnicas de defensa. Las vas a necesitar —afirmó otro hombre.

Los viajeros sabían que eran perseguidos por el señorito de Salvatierra, pero él estaba bastante lejos como para alcanzar los. ¿Por qué todos en la casona comenzaron a preparar una fuga tan elaborada? ¿Tal vez estaba más cerca de lo que ellos imaginaban?

Rugerio salió con los hombres para comenzar su preparación. Tras ellos siguió la mujer mayor.

—Rugerio, por favor, acércate, necesito hablar contigo —le dijo la mujer.

Rugerio se acercó a ella, atento a lo que tenía que decirle.

—Rugerio, debes proteger a Bernarda.

—Eso lo sé, no se preocupe, es mi misión y lo haré.

—No lo sabes —le dijo con ternura para luego cambiar su expresión a la de una mujer que habla muy en serio.

—Escucha bien, Rugerio; Bernarda es la clave, ella debe vivir pase lo que pase, ¡debe llegar a Catalina!

Rugerio asumió más que nunca su responsabilidad, estaba consciente que si era necesario moriría por Bernarda. Todo lo que había visto y vivido desde que conoció a Catalina no podía ser mera casualidad, el destino para él estaba escrito, y debía seguirlo. Y ese destino es asegurar la supervivencia de Bernarda.

Isabel había recibido hace poco noticias de Catalina a través de la correspondencia de su hermano don Juan Gregorio. Le decía que estaba bien instalada en una hacienda de nombre Marinas luego de desembarcar en la bahía de Valparaíso en el reino de Chile. Con esa sola información les bastó a Bernarda y Rugerio para iniciar el largo y peligroso viaje.

El traslado a Cádiz lo harían tres viajeros: Bernarda, Rugerio y Juan Pedro, uno de los hombres jóvenes de la casona, quien los acompañará hasta el puerto. Cada uno montado en caballo más una mula para acarrear equipaje y víveres.

Deberán evitar las rutas más concurridas para no levantar sospechas. Avanzarán la mayor cantidad de kilómetros por día. Tratarán de pernoctar en los campos o bosques y si el frío es mucho o requieren cambiar de caballos, tienen direcciones y nombres de amigos para solicitar ayuda en cada ciudad; pero la instrucción era clara «si no es necesario adentrarse a las ciudades, no lo hagan». les dijo Isabel, «continúen sin detenerse».

Calculaban que si no había contratiempos, podrían estar en el destino en unos veinte a treinta días haciendo la ruta Madrid,

Toledo, Ciudad Real, Sierra Morena, Córdoba, Sevilla y finalmente Cádiz.

Bernarda preparó un equipaje muy liviano. Había aprendido que, para moverse rápido, mientras menos peso que tras ladar era mejor. Incluyó los varios cuadernos que había escrito con los relatos desde que Catalina partió; su paso por el condadode Salvatierra y los dramáticos momentos vividos allí. La salvación de las mujeres que la ayudaron a escapar y a recuperarse de las heridas propinadas por su padre, la huida a Madrid, pasando por el Convento de las Úrsulas y la increíble vida en la casona junto a las mujeres de la familia de Catalina, las Mujeres de Madrid.

Bernarda quería contar a Catalina toda esa historia que no pudieron compartir por estar tan alejadas. Con los cuadernos sabía que Catalina sentiría como en primera persona cuando se los relate ella. No esperaba el momento en que se rencontraran y pudieran por fin vivir juntas.

Una fría mañana de diciembre de 1803 Bernarda de Salvatierra partió junto a su amigo y protector Rugerio a cumplir su sueño; ser libres e iniciar una nueva vida los tres con doña Catalina de Poblete en Hacienda Marinas, en el sur del nuevo mundo.

Al cabo de tres días de cabalgata cruzando la meseta central de la península ibérica, atravesando los campos de cultivos a través de los suaves lomajes de esa región para luego enfrentar una topografía más accidentada con cerros, subidas, curvas y pendientes llegaron a las afueras de Toledo, al río Tajo, al que vadearon en una balsa o ferri.

Bernarda necesita descansar del duro recorrido. Para ella cabalgar tantas horas de costado con ambas piernas al lado izquierdo del caballo utilizando la silla de montar para mujeres, la tiene agotada y adolorida. Necesita además alimentarse adecuadamente, asearse y dormir en una cama para renovar las energías y reanudar el viaje.

Ella se ha convertido en una mujer resistente y resiliente luego de los duros momentos vividos desde su partida del convento. La lucha por su vida en el condado a manos de su padre, la huida de su hermano el señorito de Salvatierra, cuyo único deseo es destruirla

junto a Rugerio, por todo ello su cuerpo y mente se han adaptado al rigor y la dureza de la vida fuera del convento y de su poblado natal. Aprendió a enfrentar la adversidad y salir airosa, pero ahora necesita recuperar las fuerzas y, aunque parezca poco aconsejable, decidieron detenerse en Toledo y pasar la noche en la Posada de la Sangre, uno de los lugares recomendados en Madrid en donde encontrarán protección.

La Posada de la Sangre era detención casi obligada en la ruta Madrid-Cádiz, los viajeros podían descansar, alimentarse y tener una buena conversación con otros pasajeros. Este lugar se le conoce por su hospitalidad, comida casera, buen servicio y buena atención y era atendido por sus dueños junto a un personal de toda confianza, tal vez parientes del posadero. Es un edificio tradicional español construido en piedra y adobe y cu bierto sus techos por tejas de arcilla curva. Las ventanas están protegidas por rejas de hierro forjado. Los viajeros accedíana un patio interior a través de una gran puerta doble por donde cruzaban los jinetes, allí dejaban sus caballos o carruajes si era el caso.

Al descender de sus cabalgaduras se acerca el posadero a Rugerio, quien observa que en su mano lleva el anillo de plata tallado con las flores de lavanda, el mismo de él. ¿Cuántas misiones tendrá a su haber ese anillo? Pensó. ¿Cuál será la misión de ahora? ¿Proteger solo a Bernarda? o ¿Cuidar de los tres? «No importa, lo único claro es que es un amigo y debo confiar en lo que nos ordene».

—Buenas noches —les dice el posadero.

—Buenas noches —responden los tres viajeros.

—Recibimos información que los han seguido desde vuestra salida de Madrid. Son dos jinetes y llegarán en cualquier momento aquí, a la posada, deben salir mañana antes del amanecer.—No necesitaba dar más explicaciones, la situación era delicada y de preocupación.

—Por supuesto, como usted nos diga —respondió Rugerio.

—Reemplazaremos sus caballos, pero deberán salir sin la mula y usted, señora, deberá cambiar el atuendo a vestimentas de hombre.

—¿Porqué? —preguntó Bernarda.

—Siguen a tres jinetes, dos hombres, una mujer y una mula de carga. Debemos cambiar, hacerles creer que tomaron otra ruta o se han alejado, pero ya no deben seguir de la misma forma.

—No hay problema, así se hará—afirmó Rugerio mirando a Bernarda, que asintió con su cabeza.

La mujer del posadero se acercó a Bernarda y la llevó a una habitación, mientras los hombres fueron conducidos a otra. Allí Bernarda pudo por fin asearse y alimentarse. Se probó varias tenidas de hombre hasta dar con una adecuada a su tamaño y delgadez, convirtiéndose más en un adolescente que en un adulto. Se vistió un camisón de algodón blanco y durmió en una cama que compartió con una de las hijas de la mujer.

—Aquí nadie la buscará, duerma y relájese, que la jornada de mañana será larga.

Antes del amanecer, Bernarda, Rugerio y Juan Pedro fueron dirigidos a una puerta trasera de la posada donde los esperaban tres caballos. Recibieron unos pequeños sacos con víveres suficientes para los dos o tres días que debiera durar el recorrido hasta Ciudad Real y desde allí a Córdoba. Amarraron y colgaron los sacos a las monturas junto con sus otras pertenencias. Juan Pedro, que llevaba una daga, la ocultó entre sus ropas para no levantar sospechas. Montaron sus cabalgaduras y los dos hombres y Bernarda, que simulaba ser un mozalbete quinceañero, salieron raudamente en dirección al sur. En cosa de segundos apenas se alcanzaba ver sus capas.

Al final del día, dos hombres llegaron a la posada. La mujer del posadero los recibió sin saber quiénes eran, sin saber que eran matones del señorito de Salvatierra. Los atendió como siempre lo hacía ella, de muy buena gana y ánimo.

—Buenas tardes. ¿Desean una o dos habitaciones?—dijo la señora de la posada a los visitantes en el patio interior cuando entraron con sus caballos.

—Dependerá de usted si alojamos o continuamos nuestro viaje—respondió uno de los hombres, que tenía una cicatriz en el ojo izquierdo que formaba un surco grotesco desde la ceja, pasando por

el párpado y terminando en el pómulo. El otro se alejó hacia el interior de la casona.

—Usted, ¿a dónde va?—gritó la mujer. Pero en apenas un instante el matón de la cicatriz la tomó de los cabellos de la nuca, la trajo hacia él y le tapó la boca con la otra mano.

Se escucharon gritos. La hija menor era arrastrada hacia ellos por el otro sujeto. La mujer del posadero estaba aterrada, pensaba que estaban siendo asaltados, pero en realidad era mucho peor.

—Señora, mantenga la calma. Sólo necesito que me responda una pregunta —le susurró en el oído el hombre de la cicatriz—. Necesito señora que me diga a qué hora salieron los dos hombres y la mujer que ustedes alojaron aquí anoche—preguntó el matón soltando levemente la boca de la mujer.

—No sé de qué me habla —respondió ella.

En ese instante el otro hombre tomó un cuchillo de cazador, pequeño pero filoso que sacó de su cinto y cortó la garganta de la niña. Un largo chorro de sangre salió en dirección al suelo. La pequeña con sus cuerdas vocales destrozadas no pudo siquiera gritar. Se desvaneció rápidamente y murió ante el horror de su madre en un barro de tierra y sangre.

—Señora, necesito su respuesta o seguiremos con sus otras hijas. —La conminó el asesino, mientras nuevamente liberaba su boca para que pudiera responder.

—Salieron al alba…—dijo con una voz desgarrada por el dolor de haber visto la muerte violenta de su hija.

—Y ¿dónde durmieron?...¡Muéstreme!—gritó en el oído de la señora el matón, salpicándola con saliva en todo el costado de su rostro.

La pobre mujer los guio a la habitación donde Bernarda había dormido la noche anterior. Allí los asesinos descubrieron que ella había cambiado de atuendo. De ahora en adelante ya no perseguirían a dos hombres y una mujer, sino a tres hombres. Luego, sin dudarlo, el de la cicatriz clavó una daga larga, fina y puntiaguda a la mujer del posadero, atravesando desde la parte baja del mentón hasta el cerebro.

Mientras la sostenía de sus cabellos y la propia daga, el asesino miraba directo a los ojos desorbitados de la moribunda mujer, con placer, sádicamente, gozó contemplando convulsionar el cuerpo de su víctima mientras perdía la vida lentamente.

—Prende todo y nos largamos. Llevan bastante ventaja —ordenó el cobarde asesino limpiando la sangre de su daga en las ropas de la mujer inerte.

La Posada de la Sangre hizo honor a su nombre. Las bestias del señorito de Salvatierra mancharon la vida de esta buena gente y destruyeron su trabajo con las llamas, pero no se quedarían allí, seguirían hasta cumplir su mandato: apresar a Bernarda y Rugerio.

El cansancio y un imprevisto fue nuevamente el enemigo de Bernarda, Rugerio y Juan Pedro. Luego de dos días y medio de cabalgata llegaron a las afueras de Ciudad Real. Los caballos estaban exhaustos y uno de ellos con una cojera que no se veía muy bien, la pesuña de su mano izquierda se había fracturado, dejando expuesta la carne viva. Era necesario reemplazar el animal herido, por lo que debieron ingresar a Ciudad Real. Se dirigieron al Convento de la Merced en donde encontrarían ayuda y protección.

La noche era fría y oscura y a duras penas dieron con el muro que separaba el huerto del convento con el exterior. La instrucción que les dieron para tomar contacto con los monjes mercedarios era muy sencilla, pero debían cumplirla al pie de la letra: primero, llegar de noche; segundo, dar golpes suaves en una pequeña puerta del muro y anunciarse con la frase «somos los viajeros rumbo a Cádiz».

Del otro lado se escuchó una voz de hombre que respondió a los golpes en la puerta:

—¿Qué necesita? ¡Ya es muy tarde!

—Somos los viajeros rumbo a Cádiz —dijo Rugerio.

Hubo un silencio y luego la puerta se abrió. Un monje joven los saludó e invitó a acceder al huerto, no sin antes asomar la cabeza y mirar a cada lado de la callejuela «no había nadie persiguiéndolos», pensó.

—Por favor, pasen por acá, rápido. Iré a buscar al superior. Estén en silencio —les dijo el monje escuetamente.

Luego de unos minutos se presenta el superior del convento acompañado del joven que los recibió. Ambos vestidos con sus hábitos blancos cubiertos por una gran capa de lana negra con capucha y las manos con guantes de lana. Al parecer, el frío al interior de los muros era mayor que en el exterior.

—¡Ustedes son!—dijo el monje de mayor autoridad.

—Ustedes van de camino a Cádiz ¿Saben que tienen com pañía? —continuó el superior.

—Eso nos han dicho, pero no los hemos visto —respondió Rugerio.

—Bueno, bueno, sabemos que recién han ingresado a la provincia, así que les llevan algo de ventaja. Aquí estarán seguros por lo menos esta noche ¿Qué necesitan de nosotros?

—Descansar algunas horas y un caballo, que el del joven está herido.

—De la joven, querrá decir —afirmó el monje dirigiendo su mirada a Bernarda y continuó—. No se preocupen, aquí estarán seguros. Los llevarán a una habitación donde podrán descansar y alimentarse, pero deben salir antes del amanecer.

—Gracias, padre —dijo Rugerio besando la mano izquierda del sacerdote y tratando de ver si tenía el anillo de plata en su dedo meñique, pero no lo encontró.

—Agradezcan a la Virgen María, nuestra patrona, y rueguen por llegar sanos y salvo a su destino.—Dicho esto, el superior se retiró, no sin antes decir, dirigiéndose a Rugerio—:¡Ah! y no todos utilizamos el anillo. Que tengan buenas noches.—Se alejó sonriendo.

El joven monje los escoltó a una habitación contigua en el interior del huerto, al parecer se trata de su habitación, la del cuidador del lugar. Es una casita de piedra de un solo ambiente. Una hoguera encendida ilumina y da calor al lugar.Hay un camastro y una mesa en el centro con tres platos de sopa servidos más un trozo de pan y queso. Los viajeros se alimentaron y quitaron sus ropas de abrigo. Bernarda, débil por todo el viaje, cayó casi desmayada en el camastro y se durmió en el acto. Rugerio y Juan Pedro se acostaron en el suelo sobre unos montones de paja.

—Bernarda, Bernarda, debemos partir —susurró en el oído de la joven dormida Rugerio.

—¿Ya debemos salir?

—Sí, Bernarda. Sería bueno que comas algo antes de partir, anoche casi no te alimentaste.

—Está todo listo. —Interrumpió el joven monje.

—¿El caballo también? —preguntó Rugerio.

—Sí, también, en los sacos puse algunos víveres y lleven estas mantas para abrigo, en las montañas hace mucho frío.—El monje les entregó unas pesadas mantas de lana para abrigarse durante el cruce de la Sierra Morena.

—Gracias, mi amigo.—Rugerio abrazó al joven y todos se despidieron.

El tramo más duro y de mayor dificultad que enfrentaban en la ruta a Cádiz en invierno era cruzar la Sierra Morena. Un cordón de cerros y montañas que los separa de Córdoba y que divide prácticamente en dos el sur de España. La época del año, invierno, agregaba más obstáculos aún, pero contaban con la experiencia de Juan Pedro, que era oriundo de esa provincia. De niño recorrió junto a sus tíos rutas ancestrales que se utilizaban en la temporada fría. Esta noticia complació a Bernarda y Rugerio e imaginaron cuál era la misión del joven; cruzarlos seguros a través de Sierra Morena.

Se dirigieron a Despeñaperros, un paso de la Sierra Morena que se caracteriza por grandes despeñaderos o quebradas. Incluso su nombre se remontaría a las batallas de las Navas de Tolosa en los inicios del siglo XIII, en donde las tropas cristianas arrojaron al vacío a las tropas almohades a los que llamaban perros. Juan Pedro sabía que no era el mejor paso para la seguridad del grupo, pero era la mejor alternativa considerando que iban a caballo y además con una mujer.

Llegar a Despeñaperros significaba dirigirse al sur pasando por pueblos y aldeas, sorteando ríos y arroyos y cruzando bosques. Sus detenciones serían breves, sólo para descansar y alimentarse aprovechando la protección de los árboles y matorrales.

Al cabo de cinco días llegaron al paso y con pocas dificultades. Bernarda, a pesar de su intención de no ser una carga para los

hombres, se debilitaba cada vez más. Su cuerpo no estaba resistiendo lo duro del viaje por la mala alimentación y la falta de descanso. Se sumó el desánimo por el clima que empeoraba, pero decidieron continuar y ascender por los senderos, correr el riesgo y tratar de dejar atrás, lo más lejos posible a sus perseguidores. Juan Pedro haría uso de toda su experiencia y conocimientos de la zona para cumplir con su misión.

Comenzaron a ascender y rápidamente enfrentaron los pri meros desfiladeros. Jinete y caballo apenas cabían en los estrechos senderos. En ocasiones transitaban sin más alternativa que avanzar. Por un lado, tenían la montaña empinada y recta rozando sus hombros. Por el otro, decenas de metros de una profunda garganta, conformando un peligroso camino por el que habían muerto cientos de viajeros al caer al fondo del despeñadero después de dar un paso en falso.

La nieve se hizo presente. Fina y liviana desciende flotando en el aire, pero no por eso menos fría. Juan Pedro percibía que en esas condiciones era mejor detenerse y buscar un lugar adecuado para resguardarse de la tormenta que se avecinaba. De pequeño, con su padre y tíos, había pasado por lo mismo, sabía qué hacer y lo hizo.

El joven guía ubicó una saliente, una especie de techo natural de roca en donde cabrían al fondo recostado los tres jinetes más dos caballos, los que dejarían en la entrada para formar un muro de protección. El tercer animal deberá quedar afuera. Entraron arrastrándose hasta el fondo.El joven logró hacer que los dos equinos se tendieran en el suelo, de pie no podrían cumplir su misión de protegerlos del frío. La altura del refugio no era suficiente. La tormenta comenzó a arreciar, la nieve cada vez se hizo más profusa y los copos más grandes y firmes. El viento se colaba por todas partes. Rugerio encendió como pudo una pequeña fogata que en algo ayudó, pero no sería suficiente si pensaban en sobrevivir.

Bernarda comenzó a reaccionar. Ese cansancio y desgano que estaba mostrando en los últimos días desapareció y surgió la mujer compuesta, decidida y empoderada. Advirtió lo mojadas y frías de sus ropas y la de sus compañeros y el peligro inminente de morir congelados durante la noche. Ordenó a los hombres desvestirse y

quedar desnudos, ella también lo hizo. Luego abrazó a Rugerio y este a Juan Pedro, los tres quedaron piel contra piel. Se tendieron sobre una de las mantas de lana de los monjes y se cubrieron con todo el resto de sus vestimentas, mantas y capas haciendo un solo nudo de carne humana para concentrar el calor de sus cuerpos. Finalmente el cansancio y el frío los durmió y débiles se abatieron a la oscuridad.

Uno de los caballos se puso de pie y derribó un muro de nieve que se había formado en la entrada durante la noche. Luego lo hizo el otro y terminó por demoler el resto. Los rayos de un brillante sol del amanecer se colaron directo a los ojos de Bernarda, quien al sentir el suave calor en su rostro despertó, respiró una bocanada enorme de aire puro y frío y comenzó a despertar al resto.

—Van a despertar los dos, pero con los ojos bien cerrados que debo vestirme.—Bernarda había vuelto a ser ella. Tal vez la experiencia límite que habían vivido le recordó quién era.

—No te preocupes, Bernarda, tú nos avisas, mientras voy a recordarme de anoche jajajaja —respondió Rugerio, quien se rio con Juan Pedro.

—¡Me van a jurar ustedes dos por lo más sagrado que esto no se lo cuentan nadie!

—Tranquila, Bernarda, nos has salvado la vida, eso es lo único que importa… y te damos las gracias—le dijo Juan Pedro, sabiendo que la idea de la mujer fue lo mejor que pudieron haber hecho para protegerse del frío.

Bernarda, Rugerio y Juan Pedro lograron cruzar la Sierra Morena en pleno invierno con una tormenta excepcional y llegar a salvo a Linares, la ciudad minera y comercial ubicada en un valle a los pies del lado sur cerca de las montañas. Allí debían contactar a don Lucrecio Piramonte, importante comerciante de mármol y propietario de varias pertenecías mineras de plomo. Su familia es de origen italiano, incluso se rumoreaba, descendientes de los Borgia.

Los viajeros están cerca de Linares. Ya pueden ver a la distancia las casas y las construcciones más importantes como la Iglesia de Santa María y la de San Francisco. Cabalgan en dos caballos, pues

uno de ellos murió congelado durante la noche de la tormenta. Aún no han dejado la última quebrada, van por un sendero en una estrecha garganta flanqueada por las paredes de piedra de los cerros.

Bernarda y Rugerio comparten uno de los caballos y Juan Pedro los sigue de cerca en el otro. De pronto escuchan una detonación. El sonido inconfundible de un fusil. Los tres giran y descubren con incredulidad que hay dos jinetes corriendo a todo galope en su dirección por el camino, el primero empuñando el arma y apuntando directo a sus cabezas.

—¡Corre, Rugerio! ¡Yo los detendré! —grita Juan Pedro, mientras se saca su anillo de plata del dedo meñique y lo arroja a sus amigos.

—¡Guárdenlo por mí y me lo devuelven cuando nos volvamos a encontrar!—Terminó diciendo el muchacho.

—¡Juan Pedro! —gritó Bernarda recibiendo en el aire la argolla tallada con las flores de lavanda.

Rugerio acató de inmediato la orden de correr. Con su mano derecha tomó a Bernarda que iba al anca del animal y hábilmente la pasó delante de él para poder asirla mejor. Con la mano izquierda sujetó con firmeza las riendas y dando un golpe fuerte de sus talones contra las costillas ordenó al equino marchar a toda velocidad.

Juan Pedro trata de avanzar con su caballo, pero la munición le había dado en una de sus patas traseras. El animal no podía caminar. Decide descender y ponerse a cubierto detrás del equino a la espera que los atacantes se acerquen. Cuando ya se encontraban a corta distancia, el joven guía saca de sus prendas la daga, salta sobre el caballo y la lanza con maestría directo a la frente del primer criminal que cae muerto al instante. Sin dudarlo por un segundo, comienza a correr a toda velocidad en dirección al pueblo. El segundo asesino, el de la cicatriz en el ojo, al ver a su compañero muerto se detuvo, lo que permitió a Bernarda y Rugerio casi ingresar a la ciudad. Dudó entre continuar y enfrentar a su víctima o esperar y seguir en la noche y encontrarlos en Linares. Decidió atacar ahora. Toma su pistolete, lo carga por el cañón, tira hacia atrás la llave de chispa y comienza a galopar en dirección a Juan Pedro que corre por

los pastizales del valle. Estira el brazo derecho, apunta el arma y dispara. Sale expulsado un certero tiro que impacta en la espalda de Juan Pedro, quien cae arrastrándose en la tierra unos pocos metros más adelante.

Estando agónico, Juan Pedro se encuentra de cara al suelo borboteando sangre de su espalda. El asesino desmonta. Se acerca caminando y agachándose desenfunda su daga maldita y remata al muchacho picando su nuca entre las vértebras de la base del cráneo, como a un toro en el ruedo o un animal de sacrificio, falleciendo en el acto.

Bernarda y Rugerio adivinaban el destino de su amigo. Sabían que se estaba sacrificando por terminar de cumplir su misión produciendo un profundo dolor en ellos y muchas preguntas sin responder. ¿Tiene sentido lo que están haciendo? ¿Porqué alguien debe dar la vida por ellos? ¿Qué más debían saber y que no le dijeron las Mujeres de Madrid? ¿Cuál es el destino que deben cumplir?

Cuatro jinetes los interceptan y los detienen en las puertas de Linares.

—Deténganse! —grita uno que parece ser el jefe—. ¿Quiénes son ustedes, de quién están escapando? —pregunta a continuación.

—Somos de Madrid y vamos al encuentro de don Lucrecio Piramonte—respondió Rugerio deteniendo en seco el caballo.

—Bien, los esperábamos hace varios días y ya estábamos perdiendo la esperanza. Don Lucrecio los aguarda… pero ¿no eran tres? ¿Dónde está la mujer?

—¡Soy yo!—dijo Bernarda quitándose la capucha de la capa.

—El tercero quedó atrás deteniendo a unos forajidos que nos perseguían en la boca del cañón —dijo Rugerio.

—Tú, llévalos a la mina, tú y tú vengan conmigo, vamos al sendero a buscar al último.—El que mandaba instruyó a sus hombres. Bernarda y Rugerio continuaron a la mina de don Lucrecio según lo que señaló el jefe.

Al final de la tarde, casi de noche, llegaron a una de las minas de plomo de propiedad de don Lucrecio. Ingresaron caminando por un

largo túnel oscuro, apenas iluminado por las lámparas de aceite de los muros y las que portaban unos hombres que los acompañaban. Luego de cruzar un estrecho corredor desembocaron en una galería enorme, alta y ancha casi como una catedral, pero apenas lograban ver los muros de piedra debido a la oscuridad. Un hombre y una mujer se acercan a darles le bienvenida.

—Hola, soy Lucrecio Piramonte y ella es mi esposa doña Francisca.

—Hola, yo soy Rugerio y ella es doña Bernarda de Salvatierra.

—Sean bienvenidos. Sé que este no es el lugar más cómodo, pero si es el más seguro. —Extendió la mano para saludar a Rugerio y este pudo ver claramente el anillo de plata en su meñique izquierdo.

—Gracias, don Lucrecio, doña Francisca —intervino Bernarda haciendo una pequeña reverencia a la señora—. Necesitamos saber de nuestro amigo, el que nos acompañaba y dejamos atrás— preguntó la joven.

Don Lucrecio hizo un gesto a uno de sus hombres. Este encendió más lámparas de aceite de otros hombres y mujeres que no se veían por la oscuridad y la enormidad de la galería. Estos a su vez encendieron a muchos más hasta completar decenas de almas en ese lugar, tal vez cien, cada uno con su lámpara de aceite iluminando el centro del salón de piedra en donde yacía sobre una mesa Juan Pedro, inerte, frío, muerto.

Los hombres de don Lucrecio habían traído el cuerpo del joven mártir hacía pocos minutos. Se corrió la voz de la presencia de Bernarda y Rugerio en la mina y de lo que había sucedido. Los adeptos a las Mujeres de Madrid fueron a acompañarlos en su dolor a los viajeros y a presentar sus respectos.

Bernarda se arrojó sobre el cuerpo y lo abrazó con todas sus fuerzas, luego de unos segundos se alejó un par de metros.

—Juan Pedro, mi salvador, mi amigo, mi guía, no voy a llorar tu muerte porque mereces mucho más que el llanto de una chiquilla, mereces el respeto y el recuerdo de quienes salvaste con tu vida, con tu valor y con tu coraje. —Bernarda comenzaba a subir el volumen de su voz y dirigiéndose a todos los presentes continuó

muy alto—. Sepan ustedes que este hombre es un héroe y cada uno de ustedes debe recordarlo y contar su historia a sus hijos y a sus nietos, porque es la historia de Juan Pedro el Guía.

Con autoridad, Bernarda dejaba en claro a los hombres la importancia de cumplir su misión, como Juan Pedro, que fue pasarlos por la Sierra Morena hasta dar su vida.

—¡Este anillo era de Juan Pedro!—continuó Bernarda mostrando el anillo que ya tenía colgado junto a su cruz en el cuello—. Este anillo representa la misión que cada uno de ustedes tiene y que juró cumplir en beneficio de un mundo distinto, ¡un mundo para hombres y mujeres por igual! Esa es nuestra lucha por siglos y Juan Pedro nos dio un ejemplo, nos muestra el mayor de los sacrificios que significa ese juramento. ¡Tu muerte no será en vano, amigo mío! ¡Levanten sus anillos!—Todos los hombres siguieron la orden de Bernarda y levantaron sus manos mostrando los anillos de plata con las tallas de flores de lavanda y repitieron.

—Accipio missionem meam (Acepto mi misión) —Una y otra vez.

Bernarda comenzaba a transformarse en la líder que debía ser. La muerte de Juan Pedro y su entrega con la misión que le fue encomendada la obligó a asumir el rol que las mujeres de Madrid vaticinaron en ella… «ella es la clave», recordó Rugerio las palabras de la anciana al ver cómo Bernarda se alzaba sobre los demás en ese momento. Ahora sí entendía aún más la importancia de su misión, reunir a Bernarda y Catalina en el lejano reino de Chile en Hacienda Marinas.

Francisca, la esposa de don Lucrecio se acerca a Bernarda y le entrega la tela de lino blanco. Todos los hombres abandonan la galería. Rugerio intentó quedarse, pero Bernarda, con la mirada, le dijo que solo las mujeres pueden estar allí en ese momento. Otras mujeres, mientras tanto, desnudan a Juan Pedro y lavan con paños húmedos perfumados con lavanda. Limpian cada centímetro de su cuerpo hasta quedar libre de toda huella de violencia. Luego Bernarda comienza a envolverlo con la ayuda de Francisca. Entre cada capa Francisca puso una flor de lavanda. Todas las mujeres están en completo silencio haciendo la tarea que conocían desde su

infancia, paso a paso hasta que el cuerpo de Juan Pedro queda completamente envuelto en lino blanco, inmaculado.

Bernarda arroja las telas en sangrentadas en una hoguera, cierra los ojos y medita por unos segundos recordando a Juan Pedro, su guía y protector y le agradece en silencio.

Finalmente, cada mujer, con una mano, toca parte del cuerpo de Juan Pedro y con la otra se tocan entre ellas, formando ese carro de energía que Isabel explicó a Bernarda en Madrid. Ese carro que, al igual que la fuerza de cientos de caballos, entrega al alma la fuerza para surgir entre el dolor y la angustia y erigirse como un ave sobre el mundo.

—Tu nobiscum es, tu nobiscum (Estás con nosotras) —repiten todas al unísono, una y otra vez, retumbando en cada galería y túnel de la mina, llevando al infinito el espíritu de Juan Pedro.

Mientras todos se retiran y llevan el cuerpo de Juan Pedro a su sepultura final, Francisca toma del brazo a Bernarda y la lleva a otra galería, pequeña, como un salón. Allí están don Lucrecio, Rugerio y cuatro hombres, los que encontraron a la salida del sendero ese mismo día. Hay una mesa en el centro con comida para todos.

—Doña Bernarda, sé que es terrible lo que ha sucedido con su amigo, pero deben seguir el viaje lo antes posible —dijo Francisca.

—Lo sé, doña Francisca —respondió Bernarda.

—Podrán salir mañana mismo si así lo desean y estos cua tro hombres los acompañarán hasta verlos embarcarse en Cádiz, no queremos correr riesgos. Conocemos las crueldades del señorito de Salvatierra —Habló don Lucrecio indicando la galería donde habían estado recién con el cuerpo de Juan Pedro.

—Por favor, sentémonos a comer y revisemos el plan hasta Cádiz. —Invitó Francisca.

Don Lucrecio era un hombre conocido en todo Andalucía. El comercio de mármol y plomo, además de sus tierras agrícolas lo convertían en un poderoso personaje con conexión en todas partes y a todo nivel. De ahora en adelante podrían contar con mucho apoyo y protección y también se aseguraría que Bernarda jamás olvidaría la hospitalidad andaluza, quería darle ese regalo, compensarla de alguna manera por lo que había sufrido. Instruyó a sus hombres de

llevarla a los palacios de amigos en donde «la atenderán y servirán como una verdadera reina», le dijo.

—Se lo agradezco, don Lucrecio, pero solo llévennos a Cádiz lo más pronto posible. Sus hombres serán de gran ayuda.

—¿Segura,doña Bernarda?

—Sí, segura. Mi misión es continuar como lo que soy; una simple novicia franciscana despojada de todo lo material, de hecho, quisiera conseguir un hábito para volver a sentirme como era antes.— Mientras decía estas palabras, Francisca la tomó de las manos y asintió con su cabeza mirándola a los ojos, apoyando lo que los hombres muchas veces no entienden de las mujeres, no es oro ni plata lo que buscan, es ser lo que desean ser,nada más ni nada menos.

—Haré que se lo tengan mañana —dijo Francisca.

—Está bien, entonces partiremos apenas estemos listos, pero no antes de dos noches, necesito recuperar fuerzas y energía. Con un par de días me bastará ¿Estás de acuerdo, Rugerio?

—Completamente de acuerdo, doña Bernarda —respondió Rugerio con el corazón hinchado de orgullo, como si fuera el padre de Bernarda.

—Entonces comamos, antes que me muera de hambre —finalizó Bernarda.

Bernarda descansó y recuperó su energía esos dos días, pero no dejó de aprender más de la gran organización de las Mujeres de Madrid. Quedó sorprendida de la cantidad de personas que estaban en la galería al momento del rito de Juan Pedro.

—Doña Bernarda, somos muchos en Andalucía que compartimos y nos hemos comprometido con los ideales de las Mujeres de Madrid.

—¡He quedado muy impresionada! No dejo de sorprenderme en la medida que avanzamos en nuestro viaje que no solo ustedes, doña Francisca y la gente de Linares están con nosotros, sino que gente común como los posaderos de Toledo, religiosos como los monjes mercedarios que nos ayudaron en Ciudad Real. Cada vez entiendo más mi destino en el nuevo mundo.

—Sabemos lo importante que es su viaje a ese reino para extender nuestra hermandad y sumar muchas más mujeres y hombres al sueño que usted y yo compartimos pero, doña Ber narda, por favor, tenga cuidado.

—Lo tendré, doña Francisca, lo tendré, descuide.

Francisca entregó el hábito de novicia a Bernarda, el franciscano, con capucha blanca y ropa color café. Bernarda volvía a ser la religiosa que por años acompañó a Catalina sanando y curando los enfermos de Salamanca y ahora estaba en camino a construir con su amiga, tal vez la obra más importante para las mujeres en el nuevo mundo, aunque eso ella aún no lo sabía, pero era su destino.

A pesar de haber estado tan solo dos días, Bernarda y Francisca forjaron una buena amistad, por lo que la despedida estuvo llena de sentimientos, emociones y afectos. Ambas mujeres sabían que era muy poco probable que algún día volvieran a encontrarse, pero en su corazón el recuerdo quedaría para siempre.

Bernarda, Rugerio y sus nuevos amigos, los hombres de don Lucrecio, partieron rumbo a Córdoba, la gran ciudad multicultural en donde convivieron por muchos siglos musulmanes, cristianos y judíos. A finales del siglo XV sus majestades católicas, Isabel y Fernando, ordenaron la expulsión de los judíos de España, por lo que para el año 1803 la cantidad de fieles de la estrella de David había disminuido considerablemente, siendo la mayoría de la población de origen hispano. Si bien el esplendor pasado había decaído, la ciudad continuaba siendo de gran importancia histórica y cultural.

El camino a Córdoba no estaba exento de complicaciones, debían atravesar por valles, colinas, ríos y esteros. Correrían el riesgo de los continuos ataques de bandidos y ladrones que se sucedían en la ruta, pero eso a Bernarda ya no le preocupaba, habían pasado por lo peor y además se lo debía a las muchas personas que arriesgaron sus vidas para que llegue a Cádiz. El recorrido de unos cien kilómetros se haría en tres días, contaban con caballos descansados y las referencias suficientes para alojar, alimentarse, asearse y seguir el viaje sin demoras. Los hombres de don Lucrecio facilitaron mucho la travesía.

En Córdoba estaban las principales órdenes religiosas: jesuitas, dominicos, agustinos y, por supuesto, franciscanos. Bernarda pidió que la llevaran al Convento de Santa Isabel de Los Ángeles, en el centro de la ciudad para dormir y compartir con sus hermanas, necesitaba volver a sus raíces religiosas y esta era una buena oportunidad. El convento fue fundado el siglo XV por la aristócrata Marina de Villaseca, quien lo instaló en una de las propiedades de su familia. A la fecha del arribo de Bernarda había cambiado muy poco.

Se acercaron a la puerta principal, adintelada con pilastras con los escudos de los marqueses de Villaseca. En la parte central del dintel un bajo relieve con la imagen de la visitación de la Virgen María a su prima Isabel donde se lee «Indomino Confido» (Confío en el Señor). Esta visión hizo sentir a Bernarda en su casa. Había vivido más de la mitad de su vida en un convento y abruptamente fue despojada para enfrentar lo peor del hombre, odio, violencia, persecución y también lo mejor del ser humano, lealtad, amistad y amor.

Se abrió la puerta y una religiosa la recibió. Bernarda cayó al suelo hincada y besando las sandalias de la mujer rogó por comida, techo y abrigo para esa noche.

—Ruego humildemente me permitas dormir esta noche en el convento, donde sea que ustedes puedan darme lugar.

—¿Cómo te llamas? —preguntó la monja.

—Bernarda de Salvatierra.

—Eres bienvenida, Bernarda de Salvatierra y quienes te acompañan también, si lo desean, por favor, pasen.

Los hombres de don Lucrecio decidieron quedar fuera haciendo guardia desde el callejón. Su misión era llevar a Bernarda hasta Cádiz y verla embarcar y hasta que eso no sucediera no correrían riesgos. Rugerio en cambio, entró con Bernarda al convento. Ambos participaron de la eucaristía en la capilla mayor en la tarde junto a las demás religiosas, la abadesa y el pueblo. Finalizada la misa, la abadesa solicitó la presencia de Bernarda.

La superiora es de aspecto duro, inexpresivo. En sus manos, que nunca separa, lleva un rosario enrollado y una gran cruz de madera cuelga de su cuello. Es una mujer de unos cuarenta años con aires

de autoridad y poder. Bernarda se siente intimi dada en su presencia, pero no lo demuestra.

—Dígame, hermana ¿usted es de Salamanca? —preguntó la abadesa, como sabiendo algo más de Bernarda que solo su origen.

—Sí, madre—respondió Bernarda con la cabeza gacha y su mirada al suelo, como signo de respecto y sumisión.

—En su cuello lleva un anillo de plata ¿Las Mujeres de Madrid? —Bernarda, ante esta pregunta, se asustó. No sabía qué responder. Tal vez la abadesa estaba investigando para retenerla, o peor aún, entregarla a las autoridades.

—Sí, madre, soy una de ellas —respondió la novicia Bernarda, pero esta vez subió la cabeza y miró a los ojos a la abadesa, sin ánimo de desafiarla, solo de ser consecuente con lo que ella representa.

—¿Se da cuenta que su historia la antecede? Lo que sucedió con su padre el conde de Salvatierra ha recorrido toda España y claramente usted no ha sido raptada por el señor que la acompaña y además viaja con una guardia personal que le provee don Lucrecio Piramonte. ¡Por María! Algo no cuadra aquí—gritó la madre superiora, con una expresión ahora de intrigada.

Bernarda le contó toda la historia a la abadesa; los momentos duros con la agresión de su padre, la verdad de la muerte de su madre. La huida a Madrid con Rugerio, la casona de Catalina y las mujeres de ese lugar, le habló de su misión en el nuevo mundo, el sueño de un reino donde las mujeres sean iguales a los hombres a través del conocimiento, el trágico cruce de la Sierra Morena con la muerte de Juan Pedro.

—Y este, madre, es el anillo de Juan Pedro que me lo arrojó unos minutos antes de morir por mi seguridad.—Bernarda comenzó a llorar desconsoladamente, por fin pudo sacar afuera todo el dolor acumulado, todo el sufrimiento que significa huir y no saber dónde estará al día siguiente. Como una niña desconsolada, mirando al suelo y apretando sus manos no dejaba de sollozar. La abadesa la abrazó con fuerza, la consoló y le entregó su cariño en un momento que ella lo necesitaba más que nunca, ese instante en que los

humanos sienten la necesidad del abrazo de un amigo, la palabra de consuelo o simplemente compañía.

—No llore. Lo que está haciendo Dios lo aprueba. María tuvo que huir para proteger a su hijo Jesús de un asesino, un hombre cruel. Así que, Bernarda, no será la primera ni la última mujer de este mundo que huye de un hombre malo, pero piense que otros hombres buenos le apoyan, de lo contrario no estaría aquí.

Bernarda escuchó con mucha atención las palabras de la superiora y cuánta razón tenía. «Por lo mismo» pensó, el destino de ella es cambiar esa realidad y para eso debía luchar y estar dispuesta a vivir lo que ha vivido. Incluso más si es necesario.

—Gracias, madre, necesitaba este consuelo.

—No me lo agradezca. Somos nosotras las agradecidas a usted y las Mujeres de Madrid. No sé si lo logarán algún día, porque a los hombres todas sabemos que frente a la amenaza de una mujer, reaccionan como lo hizo su padre y su hermano, con lo que mejor manejan… la violencia.

—Es así, pero Jesús no habría crecido si nuestra madre María, recién parida, no hubiera huido a Egipto, consciente del riesgo para ella y el bebé. Usted, madre, me lo ha hecho ver, ahora lo tengo claro y los temores que tenía ya no están.

—Doña Bernarda, pienso que para cumplir su misión se debe entregar a las mujeres educación. En este convento, modestamente, hacemos eso. Nuestras religiosas no solo adoran al Señor, sino que también aprenden, desde las cosas más cotidianas, hasta las materias más profundas del humanismo, lo que más de un problema me ha provocado con el Santo Oficio.

España había tenido un largo recorrido durante el siglo XVIII con el movimiento de la Ilustración. Influenciado por Francia, ese siglo fue el del conocimiento y cuestionamiento de los clásicos, el de querer saber por qué, el de entender el mundo. En Andalucía, y en particular Sevilla, se dieron ejemplos que perdurarían en los siglos venideros de instituciones de letras y artes fundadas para potenciar el conocimiento. Lamentablemente este nuevo aire de cultura estaba restringido a la población de mayor rango social y en su gran mayoría los hombres.

—Madre, el destino nos ha reunido aquí para que usted pueda relatar lo que me ha dicho, pero ¿por qué? ¿Qué espera Dios de mí?

—Doña Bernarda, usted y doña Catalina serán la luz de nuestro género en el nuevo mundo. Usted ha llegado aquí porque el Señor y la Virgen María, que no olvide es mujer como usted y yo, así lo han decidido. Debe continuar su camino y no temer, porque ellos están con su misión.

Es allí, en estas pocas horas de conversación con una religiosa excepcional, que Bernarda de Salvatierra comienza a configurar lo que debe hacer en el futuro; formar a las mujeres en el conocimiento. En las aulas encontrarán el poder de cambio y cada vez que una de ellas emigre a otro reino, llevará en su interior, como una carga invisible ese aprendizaje para multiplicarlo en más y más mujeres.

—Gracias, madre, gracias.—Bernarda se despidió de la abadesa, besándole su mano, pero esta la tomó de los hombros y la abrazó por largos segundos.

—Rezaré por usted y doña Catalina. Vaya en paz, doña Bernarda.

Bernarda y Rugerio pasaron la noche en el convento. La abadesa les entregó cartas de recomendación para que todos sean recibidos en los conventos franciscanos de Sevilla y que les provean de lo necesario para continuar su travesía.

Los viajeros comenzaron el recorrido a Sevilla de cuatro o cinco días para alcanzar los ciento cuarenta kilómetros que la separa de Córdoba. En un clima templado, atravesando regiones llanas agrícolas, se suceden campos de olivos, viñedos y prados de trigo. A diferencia de los tramos anteriores, este ha sido apacible y calmo. El peligro del clima y lo que es aún peor, de los asesinos del señorito de Salvatierra parecieran haber quedado atrás.

Bernarda tiene la oportunidad de pensar y madurar su plan. Tiene la oportunidad de crecer y evolucionar, desde la niña bajo el alero y tutela de Catalina, a la mujer, amiga y compañera que debe ser. Juntas moldearán el destino de otras miles de mujeres en el nuevo reino. Las duras experiencias vividas han templado su carácter y han despertado en ella una necesidad imperiosa de cumplir con su misión.

Sevilla, la urbe que, en el siglo XVIII, el siglo de las luces, fue influenciada por la lustración Francesa jugando un rol casi mediador entre la ciudad tradicional, religiosa y los nuevos aires que vienen del país galo. El arte, la música, la arquitectura, las letras, las humanidades, la ciencia tienen un importante desarrollo durante esos años, y la prueba de ello son la finalización de catedrales, construcción de edificios civiles, los gigantescos frescos decorativos en los muros y naves de los salones. La sobre decoración de los espacios que desembocará en el estilo rococó luego de un barroco clásico heredado del siglo anterior.

Se fundan academias como la Real Academia Sevillana de las Buenas Letras que representaba el progresismo intelectual y el espíritu innovador de la Ilustración europea en el sur de España o la Escuela de las Tres Nobles Artes bajo la protec ción del rey Carlos III, heredada de la academia de arte fundada por Murillo un siglo antes. Se enseñaba pintura, escultura y arquitectura.

Ese mismo siglo la ciudad tuvo que enfrentar un acontecimiento que afectó su economía para siempre; se traslada a Cádiz la Casa de la Contratación que controlaba todo el comercio con el nuevo mundo, aunque en aquella época ya el intercambio con América era muy menor respecto de lo que fue el siglo XVI. A pesar de ello, se desarrollan industrias importantes como la del armería y el salitre para la confección de municiones, el tabaco y sus famosas mujeres cigarreras, inmortalizadas en la ópera Carmen del francés Prospero Merimée, que se suma a otras obras musicalescomo El Barbero de Sevilla, Las Bodas de Fígaro y Fidelio.

Son los años que se asienta la tauromaquia, o lidia de toros, a pesar de la negativa del propio rey Carlos III. Se construyen las grandes plazas de toros como la Real Maestranza de Caballería y se consolida una tradición que se inició en las plazas públicas de la ciudad siglos antes. Así, Sevilla,en el año 1804 no ha perdido su calidad de gran ciudad española.

La religiosidad popularmanifestada en las procesiones de Semana Santa conocidas universalmente, fueron rechazadas y casi abolidas por el poder ilustrado. Don Pablo de Olavide, asistente de Sevilla, impuso una cantidad importante de reformas a la ciudad y que

incluso diseñó el primer plano de ella en el año 1771, pretendió eliminar las celebraciones de Semana Santa, o al menos modificarlas; sin embargo, la Santa Inquisición le acusó de «el asistente impío». La presión popular más el apoyo eclesiástico hicieron que las procesiones de Semana Santa continuaran.

Esa es Sevilla. La ciudad con fuertes contradicciones entre la religiosidad y la intelectualidad ilustrada, entre la brutalidad de la lidia de toros y la belleza de la ópera y las artes. Sevilla encarna el apogeo, el lujo, el brillo, pero también la confusión y el desorden de una metrópoli del imperio español que ha sido el centro del comercio con las indias.

En el siglo XVIII, Sevilla era una ciudad peligrosa. Por sus calles circulaban todo tipo de rufianes y maleantes. La ciudad no dormía y durante la noche se desataban las pasiones. Aquí el asesino de la cicatriz en el ojo estará en su mundo, uno de terror y violencia, podrá seleccionar el campo de batalla que mejor le acomode y contratar los mercenarios necesarios para cumplir con la orden del señorito de Salvatierra.

La vista en el horizonte de la metrópoli impacta a los viajeros a medida que se acercan. Bernarda y Rugerio quedan boquiabiertos con la cantidad e inmensidad de las construcciones. Las imponentes murallas y torres, como las torresde la Catedral y la Giralda que predominan en el paisaje. En tanto se acercan pueden ver en el fondo el real Alcázar y más edificios civiles que dieron a esta ciudad el conocido dinamismo de an taño. Al ingresar son recibidos por el bullicio y la actividad de sus calles, estrechas y empedradas, flanqueadas por edificios de estilo andaluz con balcones de hierro forjado y fachadas estucadas en yeso blanco.

Los viajeros se tapan los oídos por el ruido que producen los carruajes y las herraduras de los caballos que circulan por toda la ciudad. Un ruido metálico al golpear los adoquines de las calles, pero todo cambia al descubrir las encantadoras plazas y plazoletas en casi cada esquina, embelleciendo aún más la soñada metrópoli. Al oeste, el río Guadalquivir con sus barcos y barcazas circulando y serpenteando por Sevilla.

La ciudad recibe a Bernarda, la novicia franciscana, ya no con un sueño, sino con un plan en gestación. Una estrategia que comienza a desarrollar en su mente y en sus cuadernos en los que no ha dejado de escribir. Entrada la tarde son recibidos en el Convento de la Concepción de San Miguel, el lugar recomendado por la superiora de Córdoba, cerca de la iglesia del mismo nombre en pleno centro de la ciudad. Los hombres deciden instalarse en la cercana Posada del Sol. Harían guardia en turnos vigilando la calle y la puerta principal de la casa de las religiosas. No descuidarían a Bernarda.

La novicia doña Bernarda de Salvatierra presenta a la abadesa del convento la carta de recomendación que le fuera entregada días atrás. La carta está sellada con lacre y estampado con el cuño del Convento de Santa Isabel de los Ángeles de la ciudad de Córdoba; una imagen de la Visitación de la Virgen María a su prima Isabel y la frase Indomino Confido (confío en el señor) finamente impresa en la pasta roja brillante. La abadesa recibe la carta. Con un rostro frío e inexpresivo rompe el sello y comienza a leer. Bernarda no tiene idea del contenido, supone que es solo una petición de ayuda para que pueda continuar el viaje a Cádiz, pero al ver que el rostro de la mujer cambia, primero a uno de incredulidad y luego de impresión, ahora sabe que la carta dice mucho más.

—¿Doña Bernarda, usted conoce el contenido de esta carta? —pregunta la abadesa mostrando el papel.

—Ahora que lo pregunta, la verdad que no —respondió Bernarda con la cabeza gacha y mirando al suelo.

—¡Míreme cuando le hablo! Este no es un interrogatorio del Santo Oficio —gritó la superiora, mostrando su mal humor.

—Me va a perdonar, madre, siendo yo solo una novicia en mi convento de Salamanca nos enseñaron a ser sumisas ante nuestras autoridades, le ruego me disculpe no ha sido mi ánimo ofenderla.

—Descuide… —Y continuó la monja—. Ese anillo que cuelga junto a la santa cruz de nuestro de nuestro Señor en su cuello ¿qué significa?

—Perteneció a mi hermano.

—Doña Bernarda, ¡usted miente! ¡No creo que su hermano el señor de Salvatierra le haya entregado ese anillo, ni tampoco creo

que usted llevara algo en recuerdo de su hermano!

La abadesa interrogaba a Bernarda. Estaba claro que, al igual que en Córdoba, no la entregaría a las autoridades por el asesinato del conde, pero tampoco quería dar cumplimiento a la carta, dijera lo que dijera en ella, sin entender qué estaba sucediendo.

—Sí, doña Bernarda, aquí ya conocemos los sucesos en el condado de su padre. Voy a volver a hacer la pregunta y, doña Bernarda, ¡será mejor que no vuelva a jugar con mi inteligencia!

—Disculpe, madre, por mi seguridad no debo confiar en nadie—dijo Bernarda mirando fijamente a los ojos de la superiora—. Este anillo perteneció a un guía que tuvo como misión cruzarme a salvo por la Sierra Morena, y que fue asesinado por los hombres de mi hermano, el señorito de Salvatierra—dijo con total prestancia y mostrando el anillo la novicia sin miedo, sabía que un solo grito de ella haría que cuatro hombres entraran de inmediato a rescatarla.

—Ese anillo, hija mía, yo sé lo que significa, es la misión de un hombre respecto de una mujer y usted es esa mujer. El grandote que la trajo aquí también tiene el anillo de plata con las tallas de flores de lavanda y está junto a sus tres amigos afuera del convento, me imagino para resguardar su seguridad.

—No se equivoca, madre, ellos deben protegerme para poder cumplir mi misión.

La abadesa asintió con la cabeza, como aprobando todo lo que escuchó de Bernarda. Sabía que era de fiar, ella y su guardia de cuatro hombres que darían la vida por la novicia.

—Doña Bernarda, esta carta dice que yo debo presentarle a una mujer. Ella es una mujer muy especial para mí y me destrozaría la vida si algo le sucede por mi indiscreción, es por eso que he querido estar segura de quién es usted.

—La entiendo, madre, la entiendo.

—Debe jurar que jamás comentará con nadie esta conversación ni menos las que hemos participado; júrelo, doña Bernarda, júrelo.

—Lo juro por mi vida, madre. —Bernarda hizo la señal de la cruz en su frente boca y pecho para demostrar que su juramento tiene a Dios como testigo.

—Madre, por favor, discúlpeme por lo que preguntaré… pero la joven ¿es su hija, verdad?... lo puedo ver en sus ojos.

—Así es, doña Bernarda, es usted muy observadora.—La abadesa reaccionó con naturalidad, estando ya segura que podría sincerar todo, incluso algo tan íntimo y secreto.

—Pero ¿qué sucedió?... ¿Cómo, madre?

—Siendo muy joven fui violada por uno de los hombres más poderosos de Sevilla, amigo de mi padre, de ese abuso nació mi pequeña, pero yo sola no podría haberla criado en este mundo de hombres juzgadores y la entregué a mis tíos, que no tenían descendencia, para que ellos la protegieran, la educaran y la formaran con si fuera su hija.

La mujer dura del principio comenzó a desgarrarse. Bernarda la abrazó con cariño y con el respecto que se merece una mujer que ha sufrido lo indecible, no solo por el atroz delito de una violación, sino que además por tener que entregar a ese ser, diminuto y frágil, para ser criado por una madre que no es ella. La abadesa, ahora frágil y vulnerable, tomó un pañuelo y secó las lágrimas de su rostro, poco a poco volvió a recuperar su semblante, tomó del brazo a Bernarda y la llevó a un lugar más privado aún del que ya estaban.

—Doña Bernarda, la joven que va a conocer no sabe que es mi hija.—Bernarda escuchaba con atención—. Ella ha escrito y publicado respecto de las injusticias en contra de las mujeres, en especial porque no se nos permite tener la misma educación que los hombres. Lo hace con un seudónimo para no ser descubierta, se hace llamar La condesa de Jaén.

La condesa de Jaén es un seudónimo que habría utilizado Doña Francisca Piramonte, hija de don Lucrecio y doña Francisca, nunca se supo quién era realmente. Dedicó parte importante de su vida en denunciar la total injusticia con las mujeres en esos años al inicio del siglo XIX en Sevilla. Su obra Reflexiones sobre la educación de la mujer relata el papel de la mujer en la sociedad y aboga por una mayor igualdad de género y oportunidades educativas para las mujeres. Revolucionario incluso para los pensadores ilustrados.

Don Lucrecio y doña Francisca no hablan públicamente de ella para proteger su identidad. Tampoco se perdonarían que algo le

sucediera por su falta de confidencialidad. Incluso Bernarda nunca conocerá con quién realmente se reunirá, nunca sabrá que es hija de sus amigos de ciudad Linares. Para ella solo ha sido una movida estratégica de la abadesa de Córdoba que busca ayudarla en cumplir con su misión, entregándole las nuevas ideas que escribe y publica la anónima condesa de Jaén.

En la mañana se conocen Bernarda y la condesa. Apenas se miran, sienten que son almas gemelas y amigas de toda una vida. Como si hubieran estado siempre cerca en el mismo camino, pero que solo faltaba saludarse. Bernarda le cuenta su travesía y su destino y los sueños que tiene para el nuevo mundo; lograr que las mujeres se liberen, sean ellas mismas y puedan elegir su camino en la vida, pero no sabe cómo. La condesa le hace ver que los sueños dejan de serlo cuando se llevan a la práctica.

—Puedes soñar una casa, pero nunca será real si no pones el primer adobe del primer muro de la primera habitación. Usted y doña Catalina pueden cambiar el mundo, pero antes deben contar con un plan.

Bernarda sigue construyendo en su mente, pasando del sueño al cómo hacerlo realidad. ¿Cómo empoderar a las mujeres? ¿Qué se les debe entregar para que ellas puedan tener el control de sus vidas?

—Conocimiento, doña Bernarda. El conocimiento es el combustible del poder para las mujeres. Los hombres nos han mantenido afuera del mundo porque se han asegurado de que seamos incultas, analfabetas y no veamos más allá de las labores que ellos nos han asignado. Usted, doña Catalina y las Mujeres de Madrid son la mejor muestra de cómo deben ser las cosas.Son libres porque se han preparado para serlo, lo han decidido así, lo que falta es que esa creencia sea puesta en terreno fértil y ese terreno es el nuevo mundo a donde usted va a reunirse con doña Catalina.

En el siglo XVIII y hasta el siglo XIX las mujeres en España no tenían acceso a la universidad. Salvo algunas excepciones, pero en el entendido siempre que se culturizarían para cumplir de mejor manera el trabajo para el que estaban destinadas por su género, esposa, madre y dueña de casa, siendo el rol que les asignaba la sociedad y en particular la Iglesia. Recién muy al final del siglo XIX,

unas pocas mujeres son aceptadas en las casas de estudios superiores.

—Condesa, usted me ha abierto los ojos. Esta conversación ha sido iluminadora para mí y ya creo entender qué debemos hacer con Catalina. —Las dos mujeres se despidieron.

Bernarda había hecho una nueva amiga y se adentraba un paso más a su destino. Comienza a vislumbrar el camino que debe trazar para lograr cumplir su sueño y el de miles de mujeres. Ella y Catalina son religiosas franciscanas, juntas pueden crear una uni versidad o un colegio y allí poner en cada una de las alumnas la semilla de la libertad que da el conocimiento, para luego enviarlas en una especie de evangelización cultural a los demás reinos del nuevo mundo. Esa noche, la joven de 27 años Bernarda de Salvatierra, no podrá dormir imaginando en su cerebro inquieto todo lo que hará con Catalina, su Catalina… ¿Cuánto la deseaba? ¿Cuánto falta para volver a estar juntas? Pensó.

—¡Doña Bernarda, doña Bernarda! —Entró la abadesa alterada a la habitación de Bernarda.

—¡Levántese rápido, vamos!

—¿Qué sucede,madre?

—Los hombres del señorito de Salvatierra están golpeando la puerta. Dicen que traen una carta de don Manuel Moreno que los autoriza a revisar el convento.

—¿Y quién es ese señor?

—¿Don Manuel? ¡Es el Intendente de toda Andalucía!

Don Manuel Cándido Moreno Ciadoncha, conde de Fuente Blanca, era la autoridad política de mayor rango en Andalucía. Además de Intendente era Asistente de Sevilla. Una orden de él debía cumplirse sin cuestionar.

—¿Y qué vamos a hacer?

—Tranquila, doña Bernarda, la llevaré a una puerta que la dejará fuera del convento, allí la espera su guardia para llevarla a los muelles, embarcarse y navegar hasta Cádiz, ¡si Dios lo permite! —Se persignaba la abadesa repetidas veces mientras recitaba el plan de escape.

Rápidamente salieron al patio principal. Bernarda había olvidado sus cuadernos, pero volvió a buscarlos. Corrieron en dirección al muro perimetral largo y alto que separa al convento de la calle. La abadesa abrió una pequeña puerta por la que apenas pasa una persona pequeña. Bernarda debió agacharse para no golpear su cabeza. Afuera la esperaba Rugerio. Los hombres de don Lucrecio hacían guardia al final del callejón. Apenas se podía ver, estaba oscuro y con neblina. La poca luz se reflejaba en los adoquines de la calle que estaban resbalosos por el rocío del alba.

Uno de los hombres de Linares gritó:

—¡Corran, ya vienen!

Bernarda y Rugerio comenzaron a correr en dirección al Guadalquivir mientras los hombres de don Lucrecio se trenzaron en una pelea con sus espadas y dagas contra los asesinos del señorito. Reconocieron al de la cicatriz en el ojo, pero se mantenía alejado cobardemente, no se mezcló en la pelea.

Uno de los guardianes recibió un estoque directo al corazón. Limpiamente atravesó el vital órgano, haciéndolo caer sentado apoyando su espalda en el muro del convento, donde murió. Los otros dos siguieron peleando y dieron el tiempo suficiente a los que huían para llegar al río. Los gritos alertaron los bares que a esa hora de la madrugada siguen con parroquianos. Estos ya conocían a los hombres de Linares y salieron en su defensa, muchos de ellos, lo que provocó la huida de los atacantes y su bestial jefe, el de la cicatriz en el ojo.

Bernarda y Rugerio llegaron exhaustos al Puente de Barcas. Allí debía esperarlos un balandro que los llevaría a Cádiz. Lo noche no les permitía ver y, como no conocían la ciudad, no sabían a qué lado del puente los esperarían, estaban perdidos. De pronto un hombre gritó.

—¡Doña Bernarda, Rugerio, síganme! —Era el jefe de sus tres guardias de Linares que había sobrevivido junto a otro de sus hombres al ataque de los matones.

—¡Vamos, vamos, síganme, es por acá!

Los cuatro bajaron a la base del puente y allí los esperaba el pequeño velero; se embarcaron y, finalmente por el histórico río

Guadalquivir, se dirigieron al puerto de Cádiz.

La corriente del río estaba a favor. A pesar de las recientes lluvias, el nivel del agua no era un factor que preocupara al piloto de la balandra, por lo que decidieron no detenerse y con buena suerte alcanzarían el destino en unas 12 o 16 horas.

Bernarda estaba muy cansada. En el convento en Salamanca había aprendido a dormir con frío e incómoda, así que supo arroparse y cayó profundamente dormida para la envidia de sus compañeros, y no despertó hasta prácticamente arribar a Cádiz.

El puerto de Cádiz, para el año 1804, había perdido el monopolio del comercio con las Américas, nunca volvería recuperar esplendor de antaño, pero seguía siendo un puerto y ciudad muy importante. Durante el reinado de Carlos III en el siglo anterior, se terminó por autorizar el libre comercio a los puertos españoles, lo que les permitió transar productos entre ellos, especialmente en las Américas. Esta liberación, trajo como consecuencia la caída del movimiento portuario de los productos del nuevo mundo en Cádiz, pero a la vez, aunque no compensó, el aumento de exportaciones desde Cádiz a las Américas de productos terminados o manufacturados como textiles y ropas, aceite de oliva, productos de lujo, herramientas.

La ruta comercial desde Cádiz a Santa Cruz de Tenerife, Bahía de Todos Los Santos, Buenos Aires, Cabo de Hornos, La Concepción, Valparaíso y Lima era cubierta por fragatas principalmente. Una de ellas, La Magdalena, era parte de la flota de la afamada firma Casa Tellería y Cía. perteneciente a la familia del mismo nombre. La última carta de recomendación que tenía en su poder Bernarda estaba dirigida a esta familia, a la matriarca doña Inés Tellería.

Apenas desembarcan en el muelle se dirigen a la Plaza de San Juan de Dios. La casona de doña Inés se encuentra en las inmediaciones de la plaza junto a otros palacetes y casonas de personalidades, aristócratas y comerciantes acomodados de la sociedad gaditana. Bernarda se presenta en la puerta, toca la puerta y un lacayo acude a abrir.

—Si está en búsqueda de limosna, debe ir a la puerta de atrás —le dice el parco hombre vestido elegantemente con peluca blanca,

chaqueta de cola roja con cuello alto y bordados de oro, pantalones en tono y estilo hasta las rodillas y medias blancas.

—No, señor, necesito hablar con doña Inés Tellería—responde Bernarda haciéndole entrega al mismo tiempo de la carta sellada con su nombre.

El lacayo mira la carta, la toma, observa al grupo de viajeros con una expresión de desconfianza, cierra la puerta y se va sin decir palabra. Los amigos se quedan mirándose unos a otros, se encojen de hombros y esperan.

Unos minutos después se abre nuevamente la puerta, el mismo lacayo con una expresión distinta esta vez, más acogedor dentro de lo cálido que puede ser un lacayo.

—Hermana, por favor pase usted, doña Inés la espera. Ustedes por la puerta de atrás —termina el lacayo con voz de mando dirigiéndose a los hombres.

Bernarda ingresa a una casa que jamás habría imaginado. Decorada con toda la influencia francesa posible, con un recargado estilo rococó. El mobiliario con acabados en bronce, cientos de pinturas en las paredes, cortinajes con miles de velos y ondulaciones. Los cielos con frescos de todos los motivos posibles, algunos incluso demasiado explícitos. Los pisos decorados con maderas pulidas formando patrones geométricos interminables de distintos tonos y, sobre ellos, alfombras con diseños intrincados de flores, plantas y enredaderas. Una fiesta de color y alegría.

—¡Así que usted es la que ha hecho enojar al señorito de Salvatierra! —Entra al salón una mujer vestida de forma sencilla en estilo imperio, sin corsé, ropas sueltas y cómodas.

—¿Doña Inés? —pregunta Bernarda.

—Así es, soy yo. Es un honor tenerla en mi hogar, doña Bernarda. Su fama la antecede.

—¿Mi fama?

—Sí, su fama. En las tertulias se habla mucho de la novicia que ha desafiado al mundo para llegar a ¿dónde? ¿Lima, Buenos Aires? Da igual. ¡Al sur del mundo!

Bernarda está intrigada. ¿Cómo es posible que se hable de ella, si ella no ha hablado con nadie?

—¿Pero cómo? Yo solo he hablado de mi destino y de lo que estoy haciendo a muy pocas personas. ¿Cómo es posible que usted ya lo sepa?

—Mi querida niña, si me deja llamarla así, somos mujeres y las mujeres, de una u otra forma, lo sabemos todo.

—Tiene razón, doña Inés, de una u otra forma nos enteramos de todo.—Antes de poder continuar, la señora la interrumpe.

—Y quédese tranquila, que esta es mi ciudad y aquí yo mando. Los hombres que han venido tras suyo, aquí en el puerto de Cádiz no pueden hacerle daño, a usted ni a sus amigos, que por cierto los envié para que se aseen.

Bernarda daba gracias a la providencia por haberla puesto frente a ella a doña Inés, el tipo de mujer que todas debieran ser.

—Doña Inés, me disculpa, pero necesito preguntarle algo ¿Cómo logró llegar hasta dónde está? ¿Cómo una mujer puede ser como usted?

—Gracias a un buen hombre, mi esposo al que yo llamaba señor Tellería. Que lo único que sabía hacer bien era hacerme feliz.—Doña Inés miraba un gran cuadro con la pintura de un hombre, el señor Tellería—. El problema es que no sabía hacer negocios y llevó la empresa a la bancarrota. No me dijo nada y terminamos en la calle, fue muy difícil. Pero un cliente que él tenía en el nuevo mundo necesitaba transportar trigo desde un puerto a otro. Desde Valparaíso a Lima... ¡mucho trigo! Parece que una plaga había diezmado la producción de trigo en ese territorio, por lo que era necesario llevarlo con urgencia para aprovechar el alto precio. Mi esposo me dijo que tenía que firmar un contrato o algo o que nos debía pagar anticipado, pero no había tiempo para trámites y esperas y yo confié en el cliente y le pasé nuestra nave.

—¿Y qué sucedió? —preguntó Bernarda como una niña que escucha un cuento infantil.

—Ese cliente es mi mejor amigo. Nunca he estado con él, apenas me ha escrito un par de cartas, pero él nos salvó y nunca ha faltado

a su palabra y, mi querida niña, ese hombre la va a recibir a usted en su hacienda, don José Bugueño del Prado, un buen hombre.

Bernarda escucha atónita lo que decía doña Inés. Su destino no era de ella sola, su destino es el de todas las mujeres que se han confabulado para llevarla a Hacienda Marinas. Las de Madrid, la mujer de la posada, doña Francisca Piramonte, las abadesas y ahora ella. Le abruma darse cuenta de la responsabilidad que le han entregado, las esperanzas de una nueva vida para las mujeres en un nuevo mundo.

—Doña Inés, no sé qué decir. A usted no la conozco, pero siento como si hubiéramos compartido la vida, siento como…

—Si fuera tu madre —dijo la señora Inés.

—Sí, doña Inés —dijo Bernarda con un poco de vergüenza.

—Bernarda, tú eres hija de todas nosotras. Tú eres la hija que librará a las mujeres y harás lo que nosotras no pudimos hacer. Catalina te espera, ella ya comenzó, está colocando los cimientos, pero tú serás la que construya. La arquitecta, ese es tu destino.

—Lo sé, doña Inés, me he convencido durante este viaje desde Salamanca hasta aquí.

Doña Inés invitó a Bernarda a otra habitación, un estudio, estaba muy desordenado, pero limpio. Abrió las cortinas para que entrara la luz.

—Este estudio era del señor Tellería. Desde que falleció solo lo limpio, pero mantengo su desorden porque me gusta recordarlo así. —Continuó abriendo un cajón pequeño en un gran mueble con puertas de vidrio. Introduce la mano y saca un anillo de plata tallado con flores de lavanda— ¿Conoces este anillo, cierto? Es el mismo que llevas en tu cuello. ¿Sabes qué significado tienen estos anillos?

Bernarda solo atinaba a mover su cabeza afirmativamente.

—El señor Tellería, antes de partir, me dijo que algún día llegaría alguien a solicitar mis servicios, una mujer, me dijo, y «sea como sea debes llevarla a donde ella te diga», insistió, porque esa era su misión y me hizo jurar que a partir de ese momento sería mi misión también y me entregó su anillo —dijo sollozando, pero feliz doña Inés—. Y hoy me llega esta carta, esta carta que traes tú… ¿Sabes lo que dice?...

—No, no lo sé, doña Inés —respondía Bernarda emocionada.

—«La portadora de esta carta es tu misión». ¡Eso es lo que dice aquí, Bernarda! —gritó Inés mostrando la carta a Bernarda para luego sentarse y llorar—. Eres la misión del señor Tellería, ¡cómo me hace falta, Dios mío!—Y no dejaba de llorar, sufriendo la pena del duelo largo de dos seres que se aman, que se han perdonado y han compartido el alma.

Bernarda se acercó a doña Inés, la abrazó, la besó en la frente y le dio las gracias a ella y su esposo por ser como son, por estar allí para ayudarla. Le tomó ambas manos y se quedó en silencio con ella.

—Desde el día que él se fue siempre tengo una nave preparada, esperando para llevarte a ese lugar, alque tú me digas y que ahora sé es esa tierra mágica y, lo más increíble, Bernarda, es que la fragata que te espera ahora es la que nos salvó de la ruina total, mi amada Magdalena—dijo la mujer recuperando el habla poco a poco —. Bernarda, esto no puede ser simple azar, no puede serlo. Esto comenzó el día que don José Bugueño requirió de mi nave y al salvar nuestra compañía. El destino se aseguró de que tú puedas llegar allá. Somos el último eslabón de un plan, eso es lo que creo.— Doña Inés miraba fijamente a los ojos de Bernarda—. El señor Tellería ahora puede descansar en paz. Su misión se cumplirá.

Al despuntar el alba, Bernarda, Rugerio y doña Inés se dirigieronal muelle. De cerca los escoltaban los hombres de don Lucrecio. No dejarían sola a Bernarda hasta verla partir. La Magdalena se encontraba atracada y en espera de sus pasajeros. Rugerio se adelanta, se despide de sus ya amigos guardianesy sube al navío, cargando el equipaje de él y de Bernarda. El capitán lo asiste, lo conduce al puente y luego a la cabina donde se instalará la novicia.

Bernarda se despide de doña Inés, no sin antes agradecer por todo lo que conversaron y sinceraron. La señora sabe que entre Bernarda y Catalina existe una relación única, no la cuestiona, pero le advierte, como lo han hecho las otras mujeres con las que ha estado en este recorrido, «los hombres de iglesia jamás aceptarán el amor entre dos mujeres».

—Bernarda, mi niña, me parte el alma verte partir, pero sé que es tu destino. Quiero te lleves este presente.

Doña Inés le entrega una hermosa y fina caja de escritura inglesa de madera de caoba con bandas de latón dorado, una buena cantidad de plumas de ganso, un tintero de cristal y muchos cuadernos en blanco.

—¡Qué hermoso, doña Inés! Usted ha sido demasiado generosa conmigo —dijo Bernarda al ver el presente.

—Espero que no me olvides, Bernarda y me escribas. Cada vez que una de mis naves recale en el reino de Chile yo estaré esperando mi carta.

Bernarda y doña Inés se dan un gran abrazo de despedida. La joven, muy emocionada, sube al barco, no sin antes mirar atrás y pensar que a lo mejor esta será la última vez que verá España.

El capitán saluda y la invita a ver el puerto mientras La Magdalena se aleja de camino al destino más lejano del mundo, en el confín del sur; el reino de Chile y la Hacienda Marinas. Comienza a soñar mientras Cádiz se hace cada vez más pequeño en el horizonte con el reencuentro con Catalina, con volverla a ver y sentirla, abrazarla y besarla como lo hacían en Salamanca, pero ahora ya no en la oscuridad de las noches del convento, sino bajo el sol y las sombras de los bosques, respirando el aire de la nueva tierra.

Uno de los hombres de don Lucrecio, el jefe, observa hasta que el barco desaparece en la distancia, cumplió su misión. Pero alguien también mira de lejos, entre la muchedumbre, el asesino con la cicatriz en el ojo ha sido testigo de la partida de Bernarda y sabe hacia dónde se dirige. El peligro aún no termina.

El largo viaje transoceánico de Cádiz a Valparaíso en el año 1804 podría durar varios meses, de cuatro a ocho meses, dependiendo de muchos factores, entre ellos el clima, los tiempos de recaladas en los distintos puertos, la salud de la tripulación. Bernarda, durante toda la travesía, se dedicó a escribir su historia. Utilizó varios cuadernos de los que le regaló doña Inés que, sumados a los que ya había escrito, se estaba convirtiendo en una biblioteca. Siempre mantuvo una escritura clara y fácil de comprender, registraba las fechas de cada acontecimiento y momento vivido, no dejó nada fuera. Incluso

transcribió diálogos completos que tuvo con las mujeres en su largo recorrido de Madrid a Cádiz. Estampó los secretos más íntimos confidenciados por todas, incluida ella misma. No deseaba que su historia y el sacrificio de esas mujeres quedaran en el olvido.

Cada día el capitán y Rugerio la invitaban subir a cubierta para que apreciara la belleza e inmensidad del Atlántico, de los puertos del nuevo mundo, de las grandes olas del Cabo de Hornos, los fiordos del Estrecho de Magallanes, las misteriosas y gigantescas fogatas en las tierras remotas y el infinito del gran Océano Pacífico unido al cielo más estrellado y oscuro de la tierra.

Bernarda fue registrando cada sensación sublime de las vistas del enorme planeta que estaba descubriendo. Jamás pensó ni imaginado que habría de tener la fortuna de recorrer el mundo y ser más libre que nunca.

Seis meses demoraron en llegar a La Concepción, el primer puerto de recalada en el reino de Chile. Allí la autoridad el Capitán General de los Ejércitos del Rey, don José Gregorio de Poblete, ordenó al capitán de La Magdalena embarcar a dos hombres ingleses que eran parte de la tripulación de un bar co ballenero y que debían ser trasladados al puerto del Callao bajo custodia, pues se trataría de dos malhechores que debían ser juzgados. A regañadientes, el oficial de la nave de la Casa Tellería y Cía. accedió, pero encadenó a los hombres al mástil mayor por precaución.

Rugerio, en su ánimo de proteger a Bernarda, sugirió ya no subir a cubierta hasta arribar al puerto de Valparaíso, sospechaba de los hombres, pero no tenía pruebas como para que los demás vieran un peligro. Bernarda continuó subiendo a cubierta y con cariño le decía a su amigo que no se angustiara, sin embargo, él observaba la maldad en la mirada de uno de ellos, la forma de ver a la joven delataba impudicia.

Una fresca mañana primaveral de 1804 finalmente La Magdalena soltó su ancla en la bahíade Valparaíso. Bernarda no cabía en su ser de la emoción, habían pasado cuatro años desde la partida de Catalina a estas tierras y por fin estaban a un par de jornadas de volver a encontrarse. Todo el viaje desde Cádiz imaginaba cómo sería ese reencuentro; ¿Se reirían, llorarían, se abrazarían, todas las

anteriores? Pensaba una y otra vez. Las ya mujeres de 28 años con una historia en común, volverán a ser una sola.

Al igual que como lo hizo Catalina, Bernarda y Rugerio descendieron del navío en una balsa de cuero de foca que los acercó al pequeño muelle, pero a diferencia de la llegada de la primera mujer, estos viajeros sabían dónde ir y los guiaría el propio capitán de La Magdalena, quien conocía por mucho las bodegas de la hacienda y a su dueño don José Bugueño del Prado.

Valparaíso no podía ser más distinto que las ciudades que Bernarda conoció en su camino. Córdoba, Sevilla y Cádiz eran verdaderas metrópolis construidas con todo el poder de las riquezas de América, fastuosas, con enormes catedrales y palacios. Estilo señorial e imperial, pobladas y boyantes, centro de la cultura de Europa y el mundo. En cambio, el pequeño puerto de este reino tan lejos del mundo no tendría más dos mil habitantes, sus calles de tierra y sus construcciones pequeñas de adobe, como sin terminar, todo en un plano relativamente reducido.

Luego de unos pocos minutos de caminata llegaron a las bodegas de la hacienda. Adosada a un costado, la casa de los esposos Federico y Jacinta. Él, administrador de las bodegas y hombre de confianza de don José; ella, dueña de casa y sirvienta cuando el hacendado se encuentra en el puerto. El capitán del Magdalena toca la puerta y lo recibe Jacinta.

—¡Jacinta! ¿Cómo está?, ¡tanto tiempo…! ¿Un año tal vez? —Jacinta con gran alegría abraza al capitán.

—¿Qué ven mis ojos? ¡Usted cada vez más viejo! Jajaja.—La mujer se ríe y demuestra todo su cariño y aprecio por el capitán. Observa a los acompañantes, la monja y el hombre, preguntándose quiénes son.

—¡No, no me he casado, menos con una monja! Así que cambie su mirada, doña Jacinta, jajaja.—Bernarda observaba este trato sano de dos personas que se muestran aprecio y era todo lo que ella anhelaba encontrar aquí, estaba feliz con este primer acercamiento.

—Disculpe, doña Jacinta, no nos han presentado. Mi nombre es Bernarda de Salvatierra y voy al encuentro de… —Jacinta la interrumpe y grita.

—¡De doña Catalina! Usted es Bernarda… perdón ¿doña Bernarda? La religiosa compañera del convento, ella nos ha hablado mucho de usted… tanto que ya nos sentimos hermanas también. —Saltó de la puerta y la abrazó, con fuerza—. Doña Catalina se va a desmayar cuando usted llegue a la hacienda.

—¿Cómo está ella? —preguntó Bernarda.

—Está muy bien.

—¿Es feliz?

—Lo es y mucho, doña Bernarda, dice que encontró su destino.

Doña Jacinta y el Capitán observaron en los ojos de Bernarda algo muy profundo por Catalina, lo interpretaron como que la vida desde niñas en un convento en soledad, la rigidez de la vida monacal, sin duda habría creado un vínculo indisoluble entre ambas, más que hermanas y lo entendieron.

—Por favor, doña Bernarda, pase a nuestro hogar, me imagino que desea descansar y usted también. —Mostrándole el camino a ella y Rugerio.

—Federico está en la bodega, don José llega esta noche de la hacienda —le dijo Jacinta al capitán.

—Entonces comenzamos a descargar la nave, ¡manos a la obra!

Esa tarde, después de comer y asearse, Bernarda tomó una siesta, larga siesta. Jacinta le entregó la habitación que don José tiene en la bodega, amplia con un buen y cálido fogón. Una cama ancha de bronce, con sábanas de algodón y suaves cobijas del Callao, confeccionadas con lana de alpaca. En el suelo, alfombras cubren el piso frío, haciendo agradable el caminar descalzo. Arrimado al muro, una mesa y una silla con muchos papeles, probablemente de los negocios don José.

—¿Pero don José no la necesitará? —preguntó Bernarda

—No se preocupe, si hay alguien en su habitación, él duerme sobre los montones de sacos o telas o los cerros de trigo, así es él, toma su poncho se cubre bien y vamos durmiendo.

Al despertar de la renovadora siesta, ella y Jacinta fueron a la iglesia de la Matriz, a la misa de la tarde que oficia el hermano Pedro, uno de los monjes dominicos que viven allí. Este, al ver el hábito de Bernarda, se acercó a saludarla y le contó cómo su amiga,

Catalina, lo había salvado de una muerte segura hacía ya cuatro años. Ala vuelta, las mujeres cenaron y Bernarda se retiró a dormir. Rugerio no le quitaba un ojo de encima y decidió dormir en la puerta de la habitación haciendo guardia, como ya era su costumbre.

Avanzada la noche, un ruido despertó a Bernarda. Un golpe seco igual al que escuchó cuando Rugerio le partió el cráneo a su padre. Se sentó en la cama, trató de ver. La hoguera iluminaba la habitación, pero la noche era muy oscura y ella poco lograba mirar por debajo de la puerta. Se puso de pie, se acercó a la entrada de la habitación, con una voz suave llamó a Rugerio, pero la puerta se abrió violentamente y dos hombres se abalanzaron sobre ella.

—Take her head and cover her mouth, quickly!—ordenó uno de los hombres.

Bernarda sintió cómo uno de ellos se puso por detrás, la abrazó de sus hombros rodeándola con un brazo, mientras que con la mano del otro brazo cubrió su boca y parte de la nariz, casi ahogándola y la tiró al suelo de espalda con él atrás. Aterrada, reconoció al inglés que había abordado en La Concepción la nave de doña Inés y del que Rugerio estaba preocupado.

—Ok, Ok. Spread your damn legs!—le dijo a Bernarda.

—No, no, no, ¡Por favor! —decía Bernarda desesperada, mientras se arrastraba haciendo fuerza con sus piernas y apo yándose es sus talones, acarreando con ella al otro hombre.Pero las palabras eran silenciosas, no salían de su boca tapada por esa fuerte mano, sucia y mal oliente.

El que daba las órdenes desnudó a Bernarda rajando su inmaculado camisón de lino blanco, que es parte de su hábito de novicia franciscana, tomó la cruz y el anillo de Juan Pedro de su cuello y los arrojó fuera de su vista, con odio, luego separólas piernas de la mujer mientras se jactaba de su miembro erecto y duro. Bernarda, con la escasa iluminación de la habitación, podía ver bien y rogaba que no le hiciera daño. Al maldito no le importó el ruego. Se tiró sobre ella. Con la fuerza de un animal endemoniado y utilizando el peso de todo su cuerpo hizo presión contra la ingle de la novicia, destrozando toda su pureza y castidad, causando un profundo desgarro en los suaves tejidos femeninos con un dolor

infernal. Bernarda gritó en silencio. Su voz no lograba salir de entre los dedos de la mano del segundo criminal que aún seguía cubriéndole la boca, mientras el otro la penetraba, una, dos, tres veces, todas las veces que el maldito quiso para finalmente acabar en ella.

Casi desmayado y jadeante, como un perro con rabia, el violador se salió del cuerpo mancillado de Bernarda, que permanecía inmóvil, debilitada y sangrante por las heridas provocadas entre sus piernas, aun así el hombre se hincó, la miró con desprecio y la escupió en la cara.

—Your turn!—le dijo al otro que la sostenía por detrás.

Bernarda, que a pesar de estar débil permanecía consciente de todo lo que sucedía, seguía rogando y rogando, desnuda en el piso, sangrante de su intimidad y de su destrozada alma, pero de nada servía, los demonios no escuchan, ni menos respetan.

El otro criminal bajó sus pantalones y se arrodilló para violarla por segunda vez, pero una sombra, un hombre de pie con la mano izquierda enguantada lo tomó de los cabellos, lo levantó y mientras lo hacía con la mano derecha, también enguantada, atravesó un sable desde la parte baja de su espalda hacia arriba hasta perforar el corazón. Fue tanta la fuerza que aplicó, que la hoja siguió de largo y emergió por el cuello. Bernarda pudo ver cómo se asomaba la punta del metal brillante del estoque completamente ensangrentado bajo el mentón de su atacante a través de su garganta. El hombre de las manos enguantadas, arrojó el cuerpo con la espada clavada en él a un costado de la habitación dándole un golpe con el pie, inmediatamente alzó el lado izquierdo del poncho que vestía sobre el hombro del mismo lado con un movimiento amplio y simultáneamente tomó un pistolete que llevaba al cintoy disparó un certero tiro en la frente del que estaba de pie impávido frente al fogón, al primero en abusar de Bernarda, quien se desmoronó sobre sí mismo en el suelo sin vida.

Bernarda, sin todavía procesar todo, se arrastró desnuda fuera de la habitación, se acercó a Rugerio que estaba ensan grentado por el golpe recibido en la cabeza, no estaba muerto, aún no, pero sin

duda el impacto era fatal. Giró su cabeza para poder mirarlo a los ojos. Rugerio devolvió la mirada, pero no a ella, sino al salvador que estaba inclinado tras ella, se sacó el anillo de plata de su mano izquierda estiró el brazo y le dijo en perfecto latín.

—Missio tua est, eam debes accipere ad Catilinam (Ella es tu misión, la debes llevar a Catalina)

El hombre, el salvador, sacó el guante de su mano izquierda y recibió el anillo, lo miró, lo puso en la palma, lo apretó con fuerza haciendo un puño, miró directo a los ojos a Rugerio y asintió con la cabeza aceptando su misión.

Rugerio murió.

Capítulo 7. La Youtuber hermana Paula

La hermana Paula por lo general se acuesta a dormir muy tarde en la noche y se levanta mucho antes de la salida del sol. Es de aquellas personas que duermen unas tres o cuatro horas por día. Para ella no es de extrañar sentir un permanente cansancio, pero esta vez es más que eso, la visión está borrosa, siente un zumbido en su oído y la cabeza muy pesada, está sufriendo una alza de presión. También eso lo sabe porque no es la primera vez.

Hay personas que son de una capacidad intelectual a todas luces superior al promedio, Paula es una de esas almas que, a pesar de contar con una gran inteligencia, no logra entender que sin salud no hay nada más. Sufre una condición cada vez más común en el mundo moderno; es hipertensa. Fue diagnosticada hace años y nunca ha tomado en serio los cuidados que le han sugerido y las indicaciones.

—Paula ¿Qué sucede? ¿Te sientes mal? —le pregunta la hermana Sofía, botánica encargada del herbario del monasterio y a quien todas acuden cuando Paula está así.

—Recuéstate aquí en el sofá, que te voy a tomar la presión.

—Me siento bien, no es necesario, Sofía.

—Lucía, súbele la manga del brazo para poner el brazalete. ¡Y quédate tranquila, Paula, por favor! —Lucía sabía cómo hacerlo, porque esta no es la primera alza de presión de Paula. La hermana Sofía tenía diseñado un plan de emergencia, un procedimiento para cuidar a su amiga en estas situaciones,

Sofía introduce el brazo al brazalete hasta pasar el codo, luego une el velcro de cierre comenzando a ejercer presión sobre el bíceps, finalmente conecta la manguerilla que cuelga al aparato, al tensiómetro.

—Paula, no te muevas ni hables, tú sabes cómo es esto.

El brazalete comienza a llenarse de aire y presiona el brazo de Paula quien tiene una expresión de desagrado, nunca ha sido una paciente fácil. El medidor electrónico muestra los primeros números hasta que el inflado se detiene y suena una alarma indicando que ha finalizado.

—Dios mío, Paula, estás sobre los 190 y está subiendo.¡Nos vamos al hospital ahora! Ayúdame, Lucía, a subirla al coche y avisa después a urgencia que vamos en camino y también al doctor Ferrer.

Salen en el coche del monasterio y en pocos minutos arriban al sector de urgencia del Hospital de Marinas, que está bastante cerca. Allí la esperan con todos los equipos de resucitación y el cardiólogo de turno. No es la primera vez que Paula llega así, por lo que también tienen su propio plan de emergencia. Es una paciente de alto riesgo. Un enfermero se acerca y saluda a la hermana.

—Hola, Paula, hoy me toca a mí, la última vez que estuvo por acá le tocó a mi compañero, así que usted me recuerda qué debo hacer.

—Roberto, no seas burlón conmigo, sino, te juro que te acuso con tu mamá y le digo que fuiste un pesado conmigo—alegó Paula totalmente mareada pero con expresión alegre.

—Mi madre le va a decir lo mismo que yo le digo ahora… Queremos hermana Paula para rato.¡Ya pues, tiene que cuidarse!

—Lo sé, Roberto, lo sé, es que soy muy testaruda.—Paula tomó con cariño la mano del enfermero mientras este la pasaba a la camilla con ruedas para llevarla al box de urgencia.

—Ahora tranquilita, Paula, que nosotros nos hacemos cargo.

En el box de urgencia número tres la espera el cardiólogo de turno más el equipo de reanimación completo, por si sufre una descompensación. Inmediatamente comienzan a conectar los electrodos y una de las enfermeras introduce una aguja de venopunción en su mano para suministrarle suero, mientras el médico comienza medir su presión sanguínea, la que aún sigue peligrosamente alta sobre 200. Paula tiene tomada la mano de Roberto, el enfermero, mientras él le acaricia la frente para que esté calmada. Ella siempre se asusta en estas situaciones y necesita estar acompañada, mientras espera la llegada de su madre Florencia o de

Gladys, su amiga de la niñez y enfermera jefe del Hospital de Ciudad Marinas.

El médico de cabecera de la hermana acaba de sumarse al box de urgencias. Es el afamado doctor Felipe Ferrer, Cardiólogo Jefe de la Unidad Coronaria del hospital y uno de los mejores amigos de Paula.

—Hola, Paulita, ¿cómo te sientes?—le pregunta el doctor, mientras se informa con el equipo del estado de Paula.

—Lo mismo de siempre, Felipe, mareo, problema de visión, pesadez y la presión alta.

—¿Quién te trajo? ¿La hermana Sofía?

—Sí.

El doctor Ferrer comenzó a dar una serie de instrucciones, conocía muy bien a su paciente. Le aplicaron una serie de medicamentos de urgencia para bajar la presión y lo logró en pocos minutos. Luego la estabilizaron en niveles de menor peligro, aún alta, pero disminuyeron el riesgo.

—Paula, te voy a dejar aquí en urgencia en la noche, no vas a dormir bien pero estás con todos los equipos conectados y prefiero no moverte.

—Felipe, ¿le avisaron a mi madre? —Necesitaba saber la monja.

—Sí, entiendo que viene en camino desde la finca. En todo caso Gladys está por llegar, me dijo que se queda contigo toda la noche.

—No quería molestarla, qué buena persona es.

—Trata de relajarte y dormir. Paulita, aquí te van a cuidar, solo trata de descansar.

—Gracias, Felipe.

Antes de dejar a Paula, el doctor entregó varias órdenes para que se le hagan distintos estudios que verá con ella en la mañana. Gladys, su amiga, llegó unos minutos después y se quedó la noche acompañándola. Su madre, Florencia, estuvo poco rato, a su edad le cuesta estar despierta hasta tarde en la noche, así que se fue a la casa de la familia en la plaza central de la ciudad y quedó de volver al día siguiente.

La hermana Paula tenía un problema de salud muy grave relacionado con su presión sanguínea. Ella es hipertensa crónica,

pero ha sido irresponsable en su cuidado a ojos del doctor Felipe Ferrer, el gran cardiólogo del hospital de Marinas y ella lo sabía. Nunca siguió los tratamientos y consejos de mejorar su estilo de vida para mantener bajo control su condición; las extensas jornadas de trabajo, el estrés constante de sus obligaciones, la falta de una rutina de ejercicios y una alimentación poco equilibrada estaban pasando factura.

El alza de presión abrupta por la que fue trasladada de urgencia la noche anterior al centro médico no era la primera, sino que una de muchas urgencias. Su cuerpo le estaba entregando un aviso, pero ella no lo escucha. En la mañana, con los estudios finalizados, el resultado es lapidario, está en serio riesgo de sufrir un ACV (Accidente Cerebro Vascular) o tal vez un infarto al corazón en cualquier momento.

—Hermana Paula, los exámenes no están nada de buenos y me vas a perdonar, pero lo hemos hablado ya demasiadas veces —decía el doctor Felipe Ferrer a la hermana Paula, que yacía acostada en la habitación número trescientos quince del Hospital de Marinas, luego de estar toda la noche en urgencias—. No quiero ser brusco, pero con la presión así de alta, el colesterol «bueno», el HDL, en niveles bajísimos, el azúcar por las nubes y tu estilo de vida que casi no duermes y solo trabajas… más temprano que tarde vas a acompañar a doña Catalina en el cielo, hermana Paula,¡por Dios!—le hablaba el doctor ya con un grado de enojo, pero debido al gran cariño y aprecio que tiene por ella.

—Lo sé, Felipe, pero no puedo dejar mis tareas. Todavía hay mucho por hacer.Y, por favor, llámame por mi nombre, ¡si somos amigos del colegio!

—No te voy llamar por tu nombre hasta que descanses y tomes en serio tu presión.

—No seas niño.

—No, tú no seas niña, hermana Paula y hazme caso por favor… tu vida está en juego, ¡pero parece que no te importa!

—Sí, me importa, pero no puedo, todavía me faltan muchas cosas por terminar.

—Y por qué no buscas alguien que te ayude, hermana Paula.

—Ya, Felipe, deja de insistir, me llamo Paula incluso tú me puedes decir Paulita.—Seguía insistiendo Paula con expresión de niña malcriada, intentando hacer más amena la noticia de su salud.

Gladys, su amiga enfermera era testigo una vez más de esta discusión desde hace ya varios años. La hermana Paula, la religiosa mediática famosa en toda América Latina y el doctor Felipe Ferrer sino el mejor, uno de los mejores cardiólogos del continente, discutiendo como niños sobre la enfermedad de la religiosa.

El médico y su amiga quieren que se interne dos semanas en el hospital para poder hacer estudios más profundos que le permita ver el real daño de sus sistemas y a partir de esa información aplicar un tratamiento adecuado, aunque en realidad lo que pretenden es darle unos días de descanso y desconectarla de todas sus tareas, bajar el estrés y la ansiedad con la que vive. Eso en algo ayudará a bajar su presión sanguínea, al menos por un tiempo.

—¡A ver! —dice la enfermera interrumpiendo.

—Hermana Paula, tú debes cuidarte, así de simple.Yo que tú, Felipe, la dejo aquí dos semanas en el hospital y la pones a mi cargo.

—Ah no, lo único que faltaba…¡tú, Gladys! mi amiga del colegio traicionándome.¡Y no me llames hermana! ¡Me llamo Paula, así a secas!

—¿Qué quieres que escribamos en tu lápida? Porque para allá vas, HERMANA PAULA, bastante rápido. ¿Qué prefieres?,«la hermana testaruda» o prefieres «Paula la testaruda»—dijo Gladys también molesta con Paula.

—¡Yaaaaa Ok! ¡Dos semanas me quedo aquí, dos semanas! Pero les juro que si no me llaman por mi nombre me voy.

—Me parece bien, Paulita, es lo que debes hacer. ¿Qué opinas tú, Gladys?

—Estoy de acuerdo con Paulaaaa... —Gladys se acercó donde Paula y, como amigas íntimas que fueron desde niñas y siguen siendo, se arrojó en la cama a su lado, la abrazó y le dijo—¿Una «pijamada» de niñas esta noche?

—Ay, Gladys, que te quiero, amiga, y a ti también, Felipe, gracias a los dos —dijo Paula mirándolos con todo el cariño que les tenía.

—Necesito que le avisen a Cayetano.

—¡Ay, Cayetanoooo!… ¿Y quieres que le demos un horario de visita especial? —manifestó Gladys tomándose un mechón de pelo y haciendo un rulo con el dedo índice.

—Ja ja ja… mira cómo me río, Gladys, muy divertida.¡A ti también te gustaba en el colegio… reconócelo! —Ambas amigas se abrazaron y rieron con complicidad, esa de las niñas cuando hablan de novios.

—Paula, Gladys ¿Pueden tomar en serio lo que estamos hablando? —Dispuso el doctor con mucha responsabilidad.

—¡Nooooo! ¡Jajajaja! —gritaron las mujeres y siguieron riendo. «No hay caso», pensaron las amigas «es tan de los hombres no poder reír en momentos difíciles».

Fiel a su estilo, Paula hizo que sus «chicas de la producción», como llama a las religiosas que trabajan con ella en la realización del programa de televisión por Youtube hermanapaula.tv, entreguen un comunicado explicando su retiro por dos semanas de la pantalla debido a su situación de salud. Sin esconder nada, pero tampoco escandalizando. En su reemplazo estará la hermana Sofía, la gran botánica que tiene a su cargo el mundialmente famoso Herbario del Monasterio.

Sofía había demostrado condiciones naturales para hablar frente a las cámaras y, al igual que Paula, ama debatir, discutir y conversar sin rodeos. En muchas oportunidades había tenido deferencias incluso con Paula respecto de algún acontecimiento o noticia del que hacer nacional o internacional y ambas debatían de cara al público en hermanapaula.tv. La audiencia manifestaba su opinión en línea. Ese es el valor del programa, la sinceridad y amplitud de los temas que allí se tratan semanalmente y la participación de los televidentes.

La noticia de la hospitalización se corrió como aceite y muchos reporteros se apostaron en los patios del hospital a la espera de un reporte diario de su estado salud. Gladys se preocupó de que su amiga no viviera una situación de exposición incómoda y realmente durante dos semanas Paula pudo descansar y olvidarse de quién era

por unos días. En compañía de la señora Florencia, su madre, pudo volver a ser niña y sentir el amor de ella.

Se enteró por su madre que la casa de la plaza, la gran propiedad colonial de la familia que construyeron sus antepasados y que fue el centro de Hacienda Marinas hace más de doscientos años, habían decidido convertirla en un Hotel Boutique. Una compañía internacional especialista en este tipo de hoteles les ofreció un muy buen contrato, que además de las condiciones monetarias favorables, respeta todo el estilo de la casona y lo combina con la modernidad de un servicio de cinco estrellas. En menos de un mes comenzarían un proceso de restauración completo, que podría durar hasta dos años. Paula está contenta por su madre, sus tíos y sus primos, ya que todos comparten la propiedad de esa magnífica construcción. También se presentó la amiga de la familia y de su madre, Dorotea de los Ríos, conversaron animadamente, Paula preguntó mucho por Juanita la periodista e investigadora que estaba dando que hablar en los medios por sus artículos. Dorotea le habló con los ojos llenos de orgullo de su hija «se parece mucho a ti, Paula, es muy estudiosa y trabajadora», le decía.

Durante esta estancia en el hospital sus amigas se turnaron para acompañarla. La hicieron reír hasta llorar. Por cada una se enteró de todas las historias de la ciudad quedando al día en los temas sociales. Una tarde Gladys organizó un «hospital shower» una especie de baby shower pero en el hospital para celebrar a las amigas que son abuelas y las que pronto tendrán nietos, fue una gran iniciativa. Se divirtieron mucho. Paula estaba realmente feliz y sus amigas también por ella.

Una de las visitas más esperadas fue la de Cayetano, quien concurrió a nombre de la iglesia y en particular del obispado. Se hizo acompañar de Alberto, otro sacerdote y secretario personal. Fue más bien un encuentro protocolar, frío y distante. Paula conoce bien a su amigo y sabe que no es su fortaleza demostrar afectos, pero lo estima mucho y le perdona su actuada apatía. Gladys le dijo «parece que vino con la ley del hielo» y ambas rieron a carcajadas.

A pesar de todas las visitas y las muestras de cariño, la religiosa no dejaba de pensar en su realidad. A sus53 años había asumido

una cantidad importante de compromisos laborales: dirigir su canal de Youtube hermanapaula.tv, ser parte de la junta directiva del monasterio y de varias otras obras de caridad en las que participa activamente. Además dicta charlas y conferencias en distintos foros internacionales y rara vez rechaza una invitación para participar en debates académicos en las universidades. Para ella, compartir con los jóvenes era mucho más que un apostolado, era una necesidad, hablar sin tapujos sobre los temas que interesan a quienes están iniciando su vida adulta, la apasiona y la revitaliza.

Toda esa carga de responsabilidades sumado a las pocas horas de sueño y descanso estaban pasándole la cuenta a su presión sanguínea y todo su cuerpo. Finalmente, los resultados de los estudios médicos están disponibles.

—Paula, tengo los estudios que hicimos en estos días —le dijo el doctor Felipe Ferrer en compañía de Gladys, la enfermera.

—Felipe, tu expresión me dice que no traes buenas noticias… Vamos, que ya estoy grandecita. Dime todo sin filtro.

—Amiga mía. —El cardiólogo se sentó en la cama junto a Paula y tomando su mano continuó—. La conclusión es que ya hay un daño renal importante. Todavía no deberás someterte a diálisis, pero vas camino a eso. Ahora bien —continúa el doctor—, si hay este daño en tu riñón, significa que el resto del sistema también está dañado, lo que aumenta el riesgo de que tengas un infarto o un derrame cerebral. Paula, cuando digo que aumenta el riesgo, es que será casi seguro que tendrás un ACV (Accidente Cerebro Vascular) dentro de los próximos años.

—¿Cuántos años, Felipe?

—Eso es difícil de responder, Paula, pero podrían ser dos o tres de acuerdo a la estadística que manejamos los médicos.

—¿Y hay forma de revertir esta situación? ¿O tal vez detenerla?

En ese instante ingresa Gladys a la habitación, coge una silla y se sienta al costado de la cama de Paula, con sus manos toma la mano izquierda de Paula y comienza a acariciarla cálidamente.

—Los medicamentos ayudan mucho, pero sin duda es el estilo de vida el que debes modificar. ¡Gracias a Dios no eres fumadora! Eso

ya es una ventaja—explicaba Felipe con preocupación, pero sereno —. Paula, lo hemos hablado tanto… comienza a hacer deporte, deja de lado las responsabilidades o al menos la mayoría, descansa más, puedes viajar unos meses o ir a la casa de tu familia en la playa y relajarte. Paula, sabes lo mucho que te queremos, debo decírtelo con toda honestidad, tu vida está en riesgo si no haces algo hoy. — Finalizó el doctor como dando una sentencia a la paciente.

—Voy a seguir tu consejo, Felipe, voy a dejar mis responsabilidades. Buscaré las personas adecuadas para que continúen por mí y dedicaré lo que me queda de vida a escribir, de verdad no quiero morir—dijo con una expresión de terror que nunca habían visto en ella.

En ese momento Gladys y Felipe abrazaron a Paula. Ofrecieron todo su apoyo y ayuda en esta nueva etapa y se comprometieron a cuidarla y estar a su disposición las veinte y cuatro horas.

—Quiero que no informen nada aún, salvo un parte médico por ti, Felipe, indicando que me estás recetando descanso, pero que todo está dentro de lo normal.

—¿Cayetano? ¿Qué hacemos con él? Más que mal es tu obispo y tu amigo —consultó Gladys

—Tú sabes cómo es él, se va a preocupar y le costará mucho ser discreto. Es un buen hombre, pero sus emociones a veces lo traicionan. No lo alarmemos. Con su trabajo tiene suficientes temas que atender. Yo hablaré con él.

Una hora más tarde, el doctor Felipe Ferrer cita a una conferencia de prensa para informar el estado de salud de la hermana Paula. Los medios noticiosos se agolpan en el auditorio del hospital para lograr la exclusiva, o al menos unas buenas imágenes. Informa que Paula ha recibido el alta y que los estu dios hechos muestran que «su estado de salud está dentro de lo normal y esperable para una mujer de la edad y condiciones de ella», en pocas palabras, Felipe Ferrer dice nada.

En la ciudad de Santiago, Juana de los Ríos, la famosa periodista e investigadora nacida en Ciudad Marinas e hija de la gran amiga de la familia de Paula, doña Dorotea, ha seguido con mucha atención los sucesos relacionados con la hermana Paula y su hospitalización.

Más que mal fue su profesora en el Colegio Santa Bernarda y una confidente en momentos difíciles que debió sortear de niña y por eso sentía un lazo especial con la religiosa. El comunicado no la dejó tranquila, al no dar más información, y de acuerdo a su experiencia, la situación de Paula debe ser muy grave. Observando las imágenes del punto de prensa le llama la atención un anillo, al parecer de plata, en el dedo meñique de la mano izquierda del doctor, no es de esos que están de moda tampoco cuadra con el estilo del doctor, «qué extraño», pensó. Nunca imaginará que nuevamente lo volverá a ver, pero en otra mano.

La hermana Paula es trasladada al monasterio donde la reciben todas las religiosas con aplausos y muchos abrazos. Sofía había preparado su habitación con un monitor que permitiría comprobar la presión sanguínea en todo momento, pero estuvo muy poco rato porque Paula le dijo «estás exagerando, Sofía» y solicitó que la retire. Lucía había preparado una rica infusión de manzanilla, que tanto le agrada y relaja a su mentora.

Todas en el monasterio estaban felices de tener a Paula de vuelta, no era lo mismo sin ella. Se aseguraron de que guarde reposo y compruebe su presión varias veces al día. Comenzaron a hacer caminatas a los cerros y a alimentarla mejor con una dieta compuestas por vegetales, proteínas magras, menos grasas y por supuesto nada de sal. Siempre con la idea de ayudar a Paula en su recuperación, nunca la dejaron de acompañar y animarla en su nueva vida, aunque ella sabía que ya era tarde, que ya no hay mucho que hacer por su salud, agradecía los esfuerzos de sus hermanas. El daño en su cuerpo detonaría en cualquier momento lo inevitable, su muerte o, peor aún, una hemiplejia como consecuencia de un derrame cerebral, siendo este su mayor temor.

Poco a poco Paula comienza a retomar sus responsabilidades, pero con otro ritmo y menos estrés. Se sienta a leer los distintos documentos que debe autorizar o requieren su visto bueno ya no en su oficina del monasterio, sino en las vertientes, que lo adopta como su nuevo despacho. Cada mañana camina a través del bosque, respira bocanadas de aire puro y frío y se sienta en la explanada a un costado del estanque que, al recibir los rayos del sol, brilla aún

más de lo que naturalmente se ilumina la zona. Las visitas las recibe allí, en medio de la naturaleza. Algunos se extrañan, pero al poco rato reciben las energías de ese mágico espacio y sienten una alegría que no pueden describir. Sofía sigue a cargo del programa en Youtube y lo ha hecho muy bien, pero el público pide saber sobre la hermana Paula, aunque entienden que se encuentra en recupe ración.

Lucía la acompaña durante toda la mañana. Va y viene al monasterio con las mejores infusiones y los distintos periódicos del día. Siempre tiene una excusa para correr ida y vuelta muchas veces en la mañana. Mientras Paula revisa documentos y carpetas, ella lee en voz alta las noticias, pero siempre parte y corre sin finalizar de leerlas, lo que a Paula le produce mucha risa «es mejor estar medio informada a nada», pensaba.

—Paula ¿quién es ella? —pregunta una mañana Lucía indicando la fotografía de una mujer inserta en un artículo de portada en el principal periódico de Chile. Paula creyó reconocerla, pero no estaba segura.

—¿Cómo se llama, Lucía?

—Aquí dice… Juana de los Ríos.

—¿Me prestas el periódico, por favor?

—No.

—Perdón, Lucía ¿lo puedes leer, por favor?—le solicita Paula a la joven entendiéndola como es ella, a veces un tanto difícil.

—Sí.

Lucía comenzó a leer el artículo que iniciaba en la portada y continuaba en las páginas centrales del matutino. En él se describe la historia que divulgó otro medio, en donde la investigadora Juana de los Ríos detalla una mega defraudación al estado por más de treinta años y que sus cabecillas son los distintos políticos que ostentaron el poder en esos años. El periódico destaca el revuelo de la investigación y realza la seriedad de la autora en sus argumentos y fuentes.

—Lucía, ahora me entregas el periódico.

—Sí. —Como Lucía lo había terminado de leer, lo entregó a Paula.

—Lucía, ¿por qué te has fijado en ella? ¿Alguien te lo ha dicho?

—Fue la señora monja de mis sueños.

—Mi pequeña niña. ¿Sigues soñando con ella?

—Sí. ¿Es malo?

—¡No! Para nada, Lucía, al contrario, si a ti no te provoca miedo o algo malo, está bien.

Lucía quedó llena de satisfacción por saber que en sus sueños, en donde le habla una monja anciana, no solo no es malo, sino que a Paula no le preocupa y eso para ella es de lo más importante.

Paula comprobó con sorpresa que la mujer del periódico se trata de quien ella pensaba, Juanita, la que fuera su alumna y sobrina de Cayetano. La monja de los sueños la estaba guiando nuevamente, como lo había hecho en tantas otras oportunidades, siempre a través de la niña Lucía. En los días siguientes solicitó toda la información que se pudiera de ella y constató todas las habilidades de la joven que alguna vez acogió cuando, siendo una adolescente, fue tan maltratada por el anterior obispo.

Esta noticia reactivó en Paula la necesidad de avanzar en su reemplazo y fijó su vista en Juana de los Ríos como la potencial sucesora. Antes de continuar con el reemplazo es necesario conocer la opinión de todas las religiosas, sus hermanas y que estas aprueben la propuesta.

Las religiosas del Monasterio de Nuestra Señora de Salamanca son las herederasde la tradición centenaria de las Mujeres de Madrid y una decisión de esta importancia se debe efectuar en el antiguo bodegón que se encuentra camino del bosque. Su construcción data de más de 150. Tiene forma circular, como la casona de Madrid, según lo describió doña Catalina en alguna oportunidad o al menos eso creían, porque nunca ha estado muy clara la razón de su forma. En el centro un fogón que entrega luz y calor. Sobre este, en el techo, hay un tragaluz redondo por donde se puede observar el cielo estrellado. El piso es completamente de adoquines de piedra. El techo está cubierto con teja española de arcilla y es soportado por columnas de madera talladas simulando pilares romanos. En cada uno y en distintas ubicaciones del ruedo muchas macetas contienen plantas florecidas de lavanda. En el ambiente se respira el suave aroma de esa flor.

Ahora son ellas, antes fueron otras religiosas y novicias y sus antepasadas hasta converger en la misma Catalina y Bernarda, quienes sentaron las bases de esta gran organización en esta parte del mundo. Las decisiones que se deben tomar este día ameritan que todas estén presentes y renueven su compromiso con el sueño de las Mujeres de Madrid, por esto han viajada religiosas de todas las regiones y países en donde están presentes en América.

Luego de unos minutos de conversación y reencuentro, una de las religiosas de mediana edad arroja un polvo violeta en el fogón, el que chisporrotea y libera un agradable perfume con olor a lavanda dando con este acto el inicio al cónclave. La religiosa de mayor edad, la anciana, comienza a hablar.

—Mis queridas hermanas, les quiero dar la más cordial bienvenida. Tu nobiscum es (Estás con nosotras)

—Tu nobiscum es—responden todas.

—Hoy estamos renovando nuestro sueño, nuestro compromiso con las primeras que estuvieron aquí, doña Catalina y doña Bernarda, que desde España fueron enviadas por las Mujeres de Madrid hace más de doscientos años a cambiar la historia y convertir nuestra sociedad en un lugar donde habiten hombres y mujeres como iguales. Sin duda estamos más cerca que en esos años de lograrlo, pero no tan cerca como quisiéramos. —Hace una pausa para beber un sorbo de agua de las vertientes que contiene un vaso al alcance de la mano—. Nuestras antepasadas lograron muchas cosas; el Monasterio de Nuestra Señora de Salamanca, como la cuna del conocimiento primero para las religiosas que llevaron nuestro ideal a otros países y luego el Colegio Santa Bernarda, en el que formamos hombres y mujeres libres de la atadura de la segregación por género.

Todas las asistentes vitorearon a la anciana quien, con vehemencia, reafirmó el sueño original.

—La llegada de las nuevas tecnologías nos llevó a encontrar otra ruta más para difundir nuestra creencia en un mundo basado en el conocimiento y el justo equilibrio entre hombres y mujeres. Es así como la hermana Paula descubrió en las redes sociales una poderosa herramienta que entrega libertad de opinión y principios basados en

la no discriminación, dando el ejemplo ella y las religiosas de este monasterio de valores como el respeto a las personas y a sus ideas, el respeto a sus creencias, el respeto al debatirlas y a escucharlas. Este modelo ha consolidado una audiencia de jóvenes que atesoran como valor fundamental la sinceridad, la transparencia y el respeto a todos por igual.

La anciana, visiblemente cansada, toma otro sorbo de agua revitalizante, mira a Paula y continúa.

—Hoy, mis amigas, debemos tomar una decisión dura, que no me habría gustado proponer yo, sino que alguien distinto a mí en muchos años más. Lamentablemente a veces los planes deben cambiar no por nosotras, sino porque la naturaleza es quien nos gobierna y debemos aceptar el destino que nos ponga delante, sea de nuestro agrado o no. Nunca debemos olvidar las sabias palabras de Homero en el gran clásico La Ilíada «Ningún hombre o mujer nacido, cobarde o valiente, puede eludir su destino».

Las religiosas y novicias presentes asintieron con la cabeza, como queriendo decir que están de acuerdo con Homero. La anciana continuó.

—Paula, por favor, pasa adelante y cuéntanos qué sucede. —Comenzó un murmullo en la sala. Todas saben que una reunión así con todas presentes es para definiciones importantes, pero en las citaciones nunca se explica la razón de la reunión.

Paula se pone de pie. Está muy nerviosa y sensible. Ha sido toda una vida dedicada al movimiento y a Dios y también una religiosa que ha dado cumplimiento cabal a sus votos sagrados que tomó hace ya treinta años. Ahora debe proponer una sucesora y, aunque ella cree que es la indicada, no necesariamente será escogida por las mujeres.

—Tu nobiscum es (Estás con nosotras)—comienza diciendo Paula.

—Tu nobiscum es—responden todas.

—Como me imagino, se enteraron que mi salud hace unas semanas no estuvo bien… hablo en tercera persona, porque yo estoy bien, el problema es mi salud.

Como siempre, Paula se esfuerza por romper el hielo con algún chiste, nunca le ha gustado dar lástima. Las mujeres sonrieron y la aplaudieron, como sabiendo que necesita más ánimo que nunca en ese instante.

—Sin entrar en más detalles solo debo decirles que tomé la difícil decisión de retirarme y dejar todas mis responsabilidades. Mi salud, esa sombra que nos acompaña a todas, en mi caso no es buena compañía, por el contrario, quiere dejar de serlo y eso puede suceder en cualquier momento.

Las mujeres comenzaron a mostrar expresiones de pena, ca riño y preocupación por Paula. Todas allí se conocen de siempre, así que la memoria se cruza entre las generaciones y los afectos.

—No voy a ahondar más, solo vamos a votar como doña Catalina nos enseñó hace dos siglos, apuntando con el dedo a quien creemos debemos elegir como mi reemplazo. En frente, como podrán ver, hay dos cubos de piedra blanca iguales. Cada uno tiene un sobre de color azul encima. Uno de los sobres tiene escrito un nombre en el interior. Los sobres los dejó Lucía, a quien todas conocen, mi angelito y ni siquiera yo sé cuál es el que tiene el nombre escrito. Si la mayoría señala la misma piedra con el sobre escrito en su interior habremos aprobado mi propuesta.

Comenzó un murmullo. Paula no había conversado con nadie quién era su propuesta. Quería que la magia de doña Catalina y de Bernarda se expresara como siempre lo había hecho desde su propio nombramiento y el de muchas otras. Es el destino el que se hace presente y del que no se puede escapar.

—¿Están listas?

—Lo estamos —dijeron al unísono.

—Uno, dos y tres.

Automáticamente todas las mujeres presentes, incluida Paula, apuntaron la piedra de la izquierda. Paula se acercó y confirmó que el sobre seleccionado contenía el nombre escrito. Una vez más la magia de Marinas se hacía presente.

—Mis hermanas, se aprueba la propuesta. —Las religiosas aplaudieron y se alegraron del resultado. No fue una mayoría, fueron todas.

—¿Quién es? —preguntó Sofía.

—Sofía ¿Crees en que este lugar es mágico? ¿Lo creen ustedes? —preguntó Paula dirigiéndose a todas.

—¡Por supuesto! —dijo Sofía y las demás religiosas.

—Pues bien, acabamos de escoger la primera mujer que nos dirigirá y se asegurará de continuar el legado de doña Catalina y doña Bernarda que no es religiosa.

Hubo un silencio tal, que el zumbido de un mosquito habría retumbado en el bodegón. Más de doscientos años y tendrían por primera vez como su guía a una mujer que no está dentro de las paredes de un monasterio. La duda comenzó a recorrer cada rincón del salón. ¿Habrá cambios? ¿Tal vez se termine el monasterio? ¿Cómo una civil puede manejar los destinos de un grupo de religiosas? Empezaron a inquietarse.

—Tranquilas, tranquilas, hermanas. No debemos olvidar que nuestro destino, sea cual sea, es parte de lo que somos y estamos obligadas a aceptarlo. Estoy segura que nuestra elección ha sido correcta porque al no ser religiosa, tendrá más libertad para cumplir nuestro sueño.

—Pero ¿quién es? —Volvió a preguntar Sofía.

—Es Juanita de los Ríos.

—¿Qué? La hija de doña Dorotea y sobrina de don Cayeta no. ¡Paula, ella nos odia!

Entre las religiosas una levanta mano para hablar, es Fernanda Fisher, la mejor amiga de Juana en el colegio.

—Tranquilas, hermanas, estén tranquilas y felices, porque yo conozco a mi amiga Juanita. Es un alma noble que apenas sepa que la hemos elegido va a estar feliz y se va preocupar de ser una gran guía. ¿Paula, cuando le vas a confirmar? ¿Está esperando fuera del monasterio? ¿La voy a buscar?

—Fernanda, bueno ese es un problema… ella no sabe que la elegimos, ni siquiera sabe que votamos, tampoco sabe que la postulé, en realidad sabe nada de nada.

—Jajaja.—Sofía comenzó a reír y contagió a todo el resto, que también hizo lo mismo.

—Sofía, la verdad que no es gracioso —dijo Paula.

—La verdad que no, pero ¿qué más podemos hacer, Paula? ¿Llorar?

—Votar de nuevo —dijo Lucía y todas la miraron como diciendo, tiene razón.

—Me parece lo correcto —dijo Sofía dirigiéndose a Paula y la religiosa anciana, que apoyó la idea.

—Lucía, ve y cambia los sobres, para que podamos votar de nuevo.

—Bueno, Sofía, voy y vuelvo. —Lucía hizo como que cambiaba el sobre, pero dejó el mismo en cada piedra. Sobre el azar no hay nada escrito, pensó.

—Ya, Paula, está listo.

—¡Bien, vamos a votar! Uno, dos, tres.—Todas apuntaron, nuevamente y sin excepción, la piedra de la izquierda. Paula va a abrir el sobre.

—¡Esto es increíble, volvimos a elegir a Juanita!

—Será Juanita entonces y no se discuta más, debes comunicarte con ella y hablarle—dijo la anciana.

—No quiero contradecirla, pero pienso que ella debe hacerlo de manera voluntaria, luego de conocernos—manifestó Paula.

—Y ¿cómo piensas hacer eso?

—No lo sé, Sofía. —En ese instante la anciana se acerca a Paula y le dice en el oído.

—Entrégale la misión a Cayetano.—Paula la mira y aprueba con un movimiento hacia abajo de su cabeza.

La reunión finalizó no sin inconvenientes por los grandes cambios que las religiosas creen se podrían dar en el futuro. Aunque todo pensamiento ahora es infundado, siempre la duda existe hasta no ver la realidad. ¿Será Juana la persona idónea para dirigir al grupo en los próximos años? Esa respuesta nadie la tiene, salvo las fuerzas que movieron las manos de las hermanas en una u otra dirección durante la votación.

Paula se retira acompañada por la hermana Sofía, que debe ayudarla en el trayecto al monasterio y luego a la habitación. La reunión fue extenuante y cada día se resiente más su salud.

—Sofía, ¿aún crees en mí y en mis capacidades?

—Sabes que siempre soy honesta contigo y sí, creo en ti, pero estoy asustada de los cambios que podrían llegar con Juanita. Somos una gran organización, Paula, ¡son doscientos años de trabajo! ¿Por qué ella? ¿Qué tramas con nombrarla? ¿Porque tramas algo, cierto?

—Sofía, no lo sé. Yo no fui quien la escogió, fue otra mujer. Vas a pensar que estoy loca, pero tú ya eres el rostro de nuestro canal y cuando yo no esté serás la cabeza de las comunicaciones y debes saberlo.

—¿Qué debo saber, Paula?

—Lucía se comunica en sus sueños con una mujer.

—Ay, Paula, ¡qué locura estás hablando!

—¡Escúchame, Sofía, por favor! Lucía habla en sus sueños con una monja antigua, ella le dijo que me muestre una imagen de Juanita que apareció en el periódico y lo hizo, de la nada me preguntó quién era esa persona y era Juanita.—Ingresaron a la habitación de Paula y ella cayó sobre su cama, mientras Sofía la ayudaba a cambiar su ropa por el camisón de dormir—. Lucía no conoce a Juanita, ni sabe que existe. En el artículo que leí ese día, en ninguna parte dice que es de aquí, de Marinas. Lucía no tenía cómo saber nada de ella.

—Pero la pudo haber visto en otro lugar y la relacionó con la foto y te la mostró… eso puede ser, ¿o no?

—También lo pensé. Pero ella desde que llegó al monasterio nunca ha salido de aquí, solo va a la iglesia o al colegio, pensé que allí debiera haber una foto de Juanita publicada en algún mural, pero no, revisé y nada de nada, Sofía, como que nunca hubiera pasado por el colegio. Lucía no tenía cómo saber algo de ella.

—Y ¿qué esperas de mí, Paula?

—Que llegado el momento protejas a Lucía y la cuides por mí. La escuches con todo tu corazón cuando te diga que habló con la monja en sus sueños.

—Lo haré, Paula, te lo prometo.

Paula va dando los pasos para ir concretando los distintos temas que son parte de sus preocupaciones, pero ella es una líder y sabe

que la forma correcta de hacer cumplir sus deseos no es imponiendo, sino persuadiendo. Si bien Sofía no está muy convencida de los sueños de la joven Lucía, sí está segura que es importante cumplir con lo que su amiga propone, porque detrás de esa solicitud está el proteger la organización. La joven Lucía es parte de la organización y al parecer parte importante en las decisiones que Paula ha tomado en su gestión durante los años. Sofía ha sido cercana colaboradora de Paula por mucho tiempo, la conoce y confía en ella.

A la mañana siguiente, Paula quedó de tomar un café en el mercado de la plaza con su madre doña Florencia después que la señora inspeccione el avance de la remodelación de la casona familiar. Luego pasaría a la sucursal del banco en donde tendrá una reunión con su abogado. El canal de Youtube estaba produciendo considerables ingresos, por lo que administrar esos dineros con mucho orden y claridad para ella era una prioridad.

Madre e hija eran muy similares, no solo en el aspecto físico, sino también en la forma de ser. Aunque doña Florencia es anciana, su energía y vitalidad no han mermado. A sus ochen ta y cuatro años sigue al frente del imperio familiar desde su rol como presidenta de la Junta Directiva, pero como ella dice «soy una directora de terreno», por lo que es frecuente verla en los campos a bordo de un tractor revisando cada uno de los cultivos de trigo, maíz y sus amados viñedos o revisando las inversiones que tienen en distintos rubros y entregando consejos a sus asesores, «deben saber cuándo entrar y cuándo salirse de un negocio, esa es la clave», les enseñaba. Es querida en la comunidad porque nunca ha dejado a la ciudad en los momentos difíciles. Ciudad Marinas es región de terremotos, los más fuertes del mundo y cada vez que la tierra salta y destruye la vida de la provincia, doña Florencia compromete la fortuna familiar en reconstruirla entera, «es lo que han hecho nuestros antepasados y seguirá así para siempre», era la orden a los otros directores cuando se oponían a la entrega de los dineros para reconstruir.

—¿Cómo te has sentido, Paulita? ¿Puedes tomar café? Recuerdo que Felipe dijo que no.

«Nunca se deja de ser madre», pensó Paula.

—Mamá, estoy bien y pedí descafeinado, así que tranquila.

—¿Era descafeinado? —preguntó amablemente la dependiente, que traía el tazón de Paula a la mesa.

—¡Qué porfiada eres, Paulita! Igual a tu padre.

—Igual a ti, querrás decir.

—Sí, también jajajaja.

—Mamá,¿cómo te fue con la visita a la casona? ¿Han avanzado los trabajos?

—¡Sí! Mucho. Me ha sorprendido algo. La casa tiene un sótano pequeño ¿Cierto?... ¡fíjate que no era tan pequeño! ¡Han encontrado muros que tienen muchos años! Y que esconden habitaciones detrás. Te mueres lo que han descubierto: muebles, repisas, ¡armas de cómo 150 años!

—Qué increíble, mamá. ¿Qué pueden ser? ¿De dónde? Qué intrigante.

El contrato de restauración de la casona obliga a la hotelera a contar con una arqueóloga en caso de encontrar vestigios o artículos de interés patrimonial. Esto había sido una condición de la familia Bugueño antes de firmar cualquier acuerdo.

—Constanza, la arqueóloga, ha dicho que son de la época de la independencia ¿Los antepasados habrán ocultado patriotas? ¿Increíble o no? ¡Estoy como loca de emocionada!

—¡No te puedo creer, mamá! Sí, es realmente emocionante. Me tienes que ir contando que más encuentran. Podrías hacer un museo.

—No es mala idea, mi amor, no es mala idea… habrías sido una hábil mujer de negocios.

—Jajaja, mamá, tú no cambias… ahora te dejo que tengo que ir al banco.

—Dale mis saludos a Gabriela.

Desde que el canal de Youtube se ha popularizado, los ingresos han ido en aumento vertiginosamente. Los saldos de la cuenta suben día a día junto con el número de seguidores. Paula destina los ingresos al monasterio, porque allí una comisión decide la asignación de esos fondos y eso a ella la tranquiliza. También ha invertido en el

estudio de televisión desde donde se transmite hermanapaula.tv. Una antigua bodega del monasterio implementada con la última tecnología e infraestructura de comunicaciones.

Paula instruye a Gabriela, la ejecutiva del banco, y a su abogado que se elaboren poderes a nombre de Juana para el control de los dineros del canal.

—No entiendo, Paula, ella no sabe que tú estás haciendo esto, pero dices que lo sabrá, es un poco complicado ¿No te parece?

—A mí también me parece, por decir lo menos… curioso. Si no te conociera, Paula, diría que algo no está bien allí—dijo Gabriela con expresión dubitativa indicando la cabeza de Paula.

—Sólo les pido que confíen en mí, nada más. Deben pensar que estoy loca, lo sé. Ella, Juanita, vendrá en uno o dos años, tal vez antes, con una carta escrita por mí. Ustedes deben tener todo preparado para que ella tome el control financiero del canal… háganlo por nuestra amistad, es muy importante, muchas cosas dependerán de que esto suceda.

Gabriela y el abogado deciden creer en Paula. La conocen hace mucho como para saber que ella no hace nada sin un objetivo. No solo es una de las religiosas más queridas de América, sino que además en una gran directora que ha llevado al monasterio y la provincia de Marinas al escenario latinoame ricano.

El siguiente paso de Paula es hablar con Cayetano. Una conversación postergada por varios meses desde la última vez que estuvieron juntos en esa visita tan fría y distante en el hospital. La próxima oportunidad en que se encuentren debe ser en la intimidad del monasterio, pensó Paula, porque allí él se transforma en el hombre que ella habría escogido para ser su esposa; sin embargo, nunca tuvo interés por la hermosa mujer de ojos violeta y si lo consideró, no lo mencionó.

Cada mañana, Paula debe ser despertada por alguna de las religiosas, algo impensado antes de su evento de salud que la llevó al hospital. Ahora, en cambio, tras hacer cambios en su estilo de vida, comenzó a dormir mejor y muchas más horas, sintiendo por fin un verdadero y reparador descanso. Su rutina en estos días se inicia con el desayuno junto a las demás religiosas en el salón multiuso,

luego visita a Sofía en el herbario, para supuestamente trabajar, pero en realidad es solo para divertirse con ella. Paula por primera vez en su vida pierde el tiempo y no siente que comete un pecado mortal.

Luego, a media mañana, comienza a recibir los reportes y documentos propios de la organización, antes los revisaba sola, ahora lo hace con cuatro asesores a quienes se les entregó la misión de compartir las tareas con Paula. Aceptaron con satisfacción su cometido, trabajar y aprender de ella es el sueño de cualquier profesional.

Una mañana, el encargado de las relaciones con la iglesia le dijo que don Cayetano, el obispo de la provincia de Marinas, requería citarla al obispado, que tenía temas importantes que tratar con ella.

—Respóndale al obispo que la única forma de reunirme con él es aquí, así que le mando a decir que se saque los zapatos, se ponga unas sandalias y camine al monasterio.

—¡Hermana! ¿De verdad le escribo eso?

—Cierto, tienes razón, Carlitos, es muy poco… déjame pensar… ya sé, agrégale que me pase a comprar una caja de bombones, que a las mujeres nos gustan los chocolates.

—Estoy escribiendo, hermana, estoy escribiendo.

—Carlitos, es muy importante que si alguien te cita para hablar temas importantes, debes desafiarlo y removerlo de su zona de confort. Si de verdad es importante, responderá y tal vez venga o cambiará el tono para conquistarme, de lo contrario no era tan importante… y yo, Carlitos, no estoy para trivialidades, ya no, prefiero disfrutar en la vertiente mirando al infinito.

—Jajaja… tiene razón, hermana, tiene toda la razón.

—Carlitos, tú eres hombre, aprende a tratar a las mujeres. Si quieres citarme a una reunión importante, debes decirme que me citas porque quieres escuchar mi opinión sobre un tema que yo conozco bien… cambia. ¿Cierto?

—¡Cambia y mucho, hermana Paula!

Paula ha liberado mucho tiempo para disfrutar su vida y sus logros, pero dedica siempre unos minutos para formar a sus jóvenes asesores. De entre ellos seleccionará a los que deberán asumir

posiciones importantes en la organización, tal vez los cuatro. Aún no lo saben, pero Paula, como doña Catalina lo hizo con Rugerio, está preparándolos para esas tareas.

Cayetano aceptó la invitación de Paula, sabía que no vendría a su oficina y perdía el tiempo si esperaba que ella de la noche a la mañana dejara de tener el rol de jefa. Esa actitud de la hermana lo entusiasmaba de niño, la altanería que Paula mostraba frente al poder era su sello, por eso la organización de las Mujeres de Madrid había crecido en los años bajo su alero, porque manejó el poder a su antojo y en beneficio de las religiosas, mujeres y hombres comprometidos en el sueño de doña Catalina y doña Bernarda.

—Y me trajiste los chocolates… jajaja… ¡qué bueno eres!—Paula saludó con un gran abrazo a su amigo de la vida, Cayetano, que finalmente la visitó en el monasterio.

—¡Bombones querrás decir, Paula! ¡Y de los más finos que pude encontrar!

—Te apuesto que los compró tu secretario Alberto.

—¡No! ¡Yo personalmente los compré y luego fui por las sandalias… mira! —El cura levantó sus pantalones negros para que se pudiera ver los pies y las sandalias.

—Jajaja… me encanta, Cayetano, me encanta. Vamos, pasa, que te tengo preparado un rico desayuno.

Paula se tomó del brazo de Cayetano y caminaron a través del monasterio. Cruzaron la zona de las habitaciones por los corredores, el sector del herbario y el gran salón redondo, siguieron al bosque y llegaron a la vertiente. Allí ella tenía preparada una mesa con dos sillas.

Sobre la mesa, cubierta con un mantel blanco de lino impecable, hay una fina vajilla de porcelana azul pastel con las tazas color marfil y cubiertos de plata. Deliciosos trozos de pastel y magdalenas de vainilla rellenas con mermelada de frambuesa anticipan un dulce placer. Para beber una jarra con café caliente y otra con leche y dos botellas pequeñas de zumo de naranja. Finalmente los recibe un hermoso ramillete de lavanda atado a la servilleta de cada uno.

Cayetano quedó impactado por el lugar y el ambiente. Ya había estado allí de niño, pero no había sucumbido a la vista del agua

cayendo al estanque, pura y cristalina y a los aromas del bosque en una mañana brillante y fresca como esta. ¿Cuán encerrado en mis cosas he vivido todos estos años? ¿Cómo es posible que Dios haya creado estos lugares para el alma y mi destino sea no poder disfrutarlos y vivirlos? La cabeza del obispo comenzó a llenarse de preguntas, pero la que más remordimiento le provoca es: ¿Cómo desperdicié la oportunidad de estar con Paula?

Cayetano la miró en ese ambiente, con su hábito sencillo de monja franciscana, su rostro color mate perfecto y armonioso, los ojos del increíble color violeta que nunca él los ha visto en otro ser humano, todo ese conjunto le hacía dudar de su vida, su historia, sus logros.

—Paula, si no te conociera, diría que me quieres conquistar.

—Bueno, Cayetano, parece que no me conoces mucho, porque eso quiero y siempre quise, conquistarte.—Paula, como era su personalidad, sin rodeos habló lo que por años, por toda una vida ha guardado en el más profundo y recóndito lugar de sus memorias.

—¿Qué dices, Paula?—respondió el obispo sin creer lo que había escuchado.

—Cayetano, me queda poco tiempo, no lo sabes, pero mi cuerpo se ha deteriorado mucho y día a día siento que un poco de mí se muere.

—Pero Paula ¿cómo no me lo habías dicho?

—Perdóname, Cayetano, por favor, perdóname, pero no quería que mi situación te distrajera de tus asuntos, esa es la verdad, no quería molestar. —Paula comienza a llorar y Cayetano la abraza.

—Paula, somos amigos de toda la vida, nos conocemos de niños, hemos compartido todos estos años.

—Lo sé, lo sé, Cayetano, pero yo quería ser más que tu amiga, yo quería ser tu esposa y ahora que puedo morir en cualquier momento me he cuestionado toda mi vida por no habértelo dicho, a lo mejor hasta sería mamá ahora o incluso abuela.¡Dios mío, estoy sola!—Paula no dejaba de llorar y Cayetano con su pañuelo secaba sus lágrimas—. Lo único que deseo ahora es estar contigo y amarte, pero incluso eso es un riesgo, ¡porque me podría dar un infarto! —La

hermana decía esto entre el llanto, mezclado con sollozos y algo de risa.

—Paula, siempre fuiste mi amor, toda mi vida hasta ahora. Te he amado todo el tiempo y siendo joven nunca me atreví a decirlo porque te miraba y eras inalcanzable. Sentía que eras una mujer demasiado excepcional y que yo no sería lo suficiente para ti. Perdóname, Paula, por favor, perdóname.

—¡Fuimos un par de tarados, Cayetano! Tontos y vanidosos. Hemos hecho grandes cosas, pero nos alejamos de lo más sencillo; el amor entre un hombre y una mujer, entre tú y yo, y hoy me arrepiento.

—No te arrepientas, Paula, aún queda tiempo y estamos juntos. Yo nunca te abandonaré y estaré contigo hasta el final. Mira, toma mi anillo cardenalicio, déjalo para ti. Yo vendré todos los días a ver que se encuentra bien, te lo juro Paula, te lo juro, mi amor. — Cayetano comienza a llorar y ahora es Paula quien lo consuela. Ella sabe que su fortaleza no es expresar sentimientos, pero lo que ha hecho es su mayor muestra de amor y lealtad con ella.

—Yo lo voy a guardar aquí en mi corazón, Cayetano, y estaré esperando todos los días tu visita.

Desde ese desayuno en adelante, Cayetano comenzó a visitar todos los días a Paula, siempre en la misma hora de la mañana. Y si el clima lo permitía, tomaban el desayuno en su lugar secreto de la vertiente. Paula había comenzado a recuperar sus fuerzas, tal vez la energía del amor de su mejor amigo era la medicina que faltaba, tal vez.

Cayetano fue citado al Vaticano, por lo que debió viajar cuatro días para asistir a una reunión en el Dicasterio de las Causas de los Santos. Él ya conocía de antemano de qué se trataría el encuentro: la iglesia está interesada en llevar adelante el proceso de beatificación de doña Catalina, pero necesita que el propio obispo de la provincia de Marinas sea quien presente la solicitud y gestione los estudios necesarios para llevar adelante la causa.

Durante su viaje estuvo comunicado todo el tiempo con Paula, a través de chat y videollamadas. Parecían dos adolescentes enamorados que no pueden estar un minuto separados. Tomaban

desayuno juntos en forma virtual, conversaban en las noches antes de dormir y se conectaron largas horas mientras Cayetano esperaba su vuelo en el VIP del aeropuerto. Parecían niños. Se mostraban qué estaban comiendo o bebiendo o mientras trabajaban. Siempre hubo una excusa para comunicarse y mirarse. Él no lo sabía, pero había logrado que Paula estuviera feliz y muy enamorada.

—¿Cayetano? —habló Paula a través del móvil mientras Cayetano trabajaba en el pequeño escritorio de la habitación que ocupa en la Casa de Santa Marta en el Vaticano.

—Dime, Paula, te escucho.

—Quiero investigar la vida de doña Catalina, quiero ayudarte. —Cayetano dejó de hacer lo que hacía y miró a Paula.

—¿En verdad, Paula, lo harías?

—Sí, me encantaría saber sobre ella. He estado pensando que hemos hecho una tremenda organización en su nombre y sinceramente, qué poco la conocemos.

—¿Y tu salud?

—Estaría mejor si estuvieras aquí.

—Jajaja… mejor no pregunto más. Tenemos un trato. Te llevaré toda la documentación que he recopilado aquí para que puedas comenzar.

—¿Y es mucha información?

—Jajaja… no, ¡no hay nada!

—Qué pesado que eres… jajaja, pero te amo, Cayetano, por ser como eres.

—Yo también, Paulita, yo también.

Cada semana Paula debe visitar a Felipe Ferrer para una revisión en el Hospital de Marinas, las últimas veces la ha hecho con una gran sonrisa en la cara e irradiando alegría. El doctor está intrigado, pero a la vez satisfecho de los resultados. Paula ha tenido una mejoría increíble desde que cambió su estilo de vida.

—¡Todo está muy bien, Paula, te felicito!

—¡Bien, amiga! —Gladys, que también participa de las evaluaciones. Abrazó a Paula con mucha felicidad por su amiga.

—Yo me siento bien, Felipe, muy bien. Tengo ánimo, estoy optimista, no sé, solo quiero vivir —continuaba Paula

—¿Es cierto, entonces?

—¿Qué cosa?

—¡Por fin tú y Cayetano están juntos! —La cara de Paula se tornó por completo roja, con lo que el doctor no tuvo dudas.

—¡Es cierto! ¡Mira tu cara, Paula, me lo has dejado más que claro, ahora entiendo porqué estás cómo estás! ¡Y me ale gro mucho por ti y Cayetano!

—¡Haaaa! —gritó Gladys y continuó—. Yo lo sabía…¡lo sabía! Ay, mi amiga, los dos se merecen estar juntos. Pero ¿te estás cuidando, cierto? —preguntó Gladys.

—¡Gladys, por dios! ¡no hacemos eso, esto es distinto!

—Ok, no hay problema, no me quiero meter en lo que hacen o no, pero si hacen eso, debes cuidarte.

—¿De qué?

—Embarazo no creo, pero ¿Cayetano será tan puro como todos creen?

—Supongo que sí—dijo Paula con expresión de duda.

Felipe Ferrer estaba de pie en una esquina del consultorio escuchando esta conversación de sexualidad responsable entre una monja, famosísima por cierto, y su amiga enfermera ¿No es un poco bizarro? Se preguntó.

—Les pido un favor, pueden hablar de esto cuando estén las dos solas.

—Jajajaja… ¡qué pacato! —respondieron las amigas.

Paula se pone a la tarea de investigar la vida de doña Catalina. Por fin un nuevo desafío que no le ocupa todo su tiempo y además en un tema que le apasiona. Planifica su trabajo para no desperdiciar las horas, pero al poco avanzar cae en cuenta que los únicos documentos que hablan de la vida de la española son los treinta y seis cuadernos que están en la biblioteca, y que ella conoce de memoria. Esos cuadernos no son material suficiente como para demostrar las virtudes necesarias que exige una beatificación en la iglesia católica. Lo sabe y debe buscar una alternativaeficiente, como era ella, para recopilar más documentos e información.

Con la hermana Sofía anunciaron en el canal de Youtube, hermanapaula.tv, la noticia del proceso de beatificación de doña

Catalina y solicitaron a quien pudiera tener información de su vida en España previo al arribo a Chile en el año 1800 que por favor se la hicieran llegar. Lamentablemente no obtuvieron resultados. Paula debía encontrar otra alternativa para levantar esa información.

Una mañana, desayunando con Cayetano, un mensaje de voz de un número desconocido llegó a su móvil. Paula lo escuchó.

«Hola, buenos días, hermana Paula… me presento, mi nombre es Luis González y trabajo con Marc Mejías en el programa Marc Star Contigo en Miami. Estamos interesados en tomar contacto con usted. ¿Me podría devolver el llamado?».

—¿Qué hago, Cayetano? ¿Será una estafa?

—A ver, dame el número, yo puedo averiguar en unos minutos quién es. —Luego de un momento Cayetano recibe la respuesta—. Mira, Paula, dice que está a nombre de una compañía de televisión en Miami, parece que es verdad.

Paula llamó a Luis González. Este le explicó que estaban interesados en entrevistarla en el programa Marc Star Contigo, del conocido conductor chileno Marc Mejías radicado hace muchos años en la ciudad de Miami. El programa tipo talk show tiene una audiencia semanal de cientos de millones de latinos en el mundo entero y Paula pensó que sería el lugar perfecto para pedir información sobre doña Catalina y promocionar el canal de Youtube. De entre esos millones y millones de espectadores, alguno tendrá referenciasde ella en España. Fue lo que pensó la hermana.

Finalmente se reunieron a través de videoconferencia. A Paula le agradó mucho Luis González, supo que le llamaban Luchín. También encontró que Marc, a pesar de toda su fama mundial, era un hombre más bien simple y muy acogedor. Conoció por Cayetano de la terrible experiencia de Luis en la guerra de los Balcanes como reportero de guerra, en que su gran amigo Larry Mejías, hermano de Marc, fue asesinado. Le llamó la atención porque fue el mismo día del nacimiento de Lucía, un diez de julio de 1995.

Llegaron a un acuerdo que acomodó a todos. Primero una entrevista íntima a la hermana en el monasterio, con la intención de presentar el lugar donde ella vive y compartir con las demás religiosas. La idea sería hacer un recorrido guiado por Paula, que

finalizaría en el set desde donde se transmite hermanapaula.tv. Luego Paula viajaría a la ciudad de Miami para grabar su entrevista en el talk show.

Cayetano se encontraba muy contento por Paula. La miraba y observaba lo alegre y llena de vida que estaba. Repleta de planes y muchas ideas, como era ella, eso sí, que él la cuidaba mucho para que no volviera al nivel de estrés que antes la había dejado casi muerta. Ahora era distinto. Al parecer aprendió a disfrutar lo que hace y dedicarle el tiempo que debe ser, sin sacrificar su salud.

Hacía años el obispo había recibido el anillo de plata tallado con las flores de lavanda con la misión de proteger a Paula y apoyar su trabajo. Las ancianas en ese tiempo habían decidido que la hermana de ojos violeta, sería quien liderara la organización y, para lograrlo, Cayetano cumpliría un rol muy importante; avalar el canal de Youtube, respaldar el discurso de los nuevos tiempos que Paula comenzaría a predicar, destacando la igualdad entre hombre y mujer y el respeto a las distintas opiniones. La nueva era de las Mujeres de Madrid, la era de las redes sociales y las comunicaciones masivas, se iniciaría con aquella joven pareja entre Cayetano y Paula. Por esta razón, para el sacerdote no fue una sorpresa escuchar la oferta de una nueva misión que la religiosa le propondría.

Paula había pensado mucho cómo plantear a Cayetano una nueva misión. Sentía que al hacerlo parecería como si estuviera abusando de su buena voluntad pero, por otro lado, ambos sabían que años atrás habían asumido el compromiso con el sueño de Catalina y Bernarda y aún quedaba mucho trabajo por hacer.

La nueva misión de Cayetano sería convencer a Juana de los Ríos para que acepte ser la cabeza visible de la organización y liderarla los próximos años. El obispo no entendió mucho, al igual que Sofía, este cambio tan drástico en más de doscientos años. Nunca una mujer que no fuera religiosa había dirigido esta sociedad, pero él confía en el criterio y las habilidades de Paula y con determinación asumió el compromiso.

—Accipio missionem meam (Acepto mi misión) —dijo Cayetano tomando las manos de Paula, reconociendo en ella a su guía. Pero no comprendía cómo lo haría.

—¿Y cómo se supone que la convenceré?

—Tú no te preocupes. Cuando yo ya no esté, dejaré listo el camino para que ella, por su propia voluntad acepte. Tú, Cayetano, deberás solo seguir la corriente. —Y le guiñó un ojo.

—Me preocupas. ¿Estás mal de nuevo?

—¡No, mi amor! Estoy mejor que nunca y tú lo has visto, pero debo seguir con mi responsabilidad e ir cumpliendo los planes. Te pido solo que, llegado el momento, que espero sea en mucho tiempo más, tú solo sigas la corriente.

—Si tú lo dices, así lo haré.

Paula estaba más feliz que nunca en su vida. Su salud había mejorado notablemente, estaba con el amor de su infancia, había logrado descargarse del peso de muchas responsabilidades, iba amarrando los cabos necesarios para entregar su liderazgo. Incluso Felipe Ferrer, su querido amigo y doctor, la autorizó para viajar a Miami porque la entrevista en el monasterio había sido todo un éxito. Tanto Marc como Luchín se fueron muy contentos con el material que obtuvieron y además sintieron que fue una vivencia casi celestial. Ambos experimentaron sensaciones únicas, que solo la magia de Marinas les puede entregar. Quedaron prendados de Paula y la vieron como una futura estrella mundial de la televisión religiosa. Ahora le toca a la religiosa partir a Miami a cumplir su parte del acuerdo.

Luego de un vuelo de diez horas, Paula arribó a la ciudad de Miami. Se sorprendió al ver una pequeña multitud que la recibió en la salida. Eran jóvenes fanáticas del canal de Youtube hermanapaula.tv que, apenas supieron que ella vendría, decidieron ir a esperarla para solicitarle autógrafos y selfies. Paula no lo sabía, pero en los Estados Unidos ella era una influencer muy conocida en las comunidades cristianas de origen latino.

La producción del programa envió a Luchín a recibirla. Se hicieron muy amigos luego de conocerse en la visita al monasterio.

—¡Paula! Por acá —gritó Luchín levantando los brazos en medio de las fans de la hermana Paula.

—¡Luchín! —saludó Paula y corrió a abrazarlo. Estaba feliz de verlo nuevamente y constatar que se encontraba muy bien de

ánimo.

—¡Qué alegría volver a verte Luchín! No sabes cuánto he pensado en ti.

—Para mí también Paula… y ¿cómo está Lucía? Tus hermanas,cuéntame cómo están todas.

—Ufff, Luchín, tengo mucho que contarte.

—Entonces me cuentas en el camino a tu hotel, dame tu equipaje.

—Aquí está.

—¿Y no traes una maleta?

—No, en este morral traigo todo; mi ordenador, algunas cositas de mujer y listo.

—Pero ¿tu ropa?

—Luchín, dime que no estoy desnuda, estoy segura que me subí al avión vestida.

—Jajaja, ay,Paula, eres la misma que conocí en Marinas.

—No necesito más ropa que mi hábito y mis sandalias.

—Cierto, a veces me cuesta creer que alguien tan importante como tú sea tan sencilla… vamos, que tenemos una limo esperando para ir a tu hotel.

—¿Una qué?

—Eso que ves allí, una limusina.

Paula y Luchín fueron al hotel donde se alojará Paula. La cadena de televisión reservó para ella una habitación de lujo en el Lago Osprey, muy cerca de los estudios en Doral en Miami Dade. Luchín la llevó hasta la habitación. Ella nunca había alojado con tanta categoría. Por lo general, en sus viajes alrededor del mundo solía dormir en los conventos o las casas de la congregación de la ciudad que estuviera visitando, en cambio ahora ingresa a un cuarto con varios ambientes; dormitorio con una cama tamaño súper king, una cómoda sala de estar, cocina incorporada, un gran baño con ducha y jacuzzi y una amplia vista al lago.

—Ya, Paula, te dejo tranquila ahora. Me imagino que no querrías tomar un trago en el bar.

—Gracias, Luchín, pero no. Ya es suficiente con esta habitación. Estoy muy agradecida. Nos vemos mañana.

—Bueno, amiga mía. Mañana a las nueve en punto te recogerá la limusina. Nos vemos, hermana, descansa y deja que te consintamos, te lo mereces.

Apenas Luchín cerró la puerta, Paula se comunicó al móvil de Cayetano y, como una niña con juguete nuevo, comenzó a mostrar toda la habitación al obispo. Él la observaba y disfrutaba verla tan contenta. Finalmente se dieron las buenas noches.

A las nueve en punto la recogió la limusina para llevarla a los estudios. En pocos minutos estaba ingresando a las instalaciones de la cadena de televisión latina más importante de los Estados Unidos. Una asistente la recibe para llevarla al set de grabación del famoso Talk Show Marc Star Contigo. Al llegar a la recepción varias muchachas se acercan para pedirle unas fotografías y autógrafos «madre, usted nos ha dado la fuerza para ser nosotras, la amamos por eso», le decían. Luego la condujeron a su camerino. Allí una maquilladora la esperaba. La profesional que le iba a preparar el rostro para las cámaras quedó impresionada por lo tersa de su piel y los más hermosos ojos color violeta que jamás había visto «le han dicho que sus ojos los tenía Elizabeth Taylor, ese color, hermana, es único», le dijo la mujer. Paula le pide ayuda para colocarse un cinturón de cuero grueso en reemplazo del tradicional laso, acentuando aún más su marcada cintura.

Todo era una locura, lleno de técnicos y gente corriendo de un lado para otro.

Para la hermana Paula estar en el set del programa de televisión de Marc Star Contigo está siendo intimidante. El viaje desde Chile a la ciudad de Miami en los Estados Unidos ha provocado en la hermana una sensación de agobio que solo había vivido el día en que se presentó para el examen final de la carrera de leyes, que por cierto sorteó y con distinción máxima. La audiencia de cientos de millones de personas que la verá a ella no es para estar indiferente. Nunca ha participado de un talk show, su zona de confort son los debates, no algo mediático como este espectáculo. Ha puesto la confianza en sus amigos Marc y Luchín y espera que ellos la apoyen.

Paula está consciente que la invitación al programa es muy importante para el canal de Youtube hermanapaula.tv y su promoción. Sentía que no podía fallar, sobre todo después de la exitosa visita que hizo Marc Star al Monasterio Nuestra Señora de Salamanca, en donde constató la gran obra impulsada por la religiosa franciscana doña Catalina de Poblete y que continuaron por más de doscientos años sus monjas hasta construir el gran complejo que es hoy día, un referente en la igualdad en derechos entre hombres y mujeres. Por fin doña Catalina podrá ver desde el cielo que su sueño de comunicar al mundo la buena nueva de la libertad de las mujeres y su derecho a aprender a la par con los hombres, en este programa se convertirá en un llamado universal.

Un nudo en el estómago y la sensación de caer al vacío seguido con un cosquilleo intolerable. El sudor de las manos, del cuello y de la sien. Esa sensación de falta de aire sumado a un aceleramiento del corazón, todo ya lo había vivido antes y era justamente lo que su doctor había aconsejado evitar.

Ingresó al camerino Luchín. Su amigo comenzó a observar que Paula no estaba bien y solicitó la asistencia de un paramédico. Este auscultó el corazón y midió la presión sanguínea que estaba en niveles muy altos. Luchín sugirió a Paula atrasar la grabación, pero ella es demasiado responsable y puntual como para molestar a todo un equipo de productores, directores, camarógrafos y al conductor del programa con algo trivial. Luego de unos minutos de descanso y relajación decidió continuar sin producir un retraso de la pauta.

—Ok. Paula, estamos listos vamos al set. Recuerda tú entras caminando, el público te saluda con aplausos, devuelves los saludos, luego te reúnes con Marc en el escenario y él te ofrecerá tomar asiento. ¿Estamos claros? —La asistente de producción del programa recita las indicaciones mientras caminan al estudio. Habla a través del intercomunicador con el director.

—Estamos ok, George, ahora vamos a instalar micrófono. Atento para la prueba.

Antes de ingresar al set, un muchacho instala el micrófono que utilizará Paula. Es similar a un cintillo; una varilla muy fina que

termina con una pequeña esponja color piel encima de la comisura del labio y sujeto a su oreja izquierda. Un cable recorre su espalda hasta una pequeña caja; el trasmisor sujetado con una pinza al cinturón de cuero color negro de la religiosa. Efectúan un par de pruebas de sonido. El director da el visto bueno a la asistente y la religiosa continúa con su procesión al estudio, ahora acompañada de Luchín.

—¡Vamos, Paula! ¡Hoy eres la reina, tú puedes, amiga mía! —La anima Luchín.

Paula, muy erguida y sonriente, ingresa al set con el aplauso de una platea llena de público de todas las edades, hombres y mujeres que la saludan y le dan la mano mientras ella sale de un túnel que pasa por debajo de las graderías. Invade el lugar el aroma a lavanda de su fino perfume, elaborado por ellas mismas, como es la costumbre en el monasterio. El propio Luchín y el equipo técnico sienten un aura especial al percibir ese maravilloso aroma acompañado de la presencia de Paula. No es un invitado cualquiera, ella transporta la energía de las Mujeres de Madrid, aunque han pasado más de doscientos años, la fuerza mística de su existencia no se extingue, se mantiene.

—Hoy aquí en Marc Star Contigo, nuestra invitada la her mana Paula, creadora del famoso canal de Youtube hermanapaula.tv. ¡Brindémosle un gran aplauso! —La presenta Marc cuando ella ingresa. Se acerca y la saluda con un beso en la mejilla. El público se pone de pie y grita de la emoción de conocer por fin a la gran religiosa, amada por la gente de todas las edades. Paula observa y se conmueve al ver que cada uno de los presentes tiene un ramillete de flores de lavanda en su mano. Debió ser idea de Luchín, pensó.

La hermana Paula, una vez sentada, se nota cómoda. Ama las cámaras, nació para eso y se refleja en su rostro y postura. Su sola presencia cautiva, el hábito franciscano, un rostro hermoso color mate, ojos color violeta que pocas personas los tienen así, la piel suave y una expresión que transmite paz y alegría. Todo ese conjunto la convierte, como Luchín dijo alguna vez, en una estrella de la pantalla.

—Paula, bienvenida, le quiero dar las gracias por acompañarnos.

—Gracias a usted , Marc. Y me puede llamar por mi nombre. Paula, me acomoda más.

—Por supuesto, Paula.Quisiera hacerle una primera pregunta. ¿Cómo la han tratado hasta ahora?

—Marc, no sabe lo emocionada que estoy. Muchachas jóvenes se han acercado para decirme que son fanáticas de nuestro canal y que hemos ayudado en sus vidas de mujeres honestas y trabajadoras a darles la fuerza que solo las mujeres tenemos para salir adelante y que a veces no sabemos que allí está. Eso ha sido para mí el mayor de los regalos y ahora este hermoso gesto de ustedes con los ramilletes de lavanda, que es la flor que nos representa a nosotras las religiosas y a mi amada Ciudad Marinas. Recuerde que las mujeres somos de detalles y este es un lindo gesto. ¿Qué más se puede pedir, Marc?

—Tiene razón, Paula. Ustedes nos enseñaron cuando las visitamos que lo realmente importante en la vida son las cosas simples.

—Pero no demos la lata a su público y vamos con el programa ¿Le parece,Marc? —En ese momento Paula demuestra toda su personalidad e inteligencia. Ella sabe manejar los poderes y eso es lo que ha comenzado a hacer en ese gigantesco estudio de televisión.

Durante el programa el público conoce a Paula. También la obra de las monjas y religiosas del Monasterio Nuestra Señora de Salamanca. El Colegio Santa Bernarda y el sueño que todas tienen de lograr un mundo igualitario entre hombres y mujeres y de cómo se han propuesto cumplirlo a través de la educación. Durante la entrevista se van proyectando los videos que Luchín grabó en su visita con Marc, haciendo más completa toda la información.

También Paula narra la historia de Ciudad Marinas su origen en la hacienda a fines del siglo XVIII, de sus antepasados fundadores y por supuesto de doña Catalina de Poblete. Le interesa anunciar el proceso de beatificación, porque piensa que a través del programa podrá llegar a personas que tengan información de la vida de Catalina, en especial su etapa en España.

—Paula, he sabido que van a iniciar el proceso de beatificación de doña Catalina. ¿Tal vez una nueva beata que se podría sumar a

Mama Antula? —Marc se refiere a la monja jesuita argentina que está próxima a ser santificada.

—¡Cuánto nos gustaría,Marc! Sería un gran honor tener a estas dos grandes mujeres latinas y de países vecinos como beatas de la iglesia, pero en el caso de doña Catalina recién estamos comenzando a reunir su historia, así que el proceso puede durar mucho tiempo.

—¿Entonces cómo podemos ayudar desde acá ,Paula? —Se ofreció Marc siguiendo la pauta preestablecida del programa.

Paula, ya con la experiencia de varios años haciendo su programa, se pone de pie y se acerca al público, los saluda y gira. Con la audiencia de fondo se dirige a la cámara número uno, que hace un acercamiento a su rostro. Se ve especialmente bella.

—Amigos en sus hogares que hoy nos están viendo, quiero agradecerles por escuchar nuestra historia, la de mis hermanas, de nuestras alumnas y alumnos y de quienes nos colaboran. También a Marc, que ha sido muy generoso en darnos este espacio. —Se detuvo unos segundos mientras el público aplaude a Marc, quien con gestos agradece—. Estamos en una cruzada, debemos reconstruir la historia de nuestra fundadora doña Catalina de Poblete y tenemos muchos vacíos, sobre todo su vida en España. Sabemos que antes de llegar a Chile en el año 1800, ella vivió en Madrid y luego en Salamanca, pero no hay información escrita o documentada de qué hizo, ni dónde vivió. Esa información es muy importante porque nos dirá sus cualidades de niña y de joven, reforzando nuestra presentación al Vaticano. Si hay alguien que pueda ayudarnos, se puede comunicar con nosotros, aquí en la pantalla pueden ver el email y número telefónico de este programa. Realmente es muy importante para nuestra obra. Muchas gracias.

El público estalló en un gran aplauso y se comenzó a poner de pie para acercarse a Paula. Todos la rodearon pidiéndole un autógrafo. Le solicitaban que rece por algún enfermo o alguien que se encuentra en paro o sin laburar para que encuentre luego un trabajo. Ella los recibe a todos sin miramientos y con una gran alegría. Esos momentos son los que más valora la religiosa Youtuber.

La cercanía con las personas y cómo estas le entregan su cariño son su recompensa.

—Así terminamos nuestro programa de hoy. ¡Hasta la próxima semana en un nuevo Marc Star Contigoooo! —Cierra el programa Marc y las cámaras muestran un plano general de Paula rodeada por el público. Sentada en las escalas de la gradería con un bebé en su regazo y la madre junto a ella, para los reporteros gráficos presentes en el estudio es un instante único y toman cientos de fotografías. El retrato es sublime «la monja y el niño, rodeados del pueblo». Será el titular perfecto para realzar aún más la imagen de la religiosa.

—¡Paula, estuvo increíble! —le dijo Luchín, mientras el equipo técnico le aplaude.

—¿De verdad,tú crees?

—¡No creo, estoy seguro!

—¿Cuándo se verá en España? —preguntó Paula, interesada solo en saber si habrá tenido efecto su llamado de ayuda.

—Mañana jueves en horario prime se estrena para toda América y en España lo verán el viernes en el horario prime de Europa.

—Muchas gracias, Luchín y Marc y todo el equipo, pero debo retirarme, estoy muy cansada.

—No te preocupes, Paula, ya hablaremos y te felicito, lo has hecho muy bien—le dijo Marc.

—Gracias a ustedes, mis dos amigos de la televisión, ojalá tengamos respuesta de nuestro aviso.

—La tendremos, Paula, la tendremos, ahora ve a descansar, afuera está nuestra limusina para llevarte a tu hotel —le dijo Luchín

—Creo que me voy a quedar dormida, es demasiado cómoda.

—No hay problema, si lo haces, nadie te molestará, ¿cierto, Marc?

—Cierto, Luchín, jajaja.

Todo lo que había indicado su doctor y amigo Felipe Ferrer Paula no lo está cumpliendo. Luego de mucho tiempo cuidándose se sometió al estrés de su trabajo en esta oportunidad y su cuerpo se está resintiendo nuevamente a mayor velocidad. Ella lo sabe y continúa sin respetar las prescripciones en este viaje que, siendo

importante para lograr información de doña Catalina, es de alto costo para su salud. Decidió retornar lo antes posible a Marinas y a su monasterio. Necesita la tranquilidad de allí y el abrazo de Cayetano, pero el primer vuelo con asientos disponibles sale en 24 horas.

El retorno demoró más tiempo del programado. El avión debió hacer una escala forzada en Lima de varias horas, lo que ha sido agotador para ella. Pidió que la hermana Sofía la recoja en el aeropuerto.

Al descender del avión enciende su móvil y encuentra un mensaje de Luchín: «Paula, apenas puedas mira tus correos, te acabo de enviar un mail con información que te va a interesar». Paula hace caso e ingresa a su bandeja de correos entrantes.

«Paula, acabamos de recibir este mail, que te adjunto, de una señora de Salamanca, España… ¡¡isuerte…!!! Y me cuentas cómo te va y si necesitas algo de nosotros en que podamos ayudar, me avisas».

Paula, entre intrigada y esperanzada, abre el mail adjunto y lee sorprendida.

«Señores del programa Marc Star Contigo, acabo de ver a la señorita Paula en la televisión, la monja, y creo que nosotros aquí en Salamanca tenemos unos cuadernos muy viejos que le pueden servir… hablan de una tal Catalina, no sé si será la misma, pero valdría la pena averiguar».

Paula está emocionada. Aunque no quiere hacerse ilusiones. Se comunicará con la señora. Para ella algo es claro, Catalina escribía en cuadernos y esa sola palabra en el email la conmociona. «Un cuaderno es muy diferente a un libro… nadie los confunde», se decía a sí misma. En España, calculó, amanecerá en unas cuantas horas, así que le escribió de inmediato para poder conseguir algún número telefónico y hablar con ella.

«Estimada señora, soy la hermana Paula, ¡qué gran noticia me da! Se lo agradezco en el corazón el habernos contactado… ¿Es posible comunicarnos telefónicamente? Dígame usted a qué hora de

su ciudad le acomoda que la llame. Estoy muy emocionada con sus noticias. Muchas gracias».

La adrenalina de la expectación de obtener nueva información de doña Catalina que generó este email, habían logrado un milagro, Paula recuperó toda su energía, sintió que su cuerpo, que estaba desganado y flojo, despertaba y se activó como si hubiera renacido. La hermana Sofía la recogió en el aeropuerto para llevarla a Ciudad Marinas y no entendía nada, Paula le había dicho por teléfono que estaba casi muerta, pero al abordar el coche, era una mujer vital e hiperactiva, la misma de siempre.

—¡Sofía, no sabes qué ha acontecido!

—Pero mujer ¿Qué te sucede? ¿Te has enamorado?

—Jajaja, no, Sofía, algo mucho mejor. Tenemos noticias de doña Catalina en España. Tal vez han encontrado unos cuadernos de ella, así como los que tenemos en nuestra biblioteca. ¿Te das cuenta lo que eso significa?

—¿Qué nos vamos a España?

—Sí, es muy probable, amiga mía, pero también que sabremos por fin quién era ella y dejaremos de especular. ¡Han pasado más de doscientos años!

—¿Y si encontramos algo que no nos gusta?

—Calla, Sofía, no lo digas ni en broma.

La respuesta de Sofía dejó pensativa a Paula. Si la información que está en esos cuadernos no es la Catalina que ellas creen conocer, ¿qué sucedería con toda su historia? ¿Qué sucedería con el monasterio, el colegio y la propia ciudad de Marinas?

—Sofía, mantengamos esto en secreto, prefiero averiguar más antes de hacerlo público.

—Yo también creo que es mejor, Paula…Y perdón por haber hecho esa pregunta.

—No te preocupes, tienes razón, por eso me gusta hacer el programa contigo, no te quedas con una sola información. Está muy bien, Sofía.

—Es que estabas tan contenta. ¿Me perdonas?

—Sofía, no hay problema, me has hecho pensar y eso está bien. Vamos, andando, que me muero de hambre.

Las dos religiosas continuaron su ruta desde el Aeropuerto Internacional de la capital a Ciudad Marinas, distante a una hora y media. En el trayecto conversaron muchos temas re lacionados con la nueva forma de trabajar de Paula, que ha permitido que otras religiosas se destaquen y brillen. Eso a ella le gustaba y sentía mucho lo que hizo durante años y que ahora miraba como un error de su parte, centrar todo en ella.

—Sofía, quiero pedirte perdón por no haber entregado antes mi puesto en el canal y potenciarte. Fue una total falta de humildad y, lo que es peor, mucha soberbia de mi parte.

—¡Perdonada! Y no sabes lo feliz que me haces porque has cambiado mucho. Siempre has sido una buena persona, pero te costaba tanto delegar.

—Me gustaría disculparme con todas.

—¡No es necesario, Paula. Ya hemos notado tu cambio. A veces el ejemplo es la mejor manera de pedir perdón. Lo importante es que te queremos mucho.

Durante los meses que Paula ha modificado su forma de vivir, también lo ha hecho su manera de relacionarse con los demás. Es cierto que es una buena mujer, brillante y exitosa, pero a veces las grandes personas cometen el error de centrar todo en ellas, no por la fama, sino por creer que solo ellos son capaces de hacer las cosas, tal vez por el temor de que lo que han construido se derrumbe si ellos no están al frente.

—Paula, lo que sí quiero pedirte es que hables con Lucía, creo que el tiempo que le dedicas a Cayetano a ella le ha afectado. Está muy aislada.

—Tienes razón. Años siendo mi compañía todo el día y de pronto, de la noche a la mañana, ya no es así. Debo conversar con ella. Gracias, Sofía, por hacérmelo ver.

Paula es una mujer buena, ama a sus amigas y cercanos. Los respeta y los acompaña con sinceridad en el dolor y en la angustia cuando los ve sufrir. Siente como si fuera de ella el éxito de los otros, los destaca y alienta a continuar esforzándote cuando enfrentan el fracaso. El alumnado del colegio la respeta por ser

siempre transparente y sincera. Pero Paula tiene otro lado, el de la ejecutiva calculadora y planificadora. Los logros de la organización se han dado porque ella así lo pensó y lo hizo, cumpliendo con un plan detallado y jugando las piezas correctas en el momento adecuado en el tablero de las estrategias.

La conversación con Lucía no sería solo para restaurar su relación. Paula encontró una oportunidad en esa plática, una ocasión para allanar el camino de su misión a Cayetano. Entregará un cuaderno con instrucciones que sólo deberá traspasar a Juana, una vez muerta la mediática monja. La conocía muy bien, Lucía cumpliría su deseo, aunque la obligaran a no hacerlo.

En la mañana Lucía estaba en el huerto. Como siempre, arreglando sus plantas y hierbas, podando, regando, cosechan do cumpliendo las tareas diarias que ella amaba hacer en ese espacio único del monasterio. Paula se acercó caminando sigilosamente con las manos atrás.

—Hola, Lucía, qué hermoso está el huerto. ¿Hay más flores que antes?

—No.

—Yo creo que sí, y te diría que más lindas, aunque tú eres la flor más bella de todo este lugar. —Lucía sonrió, le gustaba que le dijeran que era linda—.¡Ven para acá, Lucía! dame un abrazo, sé que estás enojada conmigo, pero yo de verdad te quiero mucho.

Lucía corrió a los brazos de Paula y la abrazó con mucha fuerza, para ella es su madre y la adora.

—Lucía, debo decirte algo muy importante. Sabes que algún día yo me iré, algún día, como las plantas y las hierbas que tienes aquí, dejaré de existir.

—Morirás —dijo Lucía.

—Sí, mi pequeña, moriré, por eso quiero pedirte un gran favor. Cuando yo muera debes decirle al obispo que tienes este cuaderno y que yo te dije que se lo debe entregar a Juanita. ¿La recuerdas? La muchacha del periódico, la que elegimos para reemplazarme. Solo a ella y nadie más debe tenerlo.

—Lo haré, lo esconderé y se lo entregaré al obispo cuando partas, Paula.

Lucía aceptó la solicitud muy erguida y orgullosa de que Paula le confiara una tarea tan importante. Nunca había sentido tal confianza en su madre adoptiva, siempre advertía que la trataba como una niña, pero ahora de ella dependerá entregar un mensaje secreto a Juana, la futura señora de la organización.

—¡Gracias, Lucía, sé que lo harás muy bien! —Y la abrazó de nuevo con el cariño de madre que tenía por ella.

—Estás cansada, Paula, ¡te preparo una infusión para que te animes!

—No, Lucía, gracias, en realidad lo que me haría falta es una infusión para dormir, ¡siento que podría dormir para siempre con todo el cansancio que tengo!

Para Lucía, en su especial condición, eso que dijo Paula fue una solicitud. Le estaba diciendo que le preparara una infusión para dormir, eso es lo que la inocente joven entendía en su realidad paralela y, lo mejor, tenía la hierba para hacerlo; el problema, que no conocía la dosis. Doña Catalina no dejó escrito en el recetario de hierbas ni en sus cuadernos la porción para poder utilizar la «adormidera», ella los había leído y revisado una y otra vez y nunca encontró la fórmula de la planta, cuyo verdadero nombre es «amapola». De ella se obtiene una savia blanca y gomosa que,al consumirla, se logra un efecto de total relajo y adormecimiento,«justamente lo que Paula necesita», se dijo una y otra vez.

Paula quedó muy contenta, había tranquilizado a Lucía y daba un paso más en su plan de facilitar a Cayetano su misión. El obispo, como ella le dijo, sólo deberá seguir la corriente.

Ese día continuó con un optimismo especial en Paula, había recibido respuesta de la señora de Salamanca.

«Hermana Paula, mi nombre es Eduardo, yo les escribí ayer en nombre de mi abuela Carolina. Ella tiene dificultad para comunicarse, pero solo eso, pues ve y entiende todo. Yo logro comprenderla un poco. El punto es que miró el programa y me pidió que les escriba. Ella sabe dónde hay unos cuadernos que hablan de una novicia llamada Catalina. Ella dice que son como bitácoras o

fichas médicas que le pertenecieron a ella. Los cuadernos están ocultos en Salvatierra de Tormes, donde tenemos nuestra villa».

Paula no encontraba palabras para describir su alegría con esta noticia, por fin información de doña Catalina de primera fuente, de su propia mano, de su puño y letra de su vida en España. Allí, sin duda, deben estar todas las virtudes que necesita describir para avanzar en su beatificación. Compartió de inmediato la información con Cayetano anunciándole que desde ya prepararía un viaje a España e iría con Sofía.

«Estimado Eduardo, muchas gracias por responder y dile a tu abuela que ha sido un verdadero tesoro lo que te ha contado. Nos gustaría visitarlos en Salamanca para poder revisar los cuadernos y conocer más a doña Catalina. No quiero impor tunarlos, sin embargo, necesito preguntarles qué fecha sería posible conocer Salvatierra de Tormes.

Atentamente

Hermana Paula Bugueño».

Paula esperó la respuesta de Eduardo, pero no llegó, «ya llegará», se decía confiada, «tal vez quieran definir la mejor época para que vayamos». En estos momentos apretaba con fuerza el anillo cardenalicio de Cayetano que siempre llevaba consigo en el bolsillo del hábito, al hacerlo le daba energía y ánimo para continuar.

Al desayuno del día siguiente estaba junto a Cayetano comentando esa gran noticia. Ambos soñaban con el día en que doña Catalina se convierta en una nueva beata de la iglesia y todo gracias a sus esfuerzos y en especial a Paula, que ha movido cielo, mar y tierra para levantar información de su vida.

Casi al terminar el café, el móvil de la hermana comienza a vibrar sobre la mesa, número desconocido decía en la pantalla. Paula contestó.

Un sello de Paula era contestar todas las llamadas de números desconocidos, según ella porque sentía lástima de los que ofrecían productos. Los escuchaba con mucha paciencia y al finalizar les decía que lo habían hecho muy bien y que lograrían tener muchas ventas si siguen así. Cayetano no lograba entenderla, pero la contemplaba mientras atendía esas ofertas telefónicas.

—Aló.

—¿Hermana Paula? ¿Es usted? —dijo una voz de mujer al otro lado—. Al parecer no es una oferta de un call center, el acento no es centroamericano, como lo son generalmente y siempre preguntan por Paula Bugueño, nunca hermana Paula.

—Sí, con ella habla usted ¿En qué puedo ayudarla? —La hermana utiliza un tono más serio y cortante. Muchas veces los periodistas la llaman para entrevistarla y a ella no le gusta cuando está con Cayetano, el que en ese momento se retiró porque tenía varios asuntos que atender en el obispado. Dio un beso en la frente a Paula y se marchó.

—Soy Constanza, la arqueóloga, su madre doña Florencia me dijo que la llamara, es por… —Paula la interrumpe porque no sabe quién es ella.

—Disculpe, ¿usted quién es?

—Soy la arqueóloga que supervisa la remodelación en la casona de su familia, en laciudad.

—¡Constanza! Por supuesto, me va a disculpar, no pretendí ofenderla, es que tengo muchas cosas en la cabeza. Y sí, mi madre me habló de usted ¿Encontraron cosas de los padres de la patria? ¿Tal vez de San Martín, Bolívar u O´higgins? ¡Dígame que me llama para eso, sería una gran noticia!—Paula se emocionó mucho con la idea de que los libertadores de América podrían haber estado ocultos en la casona de la hacienda «sería algo grandioso», le dijo a Cayetano cuando le comentó los hallazgos tiempo atrás.

—No, de ellos no, pero sí de doña Catalina y doña Bernarda.

—¿Qué me está diciendo, encontraron cosas de doña Catalina?

—Sí, mire las fotografías que le estoy enviando. Son muchos cuadernos escritos en esa época, están todos fechados y muy bien escritos. Algunos deteriorados, pero nada grave.

Paula miró las fotos y, efectivamente, había muchos cuadernos en perfectas condiciones ordenados en un estante. Todos iguales a los de la biblioteca. Otra imagen era de una página cualquiera que casi la mató de la impresión porque la letra era la misma, el estilo también, pero lo mejor de todo, había escrita una fecha en la parte

superior, el mismo lugar en que los otros cuadernos aparecen cubiertas con una gruesa línea de tinta. Apretó con más fuerza que nunca el anillo de Cayetano, como queriendo traspasarle a él esta gran noticia a través de su sagrada joya.

—Constanza, ¡voy de inmediato para allá! Le pido que me espere si piensa marcharse.

—No se preocupe, Paula, aquí la espero.

La hermana salió del monasterio en dirección a la plaza. A nadie dijo dónde iba. Cruzó el pasillo de las habitaciones, abrió la reja, bajó por los jardines en dirección a la iglesia, la sobrepasó casi volando. Saltó en medio de la recta calle que une el complejo religioso con el centro de la plaza. A medida que se acortaba la distancia de unos 3 kilómetros, aceleraba el paso dejando a su espalda la hermosa vista de la parroquia construida en honor a doña Catalina, una imagen sublime que se aprecia desde toda la ciudad. Llega a la plaza. Camina por detrás y da la vuelta a la casa y oficinas del obispado, las que fueron en el pasado bodegones de la hacienda. Por fin tiene en frente la casona «es solo cruzar la plaza» se dijo, siguió apurando el paso. La fuente con agua de la vertiente y su interminable chorro cristalino la recibe en el medio de todo. De pronto Paula se resiente. Un agudo dolor en su pecho la detiene «¡no,Señor, ahora no, te lo ruego, falta poco y allí me llevas!», gritó por dentro. Al parecer su Dios la escuchó porque el dolor cedió. Se detuvo un rato para recuperar el aire. Se sentó en una de las bancas alrededor de la fuente. Una señora se acerca.

—Hermana Paula, ¿se siente bien? —pregunta la mujer. Paula observó que es un poco mayor que ella, tal vez sesenta y cinco años, con un rostro hermoso expresando paz.

—Sí, señora.Es que caminé muy rápido y me cansé, pero ya estoy mejor, muchas gracias por preocuparse.

—Recuerde, Paula, el cuerpo nos da sus avisos, no los menosprecie—dicho esto, la mujer desapareció. Paula no pudo ver hacia dónde partió, pero sí estaba segura de que la había visto antes… tal vez en sus sueños.

Paula prosiguió hasta su destino, la gran casona en etapa de restauración y que ahora estaba revelando sus secretos centenarios.

Constanza, la arquitecta, esperaba en la puerta de ac ceso. Observó que la religiosa venía muy cansada, solicitó a uno de los obreros que traiga una botella de agua de la fuente «¡rápido!»,le dijo.

—Hola, Paula, soy Constanza, qué honor conocerla… ¿Se siente bien?

—¡Hola! Sí, un tanto cansada. Parece que caminé muy rápido y me falta un poco el aire. —En ese momento el trabajador entregó la botella con agua a la hermana Paula.

—Tome, hermana. Un poco de agüita de la fuente, se sentirá mejor. —Paula alcanzó la botella y bebió varios sorbos que la revitalizaron.

—Ahora sí. ¿Cómo está, Constanza? —dijo aliviada Paula—. ¿Podemos ver los cuadernos?

—Sí, pase por acá. Los ordené de acuerdo a las fechas.

—¿Los ha estudiado?

—Sí, Paula, de forma superficial, pero sí, los he estudiado.

—¿Puedo verlos?

—Hermana, conozco la historia de doña Catalina. Como arqueóloga debemos interiorizarnos del lugar y el contexto donde hacemos nuestro trabajo, sé la historia de esta casa y la de su familia… —Paula interrumpió a la mujer.

—¿Por qué me está diciendo esto, Constanza? Por favor, sin ánimo de importunarla, pero vaya al punto. —Paula estaba acostumbrada a ser una ejecutiva, para ella hablar sin rodeos cuando se trata de buenas o malas noticias es un valor.

—La estoy preparando, lo que descubrirá en esos cuadernos cambiará la historia que conocemos de este lugar y la de su familia. Por favor, sígame.

Paula ahora estaba asustada. Sabía que una arqueóloga no diría algo así sin fundamento. El contenido de los cuadernos ocultos por más de doscientos años comenzó a preocuparla e inquietarla, incluso hasta dudó en leerlos. Ambas mujeres ingresaron al patio interior de la casona revestida por completo con andamios. En ellos, muchos obreros y artesanos trabajaban las maderas de las vigas del techo y de los pilares. Removían tejas, colocaban otras, rehacían los yesos

de los cielos o de las paredes. Se dirigieron a la esquina opuesta, la única con una pequeña puerta por la que se accede, bajando una escalinata de piedra, al sótano antes pequeño y ahora inmenso. El lugar estaba iluminado con focos montados en trípodes de color amarillo, de esos que se utilizan para los trabajos nocturnos en las autopistas. Paula recuerda cada muro que ya no existe, porque de niña le gustaba pasar el tiempo en la frescura y protección del lugar. Constanza la conduce a un pequeño mueble. Un estante o librero con puertas que están abiertas de par en par y muy bien iluminado, al fondo del subterráneo. La arquitecta, como buena mujer previsora, había instalado un pequeño escritorio y una silla para que Paula pueda revisar con tranquilidad los cuadernos.

—Paula, aquí están los cuadernos. La dejo tranquila para que pueda leerlos.

—Gracias, Constanza, ha sido muy gentil de su parte. —Paula tomó la mano de la joven experta en lo antiguo y la besó en la mejilla.

A partir de ese instante y todo el día, la hermana Paula descubrió la verdad de Catalina y Bernarda. Cuaderno tras cuaderno se develó la historia de estas dos mujeres unidas por un mismo destino y sus secretos compartidos. El rechazo, el dolor, la mística, la superación, la resiliencia de ambas frente a la dura existencia que les tocó vivir, siendo mujeres en un mundo completamente hecho por y para los hombres. Conoció de primera fuente a las Mujeres de Madrid, sus ritos, sus sueños, sus hombres comprometidos con la causa. Entendió a partir de esas historias el sentido de muchas de las ceremonias que les heredó Catalina, el lino, la lavanda, el anillo de plata. «Tu nobiscum es, tu nobiscum es!». Gritaba en silencio una y otra vez.

Se emocionó hasta las lágrimas al conocer el amor profundo de estas novicias que, siendo muy jóvenes, casi unas niñas, vivieron la soledad de un convento en el siglo XVIII y cómo en esos momentos de abandono se encontraron y se convirtieron en una sola «¿Quién soy yo para juzgarlas?», pensó Paula, sintiendo la culpa por toda una sociedad que no entiende que el amor existe de formas diversas.

La invadió una gran alegría y ternura al leer sobre don José Bugueño y Mailen. Sus antepasados, eternos enamorados como ella y Cayetano. Se enorgulleció de la protección que dieron a estas mujeres provenientes de España y el compromiso que asumieron con ellas. Se sintió representada por Mailen, su fuerza, determinación y personalidad la hicieron sentirse como una nueva Machi de Marinas, «qué orgullo descender de ti, Mailen», pensaba.

Se reveló que la autora de todo lo escrito es Bernarda y no Catalina, pero no le preocupó, Paula es una mujer pragmática y sabe que la historia narrada en tercera persona es más convincente, por lo que agradeció la sorpresa. Incluso para el proceso de beatificación es mejor, porque «ella es una testigo de la vida de su amiga religiosa» concluyó «y eso hace objetivo el relato».

Su alma se destrozó con la cruda descripción que hizo Bernarda de la violación de la que fue víctima con apenas poner un pie en estas tierras y del trágico asesinato de su amigo Rugerio. Tuvo sentimientos de ira y rabia con la sociedad de los hombres que han construido un mundo hecho para ellos, postergando y abusando de quienes debieran ser sus mejores aliadas, las mujeres.

Pero Paula no estaba preparada para el mayor de los secretos, uno que la afecta a ella misma, que habría incluso justificado la destrucción de los cuadernos y haberlos perdido en el tiempo. Es a lo que se refería Constanza. Esa verdad la descompuso, gritó el nombre de la arquitecta, que en el acto corrió y bajó la fría escalera de piedra en auxilio de la monja, presintiendo que ya había descubierto el misterio oculto detrás de su familia y la de Juana. Constanza la abrazó con fuerza mientras Paula liberaba un grito tras otro de negación a la verdad estampada con tinta en esos cuadernos.

—¡No puede ser cierto, no puedes ser! —repetía Paula una y otra vez y luego lloraba, mientras Constanza la consolaba, sin saber mucho qué decir, más que entregarle cariño—. Constanza, estos cuadernos no pueden darse a conocer, no al menos hasta que yo lo autorice, por favor, te lo ruego —le ordenó Paula a la arquitecta.

—No se preocupe, Paula, le juro que las puertas de ese librero permanecerán cerradas hasta que usted decidas abrirlas.

—¡Muchas gracias, Constanza!

Paula se puso de pie y salió apresuradamente del sótano y de la casona. Constanza la siguió de cerca, no quería que se cayera o se hiciera daño con alguno de los andamios o herramientas de la obra. Salió a la calle y luego a la plaza. Pudo verla correr hacia los cerros en dirección a sus dominios, al monasterio donde ella se siente protegida.

Paula lloraba en silencio en su habitación con el alma partida en dos, todo lo que había creído en su vida se desmoronaba en cosa de segundos. Sofía la escuchó sollozar, ingresó al cuarto y sin saber qué sucedía, abrazó a su amiga y la consoló, no conocía la razón de tal angustia, pero no importaba, es su amiga y con eso basta. Lucía, preocupada por no ver en todo el día a su madre adoptiva, corrió apenas supo que había llegado y la miró, al igual que Sofía con mucha pena.

—¡Sólo quiero descansar, quiero dormir y despertar en otro día! —gritó Paula completamente descompuesta y con su corazón destrozado por lo que había descubierto en esos cuadernos secretos, esos cuadernos malditos, sí, porque los maldijo una y otra vez.

Lucía salió corriendo, ella ya tenía preparada la infusión para que su madre pudiera descansar. Por fin podría dormir tranquila y despertar en otro día, más calmada y serena. Volvió a la habitación con la más hermosa de las tazas llena de su nueva receta. Paula la bebió con placer, agradeciendo a su niña el detalle de darle una rica y renovadora infusión en un momento tan duro.

La hermana comenzó a relajarse. Sofía la ayudó a ponerse el camisón y acomodó su viejo hábito franciscano, con decenas de zurcidos en una silla. Al acomodarlo, sorpresivamente, cayó el anillo de Cayetano. Sofía se lo guardó. Luego la recostó en su cama, de espaldas. Ella y Lucía apagaron la luz y dejaron la habitación para que Paula pudiera descansar.

Las emociones del día hicieron mella en el corazón de la religiosa. En la noche un agudo dolor en el pecho que se pro yectó a su brazo izquierdo y la garganta la despertó. En la oscuridad vislumbró a la señora de la plaza.

—Paula, ven conmigo. Has cumplido con tu destino. Ya es hora que te unas a nosotras—decía la señora, pero sin mover los labios, invitándola a ingresar a un túnel muy iluminado desde lo profundo.

Paula no sabía si estaba despierta o esto era un sueño. Igual se puso de pie, tomó la mano extendida de la señora y caminó junto a ella a través del pasaje. Llegaron hasta la luz y entraron a un gran salón donde cientos de mujeres la esperaban, entre ellas Catalina y Bernarda. La rodearon y fijaron la mirada en ella con mucho amor y ternura. Paula giró para ver al final del corredor su habitación y luego observó a las mujeres. Decidió quedarse con ellas.

Sofía llegó temprano a visitar a su amiga. Quería ver si necesitaba algo o a lo mejor ayudarla a levantarse o por último conversar. Tocó varias veces la puerta, pero nadie respondía. Trató de abrirla, pero algo la bloqueaba del otro lado. Hizo más fuerza y finalmente pudo ver el cuerpo de la hermana Paula en el piso. Llamó a otras religiosas quienes la ayudaron a ponerla de vuelta en la cama. La botánica pulsó en el cuello de Paula, en la arteria carótida, para ver si había signos de vida, pero ya era tarde, demasiado tarde. La gran religiosa que había calado hondo en los corazones del pueblo, estaba inmóvil. Fi nalmente, la muerte la alcanzó, pero ella la recibió con alegría. Su hermoso rostro, a pesar de estar inerte, expresaba felicidad y paz.

—Nos dejó feliz—dijeron sus hermanas.

Llegaron el doctor Ferrer y Gladys. La congoja los embargaba, su amiga del alma había dado el último paso en esta vida para reunirse con el creador, tan joven y llena de vida. Sabían que esto sucedería, pero les costaba aceptarlo. La enfermera tuvo la triste misión de hablar con Cayetano, quien por el dolor no pudo pronunciar una sola palabra. También se comunicó con la madre de Juanita, doña Dorotea, con un pedido especial, que avise a doña Florencia, su amiga y madre de Paula.

Felipe Ferrer solicitó la presenciade los servicios forenses para que se cumpla la ley y se efectúe la autopsia de rigor. La hermana Sofía ordenó mantener total secreto de lo sucedido hasta que su amiga retorne al monasterio. Tanto Felipe como Gladys estuvieron de acuerdo.

Por tratarse de la famosa y querida religiosa, el informe tanatológico se emitió en apenas un par de horas. «La causa de muerte: Infarto agudo al miocardio», fue la sentencia de Paula en un juicio en que ella llevaba las de perder. Los restos mortales de la «hermana del pueblo», título otorgado en Miami por los reporteros, retornaron al monasterio, al gran salón circular. Allí la esperaban las mujeres, solo ellas.

Paula fue dispuesta sobre un gran bloque rectangular de piedra blanca proveniente de la vertiente. Las mujeres, en silencio y cada una en su rol, la desvistieron. Agradecieron a los forenses, quienes respetaron lo más posible su cuerpo, haciendo las incisiones mortuorias apenas visibles. Limpiaron cada centímetro de su piel con gasas de lino humedecidas con el suave perfume de lavanda del monasterio. Gladys tomó las telas recién usadas y las tiró en el fogón encendido al centro del salón circular; luego, junto a Sofía y otras hermanas, comenzaron a envolver el cuerpo de la religiosa con telas de lino blanco que Lucía les iba entregando. Entre los pliegues del género, doña Florencia y doña Dorotea, fueron dejando flores de lavanda y rociando perfume. En el dedo índice de su mano izquierda acomodaron el anillo cardenalicio de Cayetano para que la acompañe en la eternidad y, cuando se encuentren nuevamente, lo pueda devolver a su amado.

El cuerpo de Paula quedó envuelto en un capullo de lino blanco, majestuoso y sublime sobre la piedra. Solo su rostro quedó a la vista para ser contemplado por última vez por sus hermanas y las demás mujeres. Cada una se acercó y puso su mano sobre la religiosa y con la otra mano se tocaron, formando ese núcleo energético que disparará el alma de Paula al más allá, a las estrellas y el firmamento, para tomar el lugar que le corresponde en el infinito.

—Tu nobiscum es, tu nobiscum es, tu nobiscum es (Estás con nosotras) —repitieron una y mil veces.

El cuerpo fue introducido en un sencillo ataúd hecho con tablas de madera de pino, con tres asas de cuerda por cada lado, más una al frente y otra atrás. Las hermanas sellaron la tapa con clavos, por lo que a partir de ese momento nadie nunca más podrá volver a ver

el rostro inmaculado de la hermana Paula y sus increíbles ojos color violeta. Cayetano, Felipe y todos los hombres trajeron la añosa carreta que habrían utilizado Catalina y Bernarda para llegar a Marinas. Como fuera el deseo de Paula, su féretro debía ser llevado en ese humilde y sagrado transporte a la iglesia. Fue en este trayecto que Sofía autorizó divulgar la triste noticia con la venia del señor obispo Don Cayetano Gómez.

El Arzobispado de la Provincia emitió un comunicado oficial:

«Ciudad Marinas, Noviembre 14 de 2018.

Boletín de Prensa

La mañana de hoy ha fallecido nuestra hermana María Paula Bugueño, religiosa del Monasterio de Nuestra Señora de Salamanca.

Sus restos mortales serán velados públicamente en la iglesia del monasterio en nuestra ciudad.

Alberto Cienfuegos

Secretario

Arzobispado de la Provincia deMarinas».

De inmediato la noticia se esparció por todos los medios nacionales. Comenzaron a arribar equipos técnicos de los distintos canales de televisión a la ciudad con sus reporteros para cubrir e informar cada detalle de los funerales de «la hermana del pueblo». Miles de peregrinos abarrotaron las carreteras y calles de Ciudad Marinas para despedir en su última misa a la hermana Paula.

La capilla ardiente se levantó en la iglesia del monasterio decorada con cientos de flores de todos los colores y formas, destacando entre ellas la lavanda. Frente al altar se ubicó el ataúd con el cuerpo de la hermana acompañado de una gran imagen montada sobre un atril. La inmensa fotografía representaba su bello rostro; la piel tersa en un tono mate, el cuello largo y fino y, por supuesto, sus singulares ojos color violeta. La cabeza cubierta por un velo de lino blanco, que descansaba en sus hombros ocultando parte de su cuelloy realzandosu imagen de pureza y paz.

La ciudad estaba engalanada con cientos de jardineras en las calles y plazas.Decenas de macetas en los postes eléctricos con

flores de lavanda, la tiñeron de un hermoso color violeta e inundaron el ambiente con su agradable y suave perfume.

Una larga fila de fieles apesadumbrados recorría desde varias calles antes de ingresar al santo recinto. Todos deseaban expresar su pesar a la gran religiosa que rompió todos los cánones para llegar al corazón de la gente. La fachada y la escalinata de acceso de la iglesia se llenaron de cientos de flores, tarjetas y recuerdos que las personas dejaron allí a medida que ingresaban al edificio. Sin excepción, una vez adentro, hicieron un saludo y una reverencia al pasar por el frente de la hermana.

Al iniciar el santo rito de despedida, se detuvo la fila. La iglesia estaba ocupada por cientos de personas, unas sentadas en las bancas, otras en el piso, ocupando las naves laterales junto a las religiosas, incluso algunos casi colgando del balcón del coro. No cabía un alma más.

Para que nadie se perdiera un minuto de la despedida a Paula, el obispado hizo instalar pantallas gigantes al exterior de la iglesia y en la plaza de la ciudad y alto parlantes en los jardines del monasterio, en donde familias completas escucharon la misa del obispo don Cayetano Gómez. El ambiente era de pena, pero al mismo tiempo de alegría, porque Paula era así, una mujer alegre y empática, «la hermana del pueblo».

El obispo y además cardenal de la provincia de Marinas estaba acompañado de muchos sacerdotes que vinieron de los distintos rincones del país y América a oficiar la misa de despedida. Paula a todos ellos los acompañó en sus programas de apoyo a las mujeres y sus variadas realidades: violentadas, abusadas, madres adolescentes y madres trabajadoras. Se involucró en cada diócesis con la fuerza de las Mujeres de Madrid, con la educación y el conocimiento. La liturgia no fue breve, se vio extendida por los discursos de despedida, algunos verdaderas poesías creadas especialmente para la ocasión que resaltaban los valores, principios, amor por los demás y su especial preferencia por el bienestar y felicidad de las mujeres.

Finalizada la eucaristía, doña Florencia recibió cientos de saludos de los personajes más importantes de la política, del mundo de la empresa, representantes internacionales, los jóvenes y muchas organizaciones femeninas que ella ayudó a crear y que van en apoyo de las mujeres de América. A todos ellos Paula les cambió en algo su vida, vistiendo no más que su viejo y humilde hábito franciscano con un laso de cáñamo en la cintura y además mal zurdido, porque su fuerte no era la costura, ella lo decía una y otra vez.

El pueblo continuó despidiéndose hasta la mañana del día siguiente, momento en que las puertas de la iglesia fueron cerradas quedando en el interior solo las mujeres. Ellas trasladaron el féretro de Paula en la añosa y centenaria carreta al salón circular. Arrastraron la piedra blanca donde anteriormente estuvo el cuerpo y bajo ella se develó una escalera, también de piedra, que baja a un sótano oscuro. Ocho religiosas, tres por cada lado, una delante y otra atrás, sujetaron el ataúd por las asas de cuerda, lo elevaron y descendieron a la penumbra.

En la cripta yacen todas las religiosas que han vivido en el monasterio, sin placas que las identifique en un sentido de humildad extremo, pues pareciera que nunca existieron. Una de las religiosas selló el féretro con un cuño y lacre de color rojo, imprimiendo la cruz de calatrava en cada costado. A partir de ese momento, Paula se convirtió en una más de este sacro sepulcro tapiado con la gran piedra blanca ceremonial.

Constanza, la arquitecta, escuchó en la plaza cada palabra de los sacerdotes que oficiaban la misa y observó las imágenes de la iglesia en las pantallas gigantes. Sentía culpa por haber sido ella quien le mostró la verdad escondida en esos cuadernos a la hermana Paula y que posiblemente precipitaron su muerte. «¿Tal vez debí estar callada? ¿Tal vez debí ser más cauta? ¿Pero cómo saber lo que sucedería?», ese sentimiento de responsabilidad cruza su alma.

Constanza ha quedado en medio de una encrucijada, solo ella, además de Paula, conoce el secreto escrito en los cuadernos de Bernarda, que también involucra a Juana.

Capítulo 8. El secreto

Juana había confirmado su corazonada. Lucía, sin saber lo que hacía, entregó en la infusión que preparó para su madre adoptiva suficiente heroína como para quitarle la vida, pero le extraña que la propia Paula se lo solicitara. Esta noticia cerró un largo día. Juana estaba cansada; primero los poderes de Paula para manejar las cuentas bancarias, luego el nombramiento como auxiliar en la causa de beatificación de doña Catalina y finalmente la triste verdad de la muerte de la religiosa, «ya es hora de descansar, mañana será otro día».

Fue a visitar a su madre, doña Dorotea, que siempre la recibía con mucho cariño. Una deliciosa cena y su habitación dispuesta para un sueño reparador. La joven podía disfrutar como cuando era niña del amor de su madre, una leal e incondicional seguidora de sus artículos, a veces demasiado leal, haciéndola pasar más de un bochorno cuando la abrazaba frente a su audiencia, luego de una gran presentación en algún foro.

La casa de la familia se encuentra muy cerca de la plaza central de Ciudad Marinas. Es una construcción colonial, pero modernizada a lo largo de los años debido al deterioro sufrido en los distintos terremotos que han azotado la región en doscientos años. Fue erigida por don Federico de los Ríos, el primero de su linaje en llegar a estas latitudes.

Durante la crisis del trigo en el Perú, a fines del siglo XVIII, muchos hacendados de aquel país se vieron obligados a emigrar. Este fue el caso de don Federico, que siendo aún joven encontró una oportunidad en el puerto de Valparaíso a cargo de las bodegas de don José Bugueño del Prado, gran hacendado y antepasado de la hermana Paula. Sin pensarlo más, contrajo matrimonio con doña Jacinta de Ceballos y se embarcó en el Magdalena, el navío propiedad de la Casa Tellería de Cádiz.

Con el correr de los años él, su esposa, don José y Mailen se hicieron grandes amigos. Federico además se convirtió en el hombre

de confianza de don José hasta que finalmente lo hizo socio minoritario. La mala administración de los sucesivos herederos de don Federico provocó la pérdida de la participación de su familia en los negocios del clan Bugueño, por lo que esa historia de amistad y de socios se perdió en el tiempo.

—¡Hola, Juanita! —saludó doña Dorotea a su hija regalona dándole un gran abrazo.

—Mamá, si nos vimos anoche.

—Cierto, pero nada me prohíbe abrazarte todos los días. ¿Cómo salieron las cosas con Cayetano?—Mientras Juana ingresa a la casa, a su madre le interesa saber de su trabajo en la ciudad.

—Ha sido bien especial, mamá, no puedo decirte mucho porque se lo prometí a mi tío.

—Cayetano es así. ¡Mejor no hables y vamos a cenar!

—Mamá, si no te importa quiero ir a dormir, estoy muy cansada y mañana tengo mucho que hacer.

—¿Quieres una infusión para dormir bien?

—No, gracias… ya no sé si me gustan mucho las infusiones. Lucía me ha dejado en cada lugar que voy una distinta… y estoy un poco saturada.

—Así es Lucía… qué niña más buena. Debe estar sufriendo mucho con la partida de Paula.

—Sí, es una buena niña y, como tú dices, lo está pasando muy mal. Buenas noches, mamá.

Juana descansó. Durmió profundamente más de ocho horas. Al despertar, su madre la esperaba con un buen desayuno, uno de campo con huevos revueltos, biscuits recién horneados, jamón artesanal, queso, zumo de naranja y un gran tazón de leche con café de granos recién molidos. El aroma a ese café le hizo recordar toda su vida en esa casa, el amor de su madre y de su padre, que falleció muy joven dejándolas a ella y doña Dorotea al cuidado de su tío Cayetano.

—¡Mamá, que tierna eres! Pero me tomaré solo el café sin leche.

—Pero, Juanita, anoche no cenaste… ¡te vas a desmayar! Por lo menos un biscuit con un poco de jamón y queso.

—Bueno, mamá, tienes razón, necesito un poco de energía.

Juana rápidamente tomó el café, comió el panecillo y salió de la casa. Se detuvo en la acera de la calle y le escribió un chat a Cayetano.

«Buenos días, tío, necesito que me compartas el nombre y el contacto del doctor que certificó la muerte de Paula. Gracias».

«¿Qué estás pensando?», escribió Cayetano

«Estoy solo atando cabos».

En menos de un segundo el obispo le entregó el número del doctor Felipe Ferrer, Cardiólogo jefe de la Unidad Coronaria del Hospital de Ciudad Marinas. Juana lo llamó de inmediato para coordinar una reunión en el hospital más tarde, a lo que el médico accedió, pero debía ser ahora, más tarde entraría a cirugía.

De camino al hospital Juana estaba muy sensible con lo que descubrió. Había estudiado algunos casos relacionados con suicidio asistido, pero eso era con enfermos, muchos terminales.Viven en una situación que ni si quiera se puede llamar vida y ella lo apoyaba en esa circunstancia. Debatió en muchos foros la posición ética frente al tema, por lo tanto, lo conocía. Pero Paula no estaba viviendo así, estaba plenamente activa. Eso ya no sería asistir su muerte, sino su suicidio.

—¡Hola, Juanita! Tanto tiempo, qué gusto volver a verte—saludó el doctor Felipe Ferrer a Juana.

—¿Es usted, doctor? Es que nunca me aprendo su nombre, entonces pensé que no lo conocía.

—¡Pero, Juanita! Soy el médico de tu madre de toda la vida y a ti te conozco de niña.

—Lo sé, doctor, pero no había relacionado su nombre, nada más… ¿Me perdona?

—Claro que sí, Juanita. ¿Pasa por aquí, quieres un vaso de agua?

—Sí, ¡encantada!

—Juanita, pasa por acá. Cuéntame. ¿En qué te puedo ayudar? —preguntó Ferrer sentándose a un lado de Juana en la pequeña oficina que utiliza en el hospital.

—Mi tío Cayetano me entregó un cuaderno que Paula… —No alcanzó a continuar Juana cuando el doctor la interrumpe.

—Te dejóa ti. Yo estaba con Cayetano y la superiora del monasterio cuando Lucía trajo el cuaderno y hoy en la mañana tu tío me contó todo lo que has avanzado en tan pocas horas. Espero que no te moleste, pero prefiero ser sincero contigo.

—No, no me molesta, al contrario, su sinceridad me gusta y me parece lo correcto.

—Gracias, Juanita y te voy a ayudar en todo lo que me pidas y por supuesto que pueda hacerlo.

—Necesito aclarar varias cosas. Por ejemplo,¿cómo era la salud de Paula? ¿Fue sorpresiva su muerte?

—Para nada, Juanita, incluso te diría que yo esperaba un des enlace así mucho antes. Paula llevaba una vida de estrés, dormía muy poco, trabajaba mucho y nunca descansaba. Tampoco hacía deporte y, para peor, era hipertensa crónica. Varias veces la tuvimos aquí en la sala de emergencias, pero no entendía que su salud debía estar primero y siempre postergaba nuestros consejos. Así que, Juanita, era esperable que esto sucediera.

—Entonces es posible que ella haya ido preparando todo con tiempo, como el haberme involucrado, ¿por ejemplo?

—Completamente, y de Paula no me extrañaría que así fuera.

—Doctor, ¿existe alguna posibilidad de que Paula haya preparado su muerte?

—¿Suicidio estás insinuando?

—No lo insinúo, lo digo directamente.

—¿Tienes información que te permita avalar o al menos sugerir eso?

—Lucía preparó la noche de su muerte una infusión a Paula. Esta infusión estaba compuesta por heroína y Lucía no tenía la más mínima idea de si sería suficiente como para relajarla o matarla. —Felipe se puso de pie y comenzó a caminar por la oficina, restregándose las manos y su rostro expresaba preocupación.

—¿De dónde obtuvo la heroína?

—En su herbario. Ella tiene uno en los jardines del monasterio. Desde allí obtiene además todas las infusiones que reparte por la

ciudad. Un grupo de plantas son amapolas. Ella la llama adormidera.

—La adormidera, sí, es el nombre que se le daba hace más de 150 años, luego fue opio, luego heroína, al final hablamos de los opioides. —Completó el médico.

—Resulta que Lucía investigó en todos los cuadernos de doña Catalina y el recetario de hierbas que dejó para las monjas y en ningún lugar dice la dosis y, conversando ayer conmigo, me dijo que Paula, que ella, le había dicho que le preparara una infusión con la adormidera la noche de su muerte.

—¿Te dijo ella?

—Sí, me dijo ella. ¿Por qué?

—Primero quiero que estés tranquila. Paula no se quitó la vida, además me has dado la respuesta a una duda que me tenía muy preocupado. Los exámenes tanatológicos de su sangre arrojaron una pequeña cantidad de heroína. ¡Quedamos de una sola pieza! Imagina, ¡comenzamos a creer que Paula se estaba haciendo adicta!

—¿Nadie más supo de esos resultados?

—No, yo solicité mantenerlo en secreto hasta averiguar más. Y tú ahora me das la respuesta y, créeme, el alivio que me entregas no es menor. Ella era mi amiga.

—Entonces el parte oficial es cierto, murió de un infarto.

—Así, es. Y uno muy fuerte. Pero, Juanita, hay algo que debes saber.

—¿Qué es?

—La hermana Sofía la encontró en el piso de la habitación. Significa que ella caminó. El punto es que lo hizo antes del infarto. Lo sufrió varios minutos después de estar caminando o al menos de pie en la habitación y durante ese período alguien, no sabemos si ella, pero alguien marcó el número del móvil de Cayetano… —Juana lo interrumpe.

—¿Por qué mi tío no me ha dicho esto?

—Porque así es él, no quiere que nadie más se entere que eran tan cercanos y me pidió que yo lo hablara contigo.

—Mi tío, siempre tan formal. Y qué le dijo.

—No, no le dijo nada, el punto es ¿qué escuchó Cayetano? Escuchó a Paula hablar con otra mujer y recuerda muy bien lo que esa mujer le dijo: «ya es hora que vengas con nosotras, cumpliste tu destino».

—Yo no creo en esas cosas, Felipe.

—Juanita, recuerda bien cuando Lucía te dijo que Paula le pidió la infusión. ¿Dijo Paula o dijo ella? ¿Tú que entendiste? —Juana escuchaba atentamente al médico. Recordó en ese momento dónde había visto el anillo de plata tallado de Cayetano antes y fue justamente en la mano de ese hombre, en el informe televisado del estado de salud de Paula hace 2 años—. Juanita, yo soy el doctor de Lucía también y, antes de conocerla, tampoco creía en esas cosas, soy médico ¡por Dios! Y nosotros no creemos en eso, pero la conozco de años, su padre era colega mío y la atendí de pequeña.

—Lo que me quiera decir, Felipe, dígalo ya.

—Lucía habla con personas en sus sueños y con una en especial, una monja. Ella, cuando dice que «ella le dijo» es esa monja de sus sueños la que habló. Lo discutimos muchas veces con Paula, al final terminamos por creer que es cierto.

Paula ya le había descrito las cualidades paranormales de Lucía en el cuaderno que le dejó con la joven inocente, pero Juana no es de creer en esas cosas, aunque en este punto está comenzando a dudar.

—Gracias, doctor, de verdad ha sido muy generoso con todo lo que me ha explicado.

—Juanita, ven cuando quieras, estamos todos muy esperanzados en lo que estás haciendo.

«¿Todos, dijo todos?». ¿Quiénes son todos? Juana deja el hospital con más dudas aún de las que tenía al llegar. Si bien la verdadera razón de la muerte de Paula le da un poco de alivio, comienza percibir algo en el ambiente que no sabe si es para estar contenta o preocupada. Mientras se aleja del hospital recibe en su móvil un chat desde un número desconocido.

«Hola, Juana, espero que se encuentre bien. Soy Luis González, amigo de Paula. Necesito comunicarme con usted de forma

urgente».

Juana recuerda haber escuchado el nombre de Luis González, pero no sabe en dónde. Decidió devolver el llamado, para ella cuando se encuentra investigando, toda gestión aporta.

—Hola—contestó Luis González al llamado.

—Hola ¿Luis González? Soy Juana de los Ríos, usted me escribió recién.

—¡Hola, Juana! Disculpe la molestia y gracias por devolver el llamado.

—No es ninguna molestia. Me dijo que usted es amigo de Paula. ¿Cómo se conocieron? —Juana necesita corroborar la historia antes de continuar.

—A ella la conocí en Chile, en el monasterio, cuando hicimos una entrevista para el programa Marc Star Contigo.Yo trabajo con Marc Mejías.

—¡Usted es Luchín! Sé perfectamente quién es… Es un placer saludarlo. Dígame qué es lo tan urgente.

—Usted sabe que Paula estuvo invitada hace unos meses al programa de Marc. En esa oportunidad solicitó información de doña Catalina, la fundadora del monasterio.

—Me acuerdo, yo vi el programa… ¡Paula se lució!

—Podría haber sido una gran una estrella, una pena su partida.

—Cuénteme, Luchín ¿Qué sucedió? ¿Hubo respuesta al llamado?

—Sí, hubo respuesta y se lo reenvié a Paula. Ella tomó contacto, pero bueno, falleció antes de ver la respuesta… debe estar en su buzón de emails. —El tono de voz de Luchín cambió. Juana sintió su pena—. Esas personas, Juana, nos volvieron a escribir.

—Y ¿qué le han dicho?

—Que nos esperan en Salamanca esta semana.

—Ya, déjeme sacar mi teletransportador y voy… —Juana respondió con un sarcasmo, era imposible hacer todo en un par de días y partir a España.

—Jajajaja… Paula habría contestado lo mismo, usted se parece a ella… jajaja.

—Pero es que, Luchín, yo estoy en el culo del mundo, no llego en dos días a España.

—¿Tiene su pasaporte al día?

—Sí.

—Prepare su maleta, que en cuatro horas con el jet privado de Marc la recogeremos en el aeropuerto internacional.

—¿Qué? ¿Me dice que viene en camino?

—Así es, Juana, ya estudié su vida y sé que le apasiona la aventura…¡Nos vemos!

—¿Y los mails de Paula? Necesito leerlos.

—En el jet llevo una carpeta con todo lo que necesita.

Luchín tenía razón. Juana es un alma inquieta que necesita estar en constante movimiento. La sola idea de abordar un jet privado y volar a España para encontrarse con información que probablemente tiene más de doscientos años, encendió su espíritu investigador y aventurero.

Juana fue corriendo a la casa de de doña Dorotea a buscar su equipaje, cuando recordó que el pasaporte lo tiene en su apartamento en la capital. Para no perder tiempo, descartó ir donde su madre y abordó el coche rumbo a su hogar. En menos de dos horas ya estaba en su piso haciendo la maleta y con el documento de viaje en la mano y una hora después aparcó el vehículo en los estacionamientos del aeropuerto. Tomó el transporte que la llevó a la zona de embarque internacional en donde la esperaba una asistente de Marc Mejías para guiarla en todo el trayecto al jet. Finalmente, y puntual, luego de cuatro horas Juana se encuentra con Luchín en la escalinata de la nave.

A Juana le llamó la atención Luchín. No es alto ni bajo, delgado ni gordo, joven ni viejo, un rostro común y corriente, con una amplia frente y nariz aguileña. El rostro delgado, incluso huesudo, cabello entrecano un poco largo peinado hacia atrás. Una hermosa piel coloreada por el sol del trópico. De vestimenta informal, jeans gastados, zapatillas ochenteras, camiseta tipo polo blanca. Un hombre que pasaría desapercibido en cualquier lugar. Pero sus ojos tristes la cautivaron de inmediato. Sintió el deseo de abrazarlo y tenerlo cerca, algo que nunca había vivido en sus 40 años.

Juana comenzaba a recordar quién era Luchín. En su primer año de universidad todos los jóvenes quedaron impactados con la experiencia que él vivió; el asesinato del corresponsal de guerra Larry Mejías, su amigo, en un pueblo en Bosnia en medio de una cruenta guerra civil. Luego ella siguió la historia y los detalles de los acontecimientos, en donde Luchín salvó su vida por milagro.

—Hola, Juana, ¡bienvenida! Pase por acá y siéntase como en su avión… jajaja.

—¿Podemos tratarnos de tú? De hecho, me dicen Juanita.

—Haremos una linda pareja… Juanita y Luchín, no nos dejan crecer, ¿No crees, Juanita?

—Cierto, Luchín, estamos mayores y nos tratan como niños, a mí me sucede todo el tiempo, sobre todo en mi familia. —El piloto sale de la cabina a saludar a los pasajeros y les dice que apenas estén autorizados iniciarán el vuelo a Madrid. Que se pongan cómodos porque serán unas doce horas de vuelo.

—Tendremos muchas horas para conocernos, Juanita.

Durante el viaje, Juana y Luchín se conocieron. Hablaron de sus profesiones, sus sueños, sus amores y temores. Luchín abrió su corazón y relató todo lo acontecido antes, durante y después de la tragedia que fue el asesinato de su amigo Larry. La experiencia vivida junto a Paula en el monasterio y el proceso de sanación mental milagroso que experimentó gracias a las religiosas y su energía. La deuda eterna con Marc, que lo acogió como un hermano y nunca lo dejó caer.

Juana, por su parte, se sinceró de la gran soledad que experimenta día a día. Cuarenta años y no haber logrado estabilidad afectiva con alguien que realmente la ame y se comprometa con ella, más la sensación de fracaso por no ser madre y continuar así sola «es mi gran temor hacia el futuro», le dijo. Habló de su hermosa niñez y de cómo Paula la protegió siendo una adolescente de un obispo sin criterio que la trató de destruir.

—Tal vez, Luchín, por eso Paula me dejó este cuaderno con todas las instrucciones para terminar lo que ella empezó. Tal vez vio algo en mí de pequeña que la convenció.

Luego de horas de charla, Juana recordó que no había abierto la carpeta con los emails de Paula.

—Luchín, tienes la carpeta. ¿Me puedes hablar de los mails? Realmente me duelen los ojos como para leer. ¿Me harías es favor?

—¡Claro que sí, Juanita! No es mucho; en resumen, hay una señora en Salamanca, al parecer mayor, que tiene unos cuadernos en su villa o finca en un lugar llamado Salvatierra de Tormes. Según lo que ella dice, podrían pertenecer a doña Catalina. Cuando Paula leyó el primer mail quedó muy entusiasmada porque hablaba de cuadernos y no libros, lo que para ella hace una gran diferencia.

—Cierto, tenía razón Paula. No es un detalle menor. Por defecto uno habla de libros, salvo que evidentemente sean cuadernos ¿Y cómo vamos a llegar donde ella?

—Desde Madrid viajaremos por autopista hasta Salamanca y de allí a Salvatierra, que es un poblado pequeño, con muy pocos habitantes.Esta señora va solo una vez al año y por pocos días, por eso la premura para alcanzarla.Ahora está en el lugar.

—Luchín, yo quiero descansar ¿No me dirás que apenas lleguemos seguimos a Salamanca?

—No, Juanita, vamos a pasar la noche en Madrid y mañana continuamos.

El jet aterrizó a media tarde en el aeropuerto Adolfo Suárez. Como en Santiago, una asistente los guio para hacer los trámites de inmigración y aduanas de forma expedita. Luego los esperaba una van para transportarlos al Hotel Orfila en el centro de la ciudad. Marc Mejías sentía una deuda con Paula, y con Luchín una responsabilidad. Esperaba que este viaje inesperado no solo se lograra obtener más información de doña Catalina, sino que además Juana y su amigo congeniaran. Tenía la intuición de que eran el uno para el otro.

Cuando Marc Mejías se enteró de que Juana de los Ríos sería la encargada de presentar los antecedentes para la beatificación de doña Catalina, sus amigos periodistas se la describieron como una mujer culta, inteligente, aventurera y osada en su trabajo, pero también solitaria. Si algo haría por Luchín, sería acercarlo a esta

mujer, así que cual «celestina», Marc dispuso de todos los recursos a su alcance para que tuvieran los mejores días, incluso horas juntos.

Juana y Luchín quedaron de una pieza al ingresar al Hotel Orfila, uno de los más bellos de Madrid. Un palacete de finales del siglo XIX que perteneció a una familia aristocrática, en donde se presentaban gran cantidad de obras de teatro y actividades culturales, siendo un polo intelectual de aquella época. Ubicado en el centro de la ciudad en el barrio de Chamberí, Marc reservó dos de las seis suites de lujo para sus invitados.

—¿Luchín y quien va a pagar todo esto?

—Yo creo que Marc.

—Bueno si es así, ¡vamos a descansar!

Cada uno fue a su habitación. Juana tomó una ducha y un baño caliente, luego durmió una profunda siesta. Lo mismo hizo Luchín. Al despertar, Juana envió un mensaje a Cayetano con fotografías de su habitación, la vista nocturna de la ciudad y, por supuesto, su ubicación. El tío obispo, respondió «algo me dijeron que estarías de viaje… me alegro mucho Juanita, te lo mereces». Ella respondió con un emoticón sonriente. Luego se vistió y fue a recorrer el hotel.

En el lobby estaba Luchín leyendo un periódico, esperándola para ir a cenar. Había reservado una mesa para dos en el restaurante del hotel, en el Jardín. Un espacio romántico y muy lujoso. Primero un cóctel de bienvenida en el bar, con un pequeño aperitivo, luego pasaron al restaurante en donde pidieron a la carta la comida más exquisita. Al terminar salieron a descubrir el Madrid nocturno. Por dos horas recorrieron calles y plazas. Se conocieron aún más. Juana sintió un poco de frío y le pidió a Luchín que la abrace. Él lo hizo, pero se sintió torpe, hacía muchos años que no estaba con una mujer y sus inseguridades comenzaron a aflorar. Juana se dio cuenta, pero lo miró con ternura y el sintió el apoyo. Lo necesitaba.

De vuelta en el hotel, Luchín solicitó que los despierten a las ocho de la mañana. Continuaron a sus suites. La de Juana estaba primero en el pasillo, abrió la puerta y se despidió de Luchín, quien continuó unos metros más allá hasta la suya.

—Luchín ¿te quedarías la noche conmigo? —propuso Juana. Luchín se devolvió y le dijo al oído.

—Juanita, no he estado con una mujer en años. No sé qué hacer.

—Eso es lo que me atrae de ti, eres un hombre sincero. ¿Te quedarás?

—Sí, Juanita, es lo que más deseo.

Juana y Luchín se amaron durante toda la noche. Disfrutaron de sus cuerpos hasta quedar completamente subyugados en esta pasión que ninguno de los dos imaginaba hasta hace solo 24 horas. Durmieron hasta más allá de las ocho, porque Marc dio instrucciones precisas que, si pasaban la noche juntos, nadie los molestara. Hizo lo correcto.

Al despertar, Luchín miró el reloj y Juana se lo quitó.

—La señora de Salamanca no se va a ir, Luchín.—Y volvieron a hacer el amor antes de levantarse.

A las once de la mañana estaban saliendo de Madrid en una van con dirección a Salvatierra de Tormes. Luego de un viaje de casi tres horas, arribaron a la pequeña localidad a la orilla del Embalse de Santa Teresa en la provincia de Salamanca. Un hermoso villorrio con no más de cien habitantes, detenido en el tiempo. Construcciones añosas realizadas en azuladas piedras de pizarra y adobe, algunas restauradas o bien tenidas y otras que han sido vencidas por el tiempo. De calles estrechas y empedradas, que invitan a caminar y deleitarse con las vistas del embalse y los campos que la rodean.

Luchín, en el trayecto, se comunicó con Eduardo, el nieto de la Sra. Carolina para coordinar el encuentro. Este le dijo que lo harían en la parroquia del pueblo, la Iglesia de Nuestra Señora de Monviedro, ubicada donde se juntan las calles del reloj, calle larga y calle condado. No se podrán perder, porque su torre de piedra y reloj se destaca por sobre todas las construcciones.

Juana y Luchín descienden de la van en frente de la iglesia.Una señora mayor en silla de ruedas los espera junto a un joven. Son ellos. La señora les da la bienvenida e intenta estirar su mano para saludarlos, pero tiene dificultad para hacerlo, así que Juana se acerca y le besa la mejilla, lo que la mujer agradece con una sonrisa, lo mismo hace Luchín. Ahora la anciana trata de hablar, pero parte de su cara pareciera estar paralizada, así que el joven, Eduardo, decide hablar por su abuela.

—Mi familia es muy antigua en este lugar. Nuestros antepasados fueron los condes de Salvatierra hasta que en algún momento se perdió el título y dejaron de serlo. Luego se construyó el embalse y pensaron que todo iba a quedar bajo el agua, pero esta parte del pueblo se salvó.

—A Chile, a la Hacienda Marinas llegó una monja franciscana en el año 1800 más o menos. Ella se llamaba Bernarda de Salvatierra —relató Juana al joven. Conocía esa historia porque se la habían contado en el colegio Santa Bernarda—. ¿Será que ella fue parte de tu familia? —Cuando Juana terminó de relatar eso, la abuela intentó decir algo, pero las palabras no salían de su boca. Al no poder hablar, el nieto movió la silla hacia la iglesia y ella apenas pudo apuntar con un dedo hacia el templo.

—Entremos. ¿Les parece? —dijo el joven.

Los cuatro ingresaron al templo que data del siglo XII o XIII, construido en base a pizarra y ladrillos. De estilo románico por fuera, en el interior se destacan arcos de piedra de medio punto que sujetan la bóveda. Al fondo, en el altar, se encuentra el Retablo Mayor de la Asunción, cubierto con láminas de oro e intrincados diseños de estilo barroco churrigueresco.

La señora ahora apuntó hacia el coro en la planta superior sobre el acceso. De sus ropas extrajo una pequeña llave, antigua. El nieto preguntó si debían dirigirse al órgano, la abuela asintió con la cabeza. Luchín y el muchacho subieron. Una vez frente al enorme instrumento con sus largos tubos de resonancia comienzan a buscar algún cajón que tenga una cerradura, no lo encuentran, en cambio hay una pequeña puerta en uno de los lados de la cámara. La abren con la llave que les entregó doña Carolina.

—Eduardo, puedes avisar a Juanita que suba, por favor. —El joven hace unos gestos a Juana desde el coro para que suba. Ella corre de puntillas para no producir ruido. Se acerca al órgano, al lugar donde se encuentra Luchín.

—¡Mira, Juanita! —Detrás de la pequeña puerta está llena de cuadernos polvorientos.

Juana enciende su móvil para ver unas imágenes de los cua dernos de la biblioteca del colegio. Toma un par de las libretas que están dentro del órgano, las abre para comparar la letra y corroborar si fueron escritos por la misma persona. Sí, tienen la misma letra. Comienza a sacar algunos más y los va leyendo rápidamente. Como dijo la anciana, se trata de descripciones de las visitas a enfermos, fechadas antes del 1800, unos pocos años antes.

—Luchín,¿te das cuenta de lo que hemos encontrado? Aquí está la vida de Catalina antes de llegar a Chile, ¡aquí está todo!

—Juanita, pero esto no lo escribió Catalina, observa bien, están en tercera persona.

—Tienes razón. ¡Esto fue escrito por Bernarda! ¡Ella llevó un detallado diario de vida de Catalina! Hace sentido entonces que hayan llegado hasta acá, Bernarda debió haber sido de este lugar. ¡Su familia era de esta villa!

Juanita comenzó a revisar cada cuaderno a medida que los sacaba del interior del órgano. Estaban en muy buen estado considerando que tienen más de doscientos años. Muy bien escritos, con una letra clara y legible. Con mucho detalle de las actividades de Catalina, Bernarda y un ayudante, Rugerio. Iba casi en el último, en realidad por la fecha debía ser el último. Estaba un poco desdeñado en comparación con los demás. Lo abrió y en muchas hojas alguien lo había rayado escribiendo frases como «maldita puta hija del demonio», «te vas a quemar en el infierno», «tú y la perra de Catalina». Juanita se asustó, pero tomó la mayor cantidad de fotografías que pudo.

—¡Luchín, mira! Hay una carta en este cuaderno.

—¿Qué dice?

Juana la abrió con cuidado de no romperla. Tenía restos de lacre. Los pliegues estaban bastante rígidos, lo que dificultaba aún más la apertura, pero finalmente pudo estirar el papel.

«Mi señor:

Cumplí con su mandato. La seguí hasta el fin del mundo y la asesiné con mi pistolete, pero no murió. ¡Es hija del demonio! Se sanó de las heridas en un estanque de agua. ¡Fue magia negra!

Su servidor».

Juana quedó impactada por la revelación de esta carta. La leyenda dice que Catalina se sanó de heridas mortales en el estanque de la vertiente. Quien la escribió ¿será el bandolero desconocido que intentó asesinarla? ¿Era una especie de sicario enviado desde Salvatierra?

—Luchín, ¿has leído? ¡Esto es increíble! ¿Será la prueba del milagro de doña Catalina? Debemos fotografiarla.

—Juanita, yo la sostengo y tú le tomas una fotografía.

—OK. Listo, ¡guardemos todo y vámonos! Eduardo, cierra con llave la puerta del órgano y bajemos.

Los tres descendieron del coro. Eduardo tomó a su abuela y la llevó al exterior. Una vez en la calle, doña Carolina los miró, movió su cabeza de arriba hacia abajo, varias veces con expresión de alivio.

—Mi abuela quedó muy impresionada con la hermana Paula y la historia de doña Catalina, ahora entiendo porqué quería que ustedes vinieran. Es esa carta, ¿cierto, abuela? —La señora asintió con la cabeza.

—Esta carta dice que doña Catalina fue sanada milagrosamente, esta es la prueba. La historia que conocemos es que fue atacada por bandoleros, pero en realidad alguien trató de asesinarla, alguien que fue mandatado desde acá—explicó Juana a los demás.

—Fueron nuestros ancestros, señora. Nosotros descendemos de los condes de Salvatierra. Alguno de ellos no tenía muy buena reputación.

—Gracias por todo, Eduardo, y a usted doña Carolina, en Ciudad Marinas estarán muy contentos de que tengamos esta información, muchas gracias. —Juana y Luchín se despidieron muy agradecidos.

Había llegado la noche y buscaron alojamiento en un pequeño hotel llamado «Rural Salvatierra». Pidieron una habitación doble para ellos y otra para el conductor de la van. Comieron algo y se fueron a descansar.

—¿Luchín? —Estando ya acostados Juana necesita corroborar algo que le ha dado vueltas en la cabeza desde que conoció a Luchín.

—Dime, Juanita.

—Paula me escribió que tú tienes una fotografía con ella, de cuando visitaron… —Luchín la interrumpe.

—Sí, Juanita, aquí la tengo… mira. Te juro que solo estábamos Paula y yo cuando Lucía nos tomó la fotografía. Una vez de vuelta me puse a verlas en mi móvil y allí estaba esta monja.

—Puede ser un efecto óptico o de los lentes, tal vez es una de las otras monjas y por algún tipo de reflejo sucedió eso. ¿Puede ser?

—Sí, todo puede ser, pero la hice revisar en Nueva York y nadie tiene una respuesta. Y si observas bien, el hábito es muy antiguo, algunos historiadores lo datan en el siglo XVIII. Juanita, yo pienso que es doña Catalina.

—Luchín, ya no sé qué pensar. Abrázame, que tengo miedo.

El jet privado de Marc Mejías aterrizó en el aeropuerto internacional de Santiago de Chile. Sus pasajeros, Juana y Luchín, habían vivido en poco más de tres días todo tipo de emociones. Desde la pasión desatada como dos jóvenes adolescentes y la conmoción de conocer los cuadernos que alteran más de doscientos años de historia.

Ya en la losa del aeropuerto, Juana desciende por la escalinata, atrás queda Luchín, que la mira con la esperanza de volverla a ver.

—¡Luchín! —grita desde la pista Juana.

—¡Dime, Juanita!

—¿Tienes tu pasaporte al día?

—¡Por supuesto! Lo tengo al día.

—¿Quieres conocer a mi madre?

—¡No hay nada que me gustaría más, Juanita!

Luchín desciende del avión con un pequeño morral al hombro, corriendo abraza a Juana la eleva y la besa apasionadamente. Ella posa su cabeza en el hombro de él rodeando su cuello con los brazos y ambos ríen con toda la felicidad del mundo. Dos almas destinadas a ser una sola que durante años recorrieron sus propias historias, su mundo y su vida por fin ahora se encuentran.

Doña Dorotea está alegre por Juana. Por fin su hija encontró alguien que no le complique la vida, sea un compañero y no una

carga, como habían sido los novios anteriores. Luchín es un hombre con historia, independiente, que no está para jugar ni pasar un rato.

—Juanita, le preparé el dormitorio del jardín a Luchín… no pensarías que dormirían juntos en mi casa. ¿Cierto?

—¡Pero, mamá! Si somos adultos.

—No hay problema, doña Dorotea, dígame cuál es mi habi tación —dijo Luchín contento de conocer una señora que pone las reglas en su casa.

—¡Luchín! No puedes dejar que mi madre nos dé órdenes… ya, mamá… —alegaba Juana como una niña mimada, pero contenta de ver a su madre con tanta energía y alegría.

—No se discuta más y vamos a cenar. Invité a tu tío Cayetano… ¿No hay problema, cierto?

—No, mamá, al contrario, tengo ganas de estar con él.

Una vez que llegó Cayetano, se sentaron a la mesa y pasaron varias horas entre bocado y bocado, conversación e historias. Juana relató con lujo de detalles lo descubierto en Salvatierra, a lo que el obispo encontró del todo positivo porque tiene un mayor valor probatorio el relato de un testigo que uno de sí mismo. Finalizaron con unos suaves licores de manzanilla, la especialidad de doña Dorotea. Luchín, que no estaba acostumbrado a una bebida tan fuerte, decidió ir a dormir, la cabeza le daba vueltas. Luego de un rato, la madre de Juana también se retiró a descansar.

—Juanita, ahora que estamos solos necesito pedirte algo. Mañana a primera hora debes visitar la casona de los Bugueño, allí te espera Constanza, que es la arqueóloga a cargo de la restauración.

—¿Por qué, tío?

—Me ha dicho que encontraron habitaciones en el sótano de la casona que estaban clausurados, tapiados con paredes y que están llenos de distintos objetos como muebles, armas de la época de la independencia, vajillas.

—¡Qué interesante!¿Quién lo habrá escondido?

—Ella piensa que algunas de estas reliquias son de los padres de la independencia, tal vez estuvieron ocultos en la guerra y por eso construyeron esos cuartos falsos.

—¿Ha dicho quiénes?

—No tiene pruebas, pero cuando lo estudie en profundidad no le extrañaría relacionarlos con Bolívar, San Martín y O´higgins. Pero Juanita, encontró además unos cuadernos.

—No, tío, ¡no me digas que de esos cuadernos!

—Sí, Juanita, de esos mismos. Constanza me dijo que Paula los leyó el día en que murió y que le dejó instrucciones que nadie más los viera, por lo que está muy preocupada qué debe hacer.

—¿Y qué les ha dicho, tío?

—Que tú eres la persona que Paula dejó a cargo de leerlos. Le conté del cuaderno que ella te escribió con instrucciones para ti y allí se sintió segura. Me ha pedido que mañana vayas a primera hora.

Juana no pudo dormir por la emoción. Esos cuadernos son la fracción que falta para completar la historia de estas mujeres. Se levantó al alba, su madre, que madruga todos los días, le preparó el desayuno. Esta vez Juana se comió todo, intuyendo que el día sería largo.

—Mamá, por favor dile a Luchín dónde estaré y le explicas cómo llegar si quiere ir, pero no lo despiertes, déjalo dormir. ¡Nos vemos!

—Juanita.

—Sí, mamá.

—Te quiero mucho, hija.

—Ay… yo también, mamá.—Ambas mujeres se abrazaron con mucha emoción en un abrazo necesario desde hace mucho tiempo.

Juana se reunió con Constanza. La arquitecta relató el encuentro con Paula y de la reacción que tuvo, lo que llamó mucho la atención de la periodista. Luego la guio al sótano, le indicó el lugar del librero y finalmente la dejó sola para que lea en el mismo pequeño escritorio en el que estuvo Paula un mes atrás.

Federico de los Ríos se despertó con el disparo. Salió de su casa abrigado, calculando por la hora que la vaguada costera del océano pacífico estaría en todos los rincones del puerto en ese momento. Caminó unos pasos para acceder a la bodega, siguió hasta el fondo y, al iluminar con la vela que llevaba en su mano, vio la dantesca imagen de Rugerio muerto con la cabeza partida en dos, Bernarda desnuda en posición fetal con la mirada perdida y lo que parecía ser

rastros de sangre entre sus piernas. Quiso llorar, pero sabía que tenía que mantener el control.

—¡Federico! Acércate—gritó don José que salía de la habitación con una cobija con la que cubrió a Bernarda.

—Ve a buscar a Jacinta.

Federico obedeció. Mientras, don José tomó a Bernarda en sus brazos y la acomodó en una cama de paja que había hecho en otro sector del bodegón, con la idea de alejarla de la escena de la tragedia. Luego tomó una pluma y papel de su habitación y escribió una carta.

—Jacinta, por favor, acompaña a Bernarda, la… —La mujer de Federico interrumpió a don José.

—Veo lo que sucedió, José, por favor, los dos salgan de aquí. —Ambos hombres obedecieron a Jacinta.

—Por supuesto, Jacinta. —Mientras salen del lugar, don José dicta más instrucciones a Federico.

—Federico, necesito que cabalgues ahora a la hacienda y lleves esta carta a Mailen. Dile que marchamos hoy en la noche y llegaremos mañana durante el día.

—Así lo haré.

—Y esta otra carta la dejas en la casa del gobernador de camino a los cerros. Es para que retiren y quemen los cuerpos de los malnacidos que están en la habitación.

Don José fue a buscar la carreta de madera, trajo muchas cobijas y cueros de oveja para cubrir el duro piso de madera rústica. Jacinta había ayudado a Bernarda y la llevó a su casa. Allí la lavó. Pero la joven novicia no permitió que tocara su entrepierna, sentía vergüenza, se sentía sucia y asquerosa y no deseaba que nadie viera su intimidad dañada. La dejó tranquila, la vistió con un camisón amplio y suave y la abrigó.

Ambas mujeres abordaron la carreta, pero Bernarda rogó que trajeran a Rugerio con ellos y así lo hizo don José. Cubrió la cabeza destrozada con una sábana, la envolvió y dispuso el cuerpo junto a Bernarda, quien estaba tendida siempre en posición fetal, mientras le hacía cariño en la mano a su protector asesinado.

Don José enganchó una mula a la carreta, se acercó a Bernarda, la observó y acarició su cabeza. Ella lo miró con los ojos lastimosos, pero agradecida de haberla salvado: «pronto estarás con Catalina, te lo juro», le dijo el hacendado. Luego subió a su caballo, comenzó a tirar de la mula y los cuatro, entrada la noche, iniciaron el viaje a la Hacienda Marinas.

Bernarda a veces lloraba en silencio. Imaginaba que tal vez su amor la rechazaría por lo que había sucedido, pero pronto esos pensamientos se iban cuando recordaba los momentos que vivieron juntas en Salamanca, en ese instante sólo deseaba estar con ella y llegar pronto a Marinas.

En todo el trayecto Jacinta tomaba su mano y la acariciaba. Bernarda sentía el afecto y apoyo de una mujer que apenas conocía y eso la aliviaba.

La pequeña caravana dejó el frío atrás cuando superaron los cerros de la costa y comenzaron a adentrarse en los valles centrales. La tierra allí guarda el abrasador calor del día y lo expulsa durante la noche. Bernarda comenzó a advertir el aroma inconfundible de la lavanda cada vez más intenso a medida que pasaban los minutos y las horas… «lavanda», susurró.

—¡Sí, Bernarda! Ahora estamos entrando a la hacienda por los campos de lavanda —exclamó Jacinta.

—Catalina trajo las primeras semillas y en estos pocos años han cubierto miles y miles de cuadras—manifestó don José.

—Este es ahora tu hogar. —Jacinta susurró en el oído de Bernarda.

Los primeros rayos del sol comenzaron a asomarse desde los cordones montañosos del oriente. Bernarda, que seguía tendida en posición fetal, observó hacia atrás de la carreta. Di visó hasta elinfinito el color violeta de las flores de lavanda. Su corazón estalló y no pudo contener la emoción de alegría, pero también de rabia y con un grito desgarrador que espantó a todos exclamó al cielo y al señor.

—¡¡¡Nooooo!!! ¡¡¡Porqué me hiciste esto!!!

—Llora, Bernarda, llora, ya estás conmigo yo te cuidaré. —Catalina había recibido la carta de don José en donde explicaba todo lo acontecido, junto a Mailen y Federico salieron al encuentro de los viajeros.

—¿Catalina? ¿Eres tú?

—¡Sí, soy yo, Bernarda, soy yo! —Se abrazaron recostadas junto a Rugerio y cerraron los ojos mientras Catalina besaba la frente de Bernarda amorosamente.

—José, traslada la carreta a la vertiente, allí están mis hermanas machis esperando. —Mailen había preparado todo para recibir a Bernarda y ayudarla en su recuperación—Federico, ve con él y ayúdalo a dejar el cuerpo del señor Rugerio bajo la ramada y luego váyanse los dos, solo deben quedar las mujeres.

—Como tú digas, Mailen.

Tras media jornada, la carreta entró en los dominios del bosque. Bernarda comenzó a percibir el aire fresco y el aroma de los árboles y las flores. Al poco andar, un ruido cautivó todos sus sentidos, era el golpetear de la caída del agua de la vertiente en el estanque. Esa única sinfonía de tonos y notas que solo la naturaleza puede entregar, se conjugaron en la cabeza de la novicia relajándola y haciéndola olvidar al menos por un instante la pesadilla vivida.

Catalina sabía que la magia de Marinas era más intensa en ese lugar. Es el espacio escogido por ella para construir su hogar, una modesta cabaña de barro y paja y que de ahora en adelante será también el hogar de Bernarda.

Don José y Federico, siguiendo las instrucciones de Mailen, dejaron el cuerpo de Rugerio bajo la ramada, en el centro junto a la hoguera. Después, el hacendado trasladó suavemente a Bernarda, que siempre se mantenía en posición fetal, al interior de la cabaña. Se quitó el anillo de Rugerio y lo colocó en la mano de la novicia. Luego, en absoluto silencio, sin decir una palabra, ambos hombres abandonaron los dominios de las mujeres.

Las Machis y Mailen iniciaron el rito de sepultación de Rugerio siguiendo las instrucciones precisas de Catalina. Desnudaron al infortunado protector y limpiaron su cuerpo y cabeza ensangrentada

con gasas de lino empapadas en aceite de lavanda. La anciana de las mujeres tomó las compresas sucias y las quemó en la hoguera, mientras suenan los kultrunes en un solo ritmo hipnotizador.

Envolvieron en tiras de lino el cuerpo una y otra vez y entre cada capa introdujeron una flor de lavanda hasta dejar solo el rostro a la vista. En el dedo meñique izquierdo acomodaron un anillo hecho de finas fibras de espigas de lavanda, ocupando el lugar del anillo de plata. Los kultrunes dejaron de sonar y todas las machis se posaron en torno a Rugerio; con una mano tocaron el cuerpo inerte y con la otra se tocaron entre ellas y al unísono repitieron una y otra vez en su lengua nativa.

—Küme kimi ñi, küme kimi ñi (Estás con nosotras)

Entre todas trasladaron el cuerpo a una pequeña cripta de piedra que cruza por debajo de la cabaña de adobe. Sellaron el sepulcro con varias capas de tierra y colocaron una pequeña lápida de piedra blanca tallada con una cruz, la calatrava. El destino del espíritu de Rugerio será continuar con la misión de proteger a sus amigas en la eternidad, pero desde el más allá.

—Bernarda, necesito mirar allí abajo para ver cómo te encuentras, sabes que debo hacerlo ahora y no esperar más.

—Catalina, me da vergüenza y asco que me mires, no quiero, no quiero, por favor —repetía Bernarda en estado de shock sin poder razonar.

Catalina había acumulado años de experiencia en los que fue testigo de muchas infecciones de transmisión sexual provocadas por los hombres, especialmente europeos, en las mujeres nativas de la hacienda, por lo que un buen y oportuno aseo de los genitales de Bernarda era fundamental en ese momento. Finalmente, la joven decidió separar sus piernas y con fiar en su amiga y amada.

Catalina, al estudiar las partes femeninas siempre admiró la capacidad del cuerpo de la mujer para autolimpiar su vagina y Bernarda no fue la excepción. Comprobó con satisfacción que gran parte del trabajo de aseo lo había hecho la propia naturaleza y que un baño con agua tibia del estanque sería suficiente, por el momento, para finalizar la tarea aun cuando habría que esperar

unos días antes de estar segura que su cuerpo se encuentra libre de alguna infección.

Catalina sumergió a Bernarda en una tinaja con agua entibiada en la hoguera. Limpió cada centímetro de su cuerpo con delicadeza y esmero, lavó y peinó sus cabellos, humectó la piel con cremas de lavanda elaboradas por ella y masajeó su cuello. La vistió con un camisón de lino, se recostó a su lado en la cabaña y la abrazó toda la noche para que durmiera tranquila.

Las semanas transcurrieron y Bernarda se fue recuperando de sus heridas físicas, pero el recuerdo del dolor y el horror vivido seguían siempre presentes. Catalina, durante este tiempo, dejó de lado las visitas a las villas de la hacienda, dedicándose por completo al restablecimiento de su amiga. Por su parte, Mailen y Jacinta, las visitaban en la vertiente todos los días, entablando una profunda amistad entre las cuatro mujeres que con el correr del tiempo se transformó en una hermandad.

Una mañana, Catalina decidió exponer una preocupación a Bernarda, porque habían pasado dos meses y aún no menstruaba. Era una inquietud compartida por las cuatro amigas, pero que ninguna se atrevía a compartir.

—Bernarda, puede ser que estés embarazada—afirmó Catalina.

—Lo estoy, Catalina, una mujer sabe cuándo una vida crece en su vientre y dentro mío hay una vida creciendo. Pero no quiero pensarlo. Quiero creer que nada ha pasado y que todo eso es solo un mal sueño—continuó Bernarda con la mirada al suelo, como ida de la realidad, pero consciente del futuro.

—Estoy de acuerdo contigo, Bernarda, dejemos que el tiempo nos diga qué hacer y si lo estás, ese bebé tendrá cuatro madres.

—Gracias, Jacinta.

Las amigas se abrazaron y lloraron. No había mucho más que hacer, solo esperar y, como siempre, como les tocaba a las mujeres en ese mundo de hombres, apoyarse entre ellas y ante la adversidad salir juntas a delante.

La panza de Bernarda comenzó a aumentar de tamaño. Ella odiaba lo que allí estaba creciendo. Esa creatura representaba todo el daño que un maldito violador le había hecho a su cuerpo, a su

ingenuidad, a su vitalidad. Le decía a Catalina que apenas nazca se lo lleve lejos para no verlo, «no quiero que exista, no quiero saber que existió», gritaba cada vez que podía. Su amiga y su amor solo se limitaba a escucharla, para ella Bernarda necesitaría mucho tiempo antes de volver a ser la misma mujer, la misma que fue en Salamanca.

Muchas noches se despertaba gritando y llorando en un trauma eterno de dolor y angustia. Catalina la consolaba y hacía lo posible para hacerla sentir mejor. La escuchaba una y otra vez decir que el único recuerdo de esa noche perversa eran los ojos color violeta de quien la atacó. Unos ojos desorbitados y demoníacos que recordaba una y otra vez y que no se movían de su memoria. Color violeta, repetía hasta quedarse dormida de nuevo.

Bernarda comenzó con el trabajo de parto semanas antes de lo presupuestado por Catalina. Mandó a llamar a Mailen y Jacinta para que ayudaran. Las amigas estaban bien preparadas en lo que debían hacer. No querían correr riesgos. Dispusieron una buena cantidad de telas hervidas en agua, recostaron a Bernarda y la acomodaron en la posición correcta con sus rodillas flectadas hasta tocar el pecho. Jacinta se puso por detrás para apoyar su cuerpo. No había signo de asomo del bebé. Catalina apretaba el abdomen y hacía movimientos para acomodar al bebé, pero algo le llamó la atención. Acercó su oído y pudo escuchar desde el interior dos corazones, fuertes y robustos. El parto ahora sería más complicado, vienen dos creaturas deseosas de nacer y eso asustó más las mujeres.

El primer bebé nació, fue un niño que se deslizó suavemente y sin complicaciones, lo mismo con el segundo gemelo. Luego Catalina comenzó a tirar suavemente de los cordones umbilicales para retirar las placentas que se veían completas. Todo salió perfecto, era el parto ideal. Las amigas se felicitaron.

Bernarda parecía un poco ida. El cansancio propio de un parto, pensó Catalina, pero comenzó a observar que la sangre no dejaba de brotar y cada vez el flujo era mayor. Esto ya lo había vivido antes en otros partos, siempre con el mismo resultado que, al igual que su madre, inexorablemente terminaba con la muerte.

En otras oportunidades había probado de todo para detener la hemorragia con cientos de gasas, pero nada le había dado resultado. Esta vez pensó que no podía hacer lo mismo, debía cambiar el procedimiento, pero rápido porque Bernarda se muere.

—Bernarda, ¡tú hoy no te mueres! ¡Me escuchas, hoy no te mueres! —gritó Catalina a la debilitada joven, quien la miró y sonrió, dándole la confianza necesaria para actuar.

Al mismo tiempo, Bernarda indicó con su mano hacia el interior de su barriga.

—¡Tienes razón, Bernarda, tienes razón! ¡La hemorragia hay que detenerla desde adentro!

Catalina encontró la inspiración en la señal de su amor. Em puñó su mano derecha y la introdujo por el canal del parto hasta chocar con el techo del útero, allí presionó las paredes de la matriz hasta que por fin la hemorragia se detuvo casi de forma milagrosa.

—Te lo dije, Bernarda, ¡tú te quedas hoy aquí! Jajajaja —Catalina no daba más de alegría y satisfacción, la promesa hecha a su madre la estaba cumpliendo al salvar a su amiga de una muerte segura por la hemorragia, asegurando la vida en el futuro a muchas más mujeres gracias a la visión que Bernarda le entregó.

—Gracias, Catalina. —Alcanzó a decir Bernarda antes de desmayar y entrar en un profundo sueño.

Las tres mujeres cuidaron de los bebés durante esos días en que Bernarda se recuperaba. Poco a poco fueron acercándolos a la madre deseando generar un lazo afectivo en donde los recuerdos son pesadillas continuas, pero la vida es milagrosa, Marinas lo es y Bernarda comenzó a amar a esos niños inocentes y sentirlos como parte de su ser.

—Catalina, ¿qué va a ser de estos bebés? ¿Qué puedo darles yo? ¿Cuál es su futuro conmigo?—Eran preguntas que una y otra vez se planteaba Bernarda de sus hijos.

—No te preocupes ahora por eso, Bernarda, ya veremos.

Pero esa no era suficiente respuesta para ella. Sabía que la vida para los hijos bastardos de hidalgos en esa sociedad ya era difícil y no quería imaginarse cómo sería para los que han sido producto de

una violación y de una madre religiosa. El futuro de ellos, con toda seguridad, era la miseria y el abandono.

Frente a este dilema, Bernarda comienza a recuperar su carácter, el que había templado desde el intento de asesinato del que fue víctima por parte de su padrastro en Salvatierra. Esa entereza que la llevó a salir airosa de la larga travesía llena de peligros de Madrid a Cádiz. El temperamento decidido con el que habló a los cientos de miembros de la organización en las minas de Linares al cruzar la Sierra Morena, proclamándose como la líder indiscutida que llevará adelante el futuro de la herencia de las Mujeres de Madrid.

—Catalina, mis hijos deben quedar con Mailen y Jacinta. Ellas deben ser sus madres y educarlos como si fueran sus propios hijos y tú yo debemos continuar con nuestro destino. —No había duda en el tono de Bernarda, la seguridad de sus palabras hicieron que Catalina sólo asintiera con la cabeza y obedeciera—. Ve a buscarlas y trae con ellas a don José y Federico, vamos a iniciarlos y les daremos su misión.

Las dos parejas llegaron junto a Catalina intrigadas por la convocatoria sin invitación previa. Bernarda los esperaba en la orilla del estanque vestida con su camisón de lino blanco y, como un fondo mágico, la caída de agua de la vertiente más brillante que nunca. Bernarda los invitó con un gesto de sus manos a pararse frente a ella, luego Catalina trajo a los gemelos.

—Mailen y Jacinta me han recibido con los brazos abiertos, me han cuidado y me han protegido sin conocerme ni saber quién soy. Han compartido mi dolor y mi angustia, han cargado mi pena y sufrimiento como si fuera de ustedes. El haberlas encontrado no es casualidad, ha sido el destino que no podemos evadir el que nos ha reunido en este lugar de la tierra y en este momento. Catalina, por favor acerca a los gemelos.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Mailen asustada.

—Mailen y Jacinta, quiero que ustedes sean las madres de mis hijos, quiero que ustedes los eduquen y formen como si fueran de sus propias entrañas.

—Pero, Bernarda, no sé si es correcto —expresó Jacinta.

—No solo es correcto, es necesario para el futuro de ellos, de ustedes y nosotras con Catalina. Amigas mías estaremos juntas en esto, no nos iremos de aquí, pero los gemelos están en mejores condiciones con ustedes que conmigo. Si este mundo no respeta a las mujeres, si para este mundo nosotras no somos más que un grano de trigo, qué les espera a ellos hijos de un violador y de una monja.

—Bernarda, ahora te comprendo, yo acepto —afirmó Mailen.

Don José, visiblemente emocionado porque su mayor anhelo era ser padre, abrazó a Bernarda y le dio las gracias. Lo mismo hicieron Jacinta y Federico al tener entre sus brazos uno de los pequeños gemelos que a partir de ese momento sería su hijo. También la naturaleza había sido esquiva con ellos.

—José y Federico, en esta mano tengo dos anillos de plata con tallas de flores de lavanda. —Bernarda mostró en la palma de su mano los anillos—. Estos anillos representan un compromiso, un juramento y pertenecieron a dos grandes hombres que dieron su vida por ese juramento.

—Y ¿qué juraron ellos, Bernarda? —preguntó Federico.

—Protegerme y traerme a salvo a este lugar —respondió Bernarda con lágrimas en los ojos.

Bernarda relató su historia y la dura prueba que tuvo que enfrentar para cruzar el país luego que Catalina dejara España. Les habló de las personas que conoció y que la apoyaron en su viaje; los posaderos de Toledo, los monjes y monjas de los distintos conventos, don Lucrecio y doña Francisca en Linares, las gentes en las minas de plomo, doña Inés en Cádiz, cada uno con una misión distinta siempre en apoyo a las mujeres y que la protegieron en su travesía hasta Hacienda Marinas.

Explicó la misión que tiene de expandir el movimiento en el nuevo mundo y que la base debe ser la educación y formación de mujeres que luego, al igual que ella y Catalina, vayan en la conquista de otros territorios con el estandarte del conocimiento.

—Nuestro sueño es fundar un monasterio aquí en la hacienda y que muchas mujeres de todas partes se acerquen y aprendan. ¡Un lugar en donde ellas tengan las herramientas para cambiar al

mundo! —Bernarda los miraba fijamente a los ojos. Mientras hablaba transmitía toda la seguridad que ellos necesitan para creer—. Ese sueño no lo podemos cumplir solo las mujeres, Catalina y yo, necesitamos que ustedes los hombres sean parte de él, por eso demandamos su ayuda, José y Federico, como también ustedes demandan de la nuestra. —Con estos anillos los invito a ser parte de este sueño y comprometerse con esa misión. ¿Están dispuestos?

—¡Sí, estamos dispuestos, Bernarda! —respondieron ambos ante la mirada orgullosa de sus esposas.

—Entonces su misión será apoyarnos para que las Mujeres de Madrid que representan a todas las mujeres del mundo puedan construir su sueño aquí, el sueño de aceptarnos como somos y darnos las mismas oportunidades. José y Federico, Hoc est missio (esta es tu misión).

—Hoc est missio! Hoc est missio! —repitieron orgullosos don José Bugueño y Federico de los Ríos.

Bernarda entregó los anillos a Mailen y Jacinta, quienes lo pusieron en el dedo meñique de la mano izquierda de sus esposos. Luego todos se tomaron de las manos y abrazaron a los gemelos.

A partir de ese día formaron un solo núcleo siguiendo el ejemplo de la casona de Madrid. A medida que pasaban los meses sumaron a más mujeres de la hacienda y se convirtieron en una sola gran familia. Todas se comprometieron en el sueño de las religiosas y apoyaron activamente la idea de construir un monasterio para formar a las mujeres que luego llevarían el mensaje a otras regiones.

Catalina reanudó las visitas médicas a las villas. Su fama sanadora era conocida en todo el país y mucha gente llegaba a la hacienda requiriendo su ayuda y otras veces solo consejo, que gentilmente recibían de las religiosas.

La iglesia se enteró de ambas mujeres y trató de intervenir, pues sintieron que parte de su poder se estaba perdiendo con ellas. Enviaron a la hacienda a uno de sus monjes dominico, la orden de la nefasta Inquisición. El hombre de Dios llegó sin aviso previo a Marinas, con la intención de comprobar los relatos que describían a

estas mujeres como milagrosas, lo que a vista del clero sería una herejía o al menos abusar del nombre de Dios.

Cruzó la puerta poniente del muro protector. Catalina se encontraba en la fuente curando las heridas de un hombre que había sufrido una caída. El monje se aproximó. Catalina con sorpresa lo miró.

—¿Hermano Pedro? ¡Sí, es usted, hermano Pedro! —Catalina saltó a abrazarlo.

—¿Cómo está, doña Catalina?

—Bien. ¿Y usted? ¡Está muy delgado, se le ve saludable!

—¡Sí, he tratado de medirme con la comida, como usted me dijo hace años ya! Jajaja.

—Cuánto me alegro, hermano Pedro, pero venga que le presentaré a mi amiga Bernarda, también religiosa de Salamanca y que ya lleva un tiempo trabajando conmigo.

—¿Cómo está, doña Bernarda?

—Muy bien, gracias, hermano y bienvenido a Marinas.

—Ojalá pudiera sentirme bienvenido… traigo muy malas noticias.

—Algo escuchamos. Al parecer en la capital no están muy contentos con lo que hacemos. —Acotó Bernarda.

—No solo eso, que se puede resolver porque yo estoy cargo de hacer un informe de su trabajo, sino que… —El hermano mirando al piso al parecer no quería entregar una mala noticia.

—¿Qué sucede, hermano? —preguntó Catalina invitándolo a sentarse en el borde de la fuente, mientras Bernarda trajo un vaso de arcilla con agua.

—Después que la conocí a usted, doña Catalina, escuché muchas historias de mis hermanos que llegaban de España y supe que su hogar está en Madrid ¿Es así?

—Así es, hermano, mi hogar está en Madrid… ¿Ha sucedido algo en allí?

—Lamentablemente un noble, un señorito de la región de Salamanca, los denunció a la iglesia y mi orden solicitó la disolución de esa casona y todos fueron expulsados de Madrid.

—¡Mi familia! ¡Todos fueron expulsados! —exclamó Catalina mientras Bernarda la abrazaba.

—Yo sé bien quién es ese señorito, hermano Pedro, es Satanás hecho hombre —dijo Bernarda.

—Necesitaba decirles eso, creo que es justo que lo sepan.

—Gracias, hermano, se lo agradecemos… pero ¿qué va a pasar aquí, con nosotras? —preguntó Catalina.

—No va a suceder nada, doña Catalina, yo estoy a cargo de ustedes y me aseguraré de que nadie se entrometa en sus asuntos. Los tiempos están cambiando muy rápido y en España casi no atienden las materias de tierras tan lejanas.

Bernarda y Catalina sintieron la pérdida de la casa deMa drid, pero al mismo tiempo conocían la capacidad de sus mujeres de salir adelante y no tenían duda de que estarían en algún lugar juntas y apoyándose.

Las religiosas recibieron al hermano Pedro muchas veces más. Él dio misas en la pequeña capilla y si el tiempo lo permitía, también en los bosques. Bautizó los bebés que cada día aumentaban en número y fue testigo de muchos casamientos. La relación con la iglesia se solidificó cuando don José aseguró que el monasterio sería sustentado por su propia fortuna y que parte de ese apoyo sería también para la iglesia.

El señorito de Salvatierra, aunque lo deseó, no pudo cumplir su anhelo de destruir a las Mujeres de Madrid, al menos en Marinas dos de ellas estaban sembrando en tierra fértil su sueño, pero el mal cuenta con largos tentáculos cuando de se trata de venganza.

Faltaba poco para finalizar la primera etapa del monasterio. Catalina iba caminando al bosque para llegar a la cabaña. Bernarda, como era ya una rutina en las tardes, tomaba un baño desnuda en el estanque, disfrutaba el agua helada de la vertiente y, como según ella decía, mejoraba su piel. Mailen, Jacinta y sus esposos jugaban con los gemelos en las casas de la hacienda. Uno de los niños, el que quedó al cuidado de don José, heredó los ojos color violeta del infame que ultrajó a su madre. Un ruido alertó a Catalina, giró y advirtió a un hombre a cierta distancia y acercándose hacia ella, pensó que sería alguien en busca de tratamiento. Lo esperó.

—¡Busco a una monja, una tal Bernarda! —gritó desde cierta distancia el hombre con una gran cicatriz en el ojo izquierdo.

Catalina entendió de inmediato que no era un paciente.

—Soy yo—respondió Catalina.

—¡Maldita puta! —exclamó el asesino del señorito de Salvatierra, que desfundó su pistolete y ejecutó un certero disparo en el abdomen de la religiosa.

Catalina se tomó el vientre ensangrentado. El asesino sacó ahora su daga para dar el estoque final, pero la religiosa corrió al bosque. Avanzó algunos metros y cayó en una pequeña quebrada, quedando oculta entre las hojas y ramas. El hombre de la cicatriz en el ojo corrió tras ella, siguiendo las huellas de sangre, pero las perdió en un momento. No cesó en su cometido y continuó rastreando hasta que se encontró con Bernarda en el estanque, completamente desnuda y sin la herida, pensó el confundido el criminal.

—¡Yo te disparé! ¡Yo te maté! ¡Y ahora no tienes nada! ¡Hija del demonio! —gritaba como loco el asesino, quien corrió y desapareció en el bosque para nunca más volver.

Cayetano estaba petrificado en su silla escuchando el relato de Juana. Había leído los cuadernos ocultos por siglos en la casona de la familia Bugueño durante toda la noche. Él no se alcanzó a cambiar de su tenida deportiva que viste en su rutina de ejercicios matutinos, porque Juana le dijo que tenían que hablar ahora. Era urgente.

—Y ¿qué sucedió después, Juanita?

—Al parecer Bernarda dejó de escribir. Cuando murió Catalina, ella abandonó los cuadernos.

—Pero si murió Catalina, ¿porqué luego de su asesinato siguió existiendo? ¡Hoy la veneramos a ella, no a Bernarda, que se supone murió… no entiendo nada!

—Creo, tío, que para proteger a Bernarda decidieron cambiar los nombres y darla por muerta. Así el asesino no volvería.

—Y ¿quién está en la iglesia?

—Pienso que Bernarda y en la cripta debajo de la cabaña, su amiga Catalina.

Juana tenía razón. Bernarda, en su dolor, no perdió de vista que la vida continuaría y si quería completar su obra iba a necesitar años. Si ella seguía viva, corría el riesgo de atraer a otros asesinos

enviados por el señorito de Salvatierra, por lo que junto a sus amigos intercambiaron los nombres de las religiosas. Luego repitieron la historia de la recuperación milagrosa de Catalina en la vertiente en todas y cada una de las villas hasta que crearon el mito que no tardó en transformarse en milagro.

—Juanita ¿No crees que es muy elaborado lo que hicieron? ¿Será posible?

—Tío, ¿si Paula hubiera estado en la misma situación? ¿Lo habría hecho igual?

—Yo creo que sí, Paula a veces me tomaba por sorpresa con su pragmatismo.

—Bueno, tío, te quiero decir que yo también habría hecho lo mismo y eso es porque las dos descendemos de Bernarda.

—Ahora que lo dices ustedes se parecen mucho.

—¿Qué vamos a hacer con todo esto, tío?

—Juanita, recuerda que ahora depende de ti el reporte final ¿Qué piensas hacer tú? Diría yo.

Es cierto. En ella está el poder de dar a conocer al mundo esta historia que, para bien o para mal, cambiará las bases de lo que se sabe del monasterio y sus religiosas, de Ciudad Marinas y sus habitantes. Advertirá de la existencia de las Mujeres de Madrid y su sueño que a todas luces aún no se cumple después de doscientos años.

—No lo sé, tío, tal vez es muy pronto como para tomar una decisión. Recién anoche conocí la verdad detrás de nuestro pasado. No sé qué hacer aún.

—Tal vez debes tomar un poco de distancia, un tiempo. Solo te puedo asegurar que mi palabra sigue en pie, tú serás quién nos entregue un informe y lo haremos público.

—Tío, necesito descansar, dormir, estar con Luchín y mi madre ¿Puedo retirarme?

—¡Sí, por supuesto, Juanita!

—Pero antes de irme te quiero hacer una pregunta, no me la respondas ahora.

—Estoy a tus órdenes, mi querida sobrina.

—El anillo de plata en tu mano izquierda… ¿Cuál es tu misión, tío?—Cayetano sonrió y por primera vez pensó que tal vez se cumpliría el deseo de Paula.

—Ve tranquila, Juanita, y descansa. Solo piensa que tu tío te quiere mucho.

Luego de estudiar los cuadernos, Juana descubrió el sentido del monasterio y el colegio. La razón de porqué muchos retornan a Ciudad Marinas descartando las oportunidades que les ofrece el mundo exterior. Cada detalle como la lavanda que crece en todas partes, el lino en las ropas de las monjas, los anillos de plata de su tío y Felipe Ferrer, incluso el que su madre guarda de su padre, todo está relacionado con el sueño de las Mujeres de Madrid, ese maravilloso hogar de Catalina que se convirtió en el sueño de Bernarda.

Juana volvió a la casa de su madre, cansada y somnolienta, cayó en su cama y durmió por varias horas.

—Juanita, Juanita despierta—susurró en su oído Luchín. Juana despertó lo abrazó y luego lo besó.

—Tengo mucho que contarte, Luchín, pero no sé por dónde empezar.

—Qué te parece si empezamos por comer algo, Juanita.

—Me gustas por eso, Luchín, porque te preocupas de mí antes que nada.

La pareja se sentó a comer un lunch que preparó Luchín. La madre de Juana había salido, pero no sabían dónde. El móvil de ella tenía muchos chats sin leer; de su madre preocupada porque no había llegado en la noche, luego su madre de nuevo, que ya le había dicho Luchín dónde estaba. De Lucía que la saludaba y quería invitarle a una infusión, de su amiga la monja Fernanda Fisher saludándola y que supo que tenía un nuevo novio, que cómo no le había contado y finalmente un mensaje de Cayetano.

«Juanita, me has preguntado de mi misión, te daré la respuesta pero debes ir al monasterio, allí te espero».

—Luchín ¿me acompañas? —preguntó Juana mostrándole el móvil con el chat de Cayetano.

—Por supuesto, Juanita, pero ¿de qué se trata esa misión?

—Es lo que vamos a descubrir.

Juana y Luchín caminaron al monasterio. La tarde está templada y muy agradable para estar al aire libre. La distancia que separa la plaza de la reja del monasterio les da el tiempo para conversar y reírse. Ambos están felices de haberse encontrado en la vida. Al llegar a la entrada los recibe su amiga monja Fernanda Fisher. Saludó y abrazó a ambos.

—Vengan por acá —les dijo la religiosa.

Cruzaron los jardines, los pabellones de los dormitorios, el sauce de Paula, el gran herbario, el jardín secreto de Lucía y finalmente llegaron al gran salón circular.

—Pasen los dos, los están esperando. —Juana toma la mano de Luchín con fuerza.

—¡No me vayas a soltar, Luchín!

—No te preocupes, Juanita, no te voy a dejar.

El salón está completamente lleno y en absoluto silencio. Estaban todas las religiosas, mujeres y hombres de la ciudad, don Jofré y su esposa, el doctor Ferrer, Gladys, doña Dorotea, doña Florencia, Cayetano. Fernanda ubica a la pareja en el centro del salón, a un costado de la mesa de piedra y el fogón que está encendido.

—Juanita, me has preguntado por mi misión —dice Cayetano mientras toma la mano de Juanita.

—Sí, tío, ese anillo representa una misión. ¿Cuál es? —respondió Juana con seguridad y desplante.

—Debes saber, Juanita, después de conocer los cuadernos de Bernarda, que somos una organización centenaria con un sueño.

—Lo sé, tío «que hombres y mujeres vivan en iguales condiciones, que sean uno solo, se apoyen, acompañen y ayuden», pero eso es todavía un sueño. Las cosas desde que Bernarda escribió su historia ¿han cambiado algo?

—Tú lo has dicho, Juanita, todavía es solo un sueño, pero ese sueño sigue vigente entre nosotros y mientras sea así trabajaremos para cumplirlo. Incluso se amplió con nuestra líder la hermana Paula. Los tiempos actuales nos exigen más; el respeto entre las personas y la confianza en el ser humano. Esos son los valores que han hecho

crecer nuestra organización e hicieron conocida mundialmente a Ciudad Marinas y el Monasterio de Nuestra Señora de Salamanca.

—Tío, ¿qué quieren de mí?

—Paula me dejó una misión, esa misión es pedirte que seas nuestra nueva líder, ella te escogió mucho antes de morir. Te escogieron las hermanas aquí presentes en una votación unánime sin saber quién eras tú, solo la magia de este lugar puede explicarlo Juanita.

Juana empezó a sentir una sensación extraña. Comenzó a escuchar los kultrunes de las machis, vio a las mujeres en la casona de Madrid iniciando a muchas más, sintió la presencia amorosa de Bernarda, Catalina, Mailen, Jacinta y Paula. Apareció Rugerio que le mostraba su anillo hecho con fibras de lavanda dándole la seguridad de que nada debe temer, porque él está cerca. Juana miró a Luchín y se desmayó.

Luego de unos minutos volvió en sí. El doctor Ferrer le sostenía la cabeza en el suelo y miraba los ojos con una pequeña linterna.

—¿Doctor?

—Dime, Juanita.

—Y su misión ¿cuál es?

—Si tú aceptas ser nuestra guía, mi misión será cuidar de tu salud.

—¿Y la salud de Luchín?

—¡También, Juanita! Cuidaremos de Luchín tanto como tú.

—Voy a aceptar, doctor, pero tengo miedo y no sé si estoy preparada.

—¡Estás preparada, Juanita! Y recuerda siempre que todos tenemos miedo, por eso estamos aquí, para ser uno, así cuando sumamos nuestra energía la fuerza se multiplica y nada nos detiene.

En ese momento Juana se pone de pie y los hombres abandonan el salón circular. Cayetano toma del brazo a Luchín y lo guía al exterior, ya que solo las mujeres pueden ser testigos de la iniciación de Juana.

Una de las mujeres arroja un polvo sobre el fogón, que al tocar las llamas chisporrotea liberando un suave aroma a lavanda. Otras mujeres rodean a Juana y con mucho respeto y delicadeza, como si

se tratara de su reina la desvisten. Humectan su piel con la más suave crema de lavanda, luego su madre la viste con un camisón de lino blanco y cepilla el cabello hasta dejarlo lacio y brillante. Todo transcurre en completo silencio.

Lucía elaboró una hermosa corona de espigas de lavanda llena de flores que le coloca en la cabeza. Juana se ve hermosa e iluminada. La anciana, la madre de Paula, se acerca y le entrega un sencillo cuaderno con un lápiz como símbolo de la nueva historia que ella escribirá.

—Oportet permanere in fabula (Tú debes continuar la historia) —le dijodoña Florencia.

—Tu nobiscum es, tu nobiscum es (Estás con nosotras) —gritan las mujeres una y otra vez.

Finalmente, todas se acercan, la abrazan y le dan la bienvenida a las Mujeres de Madrid. Mientras, Juana solo piensa en lo mucho por hacer y descubrir, pero eso es su nueva historia.

Table of Contents

Cover Page
Estas con nosotras
Prólogo: Ciudad Marinas
Capítulo 1. El encargo
Capítulo 2. Ciudad de Salamanca
Capítulo 3. Monasterio de Nuestra Señora de Salamanca
Capítulo 4. Lucía y el cuaderno de Paula
Capítulo 5. Catalina y el nuevo reino
Capítulo 6. El destino de Bernarda
Capítulo 7. La Youtuber hermana Paula
Capítulo 8. El secreto